UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA
BLÆDEL
UNA MENTIRA
PIADOSA

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas.

La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su esposa se ha ido sin decirle una sola palabra. Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido algo mucho más tenebroso.

La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

Sara Blædel

Una mentira piadosa

Louise Rick - 10

ePub r1.0
Titivillus 27-10-2022

Título original: *Pigen under tæet*
Sara Blædel, 2022
Traducción: Aldo Giacometti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Gitte,
maravillosa amiga de toda la vida,
compañera de viajes colegiales
Eres mi pilar.

Prólogo

Bornholm, 1995

Alcanzó a distinguir la caverna, con la pálida luz de luna filtrándose a través de las densas copas de los árboles. Confundida y mareada, fue pendiente arriba, tambaleándose. Las voces al pie del sendero la hicieron darse prisa, y resbaló, pero consiguió asirse a un arbusto larguirucho y encontrar un punto de apoyo para los pies. Segundos más tarde, se arrastraba al interior de la caverna, al refugio. Comenzó a llover otra vez. Las gotas de lluvia le daban en la cara y hacían sonar las hojas de las ramas sobre su cabeza.

Las voces fueron perdiéndose en la oscuridad. Frenética, tanteó las piedras en busca de un escondite. Sentía que el corazón le palpitaba con fuerza, que le martilleaba las costillas. Jadeaba en busca de aire.

El golpe la había dejado inconsciente; lo sabía, aunque no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido en ese estado. La rodearon, observándola mientras lentamente volvía en sí, pero entonces se alejó arrastrándose y logró ponerse en pie. De algún modo, pudo salir corriendo sin caerse. En plena oscuridad. Ahora, el dolor en la cabeza era intenso y el mundo en penumbra giraba y se bamboleaba frente a sus ojos.

Al tocarse las sienes, sintió que los dedos se adherían a su piel; tenía el cabello empapado, pero no pudo distinguir si había sangre. No les hablaría nunca más. Lo único que quería era que la dejaran sola.

La piel suave de sus brazos desnudos rozó el acantilado mientras ella se retorcía por la estrecha boca de la cueva. Se quedó temblando, acurrucada, abrazándose las rodillas, concentrada en respirar lenta y regularmente hasta serenarse. Por un largo tiempo, escuchó atentamente entre los aullidos del viento y las crepitantes copas de los árboles, hasta que estuvo segura de que habían

desistido de seguir buscándola y se habían marchado.

Los relámpagos de dolor comenzaban en su cabeza y le recorrían el cuerpo; las náuseas iban y venían. Al principio, las gotas frías la salpicaban un poco, pero la lluvia comenzó a arreciar y a bañar por completo la estrecha apertura. El viento la azotaba y tiraba de su cuerpo, y fuera, el crujido de los enormes árboles cortaba el aire.

El mareo se apoderó de ella. Trató de cerrar los ojos para hacerlo desaparecer, pero tuvo que abrirlos por completo cuando, muy cerca, una enorme rama se estrelló contra el suelo. La tormenta y las gimientes ramas la aterrorizaban. Cerró los ojos y pensó en Skipper. Pensó también en su hermano. Trató de hablar en voz alta para tranquilizarse.

El mareo se le hizo insoportable, y, cuando prácticamente sacó toda la cabeza bajo la lluvia para vomitar, su hombro golpeó fuerte contra un saliente. Atontada y temblorosa por el aire helado, lloraba mientras se limpiaba la boca y se arrastraba dentro de la cueva, tan dentro como le era posible, hasta tumbarse. Sentía la cabeza a punto de resquebrajarse. Se quedó acostada de lado, encorvada, tratando de conservar el calor. Cuando volvió a cerrar los ojos, la tierra que tenía debajo seguía hecha un remolino. Todo fue quedando en silencio hasta que, fuera, una explosión la despertó con una sacudida. La negrura se hizo más densa.

Oscuridad. El espacio dentro de la cueva se encogió aún más.

Capítulo uno

—¡Louise Rick, Louise Rick!

El hombre pronunciaba «Lois Grec».

El sol del atardecer arrojaba un resplandor anaranjado sobre el océano que se extendía delante de ella, de un azul profundo hasta donde se perdía la vista. Ese día en la playa había sido increíblemente caluroso; no obstante, seguía ahí echada, incapaz de levantarse.

Al principio, no le hizo caso. Se sentía pesada, lenta, aletargada por la vacuidad interior.

—¡Es una emergencia! —gritó el hombre—, un asunto familiar. ¡Por favor, venga al teléfono!

Mientras se acercaba a ella por el borde del agua, iba dejando huellas de pisadas sobre la arena húmeda. Respiraba con dificultad, casi sin aliento. Cuando sus palabras calaron por fin, ella se volvió alarmada.

—¿Qué dice? ¿Qué pasa?

Él le tendió la mano, como si tuviera intenciones de levantarla de la pequeña toalla que Louise había traído de la habitación del hotel.

—Venga, por favor —repitió él con voz chillona. Giró y atravesó la calle corriendo, de regreso al hotel, donde se habían instalado puestos de comida entre los coches aparcados. Los escúteres pasaban por ahí día y noche, y hacían ruido, pero ahora Louise era incapaz de oírlos mientras corría tras el hombre a través de la pequeña abertura entre las palmeras.

Louise no habría escogido Tailandia, pero todos hicieron un trato cuando ella se tomó el permiso de seis meses para viajar: cada uno escogería el lugar que quería conocer. Habían comenzado por México, la elección de su hijo adoptivo, Jonas. Después de explorar las ruinas mayas, habían viajado por Sudamérica, África y la India.

Llevaban cuatro meses rodando. Una pequeña familia doble. Louise y Jonas. Eik y Stephanie.

En la recepción, el hombre llevó a Louise a un escritorio detrás del mostrador, donde la esperaba el teléfono. Su propio móvil estaba en su habitación. Apagado.

—Llamada internacional —dijo él, señalando el auricular.

Louise se paralizó. Últimamente había hecho todo lo posible para bajar las cortinas del mundo cotidiano, y esta llamada estaba, ahora, a punto de confrontarla otra vez con su realidad.

Se hundió en la silla, a un lado de la mesa, mientras el hombre cogía el auricular y se lo ponía en la mano. Ella se lo llevó a la oreja y habló en voz baja.

—Hola.

—Se trata de Mikkel. —Apenas reconoció la voz de su padre—. Intentó suicidarse. Está en el hospital, en Roskilde, y nosotros estamos aquí con él. —Hizo una pausa y respiró profunda y temblorosamente—. No saben si sobrevivirá. Creo que deberías volver a casa.

Mikkel. Su hermano era dos años y medio menor que ella. Eran cercanos, aunque no tanto como lo habrían sido de haberse quedado Louise en el centro de Selandia, en vez de haber huido a Copenhague después de la muerte de Klaus. Eran miles las razones por las que ella no podía quedarse más tiempo ahí, hasta el punto en que ni siquiera había sido capaz de acudir a los funerales de su novio. Pero ella y Mikkel seguían en contacto, muy de cerca, y ella era la madrina de sus dos hijos, los «terroristas», como los llamaba la abuela cuando eran más pequeños. Ahora tenían cuatro y seis años y ya no eran tan salvajes; Kirstine, por lo menos. Malte seguía siendo un poco indócil, pero Louise sentía debilidad por ese sobrino, si bien los niños gritones que corren por las casas no eran, precisamente, su plato favorito.

—Voy enseguida.

Apenas fue capaz de soltar el auricular cuando se despidió. Su Mikkel, quien había asistido al funeral de Klaus y había colocado por ella una rosa en el féretro. El hermano cuyo mundo se había venido abajo cuando la esposa lo dejó con dos pequeños, una casa en Osted y facturas que no podía pagar. El que había cogido un trabajo adicional como repartidor y conducía por todo el país

cuando no estaba trabajando en la sección de repuestos de Volvo, en Roskilde.

Eso había durado casi un año, hasta que Trine volvió. Desde entonces, él parecía genuinamente feliz. En muchas ocasiones, Louise llegó a pensar que la marcha de Trine había sido lo mejor que les podía haber ocurrido, porque ahora parecían más cercanos que nunca. Había entre ellos una atmósfera de paz, como si se sintieran más cómodos con lo que tenían en común. En el tiempo en que su cuñada estuvo apartada de la familia, Louise no pensó gran cosa en ella; pero eso había quedado atrás. Si su hermano estaba contento, ella también.

Siempre pensó que haría cualquier cosa por su hermano pequeño: subir a una montaña, atravesar un desierto… A él le habría molestado oírla decir algo así. Mikkel le sacaba una cabeza y no parecía, en absoluto, un tío necesitado de que su hermana mayor se hiciera cargo de él. Pero ella juraba que siempre estaría a su disposición.

Louise durmió la mayor parte del vuelo de vuelta a casa. Después de que Eik, Jonas y Stephanie se marcharan, un farmacéutico local le había vendido pastillas para dormir. Normalmente le habrían exigido una receta médica, pero ella había persuadido al hombre de que no necesitaba ver a un médico tailandés. Y los somníferos estaban ayudándola a pasar las noches sola.

Pudo dejar el pequeño y cutre hotel sin pagar la semana entera, algo en lo que podían haber insistido, pero se trataba de una emergencia. No había muchas cosas buenas qué decir de las habitaciones ni de la cama ni de la ducha diminuta, especializada en arrojarle agua helada a golpe de chubasco. Aunque, por otro lado, no tenía más que elogios para el hombre de la recepción, quien resultó ser el propietario (algo que él le reveló de camino al aeropuerto). Él no solo se había ofrecido a llevarla, sino que había averiguado para ella la forma más rápida de volver a Dinamarca.

Y esa forma resultó ser un enredo de tres conexiones con muy poco tiempo entre vuelo y vuelo. En su mayoría, el trayecto había sido una bruma de sueño, ansiedad y pena, todo coronado con sensaciones de surrealismo. Como una pesadilla que, de alguna manera, invadiera y agarrotara sus articulaciones y pusiera su cabeza a dar vueltas. Y, por encima de todo, estaba el hecho de que

no había comido desde la llamada de su padre. Y tampoco había bebido gran cosa. En realidad, no había ingerido muchos alimentos durante las últimas semanas, tras haberse despedido de los demás. Su cuerpo había entrado en suspensión. Sentía que forzar cualquier cosa era una especie de abuso. Estaba subalimentada, como habría dicho su padre, aunque él se refería, sobre todo, a las aves.

Su maleta fue una de las primeras en salir. El dueño del hotel había convencido a la mujer del aeropuerto de poner una marca roja en el asa para acelerar su traslado de aeropuerto en aeropuerto. Louise había perdido la noción del tiempo. Miró el móvil. Eran casi las siete y media de la tarde.

Localizó a su padre de inmediato. Lo encontró esperándola en el vestíbulo de llegadas, a la izquierda, mientras ella venía saliendo de la aduana. En cuanto él la vio, fue a abrazarla, interponiéndose a todos los demás pasajeros que transitaban arrastrando sus maletas.

La abrazaba tan fuerte, que Louise no podía preguntarle por su hermano. O quizás simplemente no se atrevía a hacerlo. Había pasado más de un día desde que su padre la llamara; y las primeras veinticuatro horas eran cruciales, ella lo sabía por experiencia. Eran las que trazaban una línea entre la vida y la muerte. Cuando él finalmente la soltó, Louise retrocedió un paso y estudió su rostro rápidamente.

—Dicen que sobrevivirá —le susurró lleno de alivio, aunque con voz ronca—. Los doctores no creen que haya sufrido ningún daño permanente, pero estuvo cerca. Si tu madre no hubiera ido a verlo, Mikkel habría muerto. Estaba inconsciente cuando ella lo encontró.

La ansiedad fue abandonando su cuerpo, dejándola aturdida y ligera, como flotando.

—¿Podemos ir directamente al hospital?

Él negó con la cabeza.

—Nos han dicho que necesita descansar esta tarde. No está bien, no es él mismo, pero podrás visitarlo mañana.

El padre cogió la maleta y condujo a Louise a la salida. Ya en el exterior, ella alcanzaba a registrar el murmullo de las voces, el sol bajo dándole en la cara, pero seguía aturdida. El espectro de un desastre inminente la había tenido abrumada, con el cuerpo en alerta. Ahora, iba soltando todo poco a poco. Podía respirar, cuando menos. Colocaron la maleta en la parte trasera del coche y él echó

marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento.

Al llegar a la autopista, él le preguntó por los otros; por Jonas, específicamente. Louise le dio una respuesta vaga. Le dijo que todo estaba bien, que le mandaban saludos. Eik y los chicos, le aseguró, entendían que ella se había quedado sin opciones, que tenía que volver sí o sí.

—Podrás volar y unirte a ellos otra vez —dijo él, como disculpándose por interrumpir su permiso laboral, ahora que la vida del hermano estaba fuera de peligro.

Las señales de tráfico pasaban volando. Aunque estuvo mucho tiempo lejos, no prestaba particular atención al entorno familiar. Pensaba en Mikkel. ¿Cómo pudo, siquiera, considerar la idea de suicidarse? Ella sabía cuán infeliz y destrozada había vivido ella misma durante todos esos años en que creyó que su novio, Klaus, se había suicidado. Fue ella quien lo encontró colgando de una soga, sobre las escaleras de la casa a la que acababan de mudarse.

Después de varios minutos de silencio, preguntó:

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo lo hizo?

El padre clavó la mirada al frente, a los coches que venían delante en ellos, y no contestó nada. Después de lo que pareció una eternidad, dijo:

—El escape del coche. Mikkel cerró la puerta de la cochera y echó a andar el motor. Nosotros estábamos cuidando a los niños, que se habían quedado a pasar la noche con nosotros. Pero, la mañana siguiente, tu madre quiso ir a la casa a recoger algo antes de devolverlos y alcanzó a escuchar el motor del coche en ralentí.

—¡El escape del coche! —Louise sabía que, a estas alturas, muy poca gente se suicidaba de ese modo. Solo los demasiado pobres o los demasiado ricos, según les gustaba decir a los forenses. Eso no funcionaba bien con los vehículos nuevos, equipados con convertidores catalíticos. Así que podía ser solo alguien que tuviera un coche antiguo o uno muy viejo.

Sintió sobre ella los ojos de su padre.

—Debió de haber estado ahí por un largo rato. —Se le atascó la garganta. En una cochera suficientemente hermética, fácilmente habría muerto de envenenamiento por monóxido de carbono—. ¿Y Trine? ¿No lo oyó salir?

—Tu hermano estaba solo.

La voz de su padre seguía siendo áspera. Louise lo estudió, pero lo dejó pasar. Estaba demasiado cansada, no podía soportar nada de esto. Encendió la radio, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y escuchó las noticias.

> *La policía ha identificado los restos mortales que aparecieron la semana pasada en Bornholm. Susan Dahlgaard, una niña de catorce años, había desaparecido durante una excursión con su clase del colegio de Osted, en Selandia central. Fue encontrada hoy en una cueva del valle del Eco, un sitio muy popular para excursionistas en la isla. La identificación se ha dificultado mucho debido a las condiciones del cuerpo. Hasta el momento, se desconocen las causas de su muerte.*

Louise se enderezó en su asiento. Este era uno de esos casos que incumbían al Departamento de Personas Desaparecidas. Su antiguo compañero de trabajo, Olle, tenía una fotografía de Susan Dahlgaard colgando de la pared, detrás de su escritorio, entre las fotos de muchos otros casos que los medios de comunicación solían retomar y mantener vivos. En los tiempos de la desaparición de la niña, la búsqueda había sido extensa. La policía de Bornholm había pedido ayuda a la Unidad Móvil de Delitos. Habían traído a los mejores perros rastreadores del país a ayudar a las patrullas caninas locales. Treinta hombres y sus muy bien entrenados perros habían peinado el área entera en los alrededores del albergue Svaneke, donde la clase de la niña se había alojado. Una semana más tarde, se envió un nuevo equipo de relevo, y la búsqueda siguió en ese tenor hasta que, varias semanas después, fue abandonada. La hipótesis de la policía hablaba de un secuestro y de que se habían llevado a la niña lejos de la isla. La foto de Susan apareció en los noticiarios y en carteles que los investigadores privados locales habían colgado por todo el país. Una búsqueda «de paquete completo», según llamaban en el departamento a las misiones de este tipo. Incluían todos los registros internacionales.

Las tres amigas con quien Susan compartió la habitación la vieron por última vez en el puerto de Svaneke, donde se separaron.

Las cuatro habían salido del albergue en dos bicicletas, cuando se suponía que todas las chicas de la clase debían estar durmiendo en sus habitaciones. Durante los interrogatorios, dijeron que habían pedaleado hasta el puerto y que Susan se había unido a unos chicos de Bornholm, a quienes habían conocido horas antes. La dejaron frente al quiosco y nunca volvieron a verla. Los chicos confirmaron que se habían encontrado ahí con las niñas, pero aseveraron que no habían estado con Susan después de eso. No había más rastros de la niña de catorce años.

En los tiempos de la desaparición de Susan, Louise estaba en el instituto de Roskilde. Pasarían años antes de que solicitara su ingreso en la policía, pero el caso la había dejado intrigada desde entonces, debido a la cercanía entre Osted y Hvalsø, la ciudad de su escuela primaria. Su clase también había hecho la excursión tradicional de una semana en Bornholm. Ella tenía, entonces, recuerdos frescos del lugar. Se acordaba de que, un día antes del viaje, se había roto la clavícula jugando al fútbol. Hizo la excursión, de todos modos, con el hombro y el brazo en un apretado cabestrillo. Sus amigas la ayudaban a vestirse y a atarse los zapatos. Había sido una excelente excusa para no hacer los largos recorridos de la isla en bicicleta, cosa que le vino muy bien.

Louise cerró los ojos y recordó breves destellos de aquel viaje: el *ferry* de Bornholm, que se bamboleaba hasta el punto en que muchas de sus compañeras de clase terminaron vomitando. Cómo habían comprado, en el ahumadero, un arenque ahumado envuelto en papel de periódico. Y aquel gigantesco cono de helado en el muelle de Gudhjem…

«Me habré quedado dormida», se dijo Louise a sí misma cuando abrió los ojos y miró la casa roja de su hermano. Su padre ya había aparcado y su madre estaba de pie en el umbral, esperándola. Parecía ajada. Como si los cuatro meses que Louise estuvo fuera la hubieran avejentado; o, tal vez, porque últimamente casi no la veía sin su delantal. En su casa de campo, la madre iba y venía por la granja, entre la vivienda y el taller de cerámica que tenía en el extremo de una de las alas. La ropa manchada de arcilla era tan consustancial a ella que las prendas normales la hacían lucir extraña.

De camino a la entrada principal, Louise se dio cuenta de que no

era la edad lo que había tratado el rostro de su madre con tanta dureza. La gravedad de la situación traslucía en cada una de sus líneas de expresión, como si no terminara de entender que su hijo lograría sobrevivir. Lo peor había pasado. Pero entonces Louise cayó en la cuenta: lo peor *aún no* había pasado.

Su hermano había querido morir, y eso no cambiaría por el simple hecho de que el intento de suicidio hubiera fracasado. Mikkel era tan infeliz que estaba listo para terminar con su vida, a pesar de que tenía dos hijos pequeños y una esposa a quien amaba.

Louise extendió los brazos, circundó a su madre y se dejó envolver en la fragancia familiar, un manto de amor.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas vuelto a casa —susurró ella entre el largo cabello de su hija. Louise no tenía una idea exacta de cómo lucía; no se había mirado al espejo, pero estaba segura de que su aspecto no era bonito. Había dejado el hotel en Phuket tan repentinamente que todavía llevaba puestos los pantalones cortos y la sudadera de capucha con que se había envuelto en el avión. Su madre la llevó al interior mientras su padre descargaba la maleta.

—¿Cómo están los críos? —Louise miró alrededor—. ¿Y Trine?

—Los niños duermen.

La madre le abrió la puerta de la cocina. Había puesto la mesa para tres. Louise olfateó el *curry* en el horno. Eso hizo que se le revolviera el estómago, pero sonrió y se dejó caer en una de las sillas. La madre le tendió una copa.

—¿Cómo estaba cuando estuvisteis en el hospital? ¿Parecía aliviado?

Louise conocía las reacciones de algunas personas que han tratado de suicidarse. A menudo, la policía recibía la llamada de alguien arrepentido de haberse tragado las pastillas.

—La mayoría de las veces es un grito de auxilio —añadió.

El padre entró y se sentó. La madre intercambió con él un rápido vistazo antes de quedarse mirando a Louise con severidad durante unos segundos, para finalmente dejar muy claro que Mikkel quería morir.

—No era una llamada de atención —confirmó su padre—. Quería suicidarse.

—Pero ¿por qué? —dijo Louise—. ¿Por qué ahora? Pudo haberlo

hecho cuando Trine lo dejó. Por algún tiempo, en ese período me temí que cometiera alguna estupidez. Pero ¿por qué ahora, cuando todo marcha tan bien?

Silencio. Una vez más, los padres se miraron entre sí.

—Trine ha vuelto a dejarlo solo —dijo la madre.

Louise dejó la copa sobre la mesa.

—¿Dejarlo solo…? ¿A qué te refieres con «dejarlo solo»?

El padre tomó el relevo.

—Se fue. No le dio ninguna explicación, ningún signo de que estuviera por marcharse. Mikkel revisó la casa y notó que Trine solo había cogido su bolsa de viaje y un poco de ropa del armario.

—Y vació el frasco donde guardaban el dinero de no fumar —dijo la madre, señalando con la cabeza el aparador en cuyo estante superior había un tarro de arcilla marrón. Louise nunca había entendido por qué su hermano y Trine seguían llamando al efectivo que apartaban «dinero de no fumar» tantos años después de que ambos hubieran dejado el tabaco. Podían haberlo llamado, simplemente, «dinero para las vacaciones». Pero, cada semana, durante años, el dinero que ahorraban por no comprar cigarrillos iba a dar al tarro para ser usado en viajes de fin de semana.

—No ha sabido nada de ella, así que no tiene ni idea de dónde está. O de si está con otro hombre —añadió la madre con brusquedad.

—Podría ser —balbució el padre de Louise—. Es decir, es como si hubiera querido demostrarle a Mikkel que estaba ansiosa por comenzar una vida nueva. De otra suerte, se habría llevado más cosas.

La madre comenzó a hablar en voz baja.

—Él nunca debió aceptarla de regreso. Ya lo había dejado; podía hacerlo de nuevo. Eso es lo que siempre he pensado. Y él estaba tan roto…

—¿Habían estado peleando? —Louise trataba de encontrarle sentido a todo, pero sus padres se encogieron de hombros.

—No que sepamos —respondió la madre—. Yo ni siquiera tuve la sensación de que las cosas estuvieran mal.

—Mikkel, Trine y los niños vinieron a cenar a la casa hace unos días —dijo él—. Esa tarde parecían bastante contentos. Acababan de alquilar una casa de vacaciones para la primera parte de julio.

No notamos el menor indicio de discusiones ni de que hubiera tensión entre ellos. Esta desaparición suya ha sido algo completamente inesperado.

La madre se miró las manos, como si, al concentrarse lo suficiente, pudiera contener el enfado que sentía por su nuera.

—Pero ella pudo haber estado fingiendo mientras se preparaba para marcharse.

—¿Así que vosotros dos pensáis que él lo hizo?

La madre asintió y alzó la mirada.

—Sí, eso creo. Me imagino que tu hermano no podía soportar la idea de pasar por todo esto una vez más.

—Pero no tuvimos oportunidad de hablar mucho con él —dijo el padre.

Apareció un plato de albóndigas al *curry* frente a Louise, y esta, de inmediato, pidió que le dieran una porción más pequeña; pero la madre tenía otras ideas.

—Te hará bien comer algo decente después de un viaje tan largo. —La madre acomodó el plato con firmeza delante de Louise.

En esa casa roja, construida sobre un terreno doble, la cocina era, para Louise, como una cueva. Su hermano la había renovado con sus propias manos. Todos los cajones y las puertas de las estanterías estaban pintadas de verde oscuro; un compañero del trabajo lo había ayudado. El resto estaba construido de madera de segunda mano y parecía sacado de una revista de decoración.

Durante el año de ausencia de Trine, Mikkel había restaurado la mayoría de la casa. Cuando no estaba trabajando en sus dos empleos, martilleaba ahí dentro. Alegaba que eso le había ahorrado montones de dinero en psicólogos. Al mirar alrededor, Louise pensaba que ahí ya no había nada más que hacer, que a su hermano no le quedaba ahí ninguna otra cosa con que beneficiarse.

No había ningún proyecto en qué ocupar el tiempo, nada para mantener la cabeza fuera de las cosas.

Y ella seguía sin tocar la comida.

—Comí en el avión. —Puso la copa sobre la mesa—. ¿Cómo lo llevan los críos?

—Aún no saben nada. Les dijimos que su padre está en el hospital y que vendrá pronto. Ayer nos temíamos lo peor, así que no pudimos decirles nada. Teníamos que esperar hasta tener más

información con respecto a su estado. No fue hasta hoy, cuando hablamos con él, que supimos que Trine se había marchado. Mikkel no nos había dicho nada.

—¿Cuánto dinero tenían en el tarro? —preguntó Louise. Volvía a inflamarse todo el resentimiento que sintió la primera vez que su cuñada dejó a Mikkel. Si tuviera que exprimirle ese dinero a Trine con las propias manos, lo haría, y disfrutaría cada segundo.

La madre le sirvió más vino.

—Mikkel cree que eran unas siete mil coronas.

—Así que no irá muy lejos, si es que esto va de viajecito romántico —dijo el padre.

—No sabemos si se trata de eso —espetó la madre, como tratando de controlar su ira contra Trine—. En todo caso, no podemos llenarle la cabeza a Mikkel con ideas como esa. Puede ser que ella solo esté buscando pasar un tiempo a solas.

El padre no quitaba el dedo del renglón.

—Se ha ido, y lo que es peor, ha dejado a los niños. Mikkel tiene que estar convencido de que lo ha abandonado, o no habría buscado tocar fondo.

Louise dejó de escuchar tantos dimes y diretes. Estaba cansada. Su corazón estaba roto. Tenía la certeza de que, pasara lo que pasara, Trine tendría mucho que pensar al volver a casa y enterarse de lo que había provocado. De pronto, cayó en la cuenta: la desesperación de Mikkel podría ser la misma que lleva a algunos hombres a matar a sus esposas e hijos antes de suicidarse; aquello que los medios llaman «tragedia familiar», pero que, en realidad, es una aniquilación. Su hermano no había tratado de llevarse a los niños a la tumba con él; su idea no era castigar a Trine de ese modo. Simplemente se había puesto en peligro. Louise dio crédito a todos sus años en Homicidios por sentirse aliviada de que las cosas no hubieran ido peor. Nadie había muerto. Por fortuna.

Casi pegó un salto cuando su madre se puso de pie.

—Te he puesto una cama en la habitación del fondo. —Cogió la maleta de Louise y la arrastró al vestíbulo—. Dormiremos aquí esta noche, y así podremos sacar mañana a los niños. Aunque, si en el hospital les diera por mantener a Mikkel, creo que tú y los niños tendréis que venir a la granja. Por lo menos, hasta que lo den de alta. También podría ser bueno para él tener algo de paz y quietud

al principio. Podremos hablar de esto mañana.

Louise no estaba dispuesta a quedarse con sus padres, lo tenía muy claro, pero, por el momento, estaba demasiado cansada como para discutirlo. Su madre le había dejado toallas en la habitación de invitados y le había dicho que, en caso de que necesitara algo, podía usar cualquier cosa que encontrara en el armario de Trine.

—Lo que necesito es ducharme, nada más —dijo Louise—. Y me vendría fantástico tumbarme después de todas las horas que llevo en asientos de aviones.

La madre se acercó y le puso las manos en las mejillas. Se quedó así por un momento antes de dejarlas caer.

—¿Debo despertarte antes de que nos vayamos?

—No. Si logro dormir decentemente, quizás me evite el desfase horario.

Ya estaba metiendo la mano en el bolso para sacar una bol sita de plástico transparente: sus píldoras para dormir.

Capítulo dos

Por un largo rato, se quedó completamente quieta, mirando la oscuridad sin entender nada. El cuerpo le dolía; lo sentía pesado, como si perteneciera a alguien más. Notaba un picor en la nariz por el olor rancio a humedad y a tierra mohosa. La quietud que la rodeaba era claustrofóbica.

Escuchaba con toda su atención el más leve de los sonidos, aunque en vano. Entró en pánico; hizo el intento de incorporarse, pero su cuerpo rehusó moverse. Cuando quiso gritar, de su boca no salió ningún sonido. Era como si el aire alrededor se hubiera quedado quieto, como si el aire fresco estuviera muy, muy lejos.

El dolor ardiente de la nariz le llegó hasta los senos paranasales. Apretó los ojos y sintió que las lágrimas corrían hasta sus orejas. No podía ponerse de lado, pero se las arregló para inclinar la cabeza un poco cuando un espasmo violento le revolvió el estómago, obligándola a vomitar. La fina baba corrió por su rostro. Quiso limpiarse, pero las manos no le respondían. Pasaron segundos; minutos, tal vez, hasta que lentamente logró entender que le era imposible moverse. Desesperadamente, envió señales a sus pies. Quiso mover los dedos, pero no pasó nada.

Capítulo tres

El café se derramó por el borde de la taza y quemó los dedos de Camilla Lind, que trotaba por el pasillo en dirección del despacho de Terkel Høyer. La reunión editorial acaba de empezar. Ella había reunido todos los recortes que pudo imprimir y se sentía armada y lista para luchar por su artículo.

Cuando abrió la puerta, el editor en jefe ya estaba repasando las ideas que le habían presentado.

—Qué gusto que te pases por aquí —le dijo él, con una expresión de evidente fastidio, mientras ella cerraba la puerta.

Høyer había sido su jefe durante todo el tiempo que ella estuvo trabajando para las páginas de sucesos del *Morgenavisen*. Él la había puesto después en el equipo de correctores, cuando Camilla regresó de un largo y autoimpuesto paréntesis. Después de presenciar de cerca una ejecución en el mundo criminal de Suecia, para lidiar con el trauma había tenido que pasar algún tiempo en un pabellón psiquiátrico. Algunos creyeron que no se recuperaría de esa experiencia, que no tendría la capacidad para lograrlo.

Pero se equivocaron.

Mientras estuvo lejos, la vida intentó meterle varios goles, y eso la hizo descubrir sus deseos de volver al trabajo. Y tener un curro de tiempo completo le venía muy bien, ahora que su esposo, Frederik, estaba en los Estados Unidos, trabajando en una serie de televisión para una compañía cinematográfica.

—Bornholm —dijo Camilla después de que Terkel terminara con lo suyo y echara un vistazo a los papeles que ella había puesto sobre la mesa—. Hablé con la policía de Rønne. Aún no deciden si la muerte de Susan Dahlgaard fue un homicidio. Pero me enteré de que el cuerpo se momificó y estuvo escondido detrás de unas rocas y debajo de un árbol caído. Es casi seguro que ha estado ahí desde el día de su desaparición, que eso es casi seguro. Cuando el árbol se

pudrió lo suficiente, entonces apareció. Alguien que iba caminando por el cañón del Eco lo reportó a la policía. —Cogió sus notas.

»Las rocas y el árbol la tenían tan estrechamente encerrada que ningún animal pudo llegar a su cuerpo.

—Eso ya está en el sitio web —dijo Jakob, un joven reportero que empezó como becario en la sección de sucesos. Aunque los recortes presupuéstales habían afectado a todo el periódico, él había sido contratado mientras Camilla estaba ausente.

Ella sacó una silla y se sentó.

—Fui a la escuela primaria en Osted. Estaba unos cuantos cursos por delante de Susan —dijo, sin hacer caso a Jakob—. A ella no la conocí, pero sí a su maestra. Susan estaba en una excursión del colegio. Revisé la lista de los alumnos de su clase y reconocí unos cuantos nombres.

—¿Y tienes acceso a alguno de ellos? —preguntó Terkel.

—Yo salía con el hermano mayor de una. Pero, de vez en cuando, me encuentro con otra de esa clase. Vive cerca de la escuela. Estoy segura de que ella podría conducirme a los otros que estuvieron en Bornholm.

Høyer interrumpió.

—Vamos a ver. Ni siquiera sabemos si ha habido un delito.

—¿Lo que estás diciendo es que nos quedemos aquí sentados a esperar, mientras otros periódicos y semanarios copan a los que podrían contarnos lo que aconteció?

Le miró fijamente. Casi nada enfadaba tanto a su jefe como esas veces en que la competencia se les adelantaba con las fuentes. Llegaban, incluso, a asegurarse de que los informadores no hablaran con los otros medios.

—Fuimos al mismo cole. Yo también fui a Bornholm, al mismo lugar, al mismo hotel, en Svaneke. Quizás hasta dormí en la misma litera que Susan Dahlgaard. Puedo hacer un reportaje desde allí, describir qué pudo haber sucedido antes de su desaparición.

—Pero ¿no es un caso viejo? —Jakob miraba a Ole Kvist, el reportero que llevaba más tiempo trabajando para el periódico.

El veterano colega de Camilla asintió. En los últimos tiempos, apenas mostraba una pizca de interés por las ideas que se planteaban en las reuniones editoriales.

Camilla sintió ganas de arrancarle la cabeza a Jakob.

—Este es el tipo de casos que siempre han fascinado a las personas, porque nunca nadie ha descubierto las causas de la desaparición. Es como un asesinato no resuelto. Queremos saber qué ocurrió. Susan acababa de cumplir catorce años cuando desapareció, en 1995. Todos hemos estado en una excursión del cole, todos podemos identificarnos con esto.

—Nunca estuve en Bornholm —respondió Jakob.

Camilla lo fulminó con la mirada. Él apenas había nacido en ese entonces, pensó. Notó que Ole estaba a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Anoche hubo un tiroteo en Tagensvej —dijo Terkel mientras miraba a Camilla.

Ella se apoyó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos.

—¡Un encargo más relacionado con las pandillas y renuncio!

Ole rio.

—Acabas de reincorporarte. —Parecía disfrutar del espectáculo.

—Cubriré la excursión de la clase. Puedo llegar a quienes viajaron con ella. Averiguaré qué pueden recordar, dónde están ahora. Podrán contarnos quién era Susan, tal vez tengan alguna idea de lo que sucedió entonces.

—Pero alguien debió de haber escrito algo acerca de eso —dijo Jakob—. Seguramente, otros hablaron con ellos cuando todo ocurrió.

—Yo no he escrito nada acerca de eso —espetó Camilla—. Yo no he hablado con ellos.

De hecho, daba la impresión de que Høyer estaba de acuerdo con ella. Asintió.

—Jakob, encárgate de lo de Tagensvej. Camilla, ocúpate de los compañeros de clase de la niña. Si resulta que no hubo crimen, concéntrate en lo que sientan con respecto a la reapertura del caso. Las viejas heridas abiertas.

Camilla asintió satisfecha. Le tomaría cuarenta minutos llegar a Osted, y sabía bien por dónde comenzar.

La lluvia veraniega golpeaba el parabrisas mientras Camilla dejaba la autopista. Después, pasó por delante de Glim y Øm, ya en la carretera a Osted. Pensó en Frederik, quien pasaba unos días en la casa de Hawái; y en su suegro, que también estaba ahí, de visita. Ella ya había estado en esa casa, pero solo antes de casarse.

En repetidas ocasiones, Frederik le había pedido que se uniera a ellos, pero el hijo de Camilla estaba a punto de comenzar los cursos de verano en el internado. Ella no quería hacer ese viaje sin Markus, mientras que Markus prefería quedarse en casa para estar con su novia, Julia.

Qué locura, pensó Camilla. Miró a través de los campos la granja donde había vivido una de sus amigas del instituto en Roskilde. No tenía ni idea de cómo su hijo se había convertido en alguien que no daría saltos ante la oportunidad de ir a Hawái.

Pero, en realidad, ¿ella se diferenciaba en algo? Después de todo, prefería estar aquí con él.

Aquí, en pleno verano danés.

Markus y Julia habían comenzado a salir a principios del curso. Y Camilla estaba muy sorprendida de que esto estuviera durando tanto. Markus no quería hacer nada sin Julia. Y ella era una chica encantadora; ese no era el problema. Lo que irritaba a Camilla era no tener nunca a su hijo para ella sola.

Sus pensamientos se desviaron de vuelta a Frederik. Segundos después sonó el teléfono. Había doce horas de diferencia entre ellos, pero su voz se oía como si estuvieran sentados uno al lado del otro.

—Estoy de camino a Osted —contestó ella cuando él le preguntó qué estaba haciendo.

—¿Al concesionario de coches usados, eh? —Él rio. El padre de Camilla vendía coches de segunda mano en un solar de Hovedvejen, la autopista que pasaba por Osted. Hileras de vehículos con pegatinas de precios en los parabrisas.

Frederik no lo conocía. La relación de Camilla con su padre no había comenzado a descongelarse hasta después del matrimonio.

—Difícilmente. Han pasado veinticinco años desde que cerró el negocio, ¿recuerdas? Pero, de hecho, almorcé con él ayer. Pasó por la ciudad y quiso verme.

La familia de Frederik se había dividido después de la muerte de la madre. Por eso, Camilla creía que para él tenía tanto significado mantener unida su propia familia. Pero el padre de Camilla era un gilipollas; o, por lo menos, eso había sido.

—Todavía no está dispuesto a hablar de su divorcio —dijo—. Cada vez que saco el tema, se limita a decirme que las cosas no fueron fáciles tras la muerte de mi hermano. No fueron jodidamente

fáciles para ninguno de nosotros. Nunca son fáciles cuando muere un chico de dieciséis años.

Camilla tenía catorce años cuando su hermano mayor, Lasse, se mató conduciendo su motocicleta. El accidente sucedió a menos de doscientos metros de Hestehaven, donde vivían. Él arrancó de Hovedvejen y, en ese momento, apareció el coche.

—El dolor es muy difícil de manejar, todos reaccionamos de manera diferente —dijo Frederik.

Lo había dicho muchas veces, pero eso no funcionaba; no de verdad. El padre de Camilla había sido una persona muy importante en Osted. Un hombre lleno de entusiasmo y con una gran red de amigos y conexiones de negocios. Dejó todo después de la muerte de Lasse. A menos de un mes del divorcio, ya estaba viviendo con una mujer más joven a quien Camilla detestó a primera vista.

—Pero, obviamente, sabes que eso no es todo —dijo ella. Redujo la velocidad y se quedó mirando las casas al otro lado de la calle—. Nunca ha estado pendiente de Markus. Nunca se ha ofrecido a hacer nada, nunca se ha ofrecido para cuidarlo; ni para recogerlo, ya que estamos. No ha sido alguien con quien uno pueda contar. Pero… —Puso el intermitente—. Lo hemos pasado bien. Me ha gustado verlo de nuevo. Es como si ahora, más viejo, tuviera en su vida un poco más de espacio para los demás, ya no solo para sí mismo. Nos reuniremos otra vez esta semana. Hace mucho tiempo que no voy a Præstø.

Su padre se había hecho cargo de la granja de los abuelos. Por muchos años, había vendido coches usados también en esa parte de Selandia del Sur, pero ahora estaba jubilado. Hacía mucho que su joven novia se había marchado, y Camilla tenía la sensación de que, a veces, los días para él se estaban haciendo terriblemente largos.

—Eso está muy bien —dijo Frederik. Ella podía notar cómo él se esforzaba en no sonar demasiado entusiasta con esa reconciliación —. ¿Y cómo está mi suegra?

—Bien. Da clases de interpretación de sueños y pilates. Eso la mantiene ocupada. Es como si su vida social allá, en Skanderborg, hubiera hecho explosión. Ya no puede dedicarle todo el tiempo a su nieto. Se le ha puesto demasiado viejo para eso.

Frederik rio.

—Hace un rato hablé con él por Skype. Me preguntó si podía

usar el bote este fin de semana.

¡Típico de Markus! Ir directamente a Frederik, porque sabía que la combinación de un adolescente de diecisiete años, una lancha, una tarde de verano y un montón de amigos a bordo serían, para ella, una preocupación mayor.

—Y le diste permiso, supongo.

A Camilla le estaba costando trabajo acostumbrarse, de repente, a tener una lancha. A tener dinero. La preocupaba que eso no fuera bueno para Markus. Su hijo disfrutaba de todo eso, era obvio. Lo disfrutaba mucho más que ella.

—Sí, le di permiso, pero con una condición.

—¿Y esa condición es…?

—Que te convenza de tomarte unos días de vacaciones de verano y volar aquí para estar con nosotros.

—No sin él —replicó Camilla. Ya habían hablado de eso.

Frederik sabía muy bien cómo se sentía ella.

—Dos semanas. Vendrá contigo por dos semanas. Pero solo después del festival de Roskilde.

—¿De verdad? —Trató de recordar si alguno más de la sección de sucesos estaría de vacaciones a principios de julio. En su estómago revoloteaban mariposas de felicidad y, de pronto, echaba mucho de menos a su esposo. Pero se dominó. Antes de entusiasmarse demasiado, necesitaba averiguar si era posible.

—Epa, esta es la casa. Tengo que colgar —dijo. Los planes de las vacaciones tendrían que esperar para más tarde—. Te llamaré mañana. Dale un saludo a tu padre, y gracias por todo esto con Markus.

Camilla le mandó algunos besos rápidos y dejó caer el móvil en el asiento. Detuvo el coche.

No recordaba gran cosa de Trine de los tiempos de la escuela, pero, en los últimos años, la había visto en las fiestas de cumpleaños de Louise. La cuñada de su amiga había estado también en la confirmación de Jonas. Cada vez que se encontraban, hablaban del colegio de Osted y de los viejos maestros de la primaria. Y de las fiestas escolares y de hacer novillos y de ir a la tienda de comestibles o de pasar el rato en el campo de fútbol.

Entre ella y Trine, casi todo era palique. En una ocasión, Camilla le había comentado a Louise que la esposa de su hermano era una

pesada. Su amiga simplemente había fruncido el ceño y había respondido que su hermano estaba contento con ella.

Y eso había sido todo.

Pero Trine Madsen era aburrida. Madsen. Antes de dejar a Mikkel para después divorciarse de él, se apellidaba Rick, pero, cuando Mikkel la recibió de vuelta, ya no volvieron a casarse.

No había coches aparcados frente a la construcción, lo cual era buena señal, pensaba Camilla mientras abría la puerta y se apeaba. Trine era podóloga y tenía su propia clínica en la parte de atrás, en un anexo, y, por lo visto, en ese momento no estaba con ningún cliente.

El timbre reverberó por toda la casa, una melodía incesante que poco a poco fue sacando a Louise del sueño profundo. La habitación estaba a oscuras y ella no tenía ni idea de dónde se encontraba. Fue volviendo en sí en un goteo minúsculo y doloroso. El viaje de regreso desde Tailandia, el intento de suicidio de Mikkel. Y, después, todo lo relacionado con Eik y Jonas. Rodó hasta ponerse de cara a la pared y se echó el edredón sobre la cabeza. El timbre sonó una vez más. De pronto, el miedo se apoderó de ella y la hizo salir de la cama de un salto. ¿Y si alguien estuviera tratando de localizarla mientras ella seguía durmiendo? ¿Y si fueran malas noticias de Mikkel y alguien hubiera venido a decirle en persona algo que no podía decirle por teléfono?

Corrió a la entrada principal. El timbre sonó otra vez antes de que pudiera abrir la puerta de golpe y, enseguida, estupefacta, retroceder un paso.

Su voz brotó ronca cuando balbució «¡hola!». Un diluvio de preguntas se precipitaba dentro de ella.

—¿Qué haces aquí? —atronó la voz de Camilla.

El somnífero seguía dando vueltas por el cuerpo de Louise. Sentía un aturdimiento surrealista, hasta el punto de no poder concentrarse. No era capaz de hacer otra cosa que mirar a su mejor amiga sin poder pronunciar una sola palabra, mientras ella seguía gritándole.

—¿Por qué no me llamaste? ¿Cuándo llegaste? ¿Hace cuánto que estás aquí? ¿Por qué coño nadie me había dicho que estabas en Dinamarca?

En lugar de contestar, Louise fue a ella con los brazos extendidos

mientras sentía desbordarse en lágrimas de fatiga.

—Mikkel trató de suicidarse —susurró en el hombro de su amiga.

—Oh, no. —Camilla le dio un abrazo apretado.

—Llegué ayer por la tarde.

Se quedaron abrazadas por un momento. Entonces Louise condujo a su amiga a la cocina y regresó a la habitación de invitados para ponerse algo de ropa limpia. El cabello se le había secado en la almohada, después de la ducha de la víspera, y lo llevaba extrañamente aplastado en un costado de la cabeza.

La casa estaba en silencio. Louise no había oído a sus padres ni a los niños cuando se levantaron, y solo ahora se daba cuenta de que eran las doce y cuarto. Se había quedado dormida.

Tenía varios mensajes de su madre.

> *Visita a M a primera hora esta noche. Terapia conversacional. Esperando al médico.*

La madre nunca había sido de mensajes de texto largos. Y, aunque Louise estaba ansiosa por ver a su hermano, para ella también era un alivio saber que los efectos de la pastilla habrían pasado antes de su visita al hospital. Tal como se sentía en ese momento, no sería de mucha ayuda para Mikkel. Ni siquiera para sí misma.

Le respondió con un «vale» y le preguntó si lo habían visto y que cómo se encontraba.

«Sí. Muy triste —fue la respuesta—. Me da miedo que lo intente otra vez».

Louise cerró los ojos y se imaginó a su hermano. Tenían el mismo cabello oscuro y rizado. Él lo llevaba corto y bien pegado a la cabeza. Los dos también tenían la nariz ligeramente puntiaguda y los ojos azules.

Se enrolló los rizos en un moño y los sujetó con un elástico. Luego se reunió con Camilla en la cocina y bajó la tetera de un estante. Su amiga le preguntó cómo había sucedido.

—El escape del coche. —Reconoció el tono profesional en su propia voz, la que la detective Rick usaba para informar de una muerte a los familiares. Compasiva, pero profesional—. Estaba en la cochera. Puso el motor en marcha. Mamá lo encontró.

—Qué pena. ¿Cuándo sucedió?

—Anteayer. Vine a casa tan pronto como me enteré, pero tardé un día en llegar hasta aquí.

—¿Lo has visto?

—Aún no, pero iré alrededor de las seis. Se supone que debe hablar con un médico esta tarde, así que tendré que esperar.

—¿Pero está bien?

Louise se encogió de hombros. No podía imaginarse cómo podría estar bien. Sabía que su amiga le preguntaba eso porque se sentía preocupada, pero, en realidad, nadie que hubiera querido acabar con su vida podía estar bien.

—¿Mi madre te llamó para decirte que yo había llegado? — Louise encontró una lata de té en el aparador.

Camilla parecía confundida.

—Nadie me dijo que estabas aquí, yo no tenía ni idea. Por eso, casi me da un infarto allá fuera. Eres, quizás, la última persona a quien esperaba encontrar.

Louise se volvió sorprendida.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí?

La tetera expulsó una espesa nube de vapor a la ventana mientras Camilla sacaba una silla y se sentaba a la mesa de la cocina.

—He venido a hablar con Trine. Lo mejor será que sea yo quien escriba la historia. Me aseguraré de que se relate tal como ella quiera.

—¿De qué hablas? ¿Sabes dónde está? —De un solo paso, Louise ya estaba apoyada sobre la mesa, ansiosa—. ¿Has sabido algo de ella? ¿De qué historia hablas?, ¿qué es lo que sería mejor que tú escribieras?

Se miraron una a la otra por un momento. Entonces, Camilla, desconcertada, movió la cabeza de un lado al otro.

—No sé dónde está. Simplemente supuse que estaría aquí.

Louise retrocedió.

—Trine se ha ido —dijo, más tranquila ahora—. Lo abandonó.

Camilla alzó las cejas.

—¿Se ha ido?

—Por eso Mikkel tocó fondo. ¿Qué es esa historia de la que estás escribiendo? ¿Ella hizo algo?

—No sé de qué hablas. He venido para hablar con ella acerca de

lo que sucedió en Bornholm, cuando se fueron de excursión con la clase.

—¿Bornholm?

—Tu cuñada estaba en la misma clase de la niña que se perdió allá en 1995. Acaban de identificar el cadáver que apareció la semana pasada. Es el de ella.

Louise asintió y dijo que había escuchado algo al respecto.

—De camino hacia aquí —continuó Camilla—, escuché en la radio que la policía cree que Susan pudo haber estado en esa pequeña cueva cuando se rompió un saliente encima de ella. Al parecer, eso provocó que un árbol se cayera y bloqueara la entrada.

—¿Así que nadie que anduviera caminando por los bosques podía verla?

Camilla asintió.

—Quiero hablar con Trine acerca del viaje. Solo escuchar lo que recuerde, para que así yo pueda reconstruir los sucesos que llevaron a la desaparición de Susan.

—Parece que tienes mala suerte con Trine.

Louise sirvió el té. No tenía ni idea de que su cuñada hubiera estado en esa clase y, por ahora, le importaba un bledo. Su madre había dejado algo de pan en una bolsa sobre la encimera de la cocina y, de repente, se sentía muy hambrienta. Sentía la urgencia de embutir algo suave y que la llenara en ese vacío que llevaba dentro.

Le dio a Camilla una taza de té.

—¿Qué es esto de que se marchó? —dijo Camilla.

—Volvió a dejar a Mikkel. Otra vez. —Louise sacó mantequilla y queso del frigorífico—. No sabemos dónde está. Nadie ha sabido nada de ella, así que, como te dije, esto no tiene buena pinta para tu historia.

—Pero ¿se mudó? —Camilla echó un vistazo alrededor de la cocina, como buscando alguna señal de que se hubiera ido—. ¿Cuándo?

Louise se sentó y untó mantequilla en una porción de pan.

—Hace una semana. Los niños todavía no saben nada. Es tan perverso de su parte. Sabe bien lo duro que fue para todos la otra vez que se marchó.

Louise no pudo dar más que un bocado antes de que el estómago

se le acalambrara.

—Markus estará encantado de saber que Jonas ha vuelto a casa. Se han estado escribiendo y hablando por Skype, pero sé que lo echa de menos.

Los dos chicos habían ido al colegio juntos desde pequeños. También Louise había notado que, de vez en cuando, Jonas echaba de menos a su amigo, al igual que a Melvin, su vecino.

—Tienes un aspecto de mierda —dijo Camilla en cuanto Louise apartó el plato—. ¿Qué tal el viaje? ¿Los demás se quedaron en Copenhague?

Louise se quedó quieta por un momento, mirando la mesa, antes de mover la cabeza de un lado al otro.

Habían salido de Sudamérica para ir a África, el lugar que Louise soñaba con visitar: Botsuana, Zambia, Tanzania y, de ahí, a Madagascar. Entonces llegó el turno de Eik. Él había viajado mucho por la India y quería que los demás conocieran el país.

A la hija de Eik, varios chicos de su clase le habían mostrado fotografías de Phuket, y el viaje de sus sueños era ir allá. Tailandia era, supuestamente, solo su primera parada en Asia. Stephanie, la hija de Eik… su hijastra… Louise trataba de asimilar que eran una familia que viajaba junta. Ya no consideraba a Jonas como un hijo adoptivo, porque era mucho más que eso. Incluso se había estado amoldando a la idea de que, en seis meses, Eik había pasado de ser su nuevo novio al hombre con quien se casaría, y también a la idea de que Stephanie —o Steph, como ella prefería que la llamaran— encajaba increíblemente bien en esa, su pequeña familia, a pesar de que Eik apenas empezaba a conocer a su hija.

—Siguen en Asia. —No pudo evitar que se le cayeran las lágrimas ni contener los sollozos. Escondió el rostro entre las manos y comenzó a mecerse lentamente hacia delante y hacia atrás, tratando de dominarse y poner freno a la desesperación.

—Madre santa. —La voz de Camilla parecía provenir de otro mundo—. Serénate, tranquila. ¿Qué diablos sucedió?

Gentilmente la ayudó a levantarse de la silla, y pronto Louise estuvo sentada en el sofá de su hermano, envuelta en una manta y con las piernas recogidas.

Seguía llorando, aunque más quedo y suave.

—Calma, calma. —Camilla empujó un poco los pies de Louise

para hacerse sitio y sentarse—. Está muy mal que no hayan regresado ellos también. Eik debería estar aquí, contigo. Así es como las cosas deben ser cuando te vas a casar. Estáis el uno para el otro. Y Mikkel es su cuñado, así que, sin duda, debería estar aquí.

Seguía hablando, tratando de consolarla, pero Louise ya no la estaba escuchando. Para detener por fin el torrente de palabras, dijo:

—Él lo terminó.

Camilla se enderezó y dejó su taza.

—¿Qué quieres decir?

—No nos vamos a casar. Ya no estamos juntos, ya no somos pareja.

Ninguna de las dos habló. En absoluto silencio, Camilla parecía estar tratando de resolverlo todo.

—Pero fue él quien te lo propuso —dijo, como si se tratara de un error. Un malentendido.

Louise asintió.

—Y ha sido él quien lo ha terminado. Retiró su propuesta. Rompió conmigo. —Sintió como si de repente tuviera que dar explicaciones por él.

Louise se echó atrás, exhausta. Ya no corrían las lágrimas, pero se había abierto el nudo interior, el que la atormentaba desde la noche en que ella y Eik se quedaron en el balcón, después de despedirse de Jonas y Steph.

Él había dicho que, sencillamente, no estaba listo para casarse, después de todo. Que, tal y como se sentía en ese momento, no podía compartir su vida con ella.

Louise se había quedado azorada. Al principio, creyó que era de cachondeo, pero no. No podía recordar cómo había pasado esa noche. No se lo había contado a nadie, no lo había dicho en voz alta hasta ahora, y, aunque las palabras hacían que la ruptura fuera un hecho, es decir, algo más real, eran también un alivio.

—¿Qué coño ocurrió? ¿Tuvisteis una pelea muy gorda o qué? — Louise negó con la cabeza, y, antes de que pudiera decir nada, Camilla continuó—. Porque, para mí, todo parecía marchar estupendamente; como si estuvierais muy contentos juntos. Los cuatro. Y, por las fotos que enviaste, parecíais muy enamorados.

—Es verdad, éramos felices. Jonas y Steph se llevan muy bien,

pero creo que Eik se siente culpable de no haber estado con ella mientras crecía. Siente que la ha fallado y que se perdieron muchas cosas juntos.

—Pero él ni siquiera sabía que tenía una hija, ¡madre santa! ¡No puedes estar a disposición de alguien que ni siquiera sabes que existe! Y, para Steph, también es enteramente nuevo esto de descubrir a su padre biológico.

—Eik siente que debe concentrarse en su hija, ponerse al corriente de todo lo que se han perdido. También tiene miedo de que Steph reaccione mal en algún momento, después de haber presenciado el asesinato de su madre. Y eso lo entiendo; por supuesto que lo entiendo. Jonas vivió la misma experiencia. Para él fue durísimo, y por mucho tiempo.

Camilla asintió pensativa. Ella misma había estado ahí, en Suecia, mientras al padre de Jonas, el pastor Henrik Holm, lo asesinaban enfrente. Había conocido al chico y a su padre porque Markus y Jonas jugaban juntos en la casa del pastor, en Frederiksberg.

—Vale, pero si hay alguien que puede lidiar con lo que Steph está viviendo en este momento, esos deberíamos ser nosotros —dijo Camilla, como si todos fueran una gran familia.

Louise asintió.

—Creo que Steph habla con Jonas de vez en cuando. —Su hijo le había hablado de pesadillas que despertaban a Steph y con las cuales él podía identificarse. A él le había sucedido lo mismo—. Pero, cuando le pregunto, se encierra. No me deja entrar en el espacio que se han hecho juntos. Sería como una intromisión en su mundo de confidencias. Lo respeto. Lo importante es que ella tenga alguien con quien hablar.

—Vale, pero es totalmente enfermizo que Eik os esté alejando.

—No a todos. Solo a mí. —La voz se le volvió a atascar. Tuvo que aclararse la garganta—. Creo que, de algún modo, todavía desea estar conmigo, solo que no quiere casarse ni que tengamos una vida en común. Por ahora, quiere comprometerse con Steph, nada más.

—Venga, vale, ¡que así sea! Tú misma dijiste que era extraño que a él, así, de la nada, le diera por casarse. Sigue con lo que tenías antes.

Louise negó con la cabeza.

—No se trata de casarse. El problema es que, por lo que parece, no cree que valga la pena comprometerse conmigo.

Esa última oración le costó mucho trabajo. Y, en cuanto la dijo, se miró las manos para evitar los ojos de Camilla. Pero su amiga la entendió. Louise podía sentirlo en el silencio que se coló entre las dos.

Se conocían desde los tiempos en que Louise pensaba que su novio se había ahorcado. Durante la mayor parte de su vida adulta, Louise había creído que no merecía ser amada.

—No puedes comparar esto con lo de aquel entonces —le dijo Camilla con voz firme—. Y Klaus no se suicidó, eso no tuvo nada que ver contigo.

Louise negó con la cabeza. Por supuesto, ella era consciente de eso. Ahora. Pero, durante casi veinte años, había vivido con una autoestima disminuida. Y no era nada difícil revivir ese sentimiento.

—Sin embargo, entiendo cómo se siente Eik —dijo Louise—. Solo que no puedo pasar por lo mismo otra vez: la inseguridad.

Pensó en Mikkel. Quizás era un asunto familiar eso de no ser capaz de sobrellevar el abandono. Por un momento, incluso pensó que ella misma podría ser la que estuviera acostada en una cama de hospital. Solo fue un pensamiento fugaz. Ella no era así. Era de las que se cierran y se cabrean, solo que la ira aún no terminaba por surgir.

Camilla trajo la tetera de la cocina y sirvió té en las dos tazas.

—Entonces, en realidad, has sido tú quien rompió con Eik. —Louise apenas podía creer lo que acababa de escuchar. Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Sí, sí, has sido tú. Él dice que no está listo para casarse todavía, pero que quiere seguir contigo, y entonces tú decidiste romper. —Louise abrió la boca para discutir, pero Camilla se le adelantó—. Y, en primer lugar, tú ni siquiera tenías ganas de casarte. Cuando se puso de rodillas, te pareció una absoluta ridiculez. Tú misma lo dijiste.

—Vale. Pero no quiero un novio con quien no pueda contar —espetó Louise.

—¿Y qué pasa con Jonas?

—Se quedó. Al principio, quería venir a casa conmigo, pero Eik dijo que, si quería, era bienvenido a quedarse con él y Steph.

Camilla se indignó.

—¿Me estás diciendo que Eik simplemente aceptó que no los acompañaras?

Louise lo meditó por un momento antes de asentir.

—Eso hizo, de hecho. Después de que le dije que yo ahílo dejaba, eso fue todo.

Louise notó que su amiga estaba a punto de decir algo, pero se contuvo.

Momentos después, Camilla dijo:

—Debe de haber sido una situación muy difícil para Jonas.

—Sin duda, él tenía que quedarse con ellos. Es una experiencia increíble, y los tres se llevan estupendamente. Pero creo que lo estaba afectando que yo pareciera tan infeliz. No está acostumbrado. Y casi todos los días me escribe para preguntarme si me encuentro bien.

Louise sonrió y, por un momento, la calidez de ese recuerdo sofocó su melancolía.

—Es un chico maravilloso, de verdad —dijo Camilla. Le contó a Louise que Markus pasaba la mayor parte del tiempo con los padres de Julia en Vanløse, donde les habían puesto una habitación en el sótano—. O sea, tenemos un piso enorme, una terraza gigante en la azotea, estamos en el centro de Frederiksberg, él mismo tiene dos habitaciones y su propio baño, maldita sea, un lujo, pero ¿crees que tiene ganas de estar conmigo?

Camilla quería ser graciosa, pero, con toda claridad, lo dijo con amargura. Y con dolor.

—Frederik y yo hemos hablado de una incorporación de última hora. A la familia. —Los ojos de Louise se abrieron de par en par—. Siempre quise uno más, y Frederik no tiene hijos propios.

—¡Tienes más de cuarenta años!

—Sí, y el tipo de allá, el de Hollywood, más de cincuenta, así que tengo mucho tiempo. —Camilla rio.

—Con toda franqueza, ¿lo habéis pensado muy bien? ¿Frederik vendrá a casa o tú tienes planes de mudarte allá?

—El plan es que, al principio, me haga cargo de mi embarazo yo sola. La mayoría de las mujeres lo hacemos, de cualquier modo, incluso cuando los esposos creen que están muy comprometidos con todo. Y, cuando nazca el bebé, Frederik estará de vuelta con tanta

frecuencia como pueda. Y yo podré ir con él durante mi baja por maternidad. Todo depende de lo que me apetezca hacer entonces.

Louise movió la cabeza de un lado al otro. Aunque nunca había estado embarazada, esto parecía casi una irresponsabilidad. Podía ser que funcionara, teóricamente, pero, al toparse con la realidad, su amiga se arrepentiría. Eso no lo dijo, sin embargo.

Sonó el anuncio de un mensaje. Se levantó y salió de la habitación.

> *Estamos recogiendo a los niños y los llevaremos a casa con nosotros. Escríbenos cuando hayas visto a Mikkel. Tal vez se abra un poco más contigo. Te quiero. Papá.*

Su padre era mucho más locuaz que su madre en los mensajes de texto.

—No creen que yo pueda hacerme cargo de los niños —dijo Louise cuando Camilla se unió a ella en la cocina—. Ni siquiera se atreven a dejarme recogerlos.

Negaba con la cabeza ante esa alusión a sus padres sobreprotectores. Jonas tenía once años cuando llegó a su vida, así que Louise nunca tuvo mucha experiencia con niños más pequeños. Ninguna experiencia, por lo menos, en su propia vida, aunque ya había cuidado de sus sobrinos y todo había salido bien.

—Supongo que será mejor que intente localizar a otros de la clase de Susan Dahlgaard, para no regresar al periódico con las manos vacías. ¿Necesitas que te lleve al hospital?

Louise negó con la cabeza.

—Me llevaré el coche de Mikkel. Está allá fuera.

Justo allá fuera, donde su hermano había tratado de acabar con todo. Pero apartó de inmediato ese pensamiento.

—Llama después de que hayas estado con él —dijo Camilla mientras su amiga la seguía a la salida.

Se abrazaron. Louise miró a Camilla, que retrocedía y se alejaba.

Capítulo cuatro

Estaba a punto de ponerse a limpiar cuando el timbre sonó otra vez. Fue a la cocina para ver si Camilla había olvidado algo, y luego a la entrada, a abrir la puerta.

Dos policías uniformados aparecieron frente a ella. Uno de ellos le preguntó si era Louise Rick.

Ella vaciló por un momento antes de decir que sí. Se hizo a un lado cuando le pidieron permiso de entrar. Le explicaron que pertenecían a la policía de Roskilde y se presentaron. Añadieron que habían tratado de localizarla en su domicilio de Frederiksberg.

—Tenemos entendido que acaba de regresar de un largo viaje por el extranjero —dijo el agente—. Quisiéramos charlar un poco con usted.

Louise asintió mientras la parte de su cerebro que estaba en funcionamiento trataba de entender de qué se trataba esto. Los modales de los policías habrían sido diferentes de haberle ocurrido algo a Jonas. O a Melvin. Durante los últimos años, su vecino del piso de abajo se había convertido en uno de sus mejores amigos, y acababa de sobrevivir a un infarto. En ese momento, ella y Jonas habían quedado registrados como sus familiares más cercanos; pero la novia de Melvin, Grete Milling, la habría llamado en caso de una recaída. Y si trajeran noticias trágicas acerca de Trine, se habrían quedado fuera un poco más de tiempo antes de pedir que los dejara entrar. Esta llegada era un poco más agresiva. Estaban atentos, observando.

Los hizo pasar a la cocina.

—¿De qué se trata?

—Hemos venido a hablar acerca de su hermano —dijo la mujer policía, un poco más alta que Louise, de cabello rubio corto. A ella no le parecieron conocidos de los tiempos en que estuvo trabajando con la policía de Roskilde, pero quizás no estaban en la división

criminal.

—¿Mi hermano?

—Mikkel Rick.

Louise asintió y se quedó esperando.

El otro agente señaló la mesa y le preguntó si podían sentarse. Louise no estaba encantada con la idea, pero le acomodó una silla.

—Trine Madsen —continuó él—, desaparecida el miércoles pasado. Hace ocho días que no se sabe nada de ella.

Louise asintió otra vez.

—Hace cuatro días, su madre, Liselotte Madsen, informó de la desaparición de su hija.

—¡Su madre!

Louise se sorprendió. La suegra de su hermano había sido profesora del instituto y vivía en Dåstrup, pero los últimos años pasaba la mayor parte de su tiempo en Málaga, donde había comprado un pequeño apartamento con vista al mar. Solía venir por Navidad, pero prefería su jubilación activa en el soleado sur de Europa.

—Trine no ha desaparecido —continuó—. Dejó a mi hermano, y no es la primera vez que lo hace, y su madre lo sabe. —Sentía que las mejillas se le ponían rojas. Era ridículo permitir que estos dos agentes se metieran en su vida privada. Lo sabía, pero, si habían venido a entrometerse sin estar preparados, no se lo iba a poner fácil—. La última vez que los abandonó, a él y a los niños, dejó a mi hermano atascado con la casa y las facturas, lo dejó como único responsable de sus dos hijos, de sus vidas cotidianas. En ese entonces, su madre estaba muy ocupada en la Costa del Sol con sus amigos jubilados. No tenía tiempo para regresar a ayudar a mi hermano con sus nietos. Los niños que su hija había abandonado.

El agente no le prestó atención.

—Han pasado cuatro días desde que nos informaron de la desaparición de Trine Madsen. En todo este tiempo, no ha habido ningún indicio de que esté viva. No ha habido huellas dactilares ni avistamientos físicos. Por eso hemos abierto una investigación.

—Sé lo que eso significa. —Louise estaba más que molesta por la falta de preparación de los policías. No parecían saber que ella trabajaba en el Departamento de Personas Desaparecidas. O que, por lo menos, ahí había trabajado—. ¿Saben que mi hermano trató

de suicidarse? ¿Saben cuán grave es esto?, ¿cuán cerca estuvo de lograrlo? ¿Y, a todo esto, dónde está la madre de Trine? —Pasó la mirada por toda la cocina—. Obviamente, no está aquí ayudándome a reconstruir esto.

—En este momento, Liselotte Madsen está en la comisaría con uno de nuestros colegas, tratando de averiguar dónde estaba su hija en el momento de su desaparición.

—Trine *estuvo* aquí hasta el momento de su desaparición. ¿Qué hay que poner…? —De repente, Louise entendió lo que estaba sucediendo. Cruzó los brazos.

—Queremos hablar con usted acerca de su hermano —dijo la mujer, para poner las cosas otra vez en su sitio—. ¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

Louise se tomó un poco de tiempo para pensar la respuesta.

—He hablado con él una sola vez desde que salí de viaje. Me fui en febrero. Lo llamé por su cumpleaños, el 10 de abril. Sin embargo, hemos intercambiado mensajes de texto y nos hemos escrito por Messenger. Y he hablado con mis sobrinos por Facetime, y, por lo general, también en esas ocasiones nos hemos saludado. Sin embargo, la única vez que realmente hablé con él fue en su cumpleaños.

—¿Así que no sabe cómo le ha ido? Me refiero a su estado mental y emocional; si se sentía infeliz, deprimido.

Respondió negando con la cabeza.

El agente parecía más severo.

—¿Tiene alguna razón para creer que su cuñada fuera una suicida?, ¿que estuviera cansada de vivir?

¡Cansada de vivir! Louise puso los ojos en blanco.

—Si estaba deprimida, nunca lo supe.

—¿Tenía problemas emocionales?

—No, que yo sepa.

—¿Sabe si preparó alguna maleta antes de desaparecer? —preguntó él.

Louise asintió.

—Una bolsa de viaje. Se llevó unas cuantas prendas. Y dinero. —Los agentes intercambiaron una mirada—. Y no —continuó Louise —, no sé si tiene un romance. No sé si sacó dinero de la cuenta conjunta antes de marcharse. Y tampoco he revisado si la última

semana mi cuñada ha aparecido en las redes sociales. Llegué a casa anoche y, en este momento, lo único que me preocupa es mi hermano.

La agente ni se inmutó.

—No. No ha sacado dinero ni ha aparecido en las redes sociales.

Louise los miró, del uno al otro.

—Si han pasado cuatro días desde que se reportó la desaparición de mi cuñada, supongo que ustedes han comprobado su teléfono, rastreado su tarjeta de débito e interrogado a sus vecinos y amigos.

Podía oírse a sí misma mofándose de ellos. Pero la búsqueda tenía que haber comenzado un día antes de que su hermano tratara de suicidarse, cuando la suegra reportó a Trine como desaparecida, y podía imaginar cómo se habían dirigido a Mikkel cuando fueron a interrogarlo.

Los dos agentes se miraron mutuamente antes de que él se inclinara sobre la mesa.

—Tenemos sospechas de que su hermano está implicado en la desaparición de su esposa.

Louise les dirigió una mirada helada antes de negar con la cabeza.

—¿Y, con toda exactitud, en qué se basa esa sospecha? —Ninguno de los dos respondió—. Trine no ha sido lo único en desaparecer —siguió diciendo—. También se han ido siete mil coronas de los ahorros de sus vacaciones, pero la suegra de mi hermano no lo sabe, porque no regresó cuando mis padres le dejaron mensajes en su contestador automático. La llamaron varias veces para preguntarle si sabían dónde estaba Trine, si tenía noticias de ella. Pero, en vez de hablar con su familia, aparentemente prefirió acudir a ustedes.

Louise empezaba a hervir de rabia.

—Sabemos que su hermano quiso suicidarse —continuó la agente—. Esto tiene pinta de tragedia familiar. Y averiguaremos lo que sucedió con su cuñada.

Louise saltó de la silla, se apoyó en la mesa y los miró fijamente.

—Mi hermano no mató a Trine —escupió. Estuvo a punto de añadir que Mikkel no había matado a nadie, que no era de ese tipo de personas, pero, después de todos esos años en Homicidios, sabía que eso era una idiotez. Era imposible saberlo—. No hay nadie más

devastado que él con la desaparición de su mujer. La ama, es la mujer de su vida; de otra suerte, nunca la habría aceptado después de la primera vez que ella lo dejó.

—Tenemos que analizar esto desapasionadamente —dijo el policía—. Tratemos de dejar las emociones de lado y concentrarnos en los hechos. Hasta el momento, parece que su hermano fue la última persona que estuvo en contacto con Trine Madsen después de que ella recogiera a sus dos hijos, uno en el colegio y otro en la guardería.

—¿Qué saben? —A Louise le temblaba la voz.

—El día de su desaparición, Trine Madsen no llegó a su hora con el dentista. No canceló las citas que tenía con sus clientes de la clínica. Su hermano fue quien llamó para cancelarlas. Ella no llamó a su madre a España el día de su cumpleaños, la semana pasada. Ninguna de sus amigas ha sabido nada de ella.

Louise dejó de escuchar. Lo entendía: se habían puesto en contacto con ella, y probablemente con sus padres, solo después de haber hablado con todos los demás; con todos los que conocían a Mikkel, aunque no estuvieran de su lado, necesariamente. Habían abierto la investigación basándose en sospechas de asesinato. Y su hermano era el principal sospechoso.

—¿Alguien se está quedando aquí mientras su hermano está en el hospital? —preguntó la agente. Louise no se había molestado en recordar su nombre.

—Yo. Y los niños y, de vez en cuando, mis padres. Mi piso está subarrendado hasta agosto, yo estoy de licencia en mi trabajo. —Como jefa de Homicidios, estuvo a punto de añadir, pero, oficialmente, aún no había comenzado. Y, en ese momento, tenía dudas de poder hacerlo.

La agente asintió.

—Sí, lo sabemos.

Louise entendió que *sí* habían hecho los deberes. Habían verificado sus antecedentes. De hecho, habrían revisado todo antes de ponerse en contacto con ella. Lo suficiente como para estar un paso por delante de ellos, pensó.

—¿Han hablado con mi hermano?

—Nos ha dicho lo mismo que usted, que su esposa simplemente desapareció. Recogió a los niños mientras él hacía la compra de

camino a casa, así que él no llegó aquí hasta las cinco y media. La puerta no estaba cerrada con llave y los niños estaban en el salón viendo la tele. Trine se había ido. Ninguno de los niños notó que su madre se había ido.

»No escucharon nada, no la vieron salir. No fueron conscientes de que se había ido hasta que su hermano entró y preguntó por ella».

—Así que, después de todo, mi hermano no fue la última persona en hablar con ella —señaló Louise rápidamente.

—El último adulto —replicó la agente con la misma rapidez.

—Pero Trine tuvo tiempo de hacer la maleta y coger el dinero que estaba en el tarro —dijo Louise, casi para sí misma. Quería defender a Mikkel, alegar que él nunca habría maltratado a Trine, pero, en su lugar, dijo que en ese momento quería ir al hospital a visitar a su hermano, si los policías no ponían objeciones.

Ellos se quedaron pensando por un momento. Entonces, el agente negó con la cabeza y dijo que, en tanto Mikkel no fuera acusado de un crimen, ella tenía derecho a hablar con él.

—¿Él sabe que lo tienen como sospechoso de haberle hecho daño? —preguntó Louise. Esas palabras sonaban mal con solo salir de su boca.

—Oficialmente, todavía no es sospechoso —dijo la mujer—, pero sabe que estamos investigando.

«Y cree que estos están de su lado», pensó Louise con amargura.

Capítulo cinco

Cuando Louise entró, Mikkel daba la espalda a la puerta. Estaba tan tapado con el edredón que solo se alcanzaba a ver su cabello sobre la almohada. No había nadie más en la habitación. El paciente de la cama junto a la ventana había dejado caer el edredón a un lado, con descuido, y había dejado una pila de revistas y vasos de plástico sobre la mesa de cama.

—Hola. —Louise habló en voz baja mientras se acercaba a él, pensando que probablemente estaría dormido. Rodeó la cama por el lado de los pies para comprobarlo.

Pero estaba despierto, mirando al frente como si no hubiera oído nada. Tenía el cabello oscuro sin peinar y la frente perlada de sudor. Louise pensó que hacía demasiado calor bajo esa cubierta.

—Hola —repitió. Se inclinó hasta nivelar sus ojos con los de él. Luego extendió la mano y le tocó suavemente el hombro. Él no se movió. Ella lo sacudió un poco y susurró su nombre, hasta que, finalmente, Mikkel parpadeó. Lenta y cuidadosamente, dirigió sus ojos hacia ella. Por un momento, simplemente se quedaron mirando. Varios pensamientos vagaron por la cabeza de Louise. Quizás estaba sedado; tal vez le habían dado algo; o, tal vez, acababa de despertarse y aún no volvía en sí del todo. Se estaban sirviendo los alimentos en esa sala y el olor a comida llenaba el vestíbulo exterior. Desde las otras habitaciones llegaba el repiqueteo de los cubiertos y los platos, pero el tiempo se había detenido aquí, como si la habitación de su hermano fuera un espacio aparte del pabellón.

—Mikkel —dijo, apretándole un poco el brazo.

—¿Qué haces aquí? —La voz sonó ronca. Louise le sonrió.

—He venido a asegurarme de que te estés comportando. —Quería parecer picara, pero no lo consiguió.

Él movió la cabeza débilmente y no dijo nada.

Louise acercó la silla a la cama.

—¿Quieres sentarte un poco?

Él no reaccionó. No se movió ni habló cuando ella comenzó a levantar la cabecera.

Presionó su mejilla con la mano, igual que se lo hacía cuando era pequeño. Nada de reproches, ni una palabra acerca de lo mucho que los había aterrado, de lo mal que los había hecho sentir. En el coche, ella ya había decidido que le ahorraría eso.

Notó que había dos dibujos sobre la mesa de cama. En el primero, la palabra «Papá» estaba escrita con letras torcidas sobre un corazón rojo que llenaba la mayor parte del papel. El otro era más abstracto. Quizás un cohete, pensó. También estaba dedicado a «Papá», según decía en una esquina. De repente, era difícil encontrar palabras. Mikkel se sentó erguido, cubierto con el edredón, apático, desviando los ojos.

—Llegué ayer —dijo ella, pensando que sus padres le habrían dicho que venía— y me estoy quedando en tu habitación de invitados. Espero que no te importe.

Él negó con la cabeza débilmente y buscó en la mesa un vaso de plástico.

Louise estuvo a punto de ayudarlo, pero se contuvo.

Lo miró vaciar el vaso.

—¿Cuánto tiempo te van a tener aquí?

—Madre santa, qué malo es esto —dijo, y dejó el vaso sobre la mesa. Su voz sonaba un poco más como de costumbre—. ¿Qué dicen los niños?, ¿cómo lo están tomando?

—En realidad, no he hablado con ellos. Yo seguía dormida cuando mamá y papá salieron esta mañana, y él quería pasar a recogerlos. No sé si es porque no se atreven a dejarlos conmigo.

Sonrió débilmente.

—Vaya, apostaría a que sí. ¿Tuviste un buen viaje?

Louise se apoyó en el respaldo de la silla y asintió. Le dijo que había sido emocionante.

Momentos después, el silencio se volvió incómodo. Ella tenía ganas de sacudirlo, gritarle, pero solo se lo quedó mirando, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Mikkel fue el primero en hablar. Lo hizo en voz baja mientras agitaba la cabeza de lado a lado.

—Simplemente no pude.

Louise asintió. Asumía que lo que él había querido decir es que no pudo soportar que Trine lo dejara otra vez. En una monótona línea de voz, él le explicó que primero había decidido colgarse, pero que había perdido el coraje después de amarrar la cuerda. No se había atrevido.

El momento de silencio que siguió a eso fue ensordecedor, hasta que Louise explotó de cólera.

—¿Qué mierda estabas pensando? ¿En colgarte? ¿Quién coño creías que te encontraría? ¿Tus hijos? ¿Trine? ¿Estabas tratando de castigarla? ¿Se te ocurrió el horror que ella sentiría al encontrarte? ¡Qué cojones! ¡Cómo pudiste atreverte! Y mamá, ¿cómo crees que se sintió al encontrar a su hijo medio muerto en la cochera?

La sangre corría rugiendo por sus venas. Estaba cabreadísima con Mikkel, con Eik y con todo. Cogió el edredón con las dos manos para no golpear a su hermano.

—Lo lamento —susurró él.

—¡Cállate! —gritó ella, justo en el momento en que la puerta se abría y entraba un hombre de mediana edad en bata y zapatillas. El tipo la miró asustado antes de girar y salir de nuevo.

—¡Maldita sea, Mikkel!

Louise sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas. Se inclinó y tiró de su hermano. Lo abrazó, lo apretó con fuerza, meciéndolo hacia delante y hacia atrás, hasta que el calor del edredón fue excesivo.

—Tenía tanto miedo… —susurró ella, mientras volvía a hundirse en su silla—. Miedo de que murieras antes de que yo llegara a casa. Me despedí de ti tantas veces allá, en el aire, cada vez que estuve convencida de que era demasiado tarde. Lo siento mucho, no debí gritarte. No quise hacerlo. Es solo que he pasado tanto, tanto miedo.

—Lo lamento —dijo él de nuevo—. Esta vez, Trine no va a volver.

Louise se sentó y se quedó estudiándolo atentamente. Su hermano se miraba las manos unidas sobre el edredón. Estaba pálido y unas pequeñas gotas de sudor seguían destellando en su frente.

—¿Por qué dices eso?

Él dudó por un instante.

—Es solo lo que yo creo.

Hubo algo casi infantil en la forma en que lo dijo. Louise trató de aprisionar su mirada, pero él seguía desviando los ojos.

Se produjo otro silencio. Esta vez, sin embargo, ella tenía muchas preguntas, cosas que eran muy difíciles de contener, pero se dominó para no bombardearlo con ellas.

Respiró hondo.

—La policía pasó a hablar conmigo antes de que yo viniera aquí.

No tenía entre sus planes decir nada al respecto, pero callarse no era lo mejor para él, según Louise se daba cuenta.

Él asintió y dijo que también habían pasado a hablar con él.

—La han reportado como desaparecida —continuó Mikkel—. Les dije dónde trabajas, que tú moverías todos los hilos posibles para encontrarla.

—Dónde *trabajaba* —dijo ella.

—Y no habría servido de nada, de todas maneras, porque la policía de aquí es la encargada de buscarla. Incluso a pesar de que traté de que llevaran el caso al Departamento de Personas Desaparecidas, donde están los verdaderos expertos.

—La policía de Roskilde sabe lo que está haciendo —dijo ella.

Él asintió dubitativo.

—Lo importante es que la están buscando. Sobre todo, por el bien de los niños. No puede simplemente darles la espalda como la última vez.

Aquella ocasión, había pasado más de un mes antes de que Trine se sintiera preparada para estar con los niños. Necesitaba paz. Tiempo a solas, como había dicho.

—Mikkel, la policía cree que has tenido algo que ver con su desaparición. Piensan que algo le ha ocurrido. Todavía no tienen pruebas, pero deberías prepararte. Están investigando su desaparición como algo no intencionado por parte de ella, sino como un crimen. Y no me sorprendería que aparecieran en tu puerta con una orden judicial.

La miró atónito, súbitamente alerta y bien despierto.

—¿Yo? ¿Qué pude haber hecho yo? Ni siquiera estaba en casa cuando desapareció.

Ella le clavó los ojos mientras hablaba en voz baja.

—Eso es lo que tenemos que demostrar.

De nuevo, había algo infantil en la reacción de Mikkel. O simplemente no era capaz de entender a cabalidad lo que ella acababa de decirle. Louise extendió el brazo y le cogió la mano.

—Nos ocuparemos de esto. Solo necesito entender qué aconteció el día de su desaparición.

Ya había dicho palabras como esas, solo que bajo diferentes circunstancias. En otra vida. Estaba en su despacho, urgida de una respuesta que ratificara o debilitara sus sospechas. Ahora estaba del otro lado, y este no parecía ni una pizca más fácil.

—¿Estás dispuesto a hablar de ello? —preguntó.

Mikkel asintió y se enderezó un poco más. La puerta se abrió y el hombre de la bata se asomó de nuevo.

—Entre —dijo Louise, haciéndole señas. Se volvió a su hermano y se acercó un poco más—. Cuéntame lo que sucedió ese día antes de que Trine desapareciera.

Él se mordió el labio inferior, pensó por un momento y terminó sacudiendo la cabeza.

—He repasado todo un montón de veces, tratando de entenderlo. ¿Por qué esto sucedió ahora? Pero no se me ocurre nada. Lo estábamos pasando fantástico, sin grandes discusiones, sin altibajos importantes, nada que me hiciera sentir que estuviera cansada de mí. Todo lo contrario. —Miró a Louise—. Unos polvos fantásticos. Nos reíamos un montón. Acabábamos de alquilar una casa para las vacaciones y estábamos muy ilusionados. —De repente, Louise se dio cuenta de que le estaba acariciando la mano. Se la soltó.

»Esa mañana, Trine dijo que recogería a los niños, como de costumbre, aunque a veces, al terminar sus consultas, le dan ganas de salir a correr o a hacer ejercicio.

»Pero, ese día, ella los iba a recoger, así que le dije que, por el camino, yo pasaría a comprar comida mexicana. Quedamos en que, si los niños no estaban muy cansados después de la cena, cogeríamos el coche para ir a Malerklemmen a comprar agujeros de donuts. Hablé con Trine antes de salir de la tienda. Ella ya iba a recogerlos. —Louise digirió esa información.

»Llegué a casa un poco antes de las cinco y media. Me encontré a los niños en el sofá, viendo la televisión. Les pregunté dónde

estaba su madre y me dijeron que en la cocina. Pero no era cierto. No estaba en ningún lugar de la casa ni en la clínica. Sus zapatillas de correr seguían en el pasillo de atrás. Si hubiera cambiado de opinión, si se hubiera decidido por salir a correr, me lo habría dicho. Los niños se habrían quedado solos sin ningún problema; ella sabía que yo ya venía en camino. Pero habría dejado una nota».

—Hizo una maleta.

Él asintió.

—Lo descubrí más tarde. Estaba seguro de que regresaría. Quizás había habido alguna pequeña emergencia en casa de algún vecino o en algún lugar cercano. Todos nos conocemos ahí. Su bicicleta seguía en su lugar, así que supuse que no habría ido muy lejos. Saqué la comida, puse la mesa y todo lo demás, pero Trine no llegaba. Así que, después de comer, llamé a unas cuantas de sus amigas y les pregunté si sabían dónde estaba. Ninguna sabía nada de ella. Metí a los niños en sus camas y les dije que su madre había tenido que salir por un rato. Pero estoy bastante seguro de que ellos sabían que algo estaba sucediendo. Cuando se quedaron dormidos, me puse a revisar las cosas de Trine.

—¿Encontraste algo? —preguntó Louise.

Negó con la cabeza.

—Ahí fue cuando me di cuenta de que me había dejado. Lo supe incluso antes de descubrir que su maleta no estaba y de que había cogido el dinero de la cocina. Y esta ocasión era mucho peor que la otra, porque ahora yo no podía prever que esto se me venía encima. La primera vez que se fue, las cosas entre nosotros estaban realmente mal. Nos habíamos distanciado, éramos un fracaso en nuestros intentos por hacer que el matrimonio funcionara. Muchas parejas tienen problemas cuando los hijos son pequeños, y supongo que la nuestra era una de tantas. En aquel entonces, ya me había amenazado con marcharse. Varias veces. Pero, como dije, las cosas ahora estaban muy bien entre nosotros.

—¿Y sabes qué se llevó?

Su hermano negó con la cabeza.

—La maleta pequeña que guarda en el armario del vestíbulo. Ya no está. Y supongo que se habrá llevado algo de ropa. No sé qué falta. No recuerdo qué llevaba puesto ese día.

—¿Es posible que su maleta hubiera desaparecido antes? ¿Antes

de que ella se fuera?

—¿A qué te refieres? ¿Por qué habría sucedido algo así?

—No quiero insinuar nada, solo estoy preguntando. El caso es que no podemos asegurar que hubiera hecho la maleta ese día, antes de marcharse.

Después de masticarlo por un momento, él se encogió de hombros.

—De cualquier modo, si la maleta desapareció antes, no me di cuenta.

—Y el dinero, ¿estás seguro de que lo cogió ese día?

—¡No entiendo! ¿A dónde quieres llegar?

—No quiero llegar a ningún lado. Solo estoy tratando de hacerme una idea clara de lo que pudo haber acontecido.

Un segundo más tarde, él dijo en un susurro:

—¿La policía cree que yo la maté?

Ella se mordió la lengua y asintió.

—Tengo la impresión de que sospechan de ti.

Mikkel se volvió para el otro lado y ella le dio un momento antes de preguntarle si había hablado con su suegra.

Él volvió a mirarla y asintió.

—La llamé a los dos días. Creo que no tenía muchas cosas buenas que decirle.

Louise bien podía figurárselo.

—Está aquí, en Dinamarca. Fue ella quien reportó a la policía la desaparición de Trine.

Mikkel negó con la cabeza.

—Nunca ha estado aquí para nosotros. Ni para su hija, tampoco; ni siquiera cuando Trine estaba realmente dolida. Una vez, Trine quiso quedarse un tiempo en el apartamento de su madre en Málaga, pero ella no se lo prestó. Le dijo que fuera por su cuenta. Eso fue en julio, cuando mi suegra estaba aquí. Más tarde, cada vez que Trine se lo ha pedido, la mujer le sale con alguna excusa estúpida. Me sorprende que ahora venga con que, de repente, está muy preocupada. Nunca se ha interesado en su hija. Ni en sus nietos, ya que estamos.

Louise asintió. Eso encajaba bien con la impresión que ella tenía de la suegra de su hermano.

Momentos después, él continuó:

—Incluso te preguntarás si habría ayudado a Trine, de ser su hija quien se hubiera quedado sola con dos niños pequeños.

Una vez más, Louise tuvo la sensación de que el intento de suicidio había sido un modo infantil de castigar a Trine, más que un verdadero deseo de morir.

—Mikkel —dijo, sin hacer caso a ese último comentario—. No se ve nada bien que no hubieras denunciado la desaparición de tu esposa. Y es su madre quien viene de España y echa a andar una investigación. ¿Por qué no llamaste a la policía?

Su hermano parecía molesto.

—Venga, seamos francos. Ella me dejó. ¿Crees que la policía estará contenta de recibir a todos los maridos cada vez que se rompe una pareja?

Louise asintió. Tenía razón.

—¿Así que no crees que nada le hubiera ocurrido? —Si él estaba involucrado en la desaparición, esto era lo más lejos que ella podía llegar para lograr que lo admitiera.

—¿Por qué debería haberle sucedido algo?

—¡Porque desapareció sin dejar rastro! —Louise estaba molesta, pero entonces recordó las razones por las que estaban ahí, en el hospital. No era un buen momento para presionarlo.

Se hizo otro silencio. Cuando ella habló, él ya no reaccionó. Otra vez parecía apático.

Le apretó la mano.

—Mikkel, ¿te encuentras bien?

Lentamente, él se volvió a ella y se encogió de hombros.

—Ya no quiero estar aquí —dijo, tan débilmente, que las palabras apenas alcanzaron a salir de su boca.

—¿Aquí?, ¿en el hospital?

Él negó con la cabeza.

—Aquí, en la vida. Creo que ya no me queda nada para lidiar con las cosas.

—Detente. Tienes que estar aquí. De otro modo, tus hijos no tendrán a nadie.

—Ella se encargará de ellos.

—Quieres que se entere de lo que sucedió. ¿De eso se trata todo esto?

La rabia volvía a aflorar por la garganta de Louise.

Él dio la impresión de estar asustado.

—No. —Miró al hombre junto a la ventana. Louise prácticamente se había olvidado de él—. Es solo que no puedo soportar haberla perdido.

—¿Pero no te has puesto a pensar lo que perderán tus hijos si te matas?

—Vale, discúlpame —dijo enojado—, pero quizás no todo el mundo es tan fuerte como tú.

—¡Como yo! —Aunque estaba completamente fuera de lugar, no pudo evitar sonreír. ¡Si tan solo él lo supiera!— Mikkel, así como te sientes ahora, no puedes sino mejorar.

—¡Mejorar!

Ella asintió.

—Simplemente, no me imagino cómo podría ser peor.

Él se encogió de hombros vagamente. Suponía que su hermana tenía razón.

Louise bajó la voz para asegurarse de que el otro paciente no la oyera.

—Hay algunas cosas que debo saber, y tienes que ser completamente sincero conmigo. Y cuando digo sincero, quiero decir sincero.

Cuando él se inclinó hacia delante, ella le preguntó, bisbiseando, si tenía alguna responsabilidad en la desaparición de Trine.

Negó con la cabeza, aunque su cuerpo no denotó la menor emoción.

—¿Hay algo en tu casa que no quieras que la policía encuentre?

Negó con la cabeza una vez más.

—¿Nada de nada?

—No tengo ningún secreto —dijo—. No hay nada que ocultar. Pueden poner el lugar patas arriba; solo espero que eso les traiga algunas respuestas.

—¿Hay alguna cosa que pudiera revelar dónde está o qué sucedió?

—Si ellos lograran encontrar algo que yo hubiera pasado por alto, fantástico. —Ahora estaban de nuevo como habían comenzado, con Mikkel completamente convencido de que Trine lo había dejado. De algún modo, eso tranquilizaba a Louise. Tenía la certeza de que, si él estuviera tratando de ocultarle algo, ella lo

sabría.

—La encontraremos —dijo—. No lo dudes.

—Pero ya no será mía. Me dejó sin decirme nada, y eso significa que quiere algo distinto a mí. Sabe bien que no podré superarlo, así que debió de haberlo pensado muy bien. Tengo que admitirlo. En este momento, solo pienso en los niños, en lo que esto será para ellos.

—Si estás pensando en ellos, tienes que prometerme que olvidarás la idea de suicidarte. ¿Trato hecho?

Finalmente, lo había dicho. Y había hecho lo posible por mantenerlo ligero. Pero lo había dicho en serio, cada palabra. Y esperaba que él así lo entendiera.

Capítulo seis

Cuando llegó a casa, después de su visita al hospital de Roskilde, Louise se encontró una bolsa en los escalones de la entrada principal. Dentro había un táper con chili con carne, un envase de cartón de nata y una nota donde su madre le explicaba que la nata debían verterse sobre el chili.

Llevó la bolsa a la cocina. Estaba exhausta y le apetecía irse directamente a la cama, pero, si quería lograr que sus neuronas recuperaran el ritmo, la comida era una necesidad. Mientras buscaba una olla, llegó un texto de Jonas. Ya le había mandado varias fotos que ella no había tenido tiempo de mirar, y ahora él le estaba preguntando qué le parecían.

Puso el chili en la olla, cogió del estante una botella de vino y encontró un sacacorchos. Después de servirse con magnanimidad y de asegurarse de que la refinada placa de inducción estuviera encendida, comenzó a abrir las fotografías.

Jonas tenía el pelo más que corto. El largo flequillo delantero había desaparecido por completo. Por unos instantes, se quedó mirando las fotografías de su hijo. Parecía mayor. Algunos eran primeros planos; otras fotos habían sido tomadas a la distancia. Notó que llevaba dos tiras finas en la muñeca, exactamente como las que Eik usaba cuando ella lo conoció. Con un collar de dientes de tiburón, Jonas sería prácticamente un clon de Eik.

Las fotos la habían conmovido. Lo sintió físicamente mientras se llenaba un tazón de chili y añadía una cucharada grande de nata frías. Se llevó el tazón, el móvil y la copa de vino al salón.

«Guay», escribió, y añadió un careto con gafas de sol. Tenía que haberle escrito que se veía bien. Sin duda, el chico se había armado de valor para cortarse el pelo. Había más fotografías. En una de ellas, Eik aparecía al fondo. Tenía el mismo corte, el mismo estilo. Habían ido al mismo barbero.

Louise dejó el teléfono a un lado y terminó de comer mientras veía un programa de televisión aburrido. Los echaba de menos. Por el momento, más a Jonas que a los otros, y eso era todo un alivio. Añoraba reírse con él. Y echarse en el sofá a ver *Juego de Tronos*. Él le servía de guía para enterarse de quién pertenecía a la familia Stark y quién era un Lannister. Y también estaba la niña de los dragones. A ella le encantaba. Pero pasarían casi dos meses más antes de que regresara a casa.

Louise se levantó y comenzó a limpiar. Ahora estaba muy despierta, y eso la molestaba. ¡Maldito desfase horario! Tapó la botella de vino, encendió el lavavajillas y se puso a caminar por la casa. Primero, los dormitorios de los niños, uno a cada lado del de los padres. Bonitos, y bien ordenados, también. La madre de Louise había estado ocupada. Fue entonces al de Mikkel y Trine. La cama estaba hecha con un cobertor verde oscuro. Otra vez, trabajo de su madre. Una puerta conducía a un gran cuarto de baño con bañera y lavabo doble. Debajo de uno de los espejos, el estante estaba lleno de botellitas y tarros con crema, perfumes y sueros cosméticos. Esmalte rojo. Una taza con un cepillo dental rosa, dentífrico y un pequeño paquete amarillo pálido de píldoras anticonceptivas: burbujas plásticas con las dosis para un mes. El paquete estaba medio lleno.

Louise lo cogió. La última pastilla que faltaba era la del miércoles, el día en que Trine desapareció. El paquete se deslizó de nuevo dentro de la taza cuando lo dejó para regresar al dormitorio. El armario empotrado tenía espacio a ambos lados de la puerta que daba al pasillo. El armario de su cuñada estaba compuesto de dos secciones con dos barras para colgar la ropa y dos amplios cajones debajo. Las estanterías ocupaban una tercera sección. La de en medio estaba llena de ropa interior, medias y tops en cestas separadas.

No pudo llegar al estante más alto, así que fue a la cocina a por una escalera de mano para revisar sistemáticamente las cosas de Trine. En lo más alto, encontró blusas pesadas, jerséis y ropa de invierno apilada. Dejó todo en la cama y fue separando prenda por prenda en busca de algo que estuviera escondido.

Más blusas y más jerséis en el siguiente estante. Los cárdigan estaban abotonados y apilados en perfecto orden. Una vez más,

revisó cada prenda antes de devolver todas a sus lugares. Las camisetas parecían planchadas. En una gran pila estaban las blancas que, según Louise sabía, Trine usaba en la clínica. En otra, las de color. Su cuñada vestía, sobre todo, en tonos de azul. Todo estaba tan limpio y ordenado que se convenció de que perdía el tiempo; aunque ya se había sentido así en otras ocasiones y, de todos modos, algo había aparecido.

Su hermano tenía razón. Era difícil saber si se había llevado algo. Las pilas de ropa llenaban la mayor parte del armario. Y, aunque no parecía faltar nada de lo que suele haber en uno, era imposible dilucidar si se había llevado unas cuantas blusas y algo de ropa interior.

Louise estaba a punto de pasar al estante inmediatamente inferior cuando sus dedos cogieron algo en una esquina angulosa.

Con ansias, sacó una hoja de papel doblada de entre las ropas de deporte y la desplegó. Una fotografía del colegio. Era la clase de Trine, la 1.° C de Osted. Se sentó en la cama. Tres de los rostros estaban circulados con un rotulador permanente rojo. Inmediatamente reconoció a una de ellas: Trine, de largas coletas, sentada en la primera fila. No reconoció a ninguna de las otras dos niñas, pero Susan Dahlgaard, la desaparecida de Bornholm, estaba de pie, erguida, en la fila trasera, junto a la profesora. Su pelo era castaño dorado, y su sonrisa, deslumbrante. La fotografía que se estaba usando para la búsqueda debió de haber sido tomada ese mismo día, porque lucía igual, aunque en primer plano.

En la imagen, Trine se parecía a su propia hija, solo que la sonrisa de Kirstine parecía más alegre. Louise cogió el teléfono para enviarle la fotografía a Camilla. También escribió un breve mensaje a su amiga para preguntarle si sabía quiénes eran las otras dos.

Camilla contestó muy pronto:

> *La niña de la izquierda es Pia Bagger. Yo salía con su hermano mayor. Sé dónde viven sus padres. Trataré de localizarla mañana. Gracias. Abrazos.*

Louise estudió la fotografía de la clase un momento antes de dejarla en la mesilla de noche y terminar con el armario. No había nada más. Ni siquiera un bochornoso juguete sexual. Revisó los zapatos y las prendas colgadas. Después hojeó cuatro carpetas de anillas en el

despacho de Trine y Mikkel, una de ellas llena de papeles privados: nacimientos, bautismos, certificados de matrimonio, papeles del divorcio. Una carpeta de plástico contenía los papeles del coche y las facturas de los talleres. Otra estaba llena de documentos de los niños y certificados de vacunación. Cualquier cosa que alguien habría necesitado en caso de tener planes para mudarse estaba todavía ahí, aparentemente sin tocar.

De pronto, Louise recordó la cartera que estaba sobre la cama. Una Louis Vuitton que Mikkel le había dado como regalo de Navidad. Louise había presenciado el momento en que ella abría el regalo; estaban pasando las vacaciones en Lerbjerg, con sus padres. Trine había estado a punto de llorar de alegría.

Su carné médico, el de conducir y la tarjeta de débito seguían dentro, pero no había efectivo. La dejó caer y abrió el cajón de la mesilla. Un antifaz para dormir y una crema de manos.

Llevaba consigo la fotografía de la clase cuando fue a buscar una de las pastillas para dormir que había traído de Tailandia.

Capítulo siete

Bornholm, 1995

Olía horrible en la cubierta inferior, donde se suponía que iban a dormir: el hedor a gasolina, el tufo pegajoso del sudor de los adolescentes y los calcetines apestosos. El estómago de Trine daba vueltas. Seguía mareada por haberse subido a todas las montañas rusas del Tivoli antes de atravesar con su clase la ciudad hasta el *ferry* de Bornholm. Tampoco la ayudaba mucho el enorme algodón de azúcar que se había comido.

Susan llevaba escondido un ron Bacardí en su mochila. Una botella de cola de medio litro con tapa de rosca. Lo llamaban «mitad y mitad», y estaba un poco más que tibio cuando abordaron el *ferry*.

Se quitó las zapatillas deportivas en cuanto le asignaron una litera. Los pies le dolían de tanto correr por el Tivoli entre atracción y atracción.

—Quítalos —dijo Mona, que subía a la cama de arriba. Sin mirarla, Trine hizo sus zapatillas a un lado.

Habían quedado en el cole a las dos. El autobús estuvo a punto de irse sin Carsten, que había llegado tarde, como de costumbre, pero la profesora pudo convencer al conductor de que esperara.

De camino a Copenhague, Carsten se la pasó cabreado por ese motivo. Qué idiota, pensó Trine.

Se asomó para ver dónde estaba durmiendo Mads. Habían conducido juntos un coche de choque. Detestaba embestir a los otros, pero hicieron cuatro rondas porque a Mads le encantaba. Y a ella le encantaba estar cerca de él.

Alguien gritó y el *ferry* rugió y se sacudió cuando el motor se puso en marcha. Trine sacó un jersey de su bolsa y le olfateó el brazo; por fortuna, Pia no lo había alcanzado cuando se puso a

vomitar. Estuvieron juntas en el baño de mujeres. Trine sabía que Pia estaba borracha, pero no que estaba *tan* borracha. Varios de los chicos también habían metido alcohol de contrabando en el autobús, y Pia había estado con ellos. Sobre todo, por Aksel. Trine no tenía ni idea de qué le veía su amiga, con ese cabello superfino que llevaba levantado. Pero Pia no era muy exigente. Había un par de cosas qué aprender de ella, según le había dicho Nina más de una vez. Nina, siempre tan sensata. Susan, por otra parte, podía darse el lujo de ser exigente. Desde el momento en que ella y su larga cabellera y sus zapatillas Kawasaki blancas se unieron a la clase, en quinto, ya tenía a los chicos en la palma de la mano. Aunque Trine, Nina y Pia habían estado juntas desde que empezaron el colegio, aceptaron a Susan en la pandilla. Nina se había opuesto, pero Trine y Pia la habían convencido de que juntarse con Susan les traería montones de ventajas.

El *ferry* ya había zarpado.

Alguien gritó un verso de *I en lille båd der gynger*, la canción del pequeño bote que se balancea. Uno más gritó para hacer callar al cantante. Trine estaba cansada. Intentó cerrar los oídos a todo el ruido de todas las clases de todos los colegios. Quería dormir, aunque Susan y las otras ya se dirigían a la cubierta superior, después de que los profesores les dieran las buenas noches.

Había bebido mucho y el barco se balanceaba. Más de lo que ella hubiera querido. Se tumbó de espaldas, mirando el fondo de la litera de arriba. Justo donde Mona estaba tendida. El colchón no se movía, no había ninguna señal de que su compañera estuviera despierta, pero Trine tenía la sensación de que ella también miraba hacia arriba. Había algo raro en Mona. Pia fue quien sacó el tema. Primero fue la escena en el colegio; ella era la única que no quería ir a la excursión. Cada vez que hablaban del tema, era como si Mona se desentendiera. No quería participar en la planificación ni en nada. Incluso fue a ver a la profesora para tratar de que el viaje se cancelara, porque tenía el presentimiento de que algo terrible iba a ocurrir. Algunos de los chicos se pusieron a molestarla, a decir que eso era porque estaba aterrada de estar lejos de mamá y papá. O porque le daba miedo que los cavernícolas o el Fortachón Ricitos, el pequeño y travieso trol de Bornholm, la capturaran.

Era fácil molestar a Mona, porque nunca decía nada. Se quedaba

mirando fijamente a los matones, como a la espera de que se abriera una trampilla bajo sus pies.

«*Verdad o atrevimiento*», gritó alguien justo antes de que Trine se quedara dormida. Las voces parecían mecerse entre los sonidos del *ferry*. El motor le enviaba leves escalofríos por todo el cuerpo. No sintió cuando Pia y Nina la zarandearon. Se quedó dormida entre los cánticos y el griterío de todo el mundo; se durmió mientras unos se escabullían y se besaban, mientras algunos se hacían los dormidos, los que tenían otros planes.

—Cuando toquemos la campana, será la hora del desayuno —explicó Kirsten, la encargada del albergue. Pasó la mirada por toda la clase—. Y lo mismo vale para la cena. Podréis haceros vuestros propios almuerzos y comeroslos.

Lena y Steffen ya les habían explicado todo eso en el autobús; pero algunos se habían quedado dormidos en el recorrido de Rønne a Svaneke. Trine se sentó junto a Pia, quien dijo que se había besado con Aksel en la cubierta superior. Por eso habían tratado de despertarla. Y, aparentemente, Susan se había metido en el baño con un chico de un cole de Helsinge.

—Estuvieron ahí mucho tiempo —susurró Pia. Susan era la mayor de las chicas, pues había cumplido los catorce años en enero. Pia acababa de cumplir catorce, también. Solo Nina y Trine seguían teniendo trece.

—Las duchas están aquí; los baños, al final del pasillo —explicó Kirsten. En realidad, nadie le estaba poniendo atención. Su nuevo profesor, Steffen, carraspeó. Daba clases de matemáticas y biología. A ninguno le dio gusto escuchar que haría el viaje con ellos. Era mucho más estricto que Lena, la profesora que habían tenido desde tercero.

—¿Dónde está la televisión? —gritó Carsten.

Kirsten, a quien ya todos llamaban «la criada», negó con la cabeza y señaló la ventana.

—Allá fuera. Se llama naturaleza. Pruébala, solo para variar.

Algunos rieron. Trine intercambió murmullos con Nina acerca de Pia y Aksel. Le preguntó si creía que estarían juntos en ese momento. Nina le dijo que no.

—Y las luces se apagan a las diez. —Kirsten los miró con severidad. Al igual que Lena y Steffen. El grupo entero asintió;

sobre todo, para apartar a los tres adultos de sus asuntos. Kirsten continuó de todos modos—: Sé todo sobre las hormonas que se cocinan en los chicos de primero, como vosotros. —Ahora sí tenía su atención—. Pero no os escabulláis por la noche ni quedéis con los chicos y chicas locales. No porque los de Bornholm no sean agradables, sino porque lo son. Agradables.

—Suecos de segunda —susurró uno de los chicos.

—No voy a permitir que nadie corra por la noche. Si os pillamos, seréis devueltos a casa y se os pasará factura. Estáis advertidos.

Lena y Steffen asintieron para indicar que estaban de acuerdo y se volvieron para mirarlos a todos, como recalcando lo que Kirsten acababa de decir.

—Más tarde dan *Beverly Hills 90210* —dijo una de las niñas después de alzar la mano—. ¿Podremos verlo?

Kirsten repitió que no había televisión en el albergue.

—Pero Jeppesen tiene una tienda de televisores en la plaza, con un aparato en el escaparate. Tal vez nos dé permiso de escoger el canal.

En casa, todos habían oído hablar del televisor de Jeppesen. Algunos estudiantes de las clases superiores habían hecho una excursión en días en que jugaba la selección nacional de fútbol. La mayoría de la clase se había quedado en la acera mirando el partido. Hasta que a un lugareño se le ocurrió cobrar entradas: cinco coronas por mirar el resto del partido en su sala de estar.

—¿Dónde podemos comprar chuches? —preguntó Carsten. Kirsten los remitió al quiosco del puerto. En realidad, lo que él quería era comprar cigarrillos, pero eso solo lo sabían sus compañeros de clase.

Las habitaciones habían sido asignadas antes del viaje. Toda una batalla. Trine y sus amigas habían amenazado con quedarse en casa si no se salían con la suya. El asunto se resolvió cuando la madre de Pia llamó a la profesora para convencerla de dejar a Pia, Nina, Trine y Susan en una misma habitación. Pero las cuatro tuvieron que prometer que no darían problemas.

De pronto, Anja se levantó.

—Olvidé traer ropa de cama y toalla.

Era una de las chicas que se portaba bien, y Trine no pudo evitar

reírse de ella. Esta era una de esas acrobacias que Carsten no dejaría pasar. Kirsten los hizo callar y le dijo a Anja que podía alquilar ropa de cama y toallas.

—¿Alguno necesita algo más? —Miró a su alrededor, pero todos negaron. Lena se lo había metido en la cabeza: no olvidéis traer ropa de cama, chubasqueros y chándal; y jerséis calientes. No importa que estemos a mediados de junio.

—Os hemos preparado una carrera de orientación —dijo Lena cuando Kirsten hubo terminado—. Empezará después de que hayamos deshecho las maletas y desayunado. Ahora mismo, localizad vuestras habitaciones. Y vosotros, chicos, al dormitorio. Cuando hayáis terminado, volveremos a reunirnos aquí mismo.

Capítulo ocho

Camilla había escrito a toda velocidad un puñado de noticias: breves llamadas a todos los distritos policíacos del país, con informes actualizados de los sucesos del día. Había entregado todo antes del almuerzo.

Terkel Høyer no estaba especialmente impresionado, por decir lo menos, cuando, al regresar de Osted, ella tuvo que admitir que no había podido ponerse en contacto con Trine Madsen. En consecuencia, no tenía nada para el periódico, salvo la historia de un tipo de la clase de Susan Dahlgaard que andaba por ahí dando patinazos. Carsten Iversen pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia en un tugurio para borrachos frente a la tienda de comestibles. Fue muy poco lo que pudo sacarle. Él confirmó que había asistido a la misma clase de la chica desaparecida. Y se acordaba de ella.

Incluso recordó que Susan no había estado con ellos en primero. No podía decir, en cambio, si se había incorporado a la clase en tercero, cuarto o quinto. Pero estaba bien, alegó. Ella vivía con unos padres de acogida en Osager y solía salirse con la suya en la escuela. En la clase, nadie, salvo ella, podía tirarse un pedo sin que lo mandaran a la dirección.

Camilla había tratado de indagar un poco más. Sabía que Susan había crecido en un orfanato de Roskilde. Mucho se había escrito al respecto cuando desapareció. Huyó en numerosas ocasiones y nunca fue fácil de controlar. Pero pasó los últimos años de su vida con sus padres de acogida, Inge y Lars, con quienes, al parecer, sentó cabeza.

Iversen no tenía contacto con los otros de su clase. Algunos de los chicos pasaban por ahí y se detenían de vez en cuando; pero, por lo demás, se mantenía casi siempre al margen.

Qué triste, pensó Camilla. Lo reconoció en la vieja fotografía de

la clase que Louise le había enviado, y era deprimente observar el rostro de ese chico entonces feliz y lleno de esperanza, después de saber cómo le había ido en la vida.

—Voy a Osted —dijo, mientras dejaba una copia de la fotografía sobre el escritorio de Høyer—. Me reuniré con Pia Bagger. Ella también estaba en la clase de Susan y Trine.

Su editor la miró con fastidio, pero asintió después de contemplar la foto. Los otros periódicos también estaban cubriendo la historia de la colegiala que había aparecido en el valle del Eco. Todos especulaban acerca de si la chica estaba viva cuando se quedó atrapada en la caverna bajo el árbol o si alguien había escondido su cuerpo ahí dentro.

—Pia era una de sus amigas más cercanas. Ella y Susan compartieron la habitación dormitorio durante la excursión del colegio. Fue una de las tres últimas en verla.

Camilla le mostró la fotografía con los tres rostros encerrados en círculos. No le mencionó que tendría que ir a la casa de los padres para localizar a Pia. Ya la había investigado, pero no hubo nada que la convenciera de que había encontrado a la Pia correcta.

Høyer asintió y le preguntó si tendría material para una página entera. De inmediato, Camilla le dijo que sí, y añadió que se pondría en contacto con él en caso de necesitar más espacio.

Recordaba que los Bagger vivían en el otro lado de Osted, cerca de Jonsrupgården, los establos donde, por un corto tiempo, había tomado clases de equitación. Atravesó Kirkebjerg y miró los campos. Las señales de carretera que indicaban el camino a Mannerup le trajeron recuerdos de lo que sentía al ir en bicicleta a ver a Søren. Redujo la velocidad y puso el intermitente. Él había estado en la misma clase que el hermano mayor de Camilla. Ella tenía quince años cuando comenzaron a salir, después de la muerte de Lasse. Lo conocía de tiempo atrás. A menudo él aparecía por su casa los fines de semana, antes de salir de fiesta con Lasse. Camilla había empezado a acompañarlos desde los catorce; pero entonces vino lo del accidente. Søren, por supuesto, estuvo en el funeral, pero transcurrió algo de tiempo antes de que volvieran a encontrarse en una fiesta, en el gimnasio. Al final de la fiesta, la acompañó a casa. Él jugaba al fútbol, ella iba al club, pero las cosas se fueron enfriando lentamente. Desde entonces, no había pensado

mucho en él.

Después de dejar atrás algunas granjas y varias casas, alcanzó a vislumbrarla. Estaba apartada de la carretera, después de la curva. Era una casa de piedra roja con un alto seto al frente.

Tomó la desviación hacia el camino de entrada, pero se detuvo al ver todos los coches. Cuatro, para ser exactos, ocupando la pequeña área de aparcamiento delante de la casa. Por un momento, se quedó mirando la puerta principal. Había una fiesta de cumpleaños o alguna clase de reunión familiar. «Sería un tanto incómodo irrumpir», pensó, pero cogió el bolso que llevaba en el asiento delantero y se apeó.

Apartó los ojos de la ventana del salón mientras se dirigía a la puerta lateral y tocaba el timbre. Un segundo más tarde, escuchó a alguien dentro. Dio un paso atrás, lista para presentarse. La cerradura hizo clic, la puerta se abrió.

Søren Bagger estaba igual. O era, tal vez, el aspecto que ella había imaginado que tendría. El cabello ondulado, peinado hacia atrás, tal como lo recordaba.

Alto y delgado, de camiseta descolorida. Pero la sonrisa feliz de aquellos tiempos había desaparecido.

Tenía los ojos enrojecidos y el rostro ceniciento.

La miró sorprendido.

—¡Camilla!

—Hola.

De pronto, se había quedado sin palabras. Por un momento, se miraron fijamente. Ella se arrepintió de no haber llamado con antelación. Este rostro no mostraba más que tristeza. Ella pensó en los padres de Søren, que eran de la misma edad que los suyos. Uno podría haber caído enfermo.

—Lamento mucho aparecer así —llegó a decir—, pero he venido a preguntarles a tus padres por la dirección de Pia. Quiero hablar con ella de cuando estábamos en el cole, preguntarle acerca de la desaparición de Susan Dahlgaard. ¿La recuerdas? —Søren asintió—. Estoy segura de que ya lo habrás oído: la que acaban de encontrar. En Bornholm. —Pudo notar que el tema no le interesaba.

»Puedo regresar otro día. Pero ¿sabes dónde vive Nina Juhler? ¿En algún lugar cercano?».

Él retrocedió un paso hasta el lavabo y le hizo señas de que

entrara.

Cuando estuvieron dentro, él se quedó quieto, con la mano torpemente extendida.

—Pia está muerta.

Camilla se detuvo en seco, aturdida por las palabras.

—¿Muerta?

Se asomó al salón y vislumbró la espalda de una mujer corpulenta. Seguramente era la madre.

Søren cerró la puerta del salón y señaló una mesa redonda en la cocina. Habían hecho café, y, sin preguntarle, le sirvió una taza y se sentó frente a ella.

—El pastor acaba de llegar. —Señaló la puerta con el rostro.

Ocultó la cara entre las manos y se tapó los ojos con las palmas, como tratando de poner un dique a las lágrimas. Entonces sacudió la cabeza y la miró.

—No lo entiendo. No puedo creer que se haya ido.

—¿Qué ocurrió? —Camilla quería abrazarlo, consolarlo. Era desgarrador ver desmoronarse a este hombre a quien conocía de hace tanto tiempo—. ¿Estaba enferma?

—Se ahogó. En el lago, en Dyndet. Uno que trabaja en el restaurante de Borup la encontró esta mañana.

Agachó la cabeza. Dejó caer los brazos pesadamente sobre la mesa. La miró con ojos tristes, sin dejar de mover la cabeza de un lado al otro.

—La policía llegó a las diez a comunicárselo a mis padres. Ya habían levantado el cuerpo. Dijeron que le harán una autopsia. Llevaba puesto el mono que usaba en los establos y se había llenado los bolsillos con ladrillos. Simplemente se metió al lago caminando.

Camilla conocía el lago. Inconscientemente, desvió la cara con el recuerdo repentino de una noche en que ella, él y algunos más habían ido a nadar ahí. Los chicos tenían ciclomotores y ella había montado en el de Søren. Otras chicas también habían viajado así. Aparcaron los ciclomotores cerca del lago, corrieron por la corta pendiente, y, bajo la luz de la luna, se desnudaron y saltaron al agua. Ella y Søren se habían quedado más tiempo que los demás. Después, caminaron por la larga escalinata hasta la colina cercana. Se echaron de espaldas a ver las estrellas. Esa fue su primera vez.

Era difícil creer que no se acordara. Tenía olvidado que él había

sido el primero.

—Conduje directo a su casa cuando mis padres me llamaron —continuó—. Ella tiene a los perros, como sabes, y no estábamos seguros de cuánto tiempo había estado ausente. —Camilla no sabía nada de ningún perro, ni de la vida de Pia, para el caso. Tomó un sorbo de café y lo escuchó hablar de su hermana—. Se mudó a Viby justo en cuanto terminó la carrera de veterinaria. —Miró a Camilla —. ¿Recuerdas cómo le gustaban los animales? Salvaba ranas, pichones con las alas rotas. Aquí, en la casa, tenía su propio hospital para animales.

Camilla no se acordaba, aunque asintió con entusiasmo, con la esperanza de que él siguiera hablando. Pero eso fue todo. Søren se quedó en silencio, mirando la ventana, como si los recuerdos siguieran rondando por su cabeza.

—¿Tu hermana tenía hijos?

Él abandonó sus ensoñaciones y negó.

—Solo los animales. Los perros y un gato, y también los dos caballos, pero están alojados en el establo de un vecino. Siempre creí que le interesaban más los animales que los humanos. De hecho, nunca se casó.

Camilla echó un vistazo al dedo de Søren. El anillo desgastado hablaba de un largo matrimonio. Él siguió su mirada y trató de sonreír.

—Me casé con Connie.

Por un momento, lo observó sorprendida.

—¿Mi Connie?

Él asintió.

«Mi» había sido una exageración. Estuvieron en la misma clase, en tercero de secundaria, y habían sido amigas, pero, cuando Camilla y su madre se mudaron a Roskilde, dejaron de estar en contacto. Y, en realidad, desde entonces no había pensado mucho en Connie.

—Tenemos tres hijos. El mayor ya está en el segundo año de la carrera.

—Por favor, salúdala de mi parte. Era una chica encantadora.

—Sigue siéndolo. De hecho, me parece que viene hacia aquí.

Camilla sintió una repentina sacudida de celos, pero ¿por qué? No porque se arrepintiera de no haberse quedado con Søren,

viviendo en Selandia Central. Era la calidez de sus ojos cuando hablaba de Connie. Todo un aguijonazo.

Decidió marcharse antes de que ella llegara. Se apresuró a seguir adelante.

—¿Pia dejó alguna carta de despedida o algo por el estilo?

—No. En realidad, no.

Una voz femenina gritó desde el salón.

—¿Quién ha venido?

Søren se levantó y abrió la puerta.

—Es Camilla, la hermana menor de Lasse. Ella también conocía a Pia.

Qué fácil es volver al redil, pensó Camilla. Era la hermana pequeña del amigo de su hijo y había conocido a su hija, y eso era todo lo que se necesitaba para ser bienvenida. La sensación de pertenencia volvió a invadirla; este regreso a aquellos que alguna vez fueron su gente.

—¿Por qué no venís? —preguntó la madre, pero Søren le dijo que solo estaban tomando una taza de café.

Cerró la puerta.

—Perdona. Simplemente no podemos entenderlo. No parece real que Pia hubiera hecho algo así.

—Claro. Ya no te molesto más. Lamento mucho haber interrumpido esto.

—No, por favor, quédate otro rato.

Pensó que para él podría ser útil hablar con alguien que recordara a su hermana.

Él se recompuso.

—¿Y cómo has estado? Perdona que haya sido tan indolente para mantenerme en contacto, ahora que, con Facebook, todo es tan fácil. Tu hermano era mi mejor amigo y estoy seguro de que nunca he superado su muerte. —A ella no se le había ocurrido buscar a Søren en Facebook—. ¿Así que te mudaste a Roskilde y fuiste al instituto?

Ella asintió, y entonces recordó que él era aprendiz de herrero cuando salían juntos.

De pronto, él sonrió.

—¿Te acuerdas de las fiestas en la bodega Borup?

Ella asintió y le devolvió la sonrisa. La discoteca Twiggy's y

montones de cerveza. Fácilmente pudo haberse quedado y convertido en parte de la comunidad. ¿Quién sabe qué habría sido de su vida?

—¿Qué acabaste haciendo después del instituto? —le preguntó.

—Fui a la escuela de periodismo. Trabajé en el periódico de Roskilde hasta que me fui a vivir a Copenhague. Ahora estoy en las páginas de sucesos del *Morgenavisen*.

—Me acuerdo de Susan, de aquellos tiempos. Ella y Pia salían juntas. Venían a la casa después del cole y se encerraban en la habitación de Pia. Pero eran mucho más jóvenes que yo. En realidad, no llegué a conocerla. Pia quedó desbaratada cuando Susan desapareció. Me dio la impresión de que había cambiado mucho. Como si no hubiera podido quitarse eso de encima; estaba diferente, más seria. Ya no era tan alegre. Los incentivos por las cosas que se le atravesaban, el estar dispuesta a todo… Todas esas cosas que la distinguían se habían ido. Y dejó de salir con las otras chicas. Estaba encerrada en sí misma y lo único que la interesaba eran los animales que trataba de salvar. Mis padres lo intentaron, pero nunca consiguieron que se reuniera de nuevo con sus viejos amigos. Simplemente se encerró más en su caparazón. Le vino bien la escuela veterinaria; de hecho, le vino bien alejarse de casa. Necesitaba recomenzar. De verdad, en aquellos tiempos teníamos que haber tenido terapias de crisis en el cole.

—¿No se mantuvo en contacto con ninguna de las otras? —Camilla se figuraba un alma solitaria y un tanto perdida que había decidido acabar con su propia existencia.

—No, pero hizo algunos nuevos amigos en la universidad. Eso la ayudó un poco. Acudir a clases. Volvió a ser más extrovertida, le encantaba jugar con nuestros niños. Qué mal que nunca tuvo hijos propios. Los míos adoraban a su tía.

Se atragantó un poco y carraspeó.

—¿Y no dejó ninguna clase de carta o explicación? —preguntó Camilla otra vez.

Él negó con la cabeza y se levantó.

—En realidad, no. Encontré esto en la mesa de su comedor, pero, para que quede claro, no he revisado toda la casa.

Desplegó una hoja de papel. Antes de que él pudiera colocarla en medio de los dos, Camilla ya había notado que era una copia de

la fotografía de la clase.

En el reverso, escrito en letras gruesas y oblicuas, aparecían dos palabras:

LO SIENTO

Capítulo nueve

En el lavabo, Louise se quitó las zapatillas de correr y metió la cabeza bajo el grifo. Había pasado corriendo por Søster Svenstrup, y luego, de regreso a casa, por las carreteras secundarias. Sudaba a chorros. Llevaba mucho tiempo sin correr. Era algo que se había propuesto hacer durante el viaje, pero siempre surgían demasiadas cosas que hacer. Esta vez había llevado su cuerpo al límite, con la idea de aclarar la maraña de pensamientos que le hacían imposible concentrarse.

Escribió otro mensaje de texto a Jonas para decirle que su pelo corto se veía fetén. Después del breve mensaje de ayer, no quería darle a pensar que no le importaba. También escribió a Kim, quien les cuidaba el perro en Holbæk mientras estaban de viaje. Le dijo que ya había regresado, pero que le agradecería mucho que se quedara con el perro un poco más. Y eso fue todo. No estaba por la labor de explicar cada cosa; y resultó que no hacía falta. Él le contestó a los pocos segundos que estaba bien. Sin preguntas. Louise no le había escrito a Eik, pero él tampoco le había escrito a ella. En principio, estaba enfadada por el hecho de que el rompimiento pareciera tan fácil para él; a tal grado que, de un instante al otro, Eik ya estaba poniendo todo su ser en la creciente relación con su hija. Pero ahora ella sentía que la tristeza se había instalado en su interior. De vez en cuando, estaba a punto de avasallarla, si no era capaz de apartarla lo suficientemente rápido ni era lo bastante ágil para recordarse a sí misma que nunca dejaría que nadie más la destruyera.

Se limpió la cara y fue a la cocina con los pies sudorosos. Tenía el pulso acelerado y un amargo sabor metálico por toda la boca. Acalorada, empapada en sudor y sin aliento, se dejó caer en una silla de la cocina. Ya era tarde, casi las doce, cuando decidió que tenía que hacer algo para recuperar el control de su cuerpo. El sol

matutino había sacado al exterior a mucha gente, a echarse en las tumbonas de sus patios. Las piernas le temblaron cuando se levantó por un vaso de agua. Físicamente, se sentía extenuada, pero con la cabeza despejada y el corazón en paz. Una verdadera bendición.

Cerró los ojos. Por primera vez en años, no estaba deprimida. Se sentía liberada.

Tomó otro vaso de agua y decidió llamar a Camilla para averiguar si había podido ponerse en contacto con las otras niñas señaladas en la fotografía de la clase. Fue a su dormitorio a buscar el teléfono.

Su madre la había llamado cinco veces. También había un texto, uno muy breve: «Ha dejado un mensaje».

Al principio, Louise apenas podía entender una palabra, pero, momentos después, la voz de su madre empezó a fluir pausadamente. Mikkel lo había vuelto a intentar. Durante la noche, había colgado una sábana en el cuarto de baño del hospital y había tratado de colgarse.

Sus rodillas flaquearon y se dejó caer al suelo. Reprodujo el mensaje una y otra vez, y con cada repetición, sintió que el corazón se le partía. Lo habían pillado. La enfermera del turno de la noche había intuido que algo iba mal cuando descubrió que Mikkel no estaba ni en su habitación ni en el baño. Abrieron la puerta de la ducha y ahí lo encontraron, subido en la silla de la ducha y con una sábana enredada en el cuello.

La voz de su madre se oía débil y llena de desdicha.

—Quiere morir, Louise —no dejaba de decir—. Ya no quiere estar aquí.

Se preguntaba si sus padres también habían sido contactados por la policía; si eran conscientes de lo que podía ocurrir. Seguramente, su madre habría dicho algo, de haber sabido que Mikkel podía quedar señalado como primer sospechoso en un caso criminal.

Por un largo rato, se quedó sentada en el suelo, tratando de recuperar el control antes de devolver la llamada.

—¿Cómo está en este momento? —empezó.

—Tu hermano está internado bajo vigilancia. Representa un peligro para sí mismo y para los demás. Sin duda, se está haciendo daño. Necesita ayuda.

—¿Está en San Hans? —San Hans, el extenso hospital

psiquiátrico del bosque de Boserup. Louise conocía el procedimiento. Primero, en el hospital se aseguraban de contar con una cama; después, se ponían en contacto con un jurisperito que debía aprobar el internamiento forzoso. Enseguida llamaban a la policía, que era la responsable de llevar el paciente al hospital. Los agentes permanecían en el lugar hasta asegurarse de que el paciente estuviera detrás de una puerta cerrada.

—No, lo llaman Pabellón Psiquiátrico de Emergencia. Pero está cerca de ahí. Dicen que necesita cuidados urgentes.

—Voy allá enseguida —dijo Louise.

Oyó que su madre hablaba con alguien.

—Va a pasar algún tiempo antes de que lo admitan —dijo finalmente—. En este momento, está a la espera de hablar con un médico.

—Ya voy —repitió Louise, y después le preguntó a qué hora había que recoger a los niños.

—Están en casa con tu padre. Yo vine aquí en cuanto me llamaron.

—¿Necesita algo? ¿O hay algo que necesiten los niños y que les pueda llevar?

Su madre no hizo caso a la pregunta.

—Creo que tu hermano está sufriendo una depresión profunda. Es como si yo no lo conociera. Él nunca había tenido pensamientos tan sombríos como estos.

Louise tampoco le respondió. Todas sus sensaciones luminosas después de la carrera se habían extinguido con un enfado que prácticamente la dejaba sin aliento. Explotó contra Mikkel, pero un poco más contra Trine.

—¡Malditos seáis, malditos seáis todos! —siseó mientras daba marcha atrás para sacar de la cochera el coche de su hermano. Se sentía incapaz de ser útil, se sentía impotente; en parte, por el creciente malestar de la víspera, cuando revisaba las cosas de su cuñada. Nada en absoluto apuntaba a que Trine tuviera planes de abandonar a su hermano. Todas sus cosas estaban ahí. Pero, si había huido, lo había hecho atemorizada. Eso encajaría. No le habría dado tiempo más que de coger unas cuantas prendas limpias. Louise se concentró en los posibles escenarios; especialmente en uno en que Trine no se había marchado de su casa por su propia

voluntad.

Louise no podía soportar la idea. No podía imaginarse qué cosa habría empujado a su hermano tan dentro del negro pozo en que estaba metido. Algo se había tronchado en su cabeza, eso sí que Louise podía entenderlo. Pero ¿un estallido así de grave? Se obligó a salir del bucle de los pensamientos oscuros. De ninguna manera, su hermano no le había hecho daño a la mujer de sus amores. Louise se sentía culpable por haberlo considerado, siquiera. Le dolían los músculos, pero, en ese momento, lo único que quería era salir corriendo como loca, obligarse a poner todos sus pensamientos bajo control. Su hermano era profundamente infeliz y eso era lo único que debía preocuparla.

Condujo hasta el pequeño edificio amarillo que albergaba el Pabellón Psiquiátrico de Emergencia. Había dos coches en un pequeño aparcamiento rodeado por una cerca. Uno era un coche patrulla. Subió a paso veloz los pequeños escalones de piedra. Después de pasar por una puerta corredera electrónica, tuvo que aguardar a que se cerrara para que se abriera la siguiente. Fue de prisa al mostrador de una recepción cubierta por cristales, donde se levantó una mujer de cabello corto. Louise le dijo que era la hermana de Mikkel y que quería verlo.

La mujer parecía compasiva.

—Lo lamento, pero en este momento no puede recibir visitas. La policía está aquí, esperando a que el jefe de psiquiatras determine si su hermano puede ser llevado a la comisaría o si debe ser interrogado aquí mismo.

Louise asintió y, a través del cristal, echó un vistazo a la estancia vacía detrás de la recepción. Era posible que el médico no diera permiso a la policía de hablar con Mikkel. Lo primero era el bienestar de un paciente de internamiento forzoso. De momento, eso era un consuelo.

—Creí que mi madre estaría aquí —dijo a la mujer, quien asintió.

—Está en la sala de pacientes, hablando por teléfono con su esposo.

Louise asintió y se relajó un poco. Sorprendentemente, lo que más le preocupaba era su madre. Podía imaginarse muy bien cómo la destrozaba sentir esa preocupación por Mikkel. Lo más probable

es que se hubiera sentido conmocionada al ver que la policía llegaba a hablar con él.

—¿Quiere un café? —le preguntó la mujer. Señaló un grupo de sillas y le dijo a Louise que podía quedarse a esperar.

Louise le dio las gracias y aceptó la taza. Acababa de sentarse cuando se abrió la puerta corredera de cristal. Reconoció a la mujer que entraba cargando un saco de plástico.

Había aumentado un poco de peso. Bastante, notó Louise. Su postura distinguida y erecta se había hundido e inflado. Pero Louise reconoció el rostro y el cabello blanco grisáceo que le llegaba a la cintura. También vestía el mismo tipo de pantalones sueltos de harén que cuando Louise la conoció. Pero había algo de pachorra en sus movimientos, como si estuviera bajo el efecto de medicamentos. O, tal vez, simplemente había perdido la energía vital.

Mucho tiempo había pasado desde que tuvo algo que ver con Mona Ibsen. Tres o cuatro años. Louise trató de recordar: estaba trabajando en Homicidios, en un caso especial con la unidad de negociaciones.

—Hola —dijo Mona un tanto titubeante. Louise estaba tan perdida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Mona la estaba mirando.

Había algo de apastelado en Mona Ibsen. Algo delicado y frágil, en fuerte contraste con su macabro pasatiempo de coleccionar insectos. Los encontraba en el bosque. Después, los dejaba secar y los aplastaba, antes de clavarlos con un alfiler para ponerlos en su colección. Había ayudado a la policía en algunas ocasiones, porque tenía un talento especial. No era que Louise fuera una gran creyente en las habilidades psíquicas; pero, en aquella ocasión, sintió que no le haría ningún daño escuchar lo que Mona tuviera que decir. Buscaban a una pequeña que había sido secuestrada, y Mona los había conducido en la dirección correcta.

Después llegaron a intercambiar algo de correspondencia, pero eso había cesado tiempo atrás.

—¡Hola! —Louise le sonrió. Sin poder evitarlo, notó las cortas cicatrices blancas que le cubrían ambos antebrazos. Tenía un corte reciente bajo el codo izquierdo.

Louise levantó la mirada cuando Mona dejó caer los brazos a los costados.

Las puertas correderas se abrieron y entró Gerd. Se quedó sorprendida de ver a Louise.

—¿Trabajo? —preguntó la psicóloga de colegio jubilada. Echó un vistazo por el pabellón.

Louise negó con un movimiento de cabeza y dijo que acababan de ingresar a su hermano.

—Estoy a la espera de que me dejen verlo.

Qué extraño era decir esas palabras: que su hermano había sido internado en un pabellón psiquiátrico. Pronunciarlas en voz alta las hacía parecer más reales aún. La propia Mona llevaba una larga historia de tratamientos psiquiátricos, y Gerd la había ayudado desde que estaba en el colegio. Gerd era muy delgada, pero sus brazos nervudos parecían fuertes. Daba la impresión de tener un efecto sedante en Mona. Ella fue quien le contó a Louise las intensas reacciones que Mona sufría cuando desaparecía la gente. Y, ahora, en cuanto el caso de Susan Dahlgaard empezó a aparecer en todos los medios de comunicación, Louise casi pudo haber predicho que se encontrarían aquí. Mona estaba sacudida emocionalmente. Se estaba internando de nuevo por su propia voluntad.

Las convulsiones aumentaban cuando Mona se sobrecalentaba emocionalmente, según le había explicado Gerd. Se volvía temerosa e insegura, así como proclive a hacerse daño en su intento de luchar contra la ansiedad. Louise había notado antes aquellas cicatrices, y algo en los ojos de Gerd le dijo que las cosas no habían ido muy bien para Mona. Aunque, en este momento, parecía en paz. La mayor parte del tiempo, sus ojos apuntaban al suelo, pero, de vez en cuando, alzaba la mirada hacia Louise. Gerd la sujetó por el brazo, y entonces Mona le dijo a Louise que esperaba que su hermano mejorara pronto. Caminaron hacia la puerta del pabellón.

Una vez que Mona desapareció al fondo del vestíbulo, Louise llamó a Gerd.

A regañadientes, la mujer del cabello canoso se volvió y retrocedió unos pasos hacia ella.

—¿Está aquí por la niña que encontraron en Bornholm?

La antigua psicóloga de colegio negó con la cabeza.

—Los últimos años han sido muy duros para ella, me temo. —Hablaba en voz baja para asegurarse de que Mona no pudiera oírla —. Ya no queda mucho de mi niña, ahora. Pasa aquí la mayor parte

del tiempo, aunque, a veces, sin decirle a nadie, desaparece en el bosque para buscar insectos. Por lo visto, ahí es donde se siente más tranquila. Hoy es su cumpleaños. Acabamos de ir al pueblo a por tarta y chocolate.

El día que la conoció, Louise tuvo la sensación de que Mona sufría de alguna clase de anorexia nerviosa. Como si se hubiera quedado atrapada en algún momento de su adolescencia temprana. Su voz era infantil y su expresión, inocente.

—¿Qué pasa con sus padres?, ¿están en todo esto?

Gerd negó con la cabeza.

—No pueden soportarlo; nunca han podido. Y no es que yo quiera culparlos, pues no todo el mundo es capaz de entender las enfermedades mentales. Solían aparecer con cierta regularidad, antes de que su enfermedad se hiciera permanente. Yo sigo pensando que podemos ayudar a Mona, solo que esta vez nos va a llevar más tiempo. Y los tranquilizantes que está tomando no están haciéndole ningún beneficio. Has de recordar lo bien que estaba la última vez que nos visitaste.

Gerd sonaba descorazonada, su mirada la nublaba el desánimo. Louise sintió pena por ella. De pronto, podía identificarse con el hecho de estar cerca de alguien que se desmoronaba sin poder evitarlo, con esa sensación de total impotencia. Pidió a Gerd que le deseara a Mona un feliz cumpleaños. Entonces volvió a sentarse. Un poco después, apareció Mikkel. Lo llevaban al mostrador de la recepción dos uniformados. Uno de ellos se dirigió a la ventanilla, mientras el otro aguardaba unos pasos más allá, con el brazo de Mikkel firmemente agarrado.

—¡Mikkel! —gritó Louise. Su hermano levantó la cabeza.

Quiso dar un paso hacia ella, pero el agente lo sujetó y levantó una mano para evitar que Louise se acercara.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo enojada por la forma tan dura en que lo estaban tratando—. Es mi hermano, quiero saber por qué se lo llevan.

El oficial que estaba en la ventanilla se volvió a ella.

—Nos vamos a llevar a su hermano a la comisaría para interrogarlo.

—¿Está detenido?

—Por el momento, no ha sido acusado —dijo, aunque Louise

podía leer en sus ojos que querían ponerlo bajo custodia.

—La cartera de Trine Madsen está todavía en su casa —dijo ella —. ¿Qué pasos han dado para poner en marcha su búsqueda?

—Su hermano nos acaba de dar permiso para registrar su casa. También para revisar su teléfono y sus cuentas bancarias. En este momento estamos esperando una orden judicial.

—Yo no le hice nada —susurró Mikkel. Estaba llorando. La miraba suplicante mientras lo llevaban hacia la puerta. Sobre los vaqueros llevaba una bata de hospital. Era obvio que había dormido muy poco en los últimos días. Tenía los ojos vidriosos y parecía estar un poco desorientado. Pero el jefe de psicólogos había decidido que la policía podía llevárselo, lo cual tranquilizó un poco la muy atribulada mente de Louise. Por lo menos, su hermano estaba suficientemente bien como para ser interrogado.

Apenas habían atravesado la primera puerta de cristal cuando la madre llegó trotando desde el otro extremo del pabellón.

—¿Qué pasa? ¿A dónde lo llevan? —gritó.

Estaba pálida. Llevaba puesto el delantal de alfarera, sucio de arcilla y lleno de manchas multicolores. Cuando llegó a la recepción, se encontró con Louise, quien fue a abrazarla. Juntas contemplaron cómo la policía escoltaba a Mikkel hasta el exterior.

—No entiendo por qué tienen que llevárselo —susurró la madre —. ¿Por qué no hablan con él aquí?, tal como dijeron que harían cuando llegaron.

—Volverá.

—Quiero llevármelo a casa. No soporto verlo así.

—Necesita ayuda —le dijo Louise.

La madre asintió de mala gana.

—Sé que la necesita, pero ¿qué va a pasar si no lo vigilan de cerca? ¿Y qué, si lo intentara otra vez? —Parecía perdida, con la mirada fija en la puerta de salida.

—Lo cuidarán, te lo prometo —dijo Louise. Sabía que Mikkel sería observado constantemente, dado el alto riesgo de suicidio. Después, irían a verlo cada cinco minutos, y, poco a poco, los tiempos se irían alargando. Lo soltarían solo si consiguiera empezar a disociarse de los pensamientos suicidas—. Tenemos que confiar en que sabrán qué hacer —añadió. La llevó a las sillas.

—Mikkel dice que la policía cree que él mató a Trine. ¿Por qué

dirían algo tan terrible? Creo que está sufriendo alucinaciones. ¿Oirá voces?, ¿tú qué crees?

Louise la cogió de la mano y habló con toda la calma de que pudo hacer acopio.

—La policía está investigando si Mikkel ha tenido algo que ver con la desaparición de Trine.

—Pero ¿por qué diablos habría tenido algo que ver? Está completamente pulverizado, tiene el corazón roto.

Louise seguía sujetándole la mano cuando se sentaron una frente a la otra.

—Mamá, escucha. No hay ninguna señal de que Trine hubiera planeado dejarlo. No se llevó ninguna de sus cosas: la tarjeta de débito, el carné de conducir ni el pasaporte; nada de lo que esperarías que se llevara alguien que tuviera planes de marcharse.

La madre apartó las manos.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Louise mantuvo la compostura mientras la miraba a los ojos.

—Que no creo que lo haya dejado.

—¿Y?

—Si eso es verdad, algo pudo haberle sucedido, y deberíamos estar preparados para esa posibilidad. También, es posible que la policía quiera presentar acusaciones contra Mikkel, en caso de que encontraran algo que insinuara su implicación en lo que ha ocurrido.

—Si…

Louise asintió.

—Si resultara que él le hizo algo.

La madre explotó.

—¡Vaya disparate! ¡Por supuesto que no, absolutamente no! ¿Cómo puedes venir a decirme semejantes cosas? ¡Escúchate! Estás hablando de tu hermano. ¡Nuestro Mikkel! —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y miró a Louise—. ¿Tú lo crees? ¿Crees eso de tu propio hermano?

—No, no lo creo. Pero estoy tratando de prepararte, porque eso es lo que sospecha la policía. Y no me sorprende que tengan planes de registrar su casa. —De hecho, se preguntaba por qué no lo habían hecho aún. Estarían hablando con todos los amigos de Mikkel y Trine. De eso sí podía estar segura—. Querrán saber todo

acerca de cómo era la relación con Trine, si tenían problemas matrimoniales, si peleaban, si alguno habría encontrado a alguien más.

La madre seguía muy molesta.

—Mikkel no, eso te lo puedo asegurar.

—La policía hablará con sus colegas de Volvo. Revisarán las cuentas del banco en busca de algo inusual en su situación financiera.

—No hay nada fuera de lo normal, excepto que ella se largó con el dinero que había en la cocina.

—Mamá, ¿quieres escucharme, por favor? Estoy tratando de decirte lo que está sucediendo, qué podemos esperar.

La madre alzó la voz.

—¡Escúchate!

Louise la dejó desahogarse. Después, se quedaron unos instantes en silencio, sin mirarse una a la otra. Entonces, la madre dijo:

—¿Y los niños? Necesitan volver a casa, seguir con sus vidas.

De pronto, Louise se sintió abrumada con sus temores. La historia estaría en las primeras planas de todo el país.

Kirstine y Malte también estarían en el centro del escenario. Eso sería inevitable.

Todo el mundo sabría quiénes eran sus padres. Quedarían expuestos, se hablaría de ellos, habría murmullos. Los señalarían.

—Probablemente, lo mejor sería que se quedaran contigo —dijo, después de pensarlo un poco—. Al menos, por el momento.

La madre no estaba dispuesta a ceder.

—Pero él no le hizo nada.

Louise negó con la cabeza.

—No, pero tendremos que encontrar pruebas antes de que se decidan a acusarlo. Lo que no sabemos es qué le dijo su suegra a la policía. Deben tener algo de lo que no nos hemos enterado, algo en qué basar sus sospechas.

La madre se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el hombro de Louise.

Por un largo rato, lloró en silencio.

Louise le puso una mano en la espalda. Ansiaba decirle toda clase de cosas para consolarla, pero, al mismo tiempo, después de todos esos años como agente de la policía, sabía exactamente lo que

iba a suceder. Y eso no iba a tranquilizar a su madre. Todo lo que tuviera que ver con Mikkel Rick sería examinado minuciosamente. Pondrían todo al derecho y al revés hasta encontrar a Trine.

No era fácil estar de este lado de la ecuación. No tenía la menor experiencia, y la única cosa que le quedaba meridianamente clara era que del otro lado se estaba mejor. Del lado de la policía.

Capítulo diez

El plan de Camilla era pasar a ver a Nina Juhler saliendo de estar con los padres de Pía, pero, cuando llegó a la casa de Nina, en Birkede, no pudo entrar. Aparcó junto a la zanja, diez metros más adelante por la estrecha calle, y miró la casa estucada en blanco. La ropa colgaba de una cuerda en el patio, la puerta de la terraza estaba abierta.

Se sentía aturdida, sobrecogida por la profunda sensación de haber pertenecido a este lugar alguna vez. Y gran parte de ella seguía arraigada aquí; ella había sido moldeada por su infancia, por los amigos de entonces. Se daba cuenta de que, por muchos años, se había distanciado de la muerte de su hermano. En los tiempos posteriores al accidente, el dolor había dominado su vida y la había hecho profundamente infeliz, pero, como adulta, apenas pensaba en ello. Él era una fotografía enmarcada que su madre tenía en el armario, en Skanderborg, y nada más. Camilla no tenía fotos de él; la verdad era que ni siquiera estaba segura de que Markus supiera cómo era su tío. Por supuesto, ya le había hablado de Lasse. Su hijo y su hermano, de hecho, se parecían. Ese pensamiento se le había metido muchas veces en la cabeza, pero siempre lo reprimía. No quería que Markus sintiera que debía reemplazar a alguien que ni siquiera había conocido.

Encontrarse de nuevo a Søren también la había hecho pensar en su padre. Y en el divorcio, unos cuantos años después de la muerte de Lasse.

Un día, el vendedor de coches usados de Osted simplemente descolgó el cartel.

Habían puesto los coches en un tráiler para llevárselos de ahí, y eso había sido todo. La fanfarronería y las bromas, el ruido y la seguridad de aquel charlatán, de aquel pesado, desaparecieron cuando los dejó. Ella no recordaba el rompimiento de sus padres

como algo traumático. Fue algo triste, pero no un verdadero problema. Más tarde, preguntándose sobre eso, había llegado a la conclusión de que la muerte de Lasse la había vaciado de emociones. Nada podía ser más doloroso, ninguna pérdida podría ser más grande, así que el divorcio no había sido más que una alteración de la cotidianidad. Lo había asimilado, e incluso había tenido la sensación de que podría cargar con más. Fue entonces cuando empezó a salir con Søren. Para ella, la vida de adolescente y las fiestas eran mucho más importantes que las consecuencias del amor extinto de sus padres.

Siempre había sido más cercana a su madre, así que jamás dudó de dónde se quedaría a vivir. Camilla incluso se negaba a visitar a su padre y a su nueva novia en Køge, y eso significó que se vieran muy pocas veces en los años siguientes. Cuando trató de revivir la relación, a partir del nacimiento de Markus, su padre estaba demasiado ocupado; no había funcionado. Y eso le había dolido. Más tarde, él se había ido a vivir a Præstø, a hacerse cargo de la propiedad de sus propios padres, y prácticamente habían perdido todo contacto. Y por muchos años, eso no llegó a incomodarla. Aunque ahora lo echaba de menos. Añoraba tener una familia.

Se sentía sola, y ahí, en esa casa, Nina Juhler vivía una vida que fácilmente pudo haber sido la de Camilla. Le escribió un mensaje a su padre para decirle que llevaría la tarta si él hacía el café.

La casa de granja tenía vista al fiordo de Præstø, con campos que se extendían por detrás. El hombre aún tenía unos cuantos coches sobre la carretera, frente al granero. Seguía metido en el negocio, aunque escasamente. Cuando se mudó aquí, su novia se quedó en Køge. Camilla había pensado, muchas veces, que podría estar un poco solo.

Conducía un BMW que había visto mejores días, un coche ancho al que le colgaba el parachoques trasero. Estaba aparcado cerca de la casa, a un lado de donde ella se detuvo. Su padre salió a la puerta principal en zapatillas, con los brazos abiertos, para recibir un abrazo. Ella apagó el motor y sacó la caja de la tarta, que estaba a su lado, en el asiento delantero.

—¡Vaya sorpresa! —dijo su padre mientras ella se dejaba engullir en sus brazos, apartando la cara del cigarro que él llevaba en la mano izquierda. La condujo a través del pequeño pórtico

frente a la entrada. Ella no había estado en esa casa desde la muerte de su abuela, pero el lugar lucía igual. El opaco pórtico delantero atiborrado de sus cosas, las tenues cortinas de encaje en las ventanas.

—Entra —dijo su padre—. Vayamos a la cocina a ver qué hay en esa caja.

Cuando ella era más joven, detestaba esos puros. Él la hacía pasar vergüenzas delante de sus amigos. Se sentaba fuera, en el solárium, metido en una nube de humo, y hablaba a través de la puerta abierta. Esto era cuando estaba en casa, pues la mayor parte del tiempo la pasaba en Hovedvejen, vendiendo y comprando coches, poniéndoles precio. De vez en cuando, en el aparcamiento guardaba una camioneta o una caravana. A los chicos más grandes les gustaba pasar por ahí, y él disfrutaba de la compañía. En ocasiones, dejaba que los amigos de Lasse rebuscaran en los coches viejos para rescatar repuestos, y ellos se ponían a jugar en la cochera, detrás de las oficinas. A los amigos de Camilla les encantaba pasar por ahí con ella.

En el momento en que dejó sobre la mesa la caja con la tarta de ciruelas con nata, sonó su teléfono. En la pantalla apareció una fotografía de Marcus.

—Hola —dijo, contenta de que él la llamara por su propia iniciativa. En esos tiempos, casi siempre era ella la única que llamaba—. Estoy con tu abuelo, acabo de llegar. Sí, se lo digo de tu parte, y sí, le recordaré que el año que entra cumples dieciocho años.

Rio y miró a su padre. Él le había prometido a Markus pagarle el carné de conducir. Sin condiciones, había añadido. Antes, Camilla se había quejado con su padre de que Markus estaba fumando. Y de nada habían servido los gritos ni las lamentaciones para hacer entrar a su hijo en razón. Su padre le dijo que se tranquilizara, que el chico lo dejaría en cuanto conociera a una chica cansada de besar ceniceros. Lo recordaba diciendo eso sumergido en su nube de humo de cigarro, pero tenía razón. Cuando Markus comenzó a salir con Julia, dejó los cigarrillos. Sabía que no estaba siendo justa, pero no podía evitar pensar que algo bueno estaba dejando esa relación.

—Iré a cenar a casa esta noche —le dijo Markus. No le preguntó cuándo regresaría ni si tenía otros planes. Ella se quedó con el

teléfono en la mano un momento antes de despedirse.

—¿Problemas? —preguntó su padre.

Camilla se encogió de hombros.

—No ha sido la forma habitual de decirme que viene a casa, para nada. —Volvió a poner el móvil en el bolso.

—¿Problemas de chicas? —Él llevó la cafetera y dos platos de postre al salón.

—Tal vez. —Asintió. Desde el punto de vista práctico, pensó, si han roto, las vacaciones no serían ningún problema. Inmediatamente se sintió avergonzada por pensar lo bien que le caería que Julia no fuera con ellos a Hawái.

Le contó a su padre lo de las vacaciones. También le habló de lo molesta que se sentía de que su hijo, aparentemente, no fuera capaz de hacer nada sin la novia.

Abrió algunas ventanas para refrescar la habitación.

—Tú no eras mucho mejor —gruñó el padre de buen talante.

Camilla lo miró sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Aquel chico alto a quien siempre llevabas a rastras. Te negaste a ir a las bodas de plata de Kirsten y Erik si no lo invitaban. Y lo mismo cuando nos quedamos en la casa de vacaciones de Rorvig.

Mencionó otras ocasiones, varias, que ella había olvidado por completo.

—Unas bodas de plata habrían sido terriblemente aburridas para alguien de mi edad —alegó ella.

Recordaba aquella noche en el edificio comunitario. Las canciones escritas para la pareja, la comida de tres platos… Pero bailaron con todos los viejos en cuanto el tipo del órgano comenzó a tocar. Y el asunto de Rørvig… También era verdad, pero solo porque tenían que ir a la discoteca. Cada verano, muchos de sus amigos, que estaban de vacaciones con sus padres, se reunían ahí.

—Así son las cosas cuando eres niño —dijo su padre—. Quieres salir con otros de tu edad.

Ella le sonrió y raspó el plato con la cuchara hasta pescar el último trozo de nata batida. Le prometió que pronto traería a Markus de visita.

—¿Sabes?, podrías venir conmigo a la ciudad. Quedarte algunos días en mi casa. Sería divertido.

En una reacción instantánea, él negó con la cabeza.

—Hay un tipo que viene a echarle un vistazo al Mazda grande. Y es jueves, noche de *bridge*. Se sentirían muy mal si me ausentara sin permiso.

No parecía tan solitario, después de todo, pensó Camilla, mientras él la acompañaba a la salida y le daba un billete de quinientas coronas para Markus. Para helados. Eso fue lo que dijo, y le dio las gracias por venir. Había sido una visita corta, muy corta. Pero ella se sentía contenta de haber venido.

De camino a casa, Camilla se detuvo en el Sticks n' *Sushi* por comida para llevar. Acababa de dejar las bolsas en la encimera de la cocina cuando llamó Terkel Høyer.

—La policía de Roskilde ha interrogado a un tipo relacionado con la mujer desaparecida, Trine Madsen. Y acabo de darme cuenta de que es aquel con quien fuiste a hablar.

Podía oírlo enfadado, y estaba a punto de defenderse, de explicarle que Trine había abandonado a su familia antes, pero Terkel no estaba en modo escucha.

—Irás allá a averiguar quién está dirigiendo las investigaciones y a enterarte de lo que está sucediendo. Hemos publicado una noticia breve en el sentido de que la policía la está buscando, pero no hemos hecho un seguimiento. Envía el artículo tan pronto como hayas hablado con ellos para ponerlo en el sitio web.

Contempló el espacio por unos instantes y colgó. Fue entonces a su despacho y encendió la grabadora antes de llamar a las policías de Selandia Central y Occidental. En Roskilde, pidió hablar con el capitán Nymand. Mientras esperaba, revisó el sitio web del periódico y leyó la noticia acerca de Trine.

> La policía busca a una mujer de treinta y ocho años llamada Trine Madsen, quien desapareció de su casa en Hovedvejen, en Osted, el 19 de junio, entre las cuatro y las seis de la tarde. Fue vista por última vez ese mediodía. Trine Madsen mide 1,69 y es de complexión normal. Posiblemente vestía una camiseta blanca con un logotipo azul en el pecho, del lado izquierdo, y pantalones azules sueltos. Si tiene alguna información relacionada con su paradero, por favor, póngase en contacto con la policía en el número 114.

El periódico de Roskilde, el *Roskilde Dagblad*, había escrito:

> La policía sospecha que podría haber un acto criminal relacionado con la desaparición de Trine Madsen. Están dispuestos a hablar con cualquiera que la hubiera visto desde el momento de su desaparición.

La voz de Nymand irrumpió:

—¿Sí?

Camilla se identificó rápidamente y le explicó que lo llamaba para preguntarle sobre el nuevo giro en el caso de Trine Madsen.

—¿Nuevo giro? —dijo él.

—Vosotros habéis interrogado a un hombre relacionado con el caso. ¿Le habéis presentado cargos? ¿Está detenido?

El capitán guardó silencio por un instante. Después, carraspeó y dijo que debía haberse esperado su llamada.

—Normalmente, te habría enviado con nuestro jefe de prensa. —Sonaba casi efusivo, lo que dejó a Camilla desconcertada—. Dispara —continuó.

Ella le preguntó qué podía decir, en general, sobre el caso.

—Hemos estado investigando la desaparición de Trine Madsen desde que fuimos notificados, cuatro días después de que fuera vista por última vez en su casa de Osted. La madre de Trine fue quien denunció la desaparición. Como resultado de lo que hemos podido averiguar, hace unas horas trajimos a un hombre para interrogarlo. También hemos hecho un registro en la casa de este sospechoso. Por el momento, estamos revisando su teléfono y su información bancaria. También recogimos algunos objetos personales de la mujer desaparecida. Están siendo examinados.

El móvil y la tarjeta de débito, pensó Camilla.

—¿Qué os hace creer que ha habido un crimen? —Podía escuchar su propia tensión.

—Varios aspectos de nuestras pesquisas apuntan en ese sentido. En este momento no podría entrar en detalles.

—¿Estáis investigando esto como un asesinato?

—Sí —contestó. Sin dudarlo—. Tenemos en marcha una investigación por homicidio.

Lo que significaba, simplemente, que la policía dedicaría más recursos y que, de esa manera, ampliaría las indagaciones, recordó Camilla.

Escogió las palabras con cuidado:

—¿Sabéis algo acerca de dónde podría estar el supuesto cadáver

de la mujer?

—No, por el momento no tenemos nada al respecto. Lo único que podemos decir es que no ha aparecido.

—¿El sospechoso está relacionado con Trine? —En el otro lado de la línea, el silencio fue ominoso.

—Creí que por eso me habías llamado directamente. Supuse que habrías tenido noticias de Rick.

Silencio. Los pensamientos de Camilla corrían a toda velocidad y, de pronto, entendió por qué Nymand no la había mandado directamente a la oficina de prensa.

—Sospecháis de Mikkel. Supongo que lo habéis interrogado. Solo espero que los detectives que lo interrogaron estén enterados de que Trine ya dejó a su esposo una vez, que lo dejó con el marrón, con dos pequeños y las facturas por pagar. Espero que tu gente se haya tomado la molestia de averiguar cuán afectado quedó aquella vez, cuánto se esforzó Mikkel en mantener unida a su familia. —Hizo una pausa por un momento para contener su ira, pero la voz le temblaba cuando remató—: Os equivocáis con él.

—Siempre es difícil aceptar algo así, cuando se trata de gente que conoces. —Camilla no podía soportar su tono compasivo—. Acabo de hablar con Louise Rick. Su hermano ha tratado de suicidarse dos veces en las últimas cuarenta y ocho horas. Eso dice bastante de nuestra sospecha, me parece.

Camilla se controló.

—¿Encontrasteis algo en el registro de la casa? ¿Qué pruebas tenéis contra él?

—No haré comentarios en este momento. —Ella oyó que una llave giraba en su puerta—. Quiero que tu periódico publique una nota —continuó Nymand—. Estamos pidiendo a quienquiera que hubiera visto a Trine Madsen…

—¿Tenéis algo en contra de Mikkel? ¿Algo concreto que lo relacione con la desaparición?

Nymand no contestó. Camilla colgó. Se sentía mareada cuando se levantó y fue a abrazar a Markus.

Estudió a su hijo, que estaba sentado en el banco del pasillo, con el cabello alborotado, quitándose los zapatos. Simplemente no podía recordar ninguna ocasión en que él se hubiera autoinvitado a cenar de esa manera. Por lo general, solo le comunicaba que iría a casa a

comer, pero esto parecía un acto planeado. Quizás había algo relacionado con el internado y sus exámenes finales, alguna cosa de la que él quería hablar antes de enseñarle sus calificaciones.

Ella abrió la puerta doble de la terraza y le dijo que tenía que enviar algo al periódico antes de la cena. Pensaba que no le quitaría mucho tiempo. Unas cuantas líneas acerca de que aún no había ninguna señal de la mujer desaparecida de Osted. Eso era todo lo que Nymand lograría sacarle.

No pudo leer gran cosa en la expresión de su hijo. Parecía un poco nervioso, pero no como si estuviera avergonzado de algo, y eso la aliviaba.

Encontrar las palabras adecuadas resultó más complicado de lo que esperaba. No quería señalar a Mikkel, pero Terkel no la dejaría en paz si ella no revelaba que la policía había interrogado a un sospechoso relacionado con el caso. Trató de comunicarse con Louise varias veces, pero o ella estaba hablando con alguien más o tenía el teléfono enlazado directamente al correo de voz. Finalmente, envió el artículo y un mensaje de texto a Terkel. Entonces se levantó y fue a reunirse con Markus.

Lo encontró sentado en una de las tumbonas, con un refresco de cola en la mano, admirando las azoteas de Frederiksberg. Ella, con delicadeza, le pasó los dedos por el cabello.

—¿Así que estás disfrutando de tus vacaciones de verano o echas de menos el internado?

Él trató de sonar normal.

—Está bien. —Le habló de un fin de semana en Humlebæk con Tue—. Así que no es como si no nos estuviéramos viendo ni nada de eso. —No parecía particularmente entusiasmado.

—Vayamos a cenar, ¿vale? —dijo Camilla, aunque sabía que él no sería capaz de probar un solo bocado.

El chico la siguió a la cocina y la miró sacar los platos y los vasos de la alacena. Algo en sus ojos la detuvo. Aguardó a que él hablara y, por una vez, Markus le preguntó si podía ayudar en algo.

—Busca en mi bolso —dijo ella—. Hay algo para ti de parte de tu abuelo.

No era que su hijo no recibiera una asignación decente. Ella sentía que Frederik había sido más que generoso la última vez que acordaron la suma, pero Markus se iluminó cuando encontró el

billete en el compartimento delantero del bolso.

—Lo invité a venir conmigo a la ciudad, solo que no pudo escaparse. —Puso todo en una bandeja y después sacó unas bebidas de cola del frigorífico, las colocó junto a los platos y levantó la bandeja para llevársela fuera.

—Voy a ser padre —dijo Markus.

La bandeja dio de lleno contra la encimera de la cocina, derribando una de las colas.

—¡Padre! ¿Qué quieres decir? ¡Tú no vas a ser padre, eres un crío!

—Lo sé —balbució.

Ella lo miró incrédula.

—¡Por Dios santo, Markus! ¡Solo tienes dinero para comprar helado!

—Julia está embarazada. Fue al médico esta mañana.

Al menos, no se había andado con rodeos, había que reconocérselo.

Camilla se giró hacia el otro lado y contó hasta diez, mientras miraba por la ventana de la cocina. Entonces se volvió y, con la mayor frialdad posible, le sugirió que fueran al salón.

Se sentaron en los sofás, uno frente al otro.

—Tendrá que deshacerse de él —dijo ella.

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Eres increíble —dijo, con los ojos húmedos—. Nunca has aceptado a Julia en la familia ni hecho el menor intento de que se sienta en casa. Nunca te has interesado por ella, nunca has dicho que te gusta.

—Eso no es cierto —protestó Camilla, pero sin convicción en la voz. Hasta ella podía notarlo.

—Es como si hubieras tratado de alejarla desde el principio. ¿Sabes siquiera lo mal que la haces sentir? Y es verdaderamente duro, también para mí, que actúes deesa manera.

—¡Basta! —cortó Camilla—. Prácticamente, lo único que he hecho es haceros saber que ambos sois bienvenidos aquí, pero ella actúa como si detestara la idea. Como si prefiriera que os quedarais con sus padres.

—¡Es como si no te gustara! —gritó Markus. Ahora estaba llorando—. Es mi novia. Nunca he tenido nada en contra de

Frederik, pero ¿alguna vez, tan siquiera, me has preguntado qué siento por él? He sido amable, porque sabía que tú lo querías, y puedo notarlo. He tratado de que se sienta bienvenido en nuestra familia.

—¿Cuándo coño te convertiste en el adulto de aquí? —gritó ella.

—Lo he sido por mucho tiempo —replicó Markus. Enfadado, se secó unas lágrimas con el dorso de la mano, tal como hacía cuando era niño.

Habría querido abrazarlo, pero estaba conmocionada, temblando. Trataba de calmarse, y, sin embargo, su furia, una cólera incontrolable que apuntaba a Julia por haber puesto a Markus en ese predicamento, no la abandonaba. No podía contenerse.

—No es muy difícil entender por qué Frederik te cae bien —le escupió con voz estridente—. He oído que te prestará el bote este fin de semana.

Markus la miró con ojos de hielo, se puso de pie y esperó.

—Lo siento —susurró Camilla—, lo siento de veras, eso estuvo de más. Por favor, solo siéntate, ¿vale?

Markus dudó, pero terminó por sentarse. Su mirada, no obstante, seguía siendo fría, y madura, de un modo que la preocupó.

—Me malinterpretaste al creer que Julia no me cae bien —dijo ella, decidida a convencerlo—. Me gusta, pero tienes diecisiete años. Teníais dieciséis cuando comenzasteis a salir. Todavía no tienes dieciocho años, y, tienes que entenderlo, esto os arruinará la vida.

—Te equivocas —dijo en voz baja.

—Ni siquiera sabes si ella es la persona adecuada para ti. Cuando tenía tu edad, tuve un novio a quien quise mucho. De hecho, acabo de encontrarme con él. Se casó con otra chica de mi clase. Esto es lo que pasa, que otros aparecen. Julia es la primera chica con quien tienes una verdadera relación.

—La quiero.

—Esto no va a funcionar, Markus. Te vas a arrepentir.

—Así que ¿qué planes tienes?

—Hacerte entrar en razón. Frederik y yo estamos pensando en tener un bebé. ¿No te das cuenta de lo extraño que sería? ¿Llevar a

ambos a la misma guardería?

Él ya estaba gritándole antes de terminar de escuchar.

—¿Así que ese es tu problema? ¡Otra vez! ¿Se trata de lo que *tú* quieres? Bien, pues esto es un asunto de Julia y mío y de nuestras vidas. Queremos a nuestro bebé y tú no tendrás nada que ver con esto. Ni conmigo. Puedo cuidarme solo, sin ti ni Frederik.

Dejó caer al suelo el billete de quinientas coronas, se dio la vuelta, salió a grandes pasos de la habitación y cerró la puerta principal de un portazo. Ella escuchó el estrépito de sus pasos bajando por las escaleras.

Camilla se quedó sentada por varios minutos, tratando de asimilar lo que había sucedido. Entonces se dio cuenta de que estaba temblando. Un viento frío se colaba por la puerta abierta de la terraza. Se levantó, fue a la cocina, cogió las bolsas de *sushi* y las tiró a la basura.

Capítulo once

El miedo explotó en ella mientras luchaba por despertarse. El hedor de la orina y la mierda la tenía atosigada. Pasó un momento antes de que entendiera que el olor venía de ella misma. Sentía el frío húmedo en la espalda, el corazón retumbándole en el pecho. Su cuerpo estaba tenso, como si se hubieran activado las alarmas antes de tiempo. Su estado de alerta no era suficiente para que ella pudiera percatarse de lo asustada que estaba.

Parpadeó lentamente y trató de enfocarse en un objeto frente a ella. Por un largo rato, se quedó mirando la botella roja de agua. Estaba segura de que no había estado ahí antes. Alzó los ojos y los dejó reposar un momento en la ancha roca que tenía sobre la cabeza. Miró entonces otra, y la siguiente, hasta descubrir una abertura, una grieta de luz.

Tardó un rato, pero finalmente se dio cuenta: ¡había una salida! Luchó por alcanzar la luz, pero fue incapaz de moverse.

Tenía la boca seca; la lengua como papel de lija. Quizás había bebido, no podía recordarlo. Quiso gritar, pero no alcanzó a emitir más que un gemido ahogado, un movimiento de la boca, un estiramiento de la garganta. Alguien había estado ahí. Alguien sabía dónde estaba.

Capítulo doce

—¿Ya lo habéis acusado? —Louise encaraba a Nymand, en el despacho de este, determinada a obtener una respuesta.

—No —respondió el capitán de la policía.

—¿En qué apoyáis una sospecha razonable?

Louise había aparecido en la comisaría con la esperanza de que Nymand siguiera ahí, aunque la mayoría de los agentes y el personal ya se habían ido a sus casas. Había estado en el hospital, esperando el regreso de Mikkel, pero apenas le habían dado permiso de darle un abrazo antes de que se lo llevaran a la «trastienda», como llamaban al ala cerrada dotada de personal extra y supervisión.

—¿Qué tenéis contra él? ¿Encontrasteis algo cuando registrasteis la casa?

Nymand asintió.

—El móvil de ella, en un bolsillo de un abrigo. Muerto, sin batería.

Conjeturó que aún no les había dado tiempo de revisar el teléfono ni el disco duro del ordenador de Mikkel, en busca de contenido y datos técnicos, pero, de cualquier modo, estaba de pesca. A ver si encontraba algo. Se sintió aliviada de que Nymand no dijera nada más, porque, a pesar de que no estaba dispuesto a hacer concesiones, su silencio era elocuente: no habían encontrado nada. Por lo menos, nada que pudiera justificar una acción penal contra su hermano.

Pero, entonces, él prosiguió:

—Y la bolsa de viaje, junto al escritorio de la clínica, cargada de ropa para la tienda de la Cruz Roja. Sobre el escritorio había una carpeta relacionada con la colecta.

—Supongo que habéis hablado con los compañeros de trabajo de mi hermano, en Volvo —dijo Louise. Estaba enojada con Mikkel,

por no haber encontrado la maleta, pero eso se lo guardó—. ¿Alguno ha confirmado que salió del trabajo a cierta hora el 19 de junio? ¿Tenéis testigos que lo sitúen en Osted ese día?

—Entiendo tu postura —dijo Nymand—, pero eres lo suficientemente profesional para saber que, en primer lugar, debemos investigar a la gente más cercana a Trine Madsen. No podremos eliminar a tu hermano hasta que hayamos revisado todo: su coartada, los datos del teléfono, testigos. Ha intentado suicidarse dos veces ya; no una, dos, a pesar de que es responsable de sus dos pequeños.

—¡Se siente como una mierda! —Escupió ella—. Ha tocado fondo, y, en este momento, es probable que os diga cualquier cosa.

Resignado, él movió la cabeza.

—No estamos tratando de que nos diga nada en particular. Solo queremos tener una visión general de lo que aconteció cuando desapareció su esposa.

—No esposa, compañera —dijo Louise.

—Compañera. De cualquier modo, no nos ha dicho nada. Sería útil que, por lo menos, intentara defenderse, pero alega que no notó nada desacostumbrado en los días previos a la desaparición.

—Porque no hubo nada desacostumbrado. —Louise le habló de la cena de Mikkel y Trine con sus padres, no hacía mucho—. Probablemente ni siquiera está pensando en su defensa. Está devastado, necesita ayuda. Trine está por ahí, en algún lado, tenéis que encontrarla.

—Es lo que estamos haciendo.

—¡Pero no lo habéis conseguido! Estáis manejando esto como una manada de perros perezosos. ¿Por qué os tomó tanto tiempo encontrar su móvil? De haber tomado este caso con seriedad, desde el principio, vuestra prioridad habría sido localizar ese teléfono.

Había dado por hecho que, al marcharse, Trine se había llevado consigo el móvil y que la policía ya había comprobado su número y rastreado el aparato para trazar sus movimientos.

Nymand estaba a punto de replicar, pero ella lo cortó.

—Ha sido ahora, después de que Mikkel se derrumbara, que habéis comenzado a hacer algo. No levantasteis un dedo antes de que mi hermano tratara de suicidarse por segunda vez. Tomasteis el intento de suicidio como una señal de culpabilidad. Pero déjame

decirte algo. —Ya estaba inclinada sobre el escritorio del capitán.

»Si hubieras hecho tu trabajo o hubieras enviado el caso al Departamento de Personas Desaparecidas, te habrías dado cuenta, antes de los intentos de suicidio de mi hermano, de que ese móvil estaba en su casa. Si hubierais registrado el lugar desde el primer momento, habríais notado que no hay el menor indicio de que Trine tuviera planes de dejarlo. Habrías evitado que tratara de matarse, si él hubiera sabido que ella no lo había abandonado. No habría terminado en esta situación si vosotros hubierais reaccionado en el minuto mismo en que se notificó la desaparición de Trine.

»Pero no lo hicisteis. Esperasteis. Y Mikkel siguió pensando que ella lo había dejado».

—Hablamos con su madre.

—¡No me jodas! —Louise cerró los ojos un momento para serenarse—. Entiendo que no puedas aceptar mi palabra de que mi hermano no está involucrado en la desaparición de Trine. Vale. Y también soy consciente de que estoy demasiado implicada emocionalmente. Pero, en realidad, te estoy hablando con absoluta rectitud. Tenéis que seguir buscando. El tiempo que pasé en el Departamento de Personas Desaparecidas me enseñó que las personas pueden desaparecer por una gran cantidad de motivos. Y sí, el homicidio es uno de ellos; pero es solo uno entre muchos.

No pudo evitar recordarle a Nymand que solo cuatro o cinco casos, de entre unos mil seiscientos, anualmente, terminaban con la creencia de que había habido un crimen.

—Ahora, ya que habéis hablado con Mikkel y los amigos y la familia de Trine, ¿hay alguna señal de que ella tuviera una aventura de la que mi hermano no estuviera enterado? ¿O habéis hablado con los pacientes de su clínica del día en que desapareció?

—Estamos indagando todo eso. ¿Tu hermano tiene un coche?

Louise asintió.

—Yo lo he estado conduciendo. Está aparcado allá fuera.

—¿Alguien ha tenido acceso a él, además de ti?

—Solo Trine.

—Tendremos que echarle un vistazo.

Louise asintió y se puso de pie para marcharse, pero, antes de girar, lo miró a los ojos.

—Será mejor que hagas todo lo posible por cuadrar esto bien,

Nymand. Estaré vigilándote muy de cerca. Si hubieras estado atento, mi hermano, en este momento, estaría en casa con sus hijos, no encerrado en un psiquiátrico. Y si terminara suicidándose, nunca olvidaré esta comisaría, porque él no tiene la culpa de la desaparición de Trine.

Louise condujo a la casa de sus padres en Lebjerg. El diminuto pueblo, de nueve residencias en total, quedaba cinco kilómetros a las afueras de Hvalsø. En una cálida tarde de verano, no había muchos otros lugares por donde Louise habría querido dar un paseo.

El sol carmesí colgaba sobre la torre de Lerbjerg, que destacaba horrible sobre los bosques. El pilar de la antigua antena de televisión, pintado de verde militar, se alzaba como un olvidado punto de referencia sobre la pequeña colina, detrás de la casa donde Louise pasó su infancia. Por dentro de ella, un ascensor llevaba a la cima. Alguna vez se habló de convertirla en un mirador, en una atracción turística. Ella había estado ahí, y lo que clamaban los entusiastas del proyecto era cierto: podías contemplar Selandia entera.

Su padre acababa de empezar a hacer albóndigas. Kirstine y Malte estaban fuera, mientras que su madre dormía la siesta. Louise sacó su vieja bicicleta de un ala del establo y pedaleó a través de los bosques hasta Avnsø.

Se sentó, con la espalda apoyada en un árbol, a contemplar durante un largo rato las aguas oscuras del lago, que eran como un espejo. Un enjambre de mosquitos revoloteaba a baja altura. Aunque estaba a la sombra, no sentía frío. La luz dorada del sol dejaba caer monedas a través de las hojas de los árboles.

Trató de ordenar sus pensamientos y tranquilizarse. Echaba de menos a Eik, sus brazos rodeándola. Añoraba charlar con él.

A varios metros del borde, en el agua se iban extendiendo unos anillos. Cuándo ella miró el pez ya anillos. El pez ya había desaparecido. Tal vez debería llamar a Rønholt y pedirle consejo. Era su antiguo jefe, el hombre que la había llevado a dirigir la pequeña unidad de personas desaparecidas donde ella y Eik se conocieron. Y ahí se había hecho necesario que uno de los dos encontrara otro trabajo, después de que se hubieran convertido en pareja. A ella le había tocado marcharse.

Por un tiempo ya largo, Louise había esquivado hábilmente el insoportable pensamiento al que tendría que enfrentarse, si quería conservar las esperanzas de ayudar a Mikkel: ¿Y si él estuviera detrás de la desaparición de Trine? ¿Cómo habría sido aquel 19 de junio?

Apoyó la espalda en el tronco del árbol y cerró los ojos. Su hermano ya se habría ido cuando Trine y los niños se levantaron. Habría salido de la casa a las seis y media para estar en el trabajo a las siete. Podía haberse ido a las siete menos cuarto y, sin ningún problema, llegar a tiempo al trabajo. Trine pudo haberse levantado más temprano esa mañana. ¿Habrían discutido?

La policía se habría enterado pronto si ellos dos hubieran tenido algún contacto más tarde, ese mismo día; de haber habido otras llamadas, aparte de la que su hermano le había mencionado. Habrían sido capaces de trazar los movimientos de Mikkel con ayuda de la compañía operadora de telefonía móvil. Al revisar los datos de localización, habrían descubierto si estuvo en Osted en algún momento del día, por más que él lo negara. Suponiendo que hubiera llevado consigo el teléfono, claro está.

Louise se puso a imaginar el día de Trine. Había recibido pacientes en la clínica de podología… La pura idea enfadaba a Louise, porque, si los hombres de Nymand hubieran actuado con diligencia, ya habrían hablado con todo el que tuvo una cita con Trine el 19 de junio. Pero también era posible que la policía ya hubiera hablado con ellos, se dijo a sí misma. Sus pensamientos volaban de un punto a otro. Y la sensación de insuficiencia la confundía. No estaba acostumbrada a ser un miembro de la familia implicada. No era capaz de mirar con claridad, no podía bosquejar lo que podría ocurrir en caso de que su hermano hubiera cometido un crimen.

Simplemente nada encajaba; ni la situación ni los hechos.

Trine recogió a Kirstine y Malte, eso estaba muy claro. Condujo a casa. Los niños estuvieron viendo la televisión hasta que Mikkel llegó a las cinco y media. ¿Qué ocurrió entre las cuatro y las cinco y media? ¿Quién o qué provocó que Trine abandonara hijos, cartera y móvil en una casa sin cerrar?

Definitivamente, Kirstine sería capaz de decir si notó algo cuando desapareció su madre. Ya era una niña grande, y muy

avispada. Y Malte era como un pequeño terrier que sale corriendo a hacer un gran acto cada vez que pasa un extraño. Si alguien hubiera aparecido ese día, los chicos lo habrían sabido, habrían reaccionado.

Al único que no habrían prestado atención era al padre.

—¿Qué le dijeron a la policía Kristine y Malte? —preguntó a su padre cuando estuvo de regreso del lago—. ¿Cuándo los interrogaron?

El padre parecía cansado. Dejó a un lado el paño de cocina y apoyó una mano sobre la encimera. No parecía sorprendido con la pregunta.

—Creo que fue cuando su abuela notificó la desaparición de Trine. La policía se puso en contacto con Mikkel ese mismo día. Le pidieron que recogiera a Kirstine y a Malte en la escuela y los llevara a casa para hablar con ellos en un ambiente familiar. Eso es lo que Mikkel nos contó.

Louise asintió. En la siguiente oportunidad, los niños serían llevados a la comisaría y videograbados por alguien del distrito. Era el procedimiento habitual.

—¿A Mikkel le dieron permiso de escuchar mientras los agentes hablaban con ellos?

—Le dijeron que esperara en la cocina. ¿Por qué lo preguntas?

Se volvió a ella y se apoyó una vez más sobre la encimera. Louise se encogió de hombros.

—Solo me pregunto cómo habrán vivido la desaparición de su madre. Los niños pueden tergiversar las cosas de un momento a otro, ya lo sabes; podría ser difícil para ellos decir si desapareció justo antes de que Mikkel llegara a la casa o si pasó más tiempo.

De pronto, Kirstine y Malte irrumpieron por la puerta trasera con las manos al frente, cerradas y ahuecadas. Louise se arrodilló para abrazarlos mientras corrían hacia ella. Los dos abrieron las manos al mismo tiempo. Dos grandes sapos se quedaron mirando a la tía por un instante. De pronto, uno saltó sobre el muslo de Louise. Malte dio un grito de regocijo.

Ella se rio cuando le dijeron los nombres: Hansel y Gretel. El otro sapo también dio un brinco, pero, en vez de detenerse, se fue dando saltos por el suelo hacia la libertad.

Louise se quedó mirando a los hijos de su hermano. No tenía el

corazón para hacerlos recordar el día en que desapareció su madre. Mientras ponía la mesa, los ayudó a elaborar una historia acerca de los dos sapos.

Después de la cena, cuando Kirstine y Malte se levantaron de la mesa para subir a ver la televisión, la madre entró con el café.

La conversación se había alargado un poco. En un momento, Louise se dio cuenta de que su madre la estudiaba en silencio.

—¿Y tú? —le preguntó mientras llenaba las tazas—, ¿cómo estás?

No hizo falta más. Todo salió a borbotones. Habló a sus padres acerca del rompimiento con Eik, y, aunque trataba de dominarse, comenzó a llorar. Para desviar sus pensamientos por un rato, su padre le preguntó por su trabajo en la jefatura de policía de Copenhague; sin embargo, ella les dijo que no estaba, en absoluto, preparada para volver.

—Me quedan otros dos meses de permiso —les recordó.

—Pero, si no piensas hacer nada en particular en los próximos dos meses, quizás sería bueno que te pusieras en marcha, que tuvieras algo más en qué pensar, mientras los demás no están. Y ahora tienes todo esto con Mikkel.

Louise negó con la cabeza. Para ella, el asunto estaba meridianamente claro: no tenía ganas de regresar al trabajo. No estaba lista; no podía mantener la concentración ni tratándose de su propio hermano. Lo único que quería era hacerse un ovillo y esconderse hasta que todo estuviera bien.

Notó que sus padres intercambiaban miradas.

—¿Qué dice Camilla de todo esto? —preguntó su madre, como esperando que la mejor amiga de Louise pudiera hacerla entrar en razón.

—¿Y Suhr? —añadió el padre.

Hans Suhr había recomendado a Louise para sucederlo como jefe de homicidios de Copenhague. Acababa de jubilarse. El plan era que él se quedara hasta el retorno de Louise, pero, cuando ella dijo que se iría por seis meses, un colega, Thomas Toft, fue nombrado jefe interino del departamento. Ella había dejado la unidad de Personas Desaparecidas para convertirse en la jefa de homicidios de la capital del país, y ahora ni siquiera era capaz de resolver sus propios problemas.

Respondió cortante:

—Toft se puede hacer cargo de todo.

Después de un rato, la madre dijo:

—Tendrías que analizarlo también desde el punto de vista de Eik.

—Lo hago. Puedo entenderlo, definitivamente. «Puedo entenderlo al ciento por ciento», pensó.

—¿Y Jonas está bien?

—Sí, muy bien. Se llevan estupendamente. Está flipando, y acercándose cada vez más a Steph, creo. Es bueno para ambos.

Se las arreglaron para negociar el resto de la sobremesa sin mencionar directamente a Mikkel. Justo antes de marcharse, les habló de la reunión con Nymand.

—Si fuera necesario, me comunicaré con John Bro —dijo. Les contó que ya había llamado al célebre abogado defensor para informarlo de que probablemente necesitarían sus servicios. Bro era uno de los mejores de la profesión y, a ojos de la policía, el más temido—. En este momento, la policía no tiene nada. Necesitan mucho más para acusarlo.

Los pensamientos zumbaban en su cabeza mientras conducía a Osted. Habían intentado convencerla de que pasara la noche con ellos. Ella tuvo la sensación de que estar todos bajo un mismo techo tendría algún significado para sus padres, pero necesitaba quedarse sola, sentarse tranquilamente en la cocina a tomarse una cerveza, esperando que las pastillas tailandesas le hicieran efecto. Tenía previsto dejar de usarlas al terminar el desfase horario, y esa misma mañana había tomado la decisión. Pero todo parecía distinto ahora. Se sentó a la mesa de la cocina a pasarse la pastilla con un trago de cerveza, a sabiendas de que a la mañana siguiente la haría sentirse plomiza y aturdida. En este momento, sin embargo, no parecía haber otro medio para pasar la noche.

Capítulo trece
Bornholm, 1995

Hacía media hora que se habían apagado las luces cuando abrieron la ventana tan cautelosamente como pudieron. Susan fue la primera en trepar; las otras lo hicieron enseguida. Silenciosamente, corrieron de puntillas en la oscuridad. Al llegar a la calle, soltaron risitas de alivio. Mientras se ponían las chaquetas, estuvieron atentas a los chicos.

Trine se ajustó la bufanda al cuello y se estremeció, pero, cuando oyó el sonido de los ciclomotores, se olvidó por completo del viento que se le metía dentro de la ropa. Corrieron hacia el colegio privado. Horas antes, esa misma noche, después de cenar, habían caminado por el muelle hasta el quiosco. Ahí habían conocido a los chicos. Susan se acercó casualmente a ellos y les preguntó si había algo, y ahí fue cuando hicieron planes para encontrarse en el colegio.

Trine se aferró al chico que tenía delante. El viento hacía ondear su pelo mientras iban en el ciclomotor a un sector del bosque, junto a la costa. Había compartido un cigarrillo con él mientras estuvieron en el puerto. Skipper; así lo llamaban. Los chicos eran de tercero de secundaria, con excepción del más alto, que había dejado el cole.

Era una noche luminosa y clara, y la luna proyectaba un resplandor plateado en la superficie del agua. De pronto, la quietud pareció abrumadora en ausencia del ruido de los motores. Trine y Nina ayudaron a recoger algunas ramitas para la hoguera.

Los chicos habían traído un saco lleno de botellas de cerveza, en tanto que Pia había traído cigarrillos.

—¿Alguien quiere nadar? —gritó uno de ellos. Trine se contuvo, pero Susan y Pia salieron corriendo hacia el agua quitándose la ropa. Las oyó reír y gritar cuando saltaron, y, en ese momento, se

arrepintió de no haber ido con ellas. Ahora sería raro ponerse ahí y quitarse la ropa ella sola. Tonny, un chico flaco de chaqueta vaquera, intentaba encender el fuego. Del bolsillo trasero se sacó un trozo de manguera y lo usó para absorber gasolina de uno de los ciclomotores. Nina trajo una carga de ramitas y las dejó caer a los pies de Tonny. Luego empezó a desbrozarse el cabello corto, como si se hubiera arrastrado por el bosque en busca de las ramas.

La madera empapada en gasolina chupó aire cuando él le acercó un fósforo.

Un chico llamado Daniel le dio una cerveza. Parecía agradable. Se sentaron juntos y mantuvieron el fuego encendido sin intercambiar palabras. Los nadadores salieron del agua. Susan rio a carcajadas. Entonces, el chico alto, al que llamaban Stretch, dijo algo y todos rieron.

—¿Y vosotras, de dónde sois? —preguntó Daniel.

—Osted —dijo Trine. Habría preferido estar con las otras.

Él negó con la cabeza y dijo que nunca había oído hablar de ese lugar.

—¿Cómo es?

—Imagínatela como la ciudad más larga de Dinamarca —dijo, tratando de sonar burbujeante, brillante—. Hay una larga calle principal y el resto de la ciudad cuelga de ella.

—Suena aburrido —dijo él en una voz melódicamente aburrida y con su acento cantarín de Bornholm. Trine estuvo a punto de replicar, pero se mordió la lengua cuando vio que los demás ya venían de regreso. Susan iba cogida de la mano de Skipper. Aunque Trine y él solo habían compartido un cigarrillo y ni siquiera habían charlado de verdad, le escocía un poco ver cómo Susan ya le había clavado las garras. Él era, de lejos, el más guapo del grupo, con su cabello rubio, su manera de sonreír.

Ella lo miró y preguntó:

—¿Estaba fría?

Skipper soltó la mano de Susan. Negó con la cabeza y dijo que estaba agradable.

—Pero no me molestaría calentarme un poco.

Trine sintió que se sonrojaba y apartó la mirada.

Las chispas volaban alto desde la hoguera resplandeciente. Todos se sentaron en un círculo y compartieron la cerveza que los

chicos habían traído. Daniel arrojó al fuego algunos trozos de madera más grandes y comenzó a hablarles de una vieja casa abandonada justo a las afueras del pueblo.

Pía aplaudió y gritó:

—¡Tenemos que verla!

Trine seguía con la mirada fija en Skipper, que estaba sentado a un lado de Susan. Pia le dio un codazo y le tendió un cigarrillo. Trine no estaba acostumbrada a fumar, pero dio una larga calada y consiguió no toser.

—¿Y vosotros? —Le dio el cigarrillo a Daniel, que se parecía un poco a Joey, el de *Friends*… O sería un efecto de la luna o de las llamas de la hoguera.

—¿Quién quiere? —Les quedaban tres botellas de cerveza. Trine bebió un largo trago cuando le pasaron una. Estaba somnolienta y un poco mareada por el cigarrillo, pero no quería dar la noche por terminada. Susan se recostó y puso la cabeza en el regazo de Skipper. Antes de pasarle la botella, Trine bebió una vez más.

Pia preguntó cuándo podrían ir con los chicos a la casa abandonada.

Trine encendió otro cigarrillo. Le dolía la garganta. De repente, estaba cansada y con ganas de irse a dormir. El cielo iba aclarándose poco a poco.

—¿No deberíamos volver? —Miró a todos en el círculo. Ninguno le respondió; más bien, comenzaron a cantar una vieja canción de Kim Larsen. Preguntó otra vez, ahora más fuerte, y les recordó que tenían que levantarse a las siete. Dentro de tres horas.

—Te llevaré de vuelta —se ofreció Daniel. Pero Trine quería que las demás también vinieran.

Preguntó una vez más. Trató de captar la atención de Pia, pero esta susurraba con Tonny sin parar.

Finalmente, aceptó la oferta de Daniel. Apenas podía mantenerse despierta. Cuando se levantó, Nina dijo que ella también quería volver, lo que terminó con Susan y Pia uniéndoseles. Antes de marcharse, las chicas hicieron planes para encontrarse otra vez con ellos la noche siguiente.

Las pillaron. Pusieron a las cuatro, en hilera, en el despacho de Kirsten mientras Lena y Steffen les montaban tremenda bronca. Sus

padres se enterarían, no se les permitiría salir por las noches. Sin embargo, no las mandaron de regreso a sus casas.

Nina lloró cuando su padre llamó al albergue. El tipo la cosió a gritos. La amenazó con ir a por ella, pero Lena lo convenció de no hacerlo. El padre dejó claro, sin embargo, que, al llegar a casa, su hija se quedaría castigada por un largo tiempo. Y sus amigas sabían lo que eso significaba: en repetidas ocasiones, Nina había aparecido en la escuela con cardenales y magulladuras debido a que su padre se había enojado con ella. Hicieron todo lo posible por hacerla sentir mejor.

El día se hizo eterno. Les dieron órdenes de salir en las bicicletas y pedalear hasta el valle del Eco, donde tropezaron con árboles caídos y rocas que se deslizaban bajo sus pies. Les habían asignado deberes, y cuando las chicas hicieron una pausa para comer, comenzó la lluvia. Fueron a acurrucarse en un refugio. Aunque Trine estaba molida después del sermón de la mañana, las emociones de la noche anterior seguían corriendo por sus venas, y ella y las otras niñas se juntaban a susurrar cada vez que Lena y Steffen se perdían de vista. A Pia, que se había metido a nadar, le dolía la garganta, pero solo se reía y decía que no era nada que no pudiera curarse con un poco de alcohol.

Trine preguntó a Pia qué había pasado entre Susan y Skipper mientras nadaban, pero Pia no se había dado cuenta. Hablaron entonces de Stretch, a quien habían expulsado de la escuela, y de Daniel, cuyo padre tenía un negocio de camiones. El padre de Skipper era patrón y poseía un barco pesquero, pero eso era todo lo que Pia había llegado a saber de él.

Después de la cena, limpiaron las mesas. Kirsten llegó con una tarta de ensueño. Lena la cortó en veintidós porciones idénticas que fue sirviendo en platos de papel.

—Silencio —gritó. Les dijo que, antes de marcharse, tenían que entregar los deberes del día y escribir dos páginas en sus diarios.

Trine no podía pensar en otra cosa que el momento de escapar. Daniel les había dicho que la casa abandonada estaba en algún lugar del centro de la isla. Había permanecido desocupada desde 1974, después de que muriera su propietario, un viejo artista. Excepto por algunas partes que se caían a pedazos, la casa seguía exactamente como él la había dejado. Todas sus cosas seguían ahí,

hasta la pasta de dientes en el baño.

—Tengo que hablar con vosotras —dijo Lena, cuando Trine y sus tres amigas terminaron sus deberes y se dirigieron a la salida del comedor—. Trine, tú y yo intercambiaremos camas esta noche. Te quedarás en mi habitación y yo dormiré en tu cama, en la habitación de las chicas.

—No —dijo Pia—, no es necesario. No vamos a salir a ningún lado. ¡Venga, es una promesa!

—Recuerda, un trato es un trato —dijo Susan. Trine asintió con entusiasmo.

—La decisión está tomada —dijo Lena, y se giró—. Y recordad: no tenéis permiso de salir del albergue. Ni de hablar por teléfono.

Varios chicos de la clase ya se dirigían al pueblo. Las niñas pusieron mala cara mientras los veían marcharse en grupos reducidos. Solo Mona se quedó. Estaba absorta escribiendo en su diario y no parecía interesada en ir a ninguna parte.

A susurros, Susan les explicó el plan que ella y Skipper habían ideado la víspera: los chicos llegarían a la escuela privada media hora después de que se apagaran las luces del albergue. De ahí se dirigirían a la casa abandonada. Pero Susan pensaba que era demasiado arriesgado escaparse del albergue mientras Lena estuviera en su habitación. Tenía miedo de que la enviaran de regreso a casa.

—Tienes que ir allá y decirles que no podremos salir —dijo, apuntando a Trine.

Pia pensó que era una gran idea. Nina fue la única en ponerse del lado de Trine cuando esta dijo que no quería ir, que no quería que la enviaran a casa.

Susan no estaba dispuesta a ceder.

—Tendrás la habitación para ti sola. Será fácil escapar sin que nadie te pille. Solo diles que no podremos salir esta noche. Diles que vengan mañana a la misma hora y que, si no aparecemos media hora después de lo acordado, es porque nos siguen vigilando.

—Mejor lo olvidamos —dijo Nina—. No son *tan* importantes, solo son unos chicos. Ni siquiera los conocemos.

Susan y Pia no le hicieron caso.

—Diles que, si podemos, mañana estaremos ahí. —Susan repitió —. Y que, si no, lo intentaremos pasado mañana.

Finalmente, Trine cedió y prometió hablar con los chicos.

A las doce menos cuarto, trepó la ventana y salió. Miró alrededor y se estremeció. La noche parecía más lóbrega y espeluznante ahora que ella estaba sola. Justo antes de llegar a los árboles del otro lado del aparcamiento, Trine descubrió que alguien estaba sentado con la espalda apoyada en el cobertizo de las bicicletas. Se quedó helada. Durante lo que pareció una eternidad, se esforzó por ver quién era, pero estaba demasiado oscuro.

Una voz chillona gritó:

—No diré nada.

Los escalofríos recorrieron la columna vertebral de Trine. Su voz tembló cuando dijo:

—¿Mona? ¿Qué haces aquí?

—No le diré nada a nadie —repitió Mona.

—Es media noche. ¿Por qué estás aquí?

Mona no contestó. Trine se le acercó.

—Ve —dijo Mona—. Ahí están. He oído sus ciclomotores. Aparcaron ahí y están a la espera.

Trine no sabía qué hacer. No creía que Mona no la delataría, pero tampoco dejaría a los chicos esperando. Susan se pondría furiosa si no les daba el mensaje, y las otras niñas tampoco querrían verla nunca.

—¿Te quedarías aquí mientras corro a decirles que las otras no vendrán? —preguntó Trine.

De pronto, parecía mejor fingir que no era parte de esto, que solo era una mensajera.

—Aguarda aquí. —Trine se inclinó más cerca para que las dos pudieran mirarse de frente—. Regresaré en un minuto.

Mona asintió en silencio y Trine echó a correr.

Capítulo catorce

El timbre volvió a despertarla. La alegre melodía resonó en la habitación de invitados y la sorprendió cuando estaba durmiendo profundamente.

Lentamente, Louise giró sobre la cama y se quedó echada un momento, mirando al espacio. Tenía la boca seca, pero saboreó el tranquilo rumor de su organismo aún adormecido. La melodía volvió a sonar. Sacudió el cuerpo y bajó las piernas. Se estiró y caminó hacia la ventana para abrir las cortinas. De inmediato, retrocedió de un salto y derribó la mesita de noche, pero, cuando quiso gritar, no pudo emitir ningún sonido.

Mona estaba ahí fuera, con el rostro pegado al cristal, mirando fijamente a Louise. El pelo casi blanco le colgaba sobre los hombros.

El corazón de Louise daba tumbos. Con los ojos completamente abiertos, la miraba sobrecogida.

El timbre sonó otra vez y Louise, confundida, salió al pasillo a abrir la puerta.

Flemming Larsen alzó las cejas al verle el cabello en tal desorden y el camisón arrugado. Por muchos años, ella había trabajado con este médico forense de dos metros de altura. Eran buenos amigos.

—Hola. ¿Acabas de ver un fantasma? ¿Has sufrido una conmoción?

Pasó un momento antes de que Louise descifrara a quién tenía enfrente.

—Ambas cosas. —De inmediato, sintió la necesidad de cerciorarse de que era real, así que le tendió la mano.

—Escuché que estabas en casa. —Traía consigo una botella de calvados y un paquete de cigarrillos, el equipo convencional de supervivencia—. También me enteré de lo de tu hermano. ¿Por qué no llamaste?

Louise se sintió abrumada por su aparición. Se imaginó a todo el

mundo en Homicidios, a todos los técnicos forenses y a cada trabajador del Departamento de Medicina Legal cotilleando acerca de cómo habían internado a su hermano, hablando entre ellos de que Mikkel era sospechoso de haberse deshecho de su pareja. Al mismo tiempo, la visión de Flemming la tranquilizaba. Una presencia familiar, una roca. Varias veces habían estado cerca de convertirse en algo más que amigos, pero eso nunca había llegado a ocurrir. Y varias veces ella se había dicho a sí misma que así estaba mejor. Flemming era una de las personas en las que más confiaba. De pronto, no podía entender por qué no lo había llamado.

—Dame un segundo. —Se puso las zapatillas.

—¿Qué está pasando? —dijo él cuando ella pasó dándole un codazo y corrió hacia la esquina de la casa.

—Entra, ahora vuelvo —gritó sobre el hombro.

Pasó como un rayo por delante de los cuatro arbustos de lilas que había en un extremo de la terraza; luego fue hacia el patio trasero, donde no vio ni rastro de Mona. Corrió entonces a la entrada de coches y, de ahí, a la carretera, pero no había señales de la pálida mujer. Confundida, se apresuró a rodear la clínica de Trine. Mona no había tenido intenciones de esperarla, eso estaba claro.

Louise se sintió un poco mareada. ¿De verdad había visto a la mujer? Era bochornoso, pero quizás la había soñado. Tal vez, los somníferos tailandeses la estaban afectando. Entonces, un reflejo del sol llamó su atención. El papel blanco estaba encajado en el arbusto, justo fuera de la habitación donde había estado durmiendo. Era como una banderita ondeando en el espeso arbusto de flores amarillas.

Lo habían doblado varias veces. Cuando lo desplegó, reconoció la vieja foto del colegio. Además de los anillos que rodeaban a Trine, Pia, Susan y Nina en la copia de Trine, había otra cara destacada y con un nombre al lado: «Mona».

Por primera vez, Louise reconoció el rostro pálido de la niña. El pelo era el mismo: largo y casi blanco. Se quedó un buen rato estudiando la vieja fotografía de los rostros juveniles de la clase 1.° C. Caras felices y expuestas, excepto la de Mona.

Sentía náuseas mientras caminaba de regreso a la entrada principal, con la foto de la clase en la mano. Flemming ya estaba como en

casa, haciendo café, a pesar de que era su primera vez ahí. Había puesto sobre la mesa la botella de calvados y los cigarrillos.

—¿Dónde están las tazas? —No dijo nada de la escapada de Louise por el exterior ni de toda su carrera, confundida, alrededor de la casa.

Señaló con el dedo.

—En el aparador. —Sacó una silla y se desplomó. Lo dejó ganarse los honores con el café—. ¿Quién te llamó?

—Kim.

Louise asintió. Su exnovio, quien ahora dirigía la unidad de Delitos Graves en Holbæk. Los hombres cercanos a ella se habían reunido con las mejores intenciones; de eso no había duda. Querían protegerla, demostrarle que era importante para ellos. En este momento, sin embargo, se sentía sofocada de saber que hablaban de ella, de saber que se daban cuenta de lo que había ocurrido, incluso antes de que ella entendiera del todo en qué estaba metida.

Sonó el timbre. Fue un timbrazo hostil, a pesar del esfuerzo que la brillante melodía hizo por parecer alegre. Flemming se volvió a ella con cara de signo de interrogación, pero Louise se quedó mirando el pasillo sin mover un solo músculo.

—Iré a ver —dijo él.

Ella asintió. Oyó cómo giraba la cerradura, escuchó el vago y agitado murmullo de muchas voces, hasta que las palabras profundas de Flemming se abrieron paso:

—Sin comentarios.

Así que era un hecho. La prensa había rastreado el nombre de Mikkel. Louise maldijo aquellas fuentes de la policía que eran más leales a la prensa que a la gente implicada en el caso.

—Gracias —le dijo a Flemming cuando este volvió. Él se encogió de hombros.

Sonó el teléfono de Louise.

—Su nombre ha salido a la luz —dijo Camilla—. Alguien lo filtró a la prensa. Saben que lo trajeron bajo sospechas razonables y que lo interrogaron. También saben que su casa ha sido registrada.

—Lo sé —le dijo Louise.

—También saben que es tu hermano. Tal vez deberías mudarte conmigo por un tiempo, huir de esa casa donde estás.

Flemming le puso una taza de café enfrente y le preguntó si

quería leche. Ella negó con la cabeza.

—¿Es tu padre?, ¿te está ayudando? —preguntó Camilla.

—Es Flemming. Los primeros reporteros ya aparecieron.

—¡Hijos de puta!

Louise rio.

—¿Los acabas de llamar hijos de puta? Tú también estarías aquí si no tuvieras mi número ni supieras que hablaría contigo en el momento en que me llamaras.

—No lo han acusado, simplemente lo han interrogado. —Camilla sonaba indignada, como si defender al hermano de Louise fuera su trabajo.

—Pero la policía tiene la esperanza de sacarle algo. Van a revisar su ordenador, su teléfono, el teléfono de Trine… Eso probablemente ocurrirá hoy.

Louise sabía que no estaba siendo fácil de consolar, pero tenía demasiada experiencia en este tipo de casos como para no preocuparse. Mikkel podría quedar detenido en caso de que apareciera algo que convenciera al juez de que había suficiente material para una acusación.

Oyeron que un vehículo se detenía en el exterior, una especie de camión. Cuando sonó el timbre, segundos después, Flemming ya iba de camino a la puerta. Louise prometió llamar a Camilla más tarde y colgó.

—Técnicos forenses —dijo Flemming cuando volvió—. Quieren las llaves del coche de tu hermano.

Louise se levantó. Por supuesto, pensó, lo desmontarían por completo. Buscarían sangre en todos los pequeños pliegues y recovecos. Habían traído una grúa, por si aparecía algo que mereciera un examen más minucioso. Ella ni siquiera había abierto el maletero.

Fue al pasillo a por las llaves. Cruzó los dedos, con la esperanza de que la prensa ya no estuviera ahí cuando los técnicos empezaran a trabajar. De verdad, deseaba que se llevaran el coche. Si no, los vecinos verían a los técnicos forenses arrastrarse por dentro y por fuera.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Flemming, tras entregar las llaves a los dos técnicos. Sugirió que se sentaran en el porche a disfrutar del buen tiempo, ahora que el verano por fin se hacía sentir, pero

Louise no quiso exhibirse ante los vecinos y los curiosos.

Sintió los ojos de Flemming encima, así que levantó la mirada.

—Crees que él tuvo algo que ver con lo que ocurrió —le dijo el forense. La leía como si fuera un libro.

Por un momento, ella se quedó con la mirada fija al frente. Luego negó moviendo lentamente la cabeza.

—No *creo* que lo hubiera hecho. Pero me es difícil entender su manera de afrontar todo esto. Tenía que haberse puesto en contacto con la policía de inmediato, desde el momento mismo en que Trine desapareció. Tenía que haber hecho todo lo posible para encontrarla. No entiendo por qué no lo hizo, por qué simplemente pareció aceptar que lo habían vuelto a abandonar.

—Aunque quizás *silo hizo*. Dejarlo, quise decir.

Louise asintió.

El médico forense ya había servido calvados en dos hueveras que encontró en el aparador. Brindó por ella para hacerla tomar un trago. Louise bebió antes de admitir, muy a su pesar, que ya no estaba tan segura.

—Mikkel cree que sí. —Dejó la huevera sobre la mesa—. Parece totalmente infeliz, destrozado por dentro. De verdad, creo que tiene miedo de quedarse solo con Kirstine y Malte. Miedo de no poder cuidarlos, por lo destruido que está. Y quiere escabullirse por la puerta trasera, supongo que así podría decirse. Lo trágico es, sin embargo, que no es capaz de ver el peor mal que podría hacerles. Ha tocado fondo.

Movió la cabeza tristemente y vació su huevera. No podía recordar la última vez que había bebido alcohol tan temprano. Escondió la cara entre las manos.

—¿Sabes? ¡Ya tendrías que mover ese culo! —Ella alzó la mirada. Sin duda alguna, estaba molesta—. Necesitas encontrar a cada persona que pudiera saber algo de tu cuñada. ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está la Louise que conozco? Tienes una unidad de investigaciones entera detrás. Y a Homicidios, para el caso. Y estás aquí sentada sin hacer absolutamente nada. ¡Venga, hala!

Louise miró fijamente sus ojos fulgurantes. Sentía como si lo estuviera defraudando. Movió la cabeza lentamente.

—No puedo. —Su voz sonó apenas.

Flemming se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no estoy trabajando en este momento. De hecho, no lo haré por un buen tiempo. Me quedan otros dos meses de permiso.

—Vale, vale, estás de baja —dijo, más tranquilo ahora—. No estoy diciendo que deberías volver al trabajo para ayudar a tu hermano. Pero, fácilmente, podrías montar tu propia investigación. Podrías encontrar a tu cuñada, si te lo propusieras. ¿Dónde quedó tu energía? ¿Dónde está la pugilista que llevas dentro? —Se hundió en la silla y la estudió por un momento—. ¿Dónde estás, Louise?

De nuevo, todo empezó a brotar de ella. En un largo torrente, le habló del rompimiento con Eik, de aquel día en que los demás se habían quedado sin ella.

—Estaba ahí de pie, despidiéndome de ellos con la mano, y era como si mi vida se fuera volando, la vida que creía tener. Seguían adelante sin mí. Como si me hubieran enviado de vuelta al momento justo en que Klaus acababa de morir.

Nunca pensó que le diría algo así a nadie, excepto a Camilla, que se abriría de una manera tan vergonzosa, pero ya no podía parar.

Sin embargo, Flemming no pareció avergonzarse ni tomar partido por la amistad. Negó con la cabeza y contestó cortante:

—Ya basta. Cuando tu novio murió, eso no tuvo nada que ver contigo. Fueron esos capullos de sus amigos quienes te tuvieron todos estos años viviendo con sentimiento de culpa. Debes olvidar eso y seguir adelante. Tienes todo el derecho de culpar a Eik, lo entiendo. Ha sido un pequeño imbécil egocéntrico, alguien que no es capaz de mirarse más que el ombligo y que mete el rabo entra las patas cuando las cosas se ponen difíciles. —Louise alzó la mirada, un poco desarmada al sentirse interrumpida en su diatriba de autocompasión—. Que le den por culo —dijo él.

—Íbamos a casarnos —dijo ella, un poco lastimosamente.

—Y quizás os caséis, cuando él haya vuelto. Pero es muy cobarde de su parte darte la espalda solo porque, de repente, ha creído que no puede manejar dos tipos de amor.

Flemming arrugó disgustado la nariz.

Se quedaron en silencio por unos instantes antes de que él se inclinara hacia delante otra vez.

—Tienes que recomponerte —le imploró—. Ponte en contacto con Kim Rasmussen. En marcha, para que puedas averiguar qué le sucedió a tu cuñada.

Tenía que estar satisfecha con su bronca, pensó, pero, en ese momento, todo parecía demasiado abrumador. Después de unos momentos, se enderezó.

—No vamos a involucrar a nadie más en esto.

—Podrías necesitar la ayuda de la policía —replicó él—. Tendrás que hablar con los amigos y la familia.

—¡Nosotros somos la familia! —le recordó Louise—. La madre de Trine vino de España. Ella fue quien notificó la desaparición de Trine.

—Ve a buscarla, entonces.

—No sé si querrá hablar conmigo, puesto que ella fue quien puso a la policía tras el rastro de Mikkel.

—Sigue el dinero —dijo Flemming sin inmutarse.

Ella le explicó que las tarjetas de crédito y débito de Trine se habían quedado en la casa.

—Averigua, entonces, qué hizo tu hermano el día en que ella desapareció. ¿Es posible que hubiera llegado aquí, a la casa, más temprano? ¿Estuvo en contacto con ella en algún momento del día? ¿Iban a reunirse en algún sitio?

—La policía ya está averiguando todo eso —dijo ella, ya enfadada. Sus pensamientos comenzaban a desviarse de las cosas obvias que la policía tendría que investigar—. Quizás valga la pena buscar por otros lados —dijo.

Le habló de la foto de la clase, y eso la hizo pensar en el pasado de Trine. Algo o alguien podía haber aparecido. Un viejo amigo, tal vez, alguien que necesitaba ayuda y vino a pedírsela. Eso podría explicar por qué se fue de la casa con tanta prisa. Alguna persona fuera de su círculo de amigos; no Mikkel ni nadie de quien la policía tuviera conocimiento.

—Pero no durante toda una semana, no sin decirle a nadie —dijo Flemming.

—Pero algo pudo haberle sucedido cuando se fue. —Louise reflexionó sobre eso por un momento. Recordó un trágico suceso en que un hombre murió en un accidente de trabajo. Cuando notificaron a su esposa, esta salió corriendo al hospital, tuvo un

accidente y se mató. Dejó dos niños pequeños.

—Tenemos que dar por hecho que la policía ya ha buscado en los hospitales y las salas de urgencias —dijo Flemming.

Ella estuvo de acuerdo. Por supuesto que lo habrían hecho.

—¿Quién es esa mujer que casi te da un susto de muerte justo antes de que yo apareciera? —preguntó después de rellenar de calvados las dos hueveras. Extendió el brazo para coger la copia de la fotografía de la clase.

—Mona. La conocí en Roskilde hace varios años, mientras estaba en un caso. Tiene manía por los desaparecidos. Cuando fui a ver a Mikkel, nos encontramos por casualidad en el hospital psiquiátrico. Ha padecido problemas emocionales desde muy joven. Reacciona cuando se publican en los medios casos de personas desaparecidas. Yo esto no lo sabía, pero, por lo visto, participó en aquel viaje a Bornholm. Estaba en la misma clase que la niña que acaban de encontrar en el valle del Eco, la que desapareció en aquella excursión. Tal vez, Mona tiene esperanzas de que me dé el tiempo de hablar con ella.

—Es una historia muy triste, muy trágica. —Flemming le dijo que había volado a Bornholm con un equipo técnico, poco después de que el cadáver hubiera sido descubierto, y que habían traído a Susan Dahlgaard de regreso a Copenhague.

—Mona es bastante agradable, no es eso. Solo que es un poco rara, está en una longitud de onda distinta a la de la mayoría. —Le habló del interés obsesivo y un tanto repelente de Mona por los insectos.

—Insectos.

Flemming describió cómo, cuando llegó a la caverna, encontró el cuerpo de Susan cubierto por un sudario de insectos. Los primeros en encontrarla habían puesto huevos, y del cuerpo momificado habían surgido nuevas generaciones.

Cogió su pequeña copa y la vació.

—¿Tú hiciste la autopsia?

Flemming asintió.

—De lo que quedaba. El interior de la caverna estaba relativamente seco y la ventilación era lo suficientemente buena como para inhibir la descomposición. Rara vez he visto un cadáver tan bien preservado. La piel estaba endurecida y curtida, como era

de esperar, pero aún quedaba una buena parte de la ropa. Supimos de inmediato que habíamos encontrado a Susan.

Louise ya había visto algo así. La piel marrón, tan dura como la mesa que la separaba de Flemming; unas uñas que parecían largas y torcidas, dado que los dedos se habían secado y retraído. Visualizó las fotografías de la chica, las que nunca debían darse a la prensa.

—¿Estaba herida? ¿Tienes alguna idea de lo que ocurrió?

—Es difícil decirlo, pero la policía de Bornholm está tratando esto como un asesinato. Encontré en su sien izquierda una fractura que le provocó daño cerebral.

Louise estaba sorprendida.

—¿De verdad puedes detectar algo así, después de tantos años?

Flemming le explicó, con palabras y gestos, que al cadáver le quedaba, aproximadamente, un tercio del cerebro.

—Pero ¿cómo fue a dar a esa cueva?

—Lo que supongo es que sufrió un hematoma epidural por el golpe en la cabeza. —Retrocedió un poco cuando notó que Louise se había perdido—. Hubo una hemorragia entre la duramadre y el cráneo. Aquí, justo bajo la sien, tenemos una arteria. —Apuntó con el dedo—. Después de un golpe bastante duro, la arteria comienza a sangrar, pero pasa algo de tiempo hasta que sobreviene la muerte. Eso es lo que le aconteció a la esposa de Liam Neeson, el actor, cuando se cayó mientras esquiaba. Se alejó sin ayuda del lugar del accidente; pero, dentro de una hora o dos, el sangrado produce alta presión en el cerebro y empiezas a sentirte mal. Puedes tener una jaqueca y vomitar. Finalmente, pierdes el conocimiento. Si eso es lo que le sucedió a Susan, no podría decirte cuánto tiempo pasó entre el momento del golpe y la muerte. Pudo haberse sentido bien y completamente consciente durante varias horas.

—¿Crees que se habría escondido en la caverna después de haber recibido el golpe?

Flemming apartó la huevera vacía, como si quisiera evitar rellenarla. Dudó por un instante.

—Es probable. En consideración a los padres adoptivos y otras personas cercanas a la chica, la policía no reveló que se encontraron varias astillas de madera tanto en las manos como en uno de los hombros de la chica. También le faltaba la uña del cuarto dedo de la mano derecha.

—Así que Susan estaba viva cuando se quedó atrapada dentro de la caverna —dijo Louise.

Él asintió.

—Eso diría yo. El tronco de árbol que bloqueaba la entrada se pudrió. No queda nada de su corteza, así que no pudimos buscar marcas. Pero los técnicos encontraron una uña a un lado del cadáver. Esa sección del árbol fue cortada y llevada a analizar más a fondo. Los restos ya han sido entregados a los padres adoptivos. No sé cuándo será el funeral, pero apuesto a que atraerá una multitud, ¿no crees? —Louise asintió. Se hizo un silencio entre los dos.

»Habla con Kim», dijo Flemming en voz baja y con ojos suplicantes.

Ella se estremeció. La conmovía notar cuán duro era para su amigo verla dando tumbos y sin pedir ayuda a quienes la rodeaban.

—Lo pensaré —dijo en voz igual de baja.

Aunque compartía un perro con su exnovio, le costaba trabajo decidirse a pedirle ayuda. Si se tratara de un asunto laboral, no habría problema. Pero lo de Mikkel era una historia distinta. Kim era teniente de detectives en Holbæk, una parte de la policía de Selandia Central y Occidental, y no había ninguna duda de que tenía a la mano información relacionada con las indagaciones. Pero la verdad era que ella no se sentía tan nerviosa por la investigación policial sobre su hermano. Tenía la certeza de que la policía de Roskilde daría prioridad al caso, ahora que lo estaban tratando como un posible homicidio. La preocupaba más el estado mental de Mikkel, que no lo estuvieran vigilando de cerca, que intentara otra vez suicidarse. Eso era lo que de verdad la tenía asustada. Mikkel había estado a su disposición en tiempos en que ella se sentía desesperada, y ahora tenía que ayudarlo a superar todo esto. Era lo menos.

Llegó un mensaje de texto de su padre:

> *Hola, cariño. Estoy con Mikkel. Pasó una buena noche. Aparentemente, Liselotte fue quien convenció a la policía de que Mikkel le hizo daño a Trine. Él dice que eso es obvio, a partir del interrogatorio de ayer. No sabe por qué está enojada con él. ¿Podrías hablar*

con ella y preguntarle por qué le está haciendo esto? Abrazos. Papá.

El timbre volvió a sonar y Flemming fue a abrir la puerta. Los técnicos habían terminado con el coche. No encontraron nada que justificara llevárselo para estudiarlo a profundidad.

—Puedes seguirlo usando —le dijo Flemming—. Dejé las llaves en el pasillo.

Louise le dio las gracias y leyó el texto de su padre en voz alta.

Aún no había terminado de leerlo cuando él le dijo:

—Ve. ¿Quieres que te acompañe? Estoy de guardia. No tengo que volver a Copenhague hasta que me necesiten.

Ella negó con la cabeza. Prefería enfrentarse a la suegra de su hermano ella sola.

Ya fuera, antes de despedirse, él la acercó y le dio un abrazo, tan largo, que Louise comenzó a relajarse.

—Prométeme que me llamarás —le ordenó, aunque en un susurro—. Por lo menos, una vez al día.

Ella asintió.

—Vale, pues. Te llamaré esta noche, a más tardar.

Ella sonrió y asintió de nuevo, dominada por el instinto protector de su amigo.

Capítulo quince

Camilla aparcó en el colegio Osted. Se las había arreglado para concertar una cita con Steffen Dybvad. Se detuvo por un momento y miró alrededor. Había algo extrañamente distante y, sin embargo, familiar en esto de regresar a su viejo colegio.

Sus tacones resonaron cuando pisó el vestíbulo vacío y silencioso.

El colegio estaba cerrado por vacaciones de verano.

Al principio, Dybvad se había resistido, pero finalmente aceptó hablar. Resultó que había comenzado a enseñar biología en Osted al poco tiempo de que Camilla se fue, así que era relativamente nuevo cuando acompañó al grupo 1.° C en aquella excursión. Ella no se acordaba de él. Habría preferido ponerse en contacto con Lena, quien fuera su maestra de historia. Pero la profesora de Susan se había ido a vivir a Groenlandia y trabajaba en un colegio de Nuuk.

Se dieron la mano.

—Sígame —le dijo Dybvad. Algo en su voz revelaba que tal vez se sentía más afectado por el caso de lo que le había hecho creer por teléfono. El profesor también le explicó que no recordaba los detalles del viaje—. Fue hace un largo tiempo —clamó—, y han pasado muchas excursiones desde entonces. —Camilla se daba cuenta de eso, pero, de seguro, se le habrían quedado grabados muchos detalles de un viaje en que una de las niñas desapareció sin que nunca pudieran encontrarla.

»Siempre tuve la teoría de que Susan había escapado —admitió cuando estaban sentados uno frente al otro y Camilla ya había activado su móvil para grabar la conversación—. Sinceramente, nunca creí que le hubiera sucedido algo. Pero me equivoqué. — Cuidadosamente, juntó las manos frente a él y se la quedó mirando.

»De algún modo extraño, es un alivio saber, finalmente, lo que le ocurrió, pero también es horrible pensar que ella estuvo tirada en

ese sitio por tanto tiempo. —Camilla asintió, con la esperanza de que él continuara. El profesor seguía entretejiendo los dedos, metiéndolos y sacándolos.

»La policía vino la semana pasada. Querían saber si se me había ocurrido algo que no estuviera en mis declaraciones de entonces. Me preguntaron cuándo la vi por última vez y si había ocurrido algo significativo en los días anteriores a su desaparición. Pero, en realidad, no podía ayudarlos».

—¿Estaría dispuesto a repasar la historia completa una vez más, aunque ya la haya relatado?

Era obvio que la idea no lo entusiasmaba, pero, después de unos instantes, accedió.

—Esas niñas eran un grupo de benditos terrores. Una de las primeras noches, varias de ellas se escaparon por la ventana después de que se apagaron las luces. Las pillamos y las pusimos bajo supervisión. Susan Dahlgaard era una de ellas. En ese momento, ya llevaba varias advertencias. Estaba por delante de sus compañeras. Era más madura, tanto física como mentalmente, y tenía ese imán invisible que algunos chicos poseen. Todos se sentían atraídos hacia ella, y no solo los varones. Las chicas la rodeaban, querían estar cerca, pero, al parecer, ella no era consciente de su magnetismo. No era que lo aprovechara; simplemente lo tenía. Muchas veces, una clase tiene una líder y las otras niñas la siguen. Así era Susan. Era buena estudiante, también, a pesar de que no siempre hacía los deberes.

—Esas advertencias que acaba de mencionar, ¿a qué se debían?

—Hacía novillos. Susan era una buena chica, pero siempre estaba presionando, calculando hasta dónde podía llegar. Creció en un orfanato de Roskilde y las cosas no siempre fueron fáciles para ella, por decir lo menos. Tenía un hermano que estudiaba en un internado de Amager para chicos problemáticos. De vez en cuando, ella huía a Copenhague para estar con él. Su hermano era unos cuantos años mayor. Se juntaba con chicos de quienes la mayoría de los padres quieren que sus hijas se mantengan alejadas. —Camilla asintió.

—Creí que se había escapado a causa de su hermano. Parecía inquieta, como si estuviera buscando algo, como extraviada. Supuse que se habría alejado de las otras chicas, que había cogido el *ferry* y

que ya estaba en Copenhague cuando la policía empezó a buscarla. —Al parecer, al profesor le pesaba el cargo de conciencia—. Creí que se había ido a Copenhague.

—¿Qué ocurrió la primera noche, cuando las niñas huyeron? ¿Estuvieron solas ose encontraron con alguien?

Él alzó la mirada.

—Se encontraron con algunos chicos locales. Como podrá imaginarse, por allá suenan tambores de la selva cada vez que llega una clase nueva en una de esas excursiones. Los chicos siempre se las arreglan para encontrarse unos con otros. Siguen haciéndolo. Y esto vale tanto para ellos como para ellas. —Camilla asintió nuevamente.

—De hecho, toda la atención la acapararon las huidas nocturnas. Desde el principio, nosotros y la policía pensamos que Susan había escapado. Por supuesto, se organizó una gran búsqueda, pero todos los rastros acababan en el muelle Svaneke, donde Susan dejó a sus amigas.

Camilla había leído acerca del caso antes de venir. Las cuatro niñas se escabulleron a las once de la noche y cogieron dos de las bicicletas del albergue juvenil. Al llegar al muelle, se encontraron con los chicos con quienes habían estado la primera noche. Las otras tres niñas alegaron que Susan quería quedarse con ellos, así que regresaron al albergue en las bicicletas. Sin ella.

—Esos chicos eran un grupo rudo —dijo el profesor—. Se metían en las propiedades, robaban coches. Alegaron que Susan no estuvo con ellos aquella noche, aunque tuvieron que admitir haberse encontrado con las niñas en el quiosco del puerto, donde hablaron de verse más tarde. Pero eso no llegó a suceder. Robaron un coche y lo chocaron.

Dydbal hizo una pausa y se quedó mirando a Camilla, que garabateaba notas.

Por algunos viejos artículos, ella sabía que los chicos, durante mucho tiempo, fueron sospechosos de haber estado involucrados en la desaparición de Susan. Pero la policía no encontró pruebas de su culpabilidad. Los pillaron por otras razones, sin embargo, en cuanto la policía comenzó a investigarlos. No se encontró ningún rastro de Susan en el coche robado que chocaron entre Svaneke y Rønne, pero estaba lleno de objetos y alcohol que habían robado en un

atraco en Aakirkeby.

—Los chicos fueron sentenciados. El que venía conduciendo incluso fue enviado a prisión.

—¿Qué ocurrió más temprano, el día de su desaparición? —preguntó Camilla.

Le tomó unos instantes recuperar los recuerdos de aquel día.

—Después del desayuno, fuimos en bicicleta a la iglesia de Østerlars a ver los murales medievales. Pasamos una hora ahí. Aprovechamos para almorzar en ese lugar. Fuimos entonces a Almindingen. Empezamos en Sydmasteren, donde hay una pícea noruega gigantesca que una tormenta desarraigó y de la cual han brotado siete árboles nuevos. —Camilla asintió rápidamente, esperanzada en que el profesor no siguiera dándole lecciones.

»Pedaleamos entonces a Basta Bog y, de ahí, al valle del Eco. Uno siempre tarda un poco más de lo que cree. No falta quien se cae de la bicicleta o va a dar entre las ortigas y cosas así. Pero ese día tuvimos suerte con el tiempo. —Así que, después de todo, el tipo recordaba los detalles. Qué suerte.

»Naturalmente, todos los chicos tienen que gritar para oír el eco en el valle del Eco. De ahí nos fuimos al punto más alto de la isla, Rytterknægten, y subimos a la torre de vigilancia. Los chicos tuvieron tiempo para comprar chuches. Luego terminamos el paseo del día en Rokkestenen, la piedra basculante, donde todos intentaron mover la enorme roca. Ese día recorrimos casi cincuenta kilómetros en las bicicletas, así que, cuando regresamos, los estudiantes estaban agotados. Después de cenar y antes de dormir, tuvieron un rato libre para hacer lo que quisieran».

—Así que Susan ya había estado en el valle del Eco —dijo Camilla.

—Sí, y también en Brændesgårdshaven, los jardines, y las ruinas del castillo de Hammershus. El plan del jueves era que iríamos en las bicicletas hasta Dueodde. Cuando descubrimos que Susan se había ido, decidimos que Lena se quedaría en el albergue esperando su regreso, así que me llevé a los chicos yo solo. —Se inclinó para acercarse un poco más a Camilla—. Creímos que regresaría, de verdad que lo creímos —recalcó, evidentemente conmovido. Ella asintió.

«Pero, cuando regresamos del paseo, aún no estaba ahí. Lena ya

había llamado a los padres de acogida de Susan y ellos estuvieron de acuerdo en que Lena se pusiera en contacto con la policía, por más que eso pudiera llegar a tener consecuencias graves para la chica. Susan vivía feliz con esa familia, le gustaba la escuela. Todos estábamos al tanto de que había un riesgo de que el distrito la pusiera bajo supervisión, si la policía llegaba a involucrarse. Pero Lena sentía que no podíamos quedarnos de brazos cruzados, y yo estuve de acuerdo con ella al ciento por ciento. Un profesor no puede responsabilizarse por algo así, por más que pensáramos que aparecería en cuestión de horas».

—¿Y las otras tres niñas no decían nada?

Él negó con la cabeza.

—Al principio, nos dijeron que no la habían visto salir del albergue. Sin embargo, esa tarde, cuando la policía llegó a hablar con ellas, se derrumbaron y admitieron que se habían escabullido la noche anterior y que se habían llevado dos de las bicicletas. Dijeron que habían visto a Susan por última vez en el puerto.

—¿Alguno de ustedes salió a buscarla? —preguntó Camilla.

—La policía nos pidió que no lo hiciéramos. No querían que les arruináramos el rastro, por si tenían que echar mano de los perros. Después reunimos a todos los estudiantes y les dijimos que la policía quería hablar con ellos. Les dejamos muy claro que tendrían que decirles todo lo que supieran o hubieran visto hasta la noche en que Susan desapareció.

—¿Y eso convenció a las chicas de hablar?

—En efecto. No estaban fascinadas, precisamente, de que sus padres supieran que se habían vuelto a escapar. En particular, Nina tenía pavor de que su padre la descubriera, pero, como dije, se lo confesaron a la policía y señalaron el último lugar donde habían visto a Susan. La mañana siguiente, trajeron a los perros policía e interrogaron a los chicos de Bornholm. No recuerdo cuántos días pasaron antes de que la policía lo hiciera público, pero, de todos modos, fue entonces cuando las cosas se pusieron en marcha.

Ninguno de los dos habló por un momento mientras Camilla revisaba sus notas.

—¿Ha tenido contacto con las amigas de Susan, es decir, con las tres chicas, desde entonces?

—Después de los sucesos, las cosas fueron muy duras para todos,

naturalmente, porque ella no regresó —dijo, esquivando la pregunta —. Trataron de encontrar al hermano, pero él había abandonado el internado y las autoridades locales le habían perdido la pista. Años después, la policía lo localizó finalmente. Había muerto de una sobredosis en Vesterbro.

—Así que ninguno de ustedes supo nunca que ella no había ido a buscarlo. —Camilla empezaba a hacerse la idea de una chica joven y desarraigada que no encajaba en ningún lado; una intrusa incluso antes de la excursión de la clase. Una chica que no era ajena a los conflictos.

—Sus padres adoptivos se lo tomaron muy mal. Estaban desolados, de verdad que se preocupaban por ella, a pesar de que no era su hija biológica. Estuvieron en contacto con la policía durante años, siempre con deseos de saber si había habido alguna novedad.

Uno de los otros periódicos acababa de publicar una larga entrevista con los padres de acogida, quienes ya no vivían en Osted. Era cierto: les había dolido muchísimo la pérdida de Susan, y nunca más acogieron a ningún otro chico, según decía el artículo.

—He buscado a Susan en Facebook muchas veces. Fue hace mucho tiempo, han pasado un montón de años, pero una cosa como esta se te pega. Sigues con la esperanza de que algún día vuelva a aparecer. Como le dije, supuse que se había ido de la isla. Igual que huía del orfanato y de alguna otra de las casas de acogida. Pensé que estaba bien; era una chica dura. Y, definitivamente, no era tonta.

—Y las otras chicas, ¿ha tenido contacto con ellas desde entonces? —preguntó Camilla otra vez.

La expresión del profesor cambió. Era obvio que la pregunta lo había molestado. Negó con la cabeza como si no entendiera a dónde quería llegar.

—Todos los chicos estaban perturbados por lo que había pasado. Se sentían terriblemente mal. Quizás debimos haber suspendido la excursión, pero nos quedamos hasta el último día. Tal vez porque teníamos la esperanza de que Susan aparecería.

—Pero ¿no ha hablado con ellas acerca de esa noche, cuando dejaron a Susan por su cuenta? ¿Alguno de ustedes las oyó cuando regresaban sin ella?

Se quedó mirando la mesa por unos momentos antes de negar con la cabeza.

—No, no las oímos. Lena y yo estábamos durmiendo juntos, mucho más ocupados en nuestros asuntos que en asegurarnos de que los chicos estuvieran en sus camas. Por supuesto, se lo dijimos a la policía, pero los padres no lo descubrieron. Y yo le agradecería mucho que no lo publicara.

Camilla tomó nota de eso, pero no podía prometerle nada.

—La única que dijo que las había visto regresar fue Mona Ibsen. Decía que habían entrado a la mañana siguiente, temprano, pero, según las niñas, fue alrededor de la medianoche.

—Pero eso se comprobó, ¿no?

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Mona era una niña especial. Se imaginaba un montón de cosas. Tenía visiones y sueños… No sé cómo llamar esa clase de asuntos espirituales.

»Era una niña dulce, activa y alegre, solo que muy imaginativa, y, de vez en cuando, la arrastraban sus visiones y premoniciones. Algunos pensábamos que simplemente quería llamar la atención. Al principio, yo ni siquiera notaba su presencia, pero, de repente, comenzó a actuar de manera extraña. De improviso, ya no quería ir a la excursión; tenía miedo de que algo sucediera. “Algo malo”, decía. Unas semanas antes de que nos fuéramos, vino a la sala de profesores a insistir en que canceláramos el viaje. Por suerte, sus padres nos apoyaron cuando dijimos que no podía faltar nadie; después de todo, eran días de clases, aunque no estuviéramos en el colegio. De hecho, yo creí que le haría bien alejarse. Después vino este asunto de Susan, y, para Mona, las cosas empezaron a rodar cuesta abajo. Les dijimos a todos los chicos que, a nuestro regreso, podrían hablar con nuestra psicóloga, solo que para ella todo era mucho más complicado. Y así siguió siendo el resto del tiempo en que estuvo en el colegio.

—¿Así que nadie tomó en serio sus declaraciones porque era un poco diferente?

Volvió a inclinarse hacia delante.

—Eso no es verdad. Escuchamos lo que dijo y la policía habló con ella. Estoy seguro de que su testimonio fue parte del caso, pero, con toda franqueza, las tres niñas que estuvieron con Susan eran

más dignas de crédito.

Capítulo dieciséis

En Dåstrup, la pequeña casa de una sola planta de Uselotte Madsen se erguía en un vecindario donde los setos eran altos, y los árboles frutales, viejos. El calor del verano flotaba sobre el asfalto de la tranquila calle donde Louise dejó el coche para subir por el camino de entrada.

La suegra de su hermano era bajita, ágil y de piel muy bronceada. Cuando abrió la puerta y descubrió quién era, miró a Louise con incertidumbre y se situó como si intentara taponar la entrada.

—Hola —dijo Louise—. He venido a ver cómo te encuentras. ¿Podemos charlar un poco?

—No tenemos nada de qué hablar —dijo la mujer.

—¿Por qué dices eso? Necesito que me digas por qué estás tan segura de que Mikkel le ha hecho algo a Trine. ¿Qué sabes tú que los demás, aparentemente, no sabemos? No he venido a acusarte ni nada por el estilo, hiciste lo correcto cuando notificaste la desaparición de Trine. Solo quiero entender por qué crees que mi hermano ha tenido que ver con esto. —La suegra de Mikkel miraba obstinadamente la acera—. Si hay algo que todos queremos es que Trine aparezca —suplicó Louise—. Por eso, deberíamos permanecer juntos y ayudarnos unos a otros.

Finalmente, la mujer alzó la mirada.

—¿Has venido como agente de la policía?

—No, he venido como parte de la familia. Pero he estado en la policía lo suficiente como para haber aprendido a ser objetiva. Si mi hermano ha tenido algo que ver con la desaparición de Trine, se sabrá. Pero, por ahora, lo más importante es encontrarla. Si le han hecho daño, debemos averiguar qué ha sucedido.

—Entra. —Se hizo a un lado para abrirle paso a Louise—. Algo le ha ocurrido, eso lo sé. Me habría dicho si estaban teniendo

problemas o si planeaba dejarlo. No lo dejó.

—No —dijo Louise—. Yo tampoco lo creo.

La mujer parecía asombrada.

—¿No crees que simplemente lo abandonó?

—No. Pero ¿por qué sospechas que Mikkel está involucrado?

—¿Quién más podría estarlo? ¿Quién más querría hacerle daño? He leído por ahí que siempre debes buscar al culpable en la familia.

Louise la miró de reojo.

—¿Así que ese es el único motivo por el que sospechas de él?, ¿porque el familiar más cercano es el lugar más lógico donde buscar al culpable?

La mujer se encogió de hombros.

—Es el único que habría querido deshacerse de ella.

—¿Pero por qué diablos habría querido? —preguntó Louise—. El día en que Trine desapareció, apenas habían cruzado palabra. Hablaron de que él compraría víveres de camino a casa. Iban a ir a Malerklemmen a comprar centros de rosquillas, si los niños no se sentían demasiado cansados. ¿Qué te hace pensar que quería deshacerse de ella?

—Vale. Entonces, ¿quién más pudo haber sido? —Liselotte la miró desafiante.

Louise le cogió la mano y habló con calma.

—Mi hermano ama a tu hija. Él nunca le habría hecho daño. ¿Sabes que está en un hospital psiquiátrico?, ¿qué ha intentado suicidarse dos veces? Está absolutamente destruido.

—Es probable que se sienta culpable —contestó ella, aunque no apartó la mano.

Louise negó con la cabeza.

—No, tiene el corazón destrozado. Está en duelo.

Se quedaron mirando la una a la otra por un momento.

—Pero, si no ha sido él, ¿entonces quién? —Sonaba desesperada, como deseosa de acusar a alguien. Louise no podía culparla. Se culpaba a sí misma por no haber ido a hablar con ella de inmediato. De pronto, entendió cuán sola debía sentirse, totalmente sola entre sus sospechas y temores.

—Lo averiguaremos —le prometió—, pero tendremos que ayudarnos mutuamente.

Pasó un rato antes de que Liselotte asintiera poco a poco y

apretara la mano de Louise.

—Quizás me apresuré al creer que Mikkel había hecho algo terrible. Es un chico muy gentil. Pero sé que algo le ha ocurrido a mi hija.

—Es posible que tengas razón. —Le contó que Kirstine y Malte se estaban quedando en la casa de sus padres, en Hvalsø—. Tenemos que protegerlos mientras todo esto siga adelante.

La abuela asintió y dijo que había pensado ofrecerse para cuidarlos.

—Pero conocen mejor a tus padres; ya no somos tan cercanos, después de todo el tiempo que he pasado en España.

—Creo que deberías ir a pasar algo de tiempo con ellos. El miedo se las arregla para crecer cuando estás solo. Mis padres estarán encantados de recibirte. —Sabía que hablaba por su propia cuenta. Su madre tendría que apretar los dientes de verdad antes de dejar que la madre de Trine pasara por su puerta—. Y creo que lo mejor será que estés advertida: es muy probable que aparezcan los reporteros. Querrán hablar contigo acerca de Trine. Mi consejo es que no digas nada por ahora. Por supuesto que será tu decisión; solo que lo más inteligente es primero esperar a que sepamos lo que ha ocurrido.

Sentía que ese era el mejor modo de mantener cerrada la boca de la suegra.

Liselotte asintió.

—¿Cómo se encuentra Mikkel? Lo vi por un momento en la comisaría. Si realmente no ha tenido nada que ver, ha de sentirse terriblemente mal.

Louise asintió.

—Más que terriblemente mal, estoy segura.

—Y todo por mi culpa —dijo Liselotte. Se frotó la frente.

—No. No es tu culpa. La policía piensa como tú, que lo más obvio es empezar con las personas más cercanas a Trine. La gran mayoría de los homicidios en este país son problemas domésticos, donde la víctima y el asesino se conocen.

—Homicidio —dijo la madre de Trine, sobrecogida—. ¿Crees que esté muerta?

—No, eso no es lo que estoy diciendo, pero estoy segura de que la policía ha abierto una investigación por asesinato, y deberíamos

estar agradecidas por eso. Significa que revisarán absolutamente todo. Si todavía fuera un caso de persona desaparecida, no pasaría mucho más, no hasta que hubiera ciertos indicios de criminalidad. En este momento, la policía está trabajando día y noche en el asunto. Solo me apena que mi hermano sea el principal sospechoso, porque yo no creo que le hubiera hecho nada a Trine. Por eso estoy tratando de averiguar qué sucedió. —Podía escucharse a sí misma escupiendo todos esos tópicos profesionales. Tuvo que recordarse que estaba hablando con un miembro de su familia.

»Estoy preocupada por él —admitió—. Espero que sea lo suficientemente fuerte para resistir. De cualquier manera, no puedo imaginarme a Trine dejando a los niños solos antes de que él llegara a la casa. Algo tuvo que haberle ocurrido, algo justo antes de su desaparición. ¿Qué crees que pudo haber obligado a tu hija a dejar la casa y a los niños de esa manera?».

—Trine siempre está dispuesta a ayudar a los demás —dijo la madre—. Es muy servicial.

Louise asintió.

—Cuando se fue, seguramente pensaba regresar enseguida. De otro modo, no habría dejado a los niños.

—¿Habrán sido los vecinos?

—Mikkel ya habló con todos los que viven alrededor. También habló con sus amigas. Es posible que se hubiera ido si alguna de ellas necesitaba su ayuda. —Liselotte asintió—. ¿Te dijo algo de alguna vieja amiga?, ¿de alguien a quien hubiera vuelto a ver? Antiguas colegas, ¿alguna compañera del colegio? Quiero decir, gente a quien conoció antes de Mikkel. Gente a quien él no conozca.

Liselotte se quedó pensando por un largo rato, pero terminó negando con la cabeza.

—Pero no es a mí a quien debes preguntar, yo no he estado aquí. —Louise estuvo de acuerdo. Durante los últimos años, la mujer no se había implicado tanto en la vida de su hija—. Solía reunirse con sus amigas del instituto una vez al año, pero eso no duró. Cuando se lo pregunté, mi impresión, con toda franqueza, fue que prefería quedarse en casa con Mikkel y los niños. Mira, se veían con otras personas, pero, si ha quedado con sus viejas amigas, no sé nada al respecto.

Louise se levantó y dijo que tenía que marcharse.

—Ven a Lerbjerg a cenar esta noche con nosotros. Los niños estarán felices de verte. Y será bueno que todos nos unamos en esto.

—¿No crees que antes deberías hablar con tus padres? Es posible que yo ya no sea bienvenida.

—Eres absolutamente bienvenida. Somos una familia. Y tú no has hecho nada malo. La excepción es, quizás, que tendrías que haber sido un poco más pasiva con respecto a tus sospechas —añadió, tratando de quitarle hierro. Como si hubiera sido un errorcillo tonto que, ahora, era necesario dejar atrás.

Pero era, por supuesto, más que eso. Era una traición, una acusación completamente improcedente. Y también era posible que la madre de Louise tuviera serias dificultades para guardarse su opinión acerca del comportamiento de Liselotte. Pero, por ahora, tenían que estar juntos.

Capítulo diecisiete

Lo primero que percibió fue el sonido de materiales que se movían. Después, un leve toque, una sensación de que alguien estaba cerca. Luchó para aclarar su mente, respiró hondo y comenzó a gritar tan fuerte como pudo. Sonaba espantoso, totalmente desatinado en ese silencio paralizante. Se encorvó y se detuvo con brusquedad cuando una mano áspera le tapó la boca.

«Cállate», gruño la voz ronca en la oscuridad. Ella se giró y torció la cara, liberándola lo suficiente como para captar un atisbo de la persona que se inclinaba sobre ella. Aterrada, gritó una y otra y otra vez, tan fuerte como pudo hacia la oscuridad, jadeando, la garganta en llamas. Con el rabillo del ojo, alcanzó a ver que la persona retrocedía un poco, y, por un instante, sintió que gritar y pelear le había servido de algo. Entonces sintió el pinchazo en el hombro y, de nuevo, perdió lentamente el control del cuerpo y se desmayó.

Capítulo dieciocho

—Voy a Bornholm —escribió Camilla a Louise en un mensaje de texto. Estaba en el aeropuerto, esperando la salida de su vuelo a Rønne. Había empezado a marcar el teléfono de su amiga para hablarle de Markus y el embarazo, pero cambió de opinión. No había sabido nada de ella desde que la advirtió de que el nombre de Mikkel se había colado a la prensa, y no tenía la menor duda de que el plato de Louise, en este momento, estaba colmado.

El vuelo tenía una demora de cuarenta y cinco minutos por un problema técnico. Durante la espera, se dio tiempo de maldecir a la aerolínea danesa y de pelear con el padre de su hijo. Había tratado de hablar con Tobias el día anterior. Él le había dicho en un mensaje que le devolvería la llamada, pero no lo hizo. Camilla sabía que también Tobias tenía el plato lleno, con sus pequeños gemelos y su nueva esposa, una mujer muy descontenta de que él trabajara tiempo completo mientras ella se quedaba en casa a cargo de todo.

Ya estaba en la puerta de embarque cuando por fin pudo comunicarse con él. Y, quizás, mejor así, pensó más tarde. Porque, de no haber estado de camino a Bornholm, probablemente habría tenido que ir a localizarlo para darle una paliza con algo barato y pesado. Cuando lo informó de que su hijo sería padre, lo primero que dijo Tobias es que era una gran noticia, que Markus podría cuidar a los gemelos, ya que, de todos modos, se quedaría en casa con su propio hijo. Ella lo entendió. Entendió que el tipo, aparentemente, estaba haciéndose el gracioso, pero le pareció que hablaba en serio. Estalló y le gritó algunas cosas horrendas antes de colgar.

Seguía enojada cuando puso en marcha el motor de Fiat alquilado y pisó a fondo el acelerador. Sabía que, de todas formas, llegaría tarde a la comisaría de Rønne para reunirse con el investigador a cargo del caso de Susan Dahlgaard. Por teléfono, él le

había hablado sobre su incorporación al cuerpo policíaco justo antes de la desaparición de Susan. Le dijo, también, que estuvo en la búsqueda por semanas, golpeando puertas y hablando con la gente.

El GPS condujo a Camilla a Zahrtmannsvej. Ella había planeado comprar algo en una panadería para hacer una entrada triunfal, pero, en vez de eso, corrió furiosamente a la comisaría, con las manos sudadas y manchas rojas en el cuello.

—Bienvenida a la isla —le dijo Steen Wiinberg.

Camilla sonrió y estrechó la mano tendida. Los policías pensaban que hablar con la prensa era una pérdida de tiempo y, por lo general, aborrecían verla llegar. Pero, de vez en cuando, se encontraba con un agente que creía que la prensa y la policía estaban del mismo lado. Este, incluso, había preparado café y puesto tazas.

—Tengo entendido que la encontró una pareja de Viborg —dijo Camilla después de sentarse y activar la grabadora del teléfono.

Wiinberg asintió.

—Iban caminando por el valle del Eco con sus dos hijos. Uno de los ellos quiso ir a orinar y la madre lo llevó tras unas rocas, a un lado del sendero. Ahí fue cuando encontraron la caverna donde yacía el cadáver.

—Pero ¿por qué ha tardado tanto en aparecer? Han pasado casi veinticinco años.

—Susan estaba detrás de un gran árbol. El tronco bloqueaba la caverna. El árbol tardó en pudrirse lo suficiente como para que la entrada quedara a la vista.

—¿Están cerca, tan siquiera, de determinar si se trató de un homicidio?

Camilla ya había revisado los comunicados de prensa de la policía de Bornholm, pero encontró muy poca información relacionada con la posibilidad de que se tratara de un crimen.

—Es difícil decir con exactitud qué aconteció. Sufrió una herida en la cabeza, pero, por el momento, mi teoría es que se metió en la caverna en busca de refugio y que algo que cayó del árbol le golpeó la cabeza. El informe de medicina legal dice que no hay más heridas. Hablé con el médico forense que hizo la autopsia. Quise escuchar qué había sido capaz de descubrir, puesto que el cuerpo

estaba momificado. Me explicó que, de haber habido una estrangulación, habrían notado una fractura en el hueso hioides o en el cartílago tiroides, aunque el cuerpo estuviera desecado. Pero todo lo que encontraron fue una fractura por encima de la sien izquierda.

—Así que, ¿por el momento no creen que haya sido un crimen? —dijo Camilla.

Él detective volvió a su rollo laberíntico.

—Llovió copiosamente la noche en que Susan desapareció. Tal vez se cayó y se golpeó la cabeza, y entonces fue a buscar refugio. O, como dije, el daño pudo haber ocurrido cuando el árbol se cayó. La caverna es, más bien, una grieta, un espacio demasiado estrecho como para albergar a más personas, pero pudo haber habido otros alrededor. Quizás alguno le dio un golpe en la cabeza y después la escondió en la caverna. Pero fue la naturaleza la que arrancó el árbol que obstruyó la salida de Susan. Los humanos no pudieron haber hecho semejante cosa. —Apuntó al teléfono con un dedo—. Que estas teorías queden aquí, entre nos. Es demasiado pronto para hacer declaraciones oficiales.

Le pasó por encima de la mesa un mapa del valle del Eco y señaló un punto sobre un arroyo que atraviesa el cañón.

—Lo difícil de entender es qué hacía ella sola en este lugar. —Camilla asintió—. Si damos por hecho que estaba sola, es posible que se dirigiera a Rønne para coger el *ferry* a Copenhague. Le habría tomado unas tres horas y media llegar al valle del Eco desde el albergue. Así que, en cuestión de tiempos, todo encaja. El cañón está en el camino de Svaneke a Rønne. Pero ¿por qué habría ido hasta ahí? —Trazó con el lápiz una línea desde la salida de la autopista al valle del Eco y, de ahí, hasta el lugar donde apareció Susan.

»No es que sea totalmente inconcebible. No te toma más de veinte minutos caminar de ahí a la autopista, pero ¿por qué meterse en el bosque si iba a Rønne? —Miró a Camilla pensativo—. También es posible que hubiera robado alguna bicicleta en el muelle. Habría recorrido la distancia en menos de una hora. En este momento no podemos saber si alguien perdió una bicicleta en ese lugar. De todos modos, nadie denunció tal cosa. Pero… —Camilla se quedó esperando la continuación.

»Alguien pudo haberla recogido y llevado a ese lugar. Buscamos algo así en esos tiempos; sin embargo, no pudimos encontrar ningún testigo que apoyara esa teoría».

—¿Pudo haber sido el tiempo? —dijo Camilla. Añadió que Susan y su clase habían estado en el valle del Eco unos cuantos días antes de la desaparición—. Si la tormenta llegó cuando ella pasaba por la carretera lateral hacia el interior del cañón, es posible que haya ido a buscar refugio. Tenía un somero conocimiento del lugar.

Él se quedó pensando un momento.

—Puede ser. Solo que me parece extraño que una chica tan joven y sola se hubiera adentrado en estos bosques oscuros debido a una tormenta.

Se quedaron en silencio por un momento.

—Hablé con uno de los profesores de la excursión —dijo Camilla —. Me contó que las niñas conocieron por aquí a algunos chicos locales. Y, aunque las pillaron la primera noche que estuvieron juntos, las niñas se escabulleron para encontrarse con ellos otra vez. Los chicos estaban involucrados en algunos delitos de poca monta. ¿Sabe algo más de ellos?

Sobre el escritorio, frente al detective, había varias pilas de expedientes. Él hojeó algunos hasta encontrar una carpeta amarillenta con algunas esquinas dobladas. La sacó.

—Nunca pudimos demostrar que Susan estuvo con ellos la noche de su desaparición. Y nos ensañamos con esos chicos. Duro. — Camilla se aseguró de que su teléfono siguiera grabando—. Al principio, queríamos saber, sobre todo, si Susan había estado con ellos después de haber dejado a sus amigas en el puerto. Y posiblemente así fue, pero no estuvo en el coche que los chicos destruyeron después, esa misma noche. Así que nos queda ese intervalo de tiempo sin explicaciones: desde que sus amigas la dejaron hasta que llegó al valle del Eco.

—¿Adónde fueron las niñas en las bicicletas después de que dejaron a Susan?

Una vez más, el detective hojeó algunos viejos testimonios.

—Hacia el ahumadero. El lugar tiene mesas y bancos fuera, donde puedes sentarte y admirar el agua. Admitieron, durante los interrogatorios, que Susan bajó a por comida al supermercado después de la cena. Las cuatro habían reunido dinero para comprar

una botella de ron y un paquete de cigarrillos, así que se sentaron a beber y fumar.

Camilla pensó por un momento.

—Habrán sido buenas bebedoras, ¿eh?

Intentó recordar cuánto alcohol puede soportar una niña de trece años. A esa edad, ella había bebido su primer martini blanco, una cosa horrible, en una fiesta del club de yates. El resto de la noche lo pasó vomitando entre los arbustos.

Alzó las cejas.

—Lo que quiero decir es que las niñas regresaron alrededor de la medianoche, según dijeron —expuso Camilla—. Si salieron del albergue alrededor de las once, se encontraron con los chicos en el puerto, fueron en bicicleta al ahumadero, bebieron, fumaron y regresaron pedaleando al albergue, todo eso en una hora… Debieron de haber consumido ese ron sumamente rápido.

—O debieron dejarlo por ahí.

—Tal vez. Pero también es posible que hubieran estado fuera más tiempo del que reconocieron.

—¿Por qué mentir al respecto? —preguntó él.

—Para encubrir algo. Para parecer más inocentes de lo que eran. —Lo pensó un momento antes de mover la cabeza de un lado al otro—. Ahora no cambia nada las cosas, de todos modos. Pero otra de las niñas dijo que las tres no regresaron hasta la mañana siguiente, muy temprano. Dice que las vio llegar.

Él asintió lentamente.

—La recuerdo. De hecho, volvimos a interrogarla después, cuando toda la clase ya había regresado a casa. La localizó un colega de la policía de Roskilde. Había algo interesante en su declaración, pero resultó que no tenía sentido. Ella creía que las niñas habían llegado a eso de las cuatro y media, poco antes de que saliera el sol. Pero esa mañana hubo densas nubes de lluvia. No era posible, a esas horas, notar que el cielo se estuviera aclarando.

—¿Lo que me está diciendo, entonces, es que esa declaración fue desechada porque el día estaba nublado y gris?

—Tampoco coincidía con lo que las otras chicas dijeron. En aquel entonces teníamos razones para creer que ella solo buscaba llamar la atención. Nadie más de la clase las oyó levantarse, nadie notó que se habían ido. Y si lo que dijo es verdad, habría estado

sentada allá fuera la mayor parte de la noche. El tiempo era terrible. No había ninguna razón para creer que lo había hecho. Las tres niñas dijeron que habían llegado al albergue antes de que la tormenta arreciara, cosa que sucedió alrededor de la una.

—¿Y si tenía razón? —dijo Camilla.

—De haber sido así, lo único que significa es que las niñas bebieron más de lo que confesaron y llegaron más borrachas.

—Sí, o que mintieron acerca de lo que ocurrió después de que dejaron a Susan. Quizás no la querían junto a ellas, puesto que se suponía que iban a encontrarse con los chicos.

—Escuche: la declaración de esa niña nos la tomamos muy en serio, y también hablamos en repetidas ocasiones con las otras niñas —dijo, ahora con cierta frialdad—. Echamos mano de todos los medios de búsqueda. Llegó la unidad móvil, tuvimos toneladas de refuerzos policiales, recibimos la ayuda de la Guardia Nacional. Estuvimos totalmente concentrados en localizar a Susan.

Camilla le cambió el tema antes de que se le atrincherara.

—Háble me de los cuatro chicos. Destruyeron un coche después de haberse encontrado con las niñas en el puerto, ¿es cierto?

Él asintió.

—Iban en un coche robado. Perdieron el control debido a lo fuerte de la lluvia y se estrellaron contra un árbol. Eran muy problemáticos en aquel entonces.

—¿Qué les ocurrió?

—No eran más que unos niños, pero dos de ellos ya habían sido detenidos por vandalismo y robo. Thomas Krogh, el que venía conduciendo el coche, fue enviado a una prisión juvenil en Jutlandia. Creo que Daniel Axelsen y los otros fueron condenados a sentencias suspendidas y trabajos comunitarios por hurto y venta de bienes robados. Y también por vandalismo. Todavía viven en la isla. Se han conducido rectamente por mucho tiempo.

—¿Siguen viviendo aquí?

—Tres de ellos. Acabamos de interrogarlos una vez más, después de que apareciera el cuerpo de Susan.

—¿Y el cuarto?

—Thomas Krogh. Murió. Pocos años después de su liberación, tuvo un episodio psicótico relacionado con el hachís. Saltó al océano desde un acantilado y quedó aplastado entre las rocas.

Después de la prisión, estuvo involucrado en el mundo del crimen.

—¿Cuántos años tenían en aquel entonces?

Wiinberg sacó otra carpeta y leyó.

—Quince, dieciséis años. Estaban en tercero, excepto Krogh, que entonces ya no iba al instituto. Lo llamaban Stretch.

—Quisiera reconstruir lo que sucedió aquí durante la excursión. ¿Era normal que estos chicos se juntaran con los estudiantes de los paseos del colegio? —Recordaba que varias compañeras de su propia clase habían conocido a algunos isleños y que incluso, al volver a casa, habían seguido en contacto con ellos.

Él asintió.

—Las cosas eran muy distintas en esos tiempos. Era antes de los teléfonos móviles y las redes sociales. Los locales se juntaban entre ellos y, cuando llegaban estos nuevos y emocionantes chicos, todos los mozos de la isla miraban hacia allá. Así empezaron montones de relaciones. Yo también fui joven. —Sus ojos brillaron, sonrió. Camilla le devolvió la sonrisa. Pudo haber sido uno de los que llamaron su atención. Rubio, mejillas anchas y un aspecto en el que ella se habría fijado entonces.

—Vengo de Hasle, así que, a menos que usted hubiera estado por ahí, no fue en la parte trasera de mi ciclomotor donde se montó.

«Me ha pillado», pensó, mientras negaba con la cabeza y se reía de la guasa.

—Svaneke. Así que no es tan malo que no nos acordemos uno del otro.

Él se puso serio otra vez.

—Hemos estado interrogando a varios de los testigos de entonces. En este momento nos estamos concentrando en localizar a alguien que pudiera haber visto a Susan en las inmediaciones del valle del Eco, pero estamos dispuestos a hablar con quienquiera que recuerde cualquier cosa de los días de su desaparición.

—Aquella casa abandonada donde se reunían los chicos ¿sigue ahí?

Él negó con la cabeza.

—La demolieron hace mucho. Se estaba derrumbando, pero en aquel tiempo, cuando estábamos buscando a Susan, la pusimos patas arriba. Encontramos un montón de cosas robadas, pero ninguna señal de que ella hubiera estado ahí.

—¿Y las otras chicas? —preguntó Camilla—. ¿Encontraron alguna señal de que hubieran estado ahí?

El detective la estudió por un momento antes de negar con la cabeza.

—Era irrelevante. Solo estábamos buscando a Susan.

—¿Así que no saben si las tres niñas estuvieron en la casa la misma noche en que Susan desapareció?

Una vez más, se la quedó estudiando antes de contestar:

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Es solo una idea —dijo ella, asintiendo de forma despreocupada y, a la vez, con cierto desdén. Él lo dejó pasar.

Camilla le dio las gracias y le pidió los nombres de los chicos que aún vivían en Bornholm. Él vaciló antes de darle los nombres y las direcciones.

—Aquí, todos nos conocemos —le dijo—. Así que, en vez de ir al puerto y ponerse a hacer preguntas, hasta el punto en que todo el mundo se entere de que la prensa los anda buscando, mejor le doy los nombres. No hay nada de qué preocuparse; tuvieron muchas experiencias en aquel entonces. Ahora tienen familia. Dos de ellos, por lo menos.

Camilla revisó los nombres. Dos vivían en Svaneke; el otro, en Nexo.

—Sería buena idea que llamara a Daniel Axelsen antes de ir a buscarlo. Es camionero, así que sale mucho. Es probable que a los otros dos los encuentre ahora mismo.

Capítulo diecinueve

No le fue fácil conseguir habitación. La temporada de turismo corría con la directa puesta. Al principio, Camilla había llamado al hotel Melsted Seaside para convencerlos de que le hicieran un hueco, pero todas las habitaciones estaban reservadas. Después echó mano de cada gramo de su encanto con la recepcionista del hotel Siemens, quien le consiguió la última habitación libre de todo Svaneke. Y eso le vino bien, porque dos de los ahora adultos vivían en esa ciudad.

Fuera del café, la mayoría de las mesas estaban ocupadas por clientes que bebían café o cerveza. El verano estaba en el ambiente, en el rumor despreocupado de las conversaciones, en los sombreros, en los niños que retozaban y jugaban, pero no había clientes dentro del restaurante. Dos hombres y una mujer con chaqueta de chef y pantalones a cuadros comían en una mesa del fondo. Una joven camarera se acercó a Camilla.

—Hola. No abrimos la cocina hasta las cinco, pero podemos servirle bebidas en el exterior.

Camilla le dio las gracias y le dijo que quería hablar con Finn Kofod. La joven la miró confundida y comenzó a negar con la cabeza, pero uno de los cocineros se echó atrás y abrió de un empujón la puerta de la cocina.

—¡Skipper! —gritó.

La camarera miró hacia donde estaban los chefs y rio.

—¿Se llama Finn?

El tipo tenía el cabello relamido hacia atrás, las gafas de sol sobre la frente y la piel bronceada. Ya había escaneado a Camilla antes de que esta pudiera hacerse una impresión de él. Ella fue a presentarse y a preguntarle si tenía unos minutos para charlar.

Skipper miró a los otros antes de asentir y ponerle las manos en la parte baja de la espalda para dirigirla.

—Vayamos allá arriba.

Sin preguntarle, sacó de la nevera dos refrescos de cola y los abrió. Los tapones tintinearon en el suelo.

—Susan Dahlgaard —dijo cuando ya estaban sentados en la pequeña sala de fiestas que daba a la calle peatonal. Camilla miró sus ojos azules—. ¿La recuerda?

Él asintió. Tenía el cabello casi blanco y, a primera vista, el contraste con su piel bronceada le daba un saludable aspecto veraniego, aunque, ya de cerca, se veía cansado.

«Macilento», pensó. Le preguntó desde cuándo era dueño del restaurante.

—Diez años. Trabajé para mi padre hasta que él vendió el cúter de pesca y se jubiló, en 2008. Este lugar lo compré al año siguiente. Además, tengo dos bares de verano, uno en Gudhjem y otro en Allinge.

Por eso parecía consumido, pensó Camilla.

—Sé que la policía ya ha vuelto a hablar con usted. Acabo de llegar de Rønne. Wiinberg fue quien me dijo dónde podía encontrarlo. Yo asistí a la misma escuela de Susan Dahlgaard, solo que unos cuantos cursos por encima.

Se había reclinado, la examinaba, aguardaba. A pesar de su agotamiento, había algo de cautela en su mirada. Pero no parecía molestarlo que ella hubiera sacado a relucir el viejo caso.

—¿Recuerda cómo conoció a las niñas? —dijo Camilla.

Él asintió y le dijo que él y sus amigos solían reunirse en el puerto.

—De vez en cuando, los chicos ganaban algo de dinero ayudando a mi padre. Yo trabajaba para él después del colegio y ellos le echaban una mano cada vez que hacía falta. Cuando teníamos dinero en los bolsillos, lo gastábamos en cigarrillos y cerveza, y si venían chicas de la ciudad, a veces las invitábamos a nuestras fiestas. Era mucho más divertido cuando llegaban niñas de fuera de la isla.

—¿Y qué recuerda de la noche en que Susan desapareció?

Skipper se inclinó hacia delante y se rascó la sien. Después sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa.

—Era una viva —dijo después de encender un cigarrillo y abrir la ventana que tenía detrás—. Y muy guapa. Me fijé en ella desde el primer día, cuando las conocimos. Era diferente a las demás. Más

madura. Y recuerdo que contaba que su hermano vivía en Amager, que era músico y se drogaba. Yo no le creí; al principio, por lo menos. Dijo que había crecido en un orfanato y que había huido de sus familias de acogida muchas veces. Como si todo lo que contara fuera más de lo que era, como si estuviera haciéndose pasar por una estrella o algo así. Y nos la tragamos. Era chispeante, y más atrevida y valiente que las otras. Eso me gustaba. —Sin poderlo evitar, Camilla se daba cuenta de lo absorto que el hombre estaba con su historia, como si los recuerdos aún estuvieran frescos.

»Pero esa noche… —Asintió y se inclinó del todo hacia delante. Metió la colilla en la botella de refresco de cola y entrecruzó los dedos mientras miraba a Camilla directamente a los ojos—. Fue una noche de mierda. Chocamos el coche y nos pillaron con toda clase de cosas. Entonces éramos unos jodidos gamberros.

—Pero las niñas… Las conocieron en el puerto. ¿Qué recuerda de eso?

Miró la mesa por un momento, como si de repente se hubiera quedado en blanco, pero entonces asintió.

—Las conocimos, pero, en realidad, no hablamos con ellas. Se marcharon. Nosotros teníamos otros planes.

—Planeaban un atraco —dijo Camilla.

Él levantó la mirada y asintió.

—Stretch había robado un coche en Nexo y teníamos la mira puesta en la casa de Aakirkeby. No había nadie viviendo ahí. Íbamos a vaciar el lugar.

—¿Qué ocurrió en el puerto? ¿Vio a las niñas dividirse o se mantuvieron juntas?

Esquivó la mirada de Camilla, pero empezó a negar lentamente con un movimiento de cabeza.

—Nos marchamos antes que ellas. Recuerdo haberlas visto frente al quiosco con una botella que habían comprado. —Alzó los ojos—. Yo quería quedarme. En ese entonces me gustaban las chicas y yo era una especie de peso ligero. Todas las mierdas que hicimos no eran realmente lo mío. Si estaba con ellos era, sobre todo, porque yo quería pertenecer a una pandilla.

Le gustaban las chicas. Ella bien podía imaginárselo.

—¿Así que las cuatro seguían juntas cuando ustedes se marcharon? —Él asintió—. ¿Volvieron a ver a las niñas, a las

amigas de Susan, quiero decir, antes de que se fueran de la isla?

Alguien gritó desde la cocina: «Skipper, la fiesta es aquí. Están esperándote en el restaurante».

Se levantó y sacudió la cabeza.

—Nunca más volvimos a verlas —dijo, y con eso cerró la conversación.

Eso le vino bien a Camilla. Sus pensamientos volaban en todas las direcciones mientras trataba de reunir los fragmentos. Cuanto más averiguaba, más difícil era para ella culpar a los profesores de Osted por suponer que Susan había desaparecido por su propia cuenta. La necesidad que la chica tenía de dramatizar, su infancia difícil… Todo tenía sentido. Y también le era fácil imaginar a los chicos locales enamorándose de ella.

Vació su refresco de cola y puso la botella sobre una mesa. Bajó entonces los peldaños alfombrados. Olía a comida. Los tres cocineros que habían estado comiendo se encontraban ahora en la cocina, preparándose para la multitud de la noche. Eran casi las seis cuando empezó a caminar de regreso al hotel.

—¿Qué, has comido con Markus? —dijo a su padre cuando este la llamó. El mesero acababa de limpiar la mesa y ella estaba comprobando las direcciones de los otros dos hombres que planeaba visitar al día siguiente.

Tonny Nielsen vivía en un apartamento, en el puerto de Svaneke, mientras que la dirección de Daniel Axelsen estaba en Nexo. Cuando buscó sus nombres en Google, encontró dos artículos de periódico sobre el camionero, pero nada sobre Tonny Nielsen. Wiinberg le había dicho que este estaba prejubilado y que no sería difícil de encontrar.

—Markus me llamó esta tarde y me dijo que tenía algo que contarme —dijo su padre—. Así que fui a la ciudad.

Camilla pensó por un momento.

—Creí que esta noche jugabas al *bridge*.

—No pasa nada si dejo de ir alguna vez. Fue estupendo verlo. El chico rebosa sentido común. No puedo creer lo grande que está.

No lo suficiente, pensó Camilla. Estaba molesta por la forma en que se habían reunido, a sus espaldas. Así es como ella lo sentía. Y su hijo no era lo suficientemente mayor para saber que, si

necesitaba tener una charla de hombre a hombre, escoger a su abuelo no era el movimiento más inteligente. El hombre no tenía ni idea de lo que significaba estar disponible para alguien más.

—Has criado a un chico muy responsable —continuó, ahora con voz cálida—. Puedes estar orgullosa de que es lo suficientemente maduro para cumplir con sus responsabilidades a una edad tan temprana. He oído que habéis hablado del tema.

Silencio. Finalmente, ella se recompuso.

—Le expliqué que esto no va a funcionar. No debería ser padre, no ahora. Tienes razón: es un buen chico, es responsable; pero sigue siendo un niño, solo tiene diecisiete años. Piensa en todo lo que se perderá.

—Sí, y también en todo lo que ganará. Tener un hijo es el regalo más grande que la vida puede darte.

—¡Madre santa, papá! —gritó—. Podrías, por lo menos, hacer un esfuerzo y ponerte de mi lado. No sabe lo que hace, no sabe lo que significa tener un bebé, la responsabilidad. ¿Y cómo coño podría saberlo? Todavía recibe una asignación. Irá al instituto al terminar las vacaciones de verano. Su lóbulo frontal aún no está totalmente desarrollado, piensa espontáneamente, no puede prever las verdaderas consecuencias. Ni siquiera es lo suficientemente mayor para conducir. Lo que esto puede significar para su futuro, lo de tener un bebé ahora… Markus no es capaz de entenderlo, es totalmente irreal.

—Es muy feliz con Julia. Y ella también parece ser una chica muy agradable.

—¿Qué?, ¿ella también estuvo ahí?

—Sí, los tres fuimos a celebrarlo. Estos dos chicos están tan contentos con esto… Tuvimos una charla muy buena. Me da la impresión de que saben en lo que se están metiendo.

—Tengo que irme —dijo Camilla, y colgó antes de que él pudiera decir algo más. Las mejillas le ardían, aunque sentía los dedos congelados. Su pequeño. El que acababa de pasar por clases de *break dance* y a quien tenían que llevar a todos lados. La piel se le erizaba, temblaba por dentro de ansiedad. Pérdida de control, pérdida de amor. No había nadie a quien sintiera más cercano ni a quien amara más que a su hijo, y ahora se le escurría de entre los dedos. Había cogido otros derroteros y ya no la necesitaba como

pilar de su vida.

Tardó un momento en entender que el camarero estaba a un lado de su mesa preguntándole si se encontraba bien. Camilla parpadeó unas cuantas veces y, con desgana, pidió un *whisky* doble.

Había neblina, la mañana siguiente, cuando Camilla salió del hotel y caminó por Havnebryggen hasta Postgade, la calle donde vivía Tonny Nielsen. El apartamento 12 B no tenía timbre ni telefonillo, pero la puerta verde del edificio estaba abierta, así que entró y se detuvo un instante hasta hacerse una idea de quién podría habitar un lugar así. Nielsen vivía en la planta baja. Faltaba la y de su nombre de pila. Probablemente llevaba un largo tiempo ahí, pensó ella. Presionó el timbre y se acercó a la puerta para escuchar. Contó hasta diez para asegurarse de que estuviera levantado. Volvió a llamar. El zumbido estridente atravesó el silencio matutino de la escalera. Estaba a punto de presionar el botón y mantenerlo cuando se abrió el apartamento de la vecina. Una mujer que llevaba un bebé en brazos salió e hizo a Camilla una amable señal de asentimiento.

—¿Sabe, por casualidad, si Tonny Nielsen está fuera de su casa? ¿De vacaciones, tal vez? —preguntó Camilla.

La mujer sujetó al hijo en el portabebés.

—Lo dudo mucho —dijo con un melódico acento de Bornholm —. Búsquelo en el puerto. Normalmente se sientan en el muelle, en un banco, o delante del quiosco.

—¿Más de uno?

—Él y los demás. —Pasó por delante de Camilla—. De cualquier modo, anoche estuvo en casa. Golpeó la pared cuando Lykke se puso a llorar.

Había tres hombres sentados en el extremo del muelle, dándole la espalda a Camilla, mirando el mar Báltico. Probablemente cada ciudad tiene su zona cervecera, pensó. En el caso de Svaneke, era el puerto, con una vista mucho mejor que la de la pequeña plaza central de Osted.

Por un segundo, Camilla pensó si debería conseguir una cerveza para Tonny, pero decidió que mejor lo invitaría a la terraza del hotel. Necesitaba alejarlo de los demás para sacarle algo.

Se puso a un lado del grupo.

—¿Tonny?

Los tres hombres se giraron hacia ella, pero solo uno de ellos asintió. Estaba en una silla motorizada, a la derecha del banco. Llevaba el cabello largo y oscuro marcadamente de lado para cubrirse una zona de calvicie; o, al menos, para intentarlo. Era notoria para quienquiera que estuviera detrás de él.

—¿Quién pregunta? —espetó, como en escena de wéstern. Obviamente, le gustaba llamar la atención.

Aunque caía una llovizna veraniega, el puerto estaba muy animado. Los marinos trabajaban en sus barcos o abasteciéndose de provisiones; otros simplemente se limitaban a holgazanear para que los veraneantes los vieran.

—Soy Camilla Lind, reportera del *Morgenavisen*. Le agradecería mucho que me concediera un momento para charlar.

La cara de Tonny se volvió inexpresiva mientras la miraba y lentamente se terminaba la cerveza. Puso la botella vacía en la cesta que llevaba al frente de la silla.

—No le quitaré mucho tiempo —añadió innecesariamente, pues él ya se estaba cerrando la cremallera de su sudadera Adidas roja. Hizo una breve señal de asentimiento a sus compañeros, y, a Camilla, un ademán de que estaría listo cuando ella lo estuviera.

Ella le sugirió sentarse en la terraza del hotel, pero el hombre prefería un café que estaba un poco más lejos, por Havnebryggen y a la derecha. Camilla supuso que no querría que la gente lo viera hablar con ella.

—Muy bien. Como usted quiera.

—Ya me figuraba yo que su gente aparecería, ahora que la han encontrado. —Estaban sentados uno frente al otro. Una mujer de más de sesenta años les había servido café en tazas blancas, y, sin preguntar, les puso en medio un plato de pan recién untado con mantequilla. Seguramente estaba destinado a Tonny—. Ayer tuve una breve charla con Skipper —dijo— acerca de cómo volverían a ponernos en la piedra del molino, sin importar todos los años que han pasado y que ninguno de nosotros la conoció.

—No he venido a molerlo —se apresuró a decir Camilla.

—Una vez que estás en el sistema, eso te marca de por vida. —Camilla no se lo tomó en cuenta—. Solo mire a Stretch. Seguro que él no fue. No hizo nada y, de cualquier modo, la gente supuso que

estaba metido en el asunto de la niña, solo porque él fue quien terminó en la cárcel. Pero eso fue por otra razón. La gente olvida. Era nuestro colega, y tratamos de ayudarlo, pero nadie nos escuchó. Como le dije, uno queda marcado.

—Solo he venido a hablar de aquella noche en que conocieron a las niñas en el puerto.

Resopló.

—¡Conocimos! No las conocimos. Llegaron corriendo detrás de nosotros. No les pedimos que vinieran. Estaban locas por Skipper.

Su voz no alcanzaba a encubrir la amargura, como si todavía se sintiera rechazado.

—¿Recuerda a Susan Dahlgaard?

—Oh, sí, oh, sí. La recuerdo desnudándose y saltando al agua. —Una sonrisa entre una mirada lasciva.

Olía a alcohol de muchos días y tenía la sudadera manchada. Pero ella examinó su cara, notó las largas arrugas, los rasgos atractivos. Debió de haber sido guapo antes de tanta bebida.

—¿Usted y los otros chicos estaban en la misma clase? —preguntó para ayudarlo a comenzar.

—Stretch no iba a la escuela. Yo estaba en la misma clase que Daniel. Skipper estaba en otra, aunque en el mismo grado.

—Y este Stretch es Thomas Krogh, ¿no es así?

—*Era*. Está muerto. —Se mordió el labio inferior sin mirarla.

—¿Cómo murió?

—Se lanzó al agua desde el Helligdomsklipper. Dijeron que por una psicosis de hachís. No sé si pensó que podía volar o estaba cansado y fastidiado de que la gente sospechara de él sin parar. Todo el mundo creyó que ella había estado con él en el coche.

No había nada de sentimental en este hombre. Las cosas eran lo que eran, ni más ni menos.

—Sucedió pocos años después de que lo liberaron. Conoció a una mujer allá dentro. Estaban viviendo en algún lugar a las afueras de Copenhague. Cuando rompieron, volvió a mudarse aquí.

Camilla se aseguró de que su teléfono, que estaba sobre la mesa, siguiera grabando. No le había pedido permiso, pero el sujeto daba la impresión de ser de los que se sulfuran cuando se les dice que están siendo grabados. No obstante, Tonny sabía que ella estaba ahí buscando una historia.

—No lo vi mucho cuando regresó. La prisión lo había cambiado. De cualquier modo, nunca me gustó gran cosa, pero él era quien tenía el dinero y quien sabía cómo conseguir más. Su madre es prima de mi madre; nos conocemos desde hace una tira de años. —Se quedó callado por un momento.

»Era un poco mayor que nosotros, pero creo que admiraba a Skipper. El padre de Skipper era rico, vivían en esa gran casa. —Apuntó a algún sitio a espaldas de Camilla.

»Stretch quería ser como él. Cuando las chicas de las clases aparecían en sus excursiones, todo era diversión y juegos. Casi siempre llegábamos a conocer algunas. Manteníamos los ojos bien abiertos por si había alguna guapa».

Parecía un poco sorprendido cuando sonrió, como si hubiera olvidado que hubo también buenos tiempos, cuando era joven.

—Por supuesto —dijo Camilla.

La mujer del delantal se acercó y recogió sus tazas. Las volvió a llenar detrás del mostrador. Sin poder evitarlo, Camilla se dio cuenta de que vertía varios chorros de una botella de aquavit. Cuando regresó con el café, Camilla tomó un sorbo. No es que se sorprendiera, pero el café cargado no era lo suyo.

—¿Y aquella noche? —le preguntó.

—Teníamos un trabajo que hacer, pero dijimos que a la casa iríamos después.

—¿A la casa?

—Sí, pasábamos el rato en la casa de allá. —Una vez más, señaló vagamente un punto detrás de Camilla. Ella se dio cuenta de que se trataba, más bien, de un ademán. Allá, en algún sitio—. Ahí no vivía nadie desde hacía mucho tiempo —dijo.

—¿Se suponía que las chicas irían allá en bicicleta a esperarlos? —Camilla se apoyó ansiosa sobre la mesa, presintiendo, de pronto, una posible conexión.

Él se desplomó un poco y miró a través de la ventana por un rato. Entonces se volvió a ella.

—No llegamos tan lejos. Me rompí dos de cada tres huesos. Los demás acabaron en la cárcel.

Ella persistió:

—¿Pero ustedes y las chicas habían quedado en encontrarse en la casa abandonada?

Eso lo molestó.

—No acordamos una mierda. Dijimos que no teníamos tiempo de jugar, que teníamos otros planes. Íbamos a vaciar el lugar y a sacar todo lo que había en esa vieja casa. Eso es todo lo que les dijimos.

—¿Qué me dice de Susan? ¿Las vio separarse o alejarse del puerto juntas en sus bicicletas?

Bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No lo sé. Yo fui a hurtar gasolina para mi ciclomotor y, cuando regresé, las niñas ya se habían marchado. No sé si juntas o no. Eso se lo dije también a la policía. —Hizo una pausa—. Deseo jodidamente que nos hubiéramos quedado con ellas esa noche. Toda esta mierda nunca habría ocurrido. Un montón de cosas habrían sido diferentes.

Se quedaron en silencio. Tenía razón, pensó Camilla. Su cuerpo no habría quedado tullido por el accidente y Susan, quizás, no habría desaparecido.

—Pero, seguramente, les dijeron a las niñas que irían a la casa abandonada más tarde, esa misma noche, después del robo.

Él asintió. Camilla sintió pena por él. No era difícil imaginar cómo se había abierto paso por la adolescencia saliendo con esos chicos que tenían dinero; robando gasolina de otros ciclomotores para el suyo. Atracos, objetos robados. Ella supuso que era el más pobre de la pandilla, el que recogía las migajas. Y el lisiado por el accidente. No podía ser más triste.

Tonny estaba a punto de decir algo, pero se echó atrás y movió la cabeza de un lado al otro. Se bebió el café, ahora con un ojo en la puerta de la cocina.

—Rellénalo —dijo cuando la mujer se acercó.

—Nada para mí, gracias —dijo Camilla.

»¿Cree que las niñas habrían ido allá, a esperarlos? —continuó, cuando la mujer ya se había ido—. ¿Y que, entonces, se marcharon cuando ustedes no aparecieron?».

Él se encogió de hombros.

—Estuve más de un mes en el hospital, con montones de cosas en qué pensar. Mis padres ya tenían suficientes problemas. Solo querían que todo pasara de largo. Y no hablé mucho con estos amigos. Fueron a visitarme algunas veces, pero también tenían

mucho que hacer, y la policía insistía en que estábamos mintiendo acerca de Susan. Pero no sabíamos nada, esa es la verdad. Y yo todavía no sé nada.

Camilla fue a la barra y pidió la cuenta. Entregó a la corpulenta mujer quinientas coronas de más y le dijo que las apartara para la próxima vez que Tonny apareciera por ahí.

La mujer cogió el dinero y asintió.

—Otra vez podré dejarlo poner un poco más en su cuenta. — Cerró de golpe la caja registradora.

Camilla acabó poniendo muchas de sus horas en la espera de Daniel Axelsen. La cita de las doce y media se retrasó, primero, a la una, y luego, a las dos. En cada ocasión, él se disculpaba reiteradamente y prometía que estaría ahí tan pronto como pudiera.

Pensó en conducir hasta el valle del Eco y usar el mapa que Wiinberg le había dado para localizar la caverna, pero prefirió quedarse en los alrededores. No quería andar dando vueltas por todos lados, buscando la caverna en Almindingen, en el momento en que Daniel la llamara para decirle que estaba listo para reunirse con ella. Después de haber visitado todo lo que podía visitarse en Nexo, acampó en un café y leyó acerca del área donde Susan había desaparecido, incluyendo el valle del Eco.

> El valle de acantilados más grande de Bornholm puede seguirse hasta la costa, al suroeste de Gudhjem. Flanqueando el valle hay un bosque de robles (albares, en su mayoría), una reserva natural con carpes y tilos y una excepcional floración de lirios de los valles. Los excursionistas también pueden bajar al valle de Jægergrotten, el tramo más bello de la pradera, o subir a los acantilados hasta Fuglesangsrenden, que antiguamente se conocía como Styrtebakkerne, el lugar de las zambullidas. Algunos creen que el nombre proviene de los sacrificios humanos que se realizaban aquí, cuando la gente era arrojada desde el precipicio.

Apenas un poco antes de las dos y media, Daniel Axelsen llamó para decir que estaba de regreso. Muerta de aburrimiento, Camilla se había comido unos nachos y un gran refresco de cola que ahora le manchaba los dientes.

El hombre vivía en una casa amarilla angulosa sobre una calle residencial. Su semirremolque estaba aparcado en una gran plancha

de asfalto a un lado de la casa, a todo lo largo. En el patio delantero había un columpio y un colorido muro de escalada. Camilla aparcó en la entrada de coches y, mientras subía por la acera, la puerta principal se abrió, dejando al descubierto a un hombre grande y fornido que llevaba en brazos un perro que ladraba.

Axelsen era todo lo que su amigo Tonny no: sano, feliz, exitoso. La vida no se le había escapado, no había amargura en los ojos que se encontraron con Camilla. Se cambió de brazo el terrier blanco y estrechó calurosamente la mano de su visitante.

—Entre. Mi esposa y mis hijos llegarán dentro de un rato. Han bajado al puerto a por helado, así que podremos charlar en privado.

—¡Qué bien! —dijo Camilla—. No tardaré mucho. De verdad que le agradezco que haya decidido dedicarme un poco de su tiempo para hablar conmigo.

Seguramente usted sabrá que estoy escribiendo un artículo acerca de Susan Dahlgaard. Hablé con uno de los profesores que acompañó a la clase en la excursión. También pasé por el albergue juvenil de Svaneke. Yo misma me alojé ahí cuando vine con mi clase, unos cuantos años antes de que Susan desapareciera. También he tratado de ponerme en contacto con las amigas que ella tenía entonces, aquellas a quienes ustedes conocieron en 1995.

No le mencionó la muerte de Pia ni la desaparición de Trine.

Se sentaron en el salón, que tenía grandes ventanas de cristal con vistas al jardín trasero. Un pequeño pabellón de madera se alzaba entre las bien cuidadas plantas perennes.

—Y esta mañana también hablé con Tonny Nielsen. Él me contó lo que recordaba de esa noche.

No mencionó que Nielsen se había alejado para robar gasolina mientras los chicos se separaban de las niñas. Quería escuchar la versión de Axelsen.

Él asintió con gravedad y entrelazó las manos. El perrito, después de haber olido de arriba abajo la pierna desnuda de Camilla, fue a acurrucarse en una cesta junto a la ventana.

A diferencia de lo que había hecho con Tonny, Camilla se aseguró de que Axelsen no tuviera inconveniente en que ella pusiera el teléfono a grabar.

—¿Cómo conoció a Susan y sus amigas? —dijo Camilla.

Sabía que ambos hombres rondaban los cuarenta, pero Axelsen

parecía, por lo menos, cinco años más joven que Tonny Nielsen. Tenía las mejillas sonrosadas y la piel bronceada. Parecía enérgico mientras se inclinaba hacia delante.

—Solíamos pasar el rato frente al quiosco, en el puerto. Cuando aparecían las estudiantes de las excursiones, ese era nuestro lugar natural de encuentro.

—¿Y ustedes, los chicos, cuando las niñas venían de la ciudad, solían ir a conocerlas?

—Eso dependía de quién se tratara, por supuesto —dijo, sin tener que pensarlo—. Algunos colegios enviaban a sus clases de sexto, y esas no nos interesaban. Pero a las clases de primero y segundo de secundaria las veíamos siempre con bastante interés.

—¿Recuerda la clase de Susan? Ustedes conocieron a cuatro niñas el primer día.

Lo pensó por un momento.

—Me parece que eso es cierto. Había cuatro o cinco. La primera noche fuimos a Hullehavn.

—¿Hullehavn?

—Es una playa pequeña, al otro lado del albergue, en el lado de Nexo. Es un buen lugar para nadar. Encendimos una hoguera. La noche siguiente las esperamos en el colegio, hasta que una de ellas vino corriendo a decir que las otras no llegarían, que las habían pillado la noche anterior.

—¿Recuerda quién era? —Al parecer, estaba haciendo un esfuerzo por recordar el nombre, pero no lo consiguió—. ¿No era Susan?

Negó con la cabeza.

—No, fue una de las otras. Una chica bonita. Yo estaba un poco interesado en ella. Hicimos planes para vernos la noche siguiente. Ella y las demás intentarían escabullirse otra vez. Íbamos a encontrarnos en el puerto. Si no aparecían a cierta hora, nos dijo, sabríamos que las habían vuelto a pillar.

Aunque estaba grabando, Camilla iba tomando unas cuantas notas para recordar lo que debía recuperar después de la entrevista.

—Pero Stretch apareció con el coche, y entonces comenzó la fiesta.

Camilla lo miró sorprendida.

—¿Fiesta?

—Sí, el coche significaba que podíamos salir por ahí y comprar en la puerta de atrás. —Le habló de una pequeña tienda de comestibles donde podías despertar al propietario y comprar cerveza barata por las noches.

—Por lo que entendí de mi conversación con Tonny, antes de marcharse se encontraron con las chicas en el puerto. —Lo observó atentamente.

Él asintió.

—El plan era que ellas fueran en las bicicletas a la casa y que nosotros, de camino, pasaríamos por la cerveza.

—Estamos hablando de aquella casa abandonada en el valle del Eco, ¿o no?

Volvió a asentir.

—Les dijimos que se llevaran nuestros ciclomotores, pero ellas prefirieron las bicicletas. Dudo que alguna vez hubieran montado solas un ciclomotor. —Camilla trató de hacerse una idea—. Pero, entonces, Stretch quiso aprovechar la ocasión para meterse en la casa, y él era el que tenía el coche, estaba al mando. Y no, nunca llegamos hasta allá.

—¿Eso quiere decir que vieron a las cuatro chicas alejarse en las bicicletas?

Pensó por un momento.

—Susan no estaba con nosotros; definitivamente no, si eso es a lo que quiere llegar. La policía también revisó el coche. Pudieron constatar que ella nunca estuvo dentro.

—No, no, solo le pregunto si vio a Susan irse en bicicleta con las otras niñas cuando se separaron de ellas.

Él asintió.

—Todos partimos a la misma hora. Ellas en bicicleta; nosotros salimos de la ciudad en el coche.

—¿Así que ellas no dejaron a Susan detrás? —Axelsen empezaba a sentirse enfadado; ella podía percibirlo. O quizás sentía que lo estaba tratando de enredar para declarar algo que ella usaría después en su contra—. Se lo pregunto porque, hasta ahora, la historia dice que las niñas se separaron de Susan en el puerto —dijo —. Ahora parece que las cuatro iban a encontrarse con ustedes en la casa.

Se quedó mirando por un rato sus manos entrelazadas.

—Creo que algunas personas de aquí, de la isla, todavía creen que nosotros le hicimos algo. Incluso ahora, después de que la han encontrado. Nadie ha salido a decirlo, y la policía ha declarado públicamente que ella no estuvo en el coche, pero puedo sentir que la gente no me quita la mirada de encima. No quisiera decir aquí algo que enfade otra vez a la gente; pero, de verdad, deseo que descubran lo que le pasó.

»Sobre todo, porque, finalmente, eso significaría que *de verdad* somos inocentes. —Camilla asintió. Podía entender su punto de vista.

»Skipper y yo nos quedamos en el quiosco y les dijimos cómo llegar a la casa. Stretch ya estaba en el coche, en el aparcamiento detrás del hotel, y quería ponerse en marcha. Tonny estaba con él cuando llegamos. Las cuatro chicas se fueron en dos bicicletas, pero no podría decirle si se separaron después de que nos fuéramos al coche. No lo vi suceder».

De nuevo, ella trató de figurarse la situación.

—¿Susan preguntó si podía irse con ustedes en vez de en bicicleta?

Él negó rápidamente con la cabeza.

—No había suficiente espacio para ella. Ni para nadie más, en realidad.

Camilla sintió que la entrevista había llegado a su fin y se puso de pie.

—No he venido a alborotar el avispero —dijo, como una especie de disculpa por sus preguntas incisivas—. Solo quiero saber qué le ocurrió a Susan, cómo fue a dar a esa caverna.

«*Una que estaba muy cerca de donde vosotros, chicos, os reuníais*», pensó. Ella lo siguió al pasillo. Se despidieron.

Había un autobús de turismo y una hilera de coches en el aparcamiento de grava, frente al quiosco de los caramelos, los baños y la Ekkodalhuset, que tenía la reputación de servir las mejores y más grandes tartaletas del país. De camino, Camilla había pasado por la casa abandonada, o, más bien, donde esta estuvo. No quedaba nada. Un camino de grava iba de ahí al aparcamiento. Se quedó mirando en dirección a lo que Wiinberg le había marcado como el lugar donde había aparecido el cuerpo de Susan.

Lentamente, caminó dentro del bosque, con un abrupto acantilado enfrente. Hizo una pausa para absorberlo todo, tratando de imaginar cómo habría sido aquello para una chica tan joven, sola en medio de la noche, con los acantilados rodeándola. En plena tormenta y bajo la lluvia.

Soplaba una brisa fría, pero, aunque era tarde, el sol calentaba lo suficiente como para dejar la chaqueta en el coche. Camilla siguió el sendero que Susan habría tomado hace veinticinco años.

Contempló el áspero despeñadero que se veía entre los árboles. Varios troncos caídos, con sus largas y gruesas raíces, se aferraban a la escarpada ladera. Con el mapa en la mano, se dirigió al pequeño puente que atravesaba el pintoresco arroyo proveniente del barranco.

Del otro lado del puente, se detuvo antes de escalar desde el suelo del bosque hasta el acantilado. La exuberante floresta verde de hayas hacía un fuerte contraste con las escarpadas rocas cubiertas de musgo. Los árboles, de raíces expuestas y salvajemente ensortijadas, colgaban amenazadoras sobre su cabeza. Las rocas fragosas de la ladera le daban algunos puntos donde apoyarse para trepar. Llegó a una pequeña meseta boscosa y, por un momento, se apoyó en un árbol. Luego le dio vueltas al mapa para averiguar si debía escalar otro poco para encontrar la caverna de Susan. Un sendero bien trazado se adentraba entre hojas muertas, pero, al parecer, ella tenía que mantenerse cerca del acantilado.

La equis en el mapa de Wiinberg no estaba lejos del sendero. Parecía un lugar a donde iría cualquiera que necesitara orinar y quisiera un poco de refugio. Era difícil distinguir otra cosa que rocas y salientes que surgían del suelo boscoso, pero Camilla estaba determinada a seguir adelante. De pronto, se detuvo. Otro árbol caído yacía como una ballena encallada en la vegetación estival. El árbol hueco, amarillento y oscuro, era viejo y hacía mucho que había perdido la corteza. Camilla sacó el teléfono y comenzó a tomar fotografías del acantilado y del árbol que, veinticinco *años atrás, había atrapado a Susan, aunque hoy no parecía tan imponente*.

Entre las rocas, la entrada no era más que una pequeña fisura, una grieta. Camilla había imaginado una boca de cueva amplia y semicircular. Caminó hasta ahí y echó un vistazo al estrecho suelo

plano del interior. Las paredes eran ásperas, con bordes afilados que hacían imposible moverse alrededor. No había espacio más que para una niña acostada.

Ni los caballos salvajes habrían podido arrastrar a Camilla hasta esa minúscula y oscura caverna; ni siquiera la muerte pisándole los talones. No podía imaginarse el sentimiento de claustrofobia de estar atrapada ahí dentro. Era un ataúd de roca.

Camilla se quedó sentada dentro del coche, en el aparcamiento, mirando las copas verdes de los árboles. No podía sacudirse el frío rocoso que había reptado por su piel, junto con una emoción que no le gustaba en absoluto: el miedo.

Pensó que Susan tenía que haber estado muerta de miedo. Aterrada, ansiosa, huyendo de algo. De lo contrario, no habría tenido ningún sentido arrastrarse dentro de la grieta. O bien, había sido obligada a meterse en esa minúscula caverna. Los pensamientos de Camilla se agolpaban, pero, cuando trataba de figurarse lo que había ocurrido, no encontraba el modo de conectar los sucesos.

Wiinberg la llamó.

—Acabo de reunirme con mi jefe. Reabriremos el caso.

—Bien. Quizás esto salió a la luz antes, pero tengo la impresión de que, antes de separarse en el puerto, los chicos habían planeado reunirse con las chicas en la casa abandonada. Y hay discrepancias evidentes en sus explicaciones sobre lo que ocurrió.

—¿A dónde quiere ir con esto? —Él añadió que revisarían minuciosamente las declaraciones de los testigos—. Ellos no dijeron que tuvieran planes de reunirse después.

—Si se pusieron de acuerdo para encontrarse ahí, esa pudo haber sido la razón de que Susan estuviera en el valle del Eco. La casa abandonada está justo al lado de donde la chica apareció. Como le dije, las narraciones de ellos difieren un poco, pero dos me dijeron que ese era el plan, mientras que ninguna de las chicas dijo nada al respecto.

Tras un momento de silencio, Wiinberg carraspeó.

—La llamaré después de comparar las declaraciones de los testigos.

Capítulo veinte

Trine, Pia y Nina mienten. Habla con Mona Ibsen.

El mensaje de Camilla despertó a Louise justo antes de las ocho. La noche anterior, a las nueve y media, se había quedado frita entre el somnífero tailandés y la urgencia irresponsable de dormir cien años. La cena con sus padres y la suegra de Mikkel había sido catastrófica. Tal como lo había esperado, su madre se había mostrado fría y prácticamente no había dicho una sola palabra durante toda la noche, mientras que su padre había afrontado la situación un poco mejor. Por suerte, Kirstine y Malte los habían ayudado a tramitar la reunión, que terminó cuando, después de cenar, Louise ofreció a Liselotte llevarla de regreso a Dåstrup.

Pero algo bueno había salido de todo eso, pensó, mientras permanecía tumbada en la cama tratando de seguir durmiendo. Cada fibra de su ser luchaba en contra de levantarse y la perspectiva de encarar un nuevo día. La noche anterior la había hecho pensar si el estado emocional de una persona sería capaz de provocar un colapso físico. Tenía el cuerpo dormido, tenía todos los nervios podados; se sentía exhausta, casi incapaz de concentrarse.

Después de llevar a Liselotte a su casa, había comprado unos tebeos y había ido a visitar a Mikkel. La hicieron esperar una hora antes de que el médico viniera a decirle que su hermano dormía y que probablemente no despertaría hasta la mañana siguiente.

—Pero puede sentarse a su lado, es bienvenida —dijo el doctor.

Mikkel estaba en una reducida habitación detrás de una puerta de cristal esmerilado cerrada. Junto a la cama tenía un pequeño taburete. La cama no tenía sábanas ni colcha, solo una almohada y una manta de algodón. Dormía boca arriba, profundamente, en bata blanca de hospital, y no reaccionó cuando ella le habló ni cuando le tocó la mano.

Louise lloró. Mikkel no dormía de manera natural. Le habían administrado medicamentos y estaba lejos, muy lejos. Después de tres cuartos de hora, un enfermero vino a revisarlo.

—Hoy ya no va a despertar —dijo—. Regrese mañana. Puede llamar antes. No tenemos un horario regular de visitas, así que será bienvenida en cualquier momento.

—Vendré mañana —dijo ella. Dejó los cómics a un lado de la cama.

Lo peor era la incertidumbre; el no tener acceso a los archivos de la policía. El silencio. Y la idea de lo que ella misma habría tenido que hacer padecer a su hermano, de haber estado investigando su posible culpabilidad en la desaparición de Trine.

Aún no había hablado con Kim, en Holbæk, para pedirle que averiguara lo que la policía de Roskilde tenía en contra de su hermano. Pero la aliviaba un poco la insistencia de Liselotte en que no había nada específico en sus sospechas sobre Mikkel. Y, durante la cena con sus padres, Liselotte había prometido decirle eso a la policía. En un estado de ira reprimida, la madre de Louise le había exprimido esa promesa mientras Louise y su padre se quedaban mirando el mantel.

Louise leyó una vez más el mensaje de Camilla antes de contestar:

¿*Sobre qué mienten*?

Se retorció en la cama hasta conseguir meterse unas cuantas almohadas bajo la nuca.

> *Dicen que se separaron de Susan en el puerto. Pero resulta que se pusieron de acuerdo para encontrarse con los chicos en una casa cerca de donde apareció el cadáver de Susan. Las chicas dicen que regresaron al albergue justo antes de la medianoche, pero no creo que sea verdad. Localiza a Mona Ibsen. Ella las vio cuando regresaban.*

En la mesilla de noche estaba la foto de la clase que Mona había dejado entre los arbustos. Susan, Trine, Pia, Nina y Mona. Louise examinó las caras juveniles. Niñas, pensó. Y, sin embargo, había algo en sus ojos. Algo desafiante, no en un sentido sexual, sino un

«mírame», más bien. Una veta de infantilismo y expectación jubilosa. Excepto Mona. Ella miraba directo a la cámara, inexpresiva, sin hacer el menor intento por parecer feliz.

Louise saltó de la cama. La invadió, de repente, un viejo sentimiento familiar. Un instinto. Susan, Trine, Pia, Nina y Mona. Dos de ellas estaban muertas y una había desaparecido sin dejar rastro. Recordó, en un destello, la cara de Mona del otro lado de la ventana. Esa mañana estaba demasiado ofuscada como para leer su expresión, demasiado sorprendida, confundida e, incluso, afectada por el somnífero tailandés como para reaccionar lo suficientemente rápido. Pero tenía que averiguar más sobre esas amigas.

Percibió el aroma del café cuando llegó a la recepción del hospital psiquiátrico.

Mientras se acercaba al mostrador, un grito espeluznante rasgó el silencio.

—¡No, no, no!

Una mujer gritaba desesperada, y, de inmediato, varios trabajadores pasaron corriendo por el pasillo hacia una puerta de cristal esmerilado que estaba cerrada. Sonó una alarma y apareció más gente. Poco después, los gritos se borraron hasta desdibujarse y la alarma se apagó.

Después de que los gritos cesaron, dos mujeres y un hombre volvieron a la recepción. Al ver a Louise, una de ellas se acercó al cubículo de cristales esmerilados. Sonrió y le dio los buenos días sin mostrarse, en ningún sentido, afectada por la situación de que acababa de hacerse cargo.

Louise se presentó como la hermana de Mikkel Rick. Se disculpó por aparecer tan temprano, justo después del desayuno. Pero la enfermera le sonrió y dijo que no molestaría a nadie por visitar a su hermano.

—La sala diurna está llena en este momento, pero, si no le importa quedarse en la habitación, iré a decirle que tiene una visita.

Louise la siguió a lo largo del pasillo hasta la puerta de cristal. Seis o siete personas estaban sentadas en la sala diurna, donde había un televisor y una estantería con juegos de mesa y libros. Se detuvo por un momento ante un tablón de anuncios. «A todo el personal», decía en letras torcidas, y alguien había dibujado un cuadrado colorido con un bonito «gracias a todos» en el interior.

La enfermera golpeó la puerta de la habitación número tres y pronunció el nombre de Mikkel.

—Sí.

Louise se sintió animada e inquieta a la vez al oír la voz de su hermano.

La enfermera abrió la puerta y le dijo que se hermana estaba ahí.

—¿Puede entrar?

—Claro, sí.

El tono de la voz familiar de Mikkel era distinto, más hondo y un poco apagado. La noche anterior había estado durmiendo profundamente. Ella sabía que habían empezado a medicarlo y se daba cuenta de que podría no ser el de siempre, que algo de tiempo pasaría antes de que los doctores encontraran las dosis correctas. Pero este estado narcótico lo protegía de un mundo que se le había vuelto demasiado difícil. Y ese mundo la incluía a ella.

Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas. En el regazo tenía un cómic, y en las manos, un tazón de cereal. Tardó un momento en reaccionar, pero entonces sonrió. Louise entró en la habitación.

Mikkel ya se estaba poniendo de pie antes de que Louise llegara a la cama. Abrió los brazos y se quedaron abrazados por un largo rato. Aún estaba aquí, y su expresión era de alerta, consciente, aunque él se movía con cierta torpeza y la voz se le arrastraba un poco.

Señaló los cómics.

—Gracias.

Ella acomodó el taburete y se sentó.

—¿Cómo fue el interrogatorio de ayer? —Se saltó el «¿cómo te encuentras?». De él dependía tocar el tema.

Mikkel volvió a sentarse sobre la cama, dejó el tazón de cereal en el suelo y se reclinó.

—Respondí lo mejor que pude. Es como si creyeran que llegué a casa antes de la hora en que lo hice. Pero Dennis, el del almacén, confirmó que no abandoné el trabajo en ningún momento del día. Llamé a Trine cuando salí de Roskilde. La llamada pasó a través del Bluetooth del coche, así que está en su sistema. Pero siguen tras de mí. No me dijeron lo que Dennis había declarado hasta justo antes

de traerme aquí. Todo el tiempo que estuve allá me hicieron creer que nadie en el trabajo les había dicho que no me salí. Eso fue lo peor. Porque yo sabía que no me había ido. Y estaba seguro de que los demás sabían que no me fui.

»Pero, entonces, en cierto momento, ni siquiera yo estaba seguro».

Sacudió la cabeza y Louise asintió. Ella habría hecho lo mismo en un interrogatorio semejante, pero ahora estaba enfadada. Le habían apretado los tornillos, lo cual era un procedimiento estándar. Sin embargo, visto desde el otro lado, parecía una crueldad.

—¿Qué otra cosa tenían? —preguntó.

Mikkel se sentó sobre las piernas.

—Me preguntaron cuándo fue la última vez que tuvimos sexo. —Alzó las cejas y movió la cabeza de un lado al otro—. Que qué clase de relaciones sexuales tenemos, que si nos ponemos rudos.

Louise asintió.

—Tiene sentido que pregunten eso.

—¡Sobre nuestra vida sexual! Deberían estar jodidamente concentrados en encontrar a la madre de mis hijos.

Ella no pudo evitar sonreír, y de inmediato le dio la razón.

—Los juegos sexuales pueden volverse toscos e irse de las manos. Y no sería la primera vez que un esposo o una esposa intentaran ocultar algo así.

Él se la quedó mirando, un poco fluctuante y desenfocado, pero Louise podía percibir la sorpresa y el pasmo en sus ojos.

—¿Te refieres a que quizás la até y me la follé hasta matarla o qué? —Él siguió mirándola con ojos borrosos mientras ella asentía.

—O haberle puesto una máscara. O haber obstaculizado su respiración. El tipo de erotismo que echa mano de la privación de oxígeno en el clímax. Eso intensifica el orgasmo. He oído que es muy usual. No me sorprende que te hayan preguntado cosas como esas. A eso me refiero.

—Pero ¿cómo? ¿Así que, cuando llegué a casa, me encontré con Trine atrás, en su clínica, echamos una especie de polvo extraño, la dejé ahí y fui con los niños a preguntarles por su madre? ¿Los policías son estúpidos o qué?

—Si tan solo supieras lo que toda la gente de este país hace en

sus casas. —Se inclinó hacia delante—. ¿Conociste a Pia y Nina, las chicas con quienes Trine cursó la primaria?

Mikkel había recogido del suelo el tazón de cereal y estaba comiendo, como si toda esta charla sobre sexo le hubiera dado hambre. Masticó un poco antes de asentir lentamente.

—De vez en cuando se encontraba con alguna antigua compañera de clase, cuando íbamos a Roskilde de compras. Pero no creo que se juntara con ninguna de ellas. No era amiga de ninguna de esas chicas, nada por el estilo. Nunca hablaba mucho del cole. Ni yo tampoco le preguntaba, ya que estamos.

Louise se acercó un poco más a él.

—¿Pudiera ser que recientemente se hubiera puesto en contacto con alguna de ellas? ¿Será posible que os hubierais encontrado con una de esas chicas durante la semana previa a su desaparición?

Él miró al vacío.

—No lo creo. Bueno, está Carsten Iversen, de su clase, que pasa el rato delante de la tienda de comestibles, pero solo saluda cuando pasamos por ahí. No hablan. O, más bien dicho, si han hablado, no ha sido conmigo cerca. Sin embargo, a veces va a hacer la compra antes de que yo llegue a casa. Y así te encuentras con gente.

Alguien llamó a la puerta y ambos se giraron. La enfermera que la había acompañado dijo que el médico estaba listo para hablar con Mikkel. Le dedicó a Louise una mirada de disculpa.

—Está bien —dijo Louise—. Muchas gracias por dejarme interrumpir su desayuno.

Se inclinó hacia delante y le dio un beso a su hermano en la mejilla. Notó un cambio, como si él se hubiera replegado de la misma manera que en el hospital, dándole la espalda a todo. Por un momento, ella había estado tan absorta en sus propios pensamientos sobre los motivos y las posibilidades que había olvidado su gran sufrimiento.

Le puso las manos en los hombros.

—La encontraremos —susurró.

—Aunque ellos siguen pensando que fui yo.

—No lo creo. Pero tienes que hacer un esfuerzo por recordar si Trine ha mencionado algo recientemente. Tengo la sensación de que ha guardado un secreto por años y que ahora ha estado saliendo a la luz. Es importante que me digas si recuerdas a alguien con quien

se hubiera puesto en contacto.

Él asintió. Al salir, se detuvo en el umbral y se volvió a mirarlo. Era un prisionero de su tristeza, que estaba mucho más centrada en su mente que en las idas y venidas de Trine en el tiempo transcurrido hasta su desaparición. Era admirable cuán poco reparaban las personas en su vida cotidiana. Las conversaciones telefónicas, los encuentros casuales con otras personas… Todo se disolvía y terminaba por desaparecer.

Louise hizo un alto en el pasillo y recapituló sus pensamientos antes de llamar a Nymand y preguntarle si le daba permiso de revisar la lista de llamadas del móvil de Trine.

—Tanto las entrantes como las salientes —le pidió. Él le contestó que la lista aún no estaba disponible—. Solo necesito una copia. O una captura de pantalla de las llamadas que hizo en los días previos a su desaparición.

Estaba preparada para que él, con un estallido, se negara a entregarle nada. Pero le prometió enviársela, e incluso le pidió que pasara por la comisaría en algún momento.

No tienen una mierda contra Mikkel, pensó. Le dio gusto percatarse de eso. Era una sensación casi física de estar un paso por delante de ellos.

Después de cerrar la puerta de cristal esmerilado y escuchar el clic, bajó a las oficinas y preguntó a una enfermera si podía visitar a Mona Ibsen.

—Sí —dijo la enfermera, un tanto sorprendida por la pregunta —. Le gustara. Rara vez recibe visitas, aparte de Gerd. Deme un momento.

Se metió unos minutos en el despacho. Al regresar, le pidió a Louise que la siguiera por el pasillo en dirección contraria a la habitación de Mikkel. Se detuvo y llamó a una puerta. Después de esperar un momento, volvió a llamar.

—Entre y siéntese. Iré a buscarla.

Louise abrió la puerta y se encontró con una habitación del mismo tamaño que la de Mikkel. Se detuvo en el umbral. En cada superficie —la cama, el suelo, el alféizar de la ventana, la mesilla, las paredes— había recortes de periódico y páginas brillantes y coloridas de semanarios. Todo relacionado con Susan.

La enfermera miró a Louise antes de recorrer el lugar con la

mano, como si apuntara a todo a la vez.

—Está enormemente interesada en este asunto —dijo, como disculpándola un poco—. Siempre se ha sentido muy implicada en los casos de personas desaparecidas. Tiene carpetas llenas de viejos artículos. Usted ha de saber, estoy segura, que Mona estaba en la misma clase de Susan Dahlgaard. Podría decirse que ha seguido su historia con un interés muy especial. —Sonrió vacilante.

Louise asintió y dijo que sabía lo fuerte que Mona reaccionaba ante las desapariciones de personas. Reconoció algunos de los viejos artículos: entrevistas con los compañeros de clase y con los padres de acogida de Susan. Muchos habían sido escritos justo después de la desaparición de la niña, en tiempos en que los periódicos estaban llenos de reportajes sobre las intensas búsquedas. Louise también encontró algunas pequeñas notas y seguimientos del caso.

Había declaraciones de diversas personas, fotografías. Un semanario estuvo en Bornholm y entrevistó a gente del albergue de Svaneke, a la mujer que vendía helados en Hammershus el día que la clase de Susan estuvo ahí y a otros habitantes de Bornholm que quisieron hablar del asunto. Había diversas fotos de la policía en conferencias de prensa. Muchos de los recortes estaban plegados o tenían las esquinas dobladas, con pedazos arrugados de cinta adhesiva en la parte de arriba, como si hubieran sido descolgados y vueltos a colgar muchas veces.

Los más recientes estaban sobre la cama. La fotografía de la clase de Susan. Las fotos aéreas granuladas de Almindingen, el área boscosa con el valle del Eco marcado. También estaban ahí las historias de Camilla. Louise se quedó ensimismada, estudiando la extensa colección hemerográfica. Se sobresaltó al oír algo detrás de ella y, cuando se volvió, Mona estaba en la puerta, inmóvil. Se miraron una a la otra por un momento. Mona giró entonces sobre los talones y huyó por el pasillo. Louise ni siquiera tuvo tiempo de decirle nada.

Deseó haber estado más despierta y alerta la mañana en que Mona apareció fuera de la casa de Mikkel y Trine. Quizás en ese momento habría querido hablar con ella; ahora no, obviamente. Estaba aterrada.

Capítulo veintiuno

Louise salió del hospital y condujo directamente a Svogerslev. Llamó desde el coche a Gerd para decirle que estaba en camino. Quizás tenía que haberle preguntado si el momento era conveniente; o si quería que fuera por algo para comer con el café. Pero, cuando las puertas del hospital se cerraron detrás, ya no estaba de humor para galletitas ni sutilezas verbales. La intranquilizaba que Gerd no le hubiera hablado de cómo se encontraba Mona. Que el día del cumpleaños de Mona, cuando se encontraron, no le hubiera mencionado esa extraña e inquietante obsesión con el asunto de Susan.

El conjunto de casas quedaba detrás de unos setos bajos y bien recortados, en un área residencial del pequeño extrarradio de Roskilde. Louise apenas se había bajado del coche cuando Gerd ya venía a toda prisa desde la casa.

—¿Algo le ha ocurrido a Mona? Cuando recibí su mensaje, quise ponerme en contacto con ella, pero me dijeron que no podía ponerse al teléfono. ¿Está lastimada?

Llegó hasta Louise casi sin poder respirar.

La mujer parecía sumamente preocupada. Louise sacudió la cabeza. El día que conoció a Gerd y a Mona, había tenido la impresión de que, por pura bondad, la psicóloga de colegio jubilada actuaba como una especie de tutora, a pesar de que Mona era una adulta. Pero, con los años, tal vez esta se había convertido más en una hija para Gerd, quien alguna vez le dijo a Louise que no había podido tener descendencia.

—¿Tal vez no ha venido debido a Mona? —Gerd parecía esperanzada. Se apresuró a quitar de la acera una carretilla de mano para que Louise pudiera pasar—. ¿Hay algo más de lo que quisiera hablar conmigo?

—A Mona no le ha ocurrido nada —dijo Louise. Se acordó de

que Gerd la identificaba como agente de la policía. No por nada, la mujer se había temido lo peor cuando Louise la llamó para decirle, sin explicación mediante, que venía a su casa—. Tenemos que hablar acerca de ella —añadió en cuanto entraron en la casa.

Gerd estaba pálida. Siempre le había parecido a Louise una persona tranquila y leal, un apoyo firme para Mona, un pilar, pero ahora parecía nerviosa e insegura.

—No ha estado bien —dijo Gerd—. Tiene la mente atormentada y es incapaz de manejar tanto a la vez. Por eso he estado tratando de cuidarla. Mona es una chica extremadamente sensible. Tiene grandísimas dificultades para lidiar con la ansiedad y el miedo.

—Quisiera hablar con usted de lo que le sucedió en Bornholm, cuando Susan Dahlgaard desapareció —dijo Louise en un tono neutral de voz. Gerd asintió. Lo entendía—. Creo que estará de acuerdo conmigo en que Mona parece anormalmente obsesionada con el caso de Susan —continuó—. Según lo entiendo, empezó a ver a un psiquiatra justo a su regreso de Bornholm. ¿Alguien ha hablado con ella acerca de su participación en lo que aconteció entonces?

Entraron en el salón de Gerd. En uno de los estantes de la pared había varios de los insectos enmarcados por Mona. La última vez que Louise estuvo aquí, le pareció extraño y brutal contemplar con qué intensidad se concentraba en clavar agujas a los insectos disecados. Era un pasatiempo, le había explicado Gerd.

—Para ella, la desaparición de su compañera de clase fue algo horrible —dijo la mujer. Sobre todo, porque sentía que pudo haberlo evitado.

—¿Cómo pudo haberlo evitado? —Louise se sentó en cuanto Gerd le acercó una silla.

—Todos estos años se ha culpado a sí misma por no haber logrado que quienes estaban a cargo la escucharan. ¿Sabía que ella ni siquiera quería ir a la excursión? Antes de salir, les dijo a sus padres que prefería quedarse en casa. Creo en los presagios que la inquietaban. Ella sabía que algo trágico estaba por ocurrir.

Gerd parecía solemne. Louise sentía que no tenían tiempo para semejantes sandeces, pero se contuvo.

—Mi cuñada también estuvo en esa excursión —dijo Louise. Trine era de la misma clase que Mona. Gerd asintió distraídamente

—. Ha desaparecido. Al principio, pensamos que había abandonado a su familia, pero estoy empezando a sospechar que hay alguna conexión con el hallazgo del cuerpo de Susan. Fui a hablar con Mona de lo que sucedió entonces, pero huyó cuando me vio en el hospital. No quiere hablar conmigo.

—Tenemos que cuidarla —dijo Gerd, como si no hubiera escuchado a Louise—. Lo que sucedió en Bornholm la lastimó de manera irreparable. Distorsionó sus relaciones con los demás, destruyó su confianza. Puede culpar de eso a sus padres, por supuesto, pero también a sus profesores, por no escucharla.

—¿Mona es peligrosa? —preguntó Louise.

—¡No, por Dios, no! ¿Qué la hace pensar semejante cosa? No le haría daño a una mosca.

Louise echó un vistazo a la estantería, a los insectos enmarcados.

Gerd siguió su mirada y sonrió con ironía.

—Vale, vale, no lastimaría a un gato.

—¿Qué pasa con Mona y estos insectos?, ¿de qué se trata?

—Empezó a coleccionarlos después de la excursión. Al principio eran unos cuantos que atrapaba y disecaba. Se sentaba con ellos por horas, alisándoles las alas, ajustando sus patas, doblando las páginas de un cuaderno antes de ponerlos dentro para presionarlos y secarlos.

—¿Así que su pasatiempo comenzó después de la excursión? —preguntó Louise.

—Sí, pero tal vez sería más preciso decir que su pasatiempo comenzó como una fobia. Mona desarrolló una ansiedad por los insectos, y, desde entonces, esa ansiedad ha crecido. Pero, a pesar de que es muy sensible, también es muy fuerte. Se las ha arreglado para controlar su miedo y convertirlo en un interés. Lo maneja increíblemente bien. Es algo de lo que hemos hablado muchas veces en los tiempos difíciles posteriores al viaje a Bornholm. —Gerd se inclinó hacia Louise y habló en voz muy baja.

»Cuando Mona regresó, sufría pesadillas horrendas. Soñaba que Susan yacía en un lugar oscuro, sepultada bajo insectos que lentamente se alimentaban de su cuerpo. Cuando comenzó a coleccionarlos, lo interpreté como un recurso para enfrentarse a lo espantoso. Como si abrazara su propia ansiedad y tomara posesión de ella, en un intento de mantener bajo control las imágenes que no

dejaban de aparecer. ¿Puede imaginar lo pavoroso que ha de ser contemplar a una compañera de clase siendo devorada por miles de animalitos reptantes? ¿Puede figurarse esas imágenes?». —Gerd agitaba la cabeza.

—Pero ¿por qué? —Louise se sentía atrapada por el ambiente ominoso y sombrío que la mujer había creado.

—Imagine lo que eso puede hacer a una persona: ir por ahí toda la vida pensando que trataste de hacer algo, pero que no pudiste lograr que la gente te escuchara; que intentaste advertir a los adultos. Ir por ahí pensando que la tragedia podía haberse evitado con uno solo que te hubiera creído.

—Pero nadie podía saberlo —dijo Louise—. Nadie sabía que el cuerpo de Susan yacía en el bosque. Pensaron que la niña había huido cuando se separó de las otras esa noche.

—Mona lo sabía. —Gerd parecía absolutamente convencida.

Louise empezaba a perder la paciencia.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿Ella vio lo que ocurrió?

Gerd negó con la cabeza en un movimiento sombrío.

—No estaba con ellas cuando Susan desapareció. Pero sabía que las demás habían mentido sobre lo que había pasado, y las vio llegar sin Susan. Se lo dijo a los profesores, pero ellos les creyeron a las otras niñas, en lugar de a ella. Esas chicas son, en parte, la razón de que Mona esté como está hoy. Y estamos lidiando con las desafortunadas consecuencias de ser excluido, de que nadie te crea. Antes de ese terrible episodio, Mona era una chica feliz. Jugaba balonmano, tenía talento, pudo haber llegado lejos.

Algunas semanas antes de que todo aquello ocurriera, su equipo ganó el campeonato de Selandia. Pero, después de lo de Bornholm, dejó de jugar. Perdió el interés, se rindió, a pesar de que tratamos de convencerla de que volviera a jugar. Dejó a sus amigas y se volvió introvertida. Mona empezó a ser una chica enteramente distinta.

Gerd parecía afligida.

—¿Y sus padres? Si realmente lo estaba pasando tan mal, ¿por qué no la pusieron en otro colegio? Los padres tenían que haberla escuchado.

—Ellos no creen en nada de esto —dijo Gerd—. Ni siquiera la policía se tomó en serio lo que ella declaró. La gente como Mona es

sensible en una forma muy distinta a la nuestra. Sienten cosas, tienen premoniciones. Sus habilidades son difíciles de entender cuando uno no las comparte o no se abre a ellas.

Las manos de Gerd estaban unidas sobre la mesa, como en oración.

—Vale, pero ¿qué estaba tratando de decir Mona entonces, exactamente?

—Que las amigas de Susan habían mentido. Susan y las demás también habían estado yendo de un lado al otro la víspera de la desaparición, sin que las pillaran. Mona las vio salir y regresar borrachas, pero se salieron con la suya. Sus profesores estaban mucho más interesados el uno en el otro que en vigilar a sus estudiantes, en asegurarse de que permanecieran en sus habitaciones. Las niñas ya habían sido advertidas cuando las pillaron. Después de la desaparición de Susan, Mona contó lo que había presenciado la noche anterior, pero las chicas lo negaron. Y se aferraron a su relato.

Louise terminó preguntando si habría alguna razón para creer que Mona estaba involucrada en lo que había ocurrido a Pia Bagger y a Trine; si no habría enloquecido cuando apareció el cadáver de Susan.

Gerd puso cara de asco mientras lentamente negaba con la cabeza.

—En este caso, Mona es la víctima —dijo, ahora con voz suave —. Necesitamos hacer todo lo posible para cuidarla. Para protegerla.

Mientras se despedían en la puerta, Gerd puso una mano en el brazo de Louise.

—Un día surgirá la verdad. Y eso será estupendo para Mona.

Capítulo veintidós

Bornholm, 1995

Mona cumplió su palabra. No les dijo a los profesores que había descubierto a Trine escabullándose por la ventana para decirles a los chicos que, después de todo, las otras no llegarían. Lena, tras haber dormido una noche con las niñas para vigilarlas, regresó a su propia habitación.

Todo el tiempo, Susan había estado diciendo que Lena y Steffen follaban, y ahora pensaba que ese era el motivo por el que la profesora había vuelto a mudarse. Trine los había estado observando y creía que Susan podía tener la razón.

Todos estaban cansados. Incluso Carsten permanecía tranquilo, después de un salvaje día de carreras por todo Brændesgårdshaven, el parque de diversiones de Bornholm: tirolinas, botes de remos. Mona, sin embargo, se había mantenido aislada la mayor parte del día. Otros chicos de la clase les habían echado bronca a las niñas por escaparse de noche. Que las hubieran pillado era un placer, aunque también se sentían cabreados. A los profesores los enfadaba que las niñas rompieran las reglas, y toda la clase pagaba por ello. Pero las chicas estaban de acuerdo con Pia cuando esta decía que los demás les tenían envidia, que ellos también habrían deseado escaparse.

Después de la cena, mientras todos escribían en sus diarios, no se dijo mucho en las mesas. Alguien había dejado su chaqueta de mezclilla en el autobús; alguien más había olvidado su bolsa. En realidad, Trine no estaba poniendo atención. Trataba de descansar, porque ahora Lena dormiría en su propia habitación, así que tenían planes para otra noche de aventuras.

La noche anterior, cuando Trine fue a ver los chicos, estos le habían dicho que se comunicarían colgando notas en el pilar de anuncios del puerto. De regreso del parque de diversiones, Pia había

ido en bicicleta con un mensaje:

> 11:30, colegio privado.

Habían dibujado varios corazones y un ciclomotor apenas reconocible. Pero, cuando llegó al puerto, entre los anuncios privados de gente que vendía el cortacésped o regalaba gatitos, había un mensaje para las chicas:

> Reunión: Multideportivo. 11:30. Traed la bebida.

Todas colaboraron, y, como Susan parecía la mayor, tomó prestada una bicicleta y fue a comprar una botella de ron junto con un paquete de cigarrillos. Escondieron todo bajo el colchón.

Trine les contó a las demás que, la noche anterior, Mona había estado sentada junto al cobertizo de las bicicletas. Les dijo cuán espeluznante había sido aquello. Acordaron, entonces, rodear el albergue para que Mona no pudiera detenerlas, en caso de que de nuevo estuviera allí.

—¿Nos está espiando o algo así? —susurró Nina. Frunció el ceño al mirar a Mona, sentada sola en el fondo del salón y encorvada sobre su diario.

—¿A quién le importa? Que se la folie un pez —dijo Susan—. Está loca. Nadie se cree todas esas cosas que va diciendo por ahí. Simplemente cerraremos con llave nuestra puerta para que nadie pueda entrar cuando nos hayamos ido.

—¡Pero no tienes la llave! —dijo Pia.

—Claro que la tengo. La de la puerta de Kirsten también funciona en la nuestra. Es posible que abra todas las puertas.

—¿Se la robaste?

—La tomé prestada.

Nina y Pia se quedaron dormidas cuando se apagaron las luces. Las chicas se retrasaron un poco debido a que había ruidos donde los chicos dormían. Varias veces, Lena y Steffen fueron a gritarles. Ahora, finalmente, había silencio.

Mientras las demás abrían la ventana, Trine cogió su chaqueta de la litera y se quedó escuchando un momento, por si había señales de alguno en el vestíbulo. Pia y Susan se encaramaron para salir. Titiritaban mientras mantenían la ventana abierta. Nina sacó las piernas por el alféizar y se pasó los dedos por el pelo corto.

Segundos más tarde, Trine saltó fuera y cerró la ventana.

En el albergue, todas las ventanas estaban oscuras. Las chicas se quedaron inmóviles y aguzaron el oído en el silencio hasta asegurarse de que no había moros en la costa. Trine se sentía mareada y ligera por la excitación nerviosa; salvaje, eufórica, a sabiendas de que estaban rompiendo las reglas. Se habían escapado y estaban solas.

Se agazaparon y corretearon por una serie de senderos, entre casas vacacionales idénticas de color marrón rojizo, riendo todo el camino mientras trataban de no chocar ni tropezarse con alguna cosa en la oscuridad. Finalmente, llegaron al límite del conjunto de casas y divisaron la esquina del gran multideportivo.

—¿Oís algo? —susurró Trine. La oscuridad la ponía nerviosa.

Hicieron un alto y, por un momento, se sintieron tragadas por la inmensa quietud de la noche. Con más cuidado ahora, se dirigieron al frente del estadio. Susan venía a la cabeza. Trine enlazó su brazo con el de Nina, apretándolo con fuerza mientras se acercaban al edificio. No había voces. No había ciclomotores.

La decepción invadió a Trine cuando se dio cuenta de que habían llegado demasiado tarde y los chicos ya no estaban ahí. Había fantaseado, temblado de emoción de sentarse con ellos junto al fuego. Incluso guardaba la esperanza de que Susan se hubiera olvidado de Skipper; pero, si no, iría tras Daniel, que también era guapo. Se quedó un poco rezagada con respecto a las demás y sus lágrimas empezaron a brotar. De pronto, no podía soportar la idea de no verlos nunca más.

—¡A la mierda con ellos! —dijo Susan, después de rodear el estadio y regresar a las casas de vacaciones. Decididamente, desenroscó la tapa del ron y alargó la mano para coger uno de los refrescos de cola que llevaba Pia—. Si se han ido, simplemente…

De repente, oyeron los ciclomotores por la calle y vieron las luces de los faros que rompían la oscuridad. Trine corrió tras las demás, riendo mientras las luces la cegaban. Se cubrió los ojos con la mano.

—Vámonos —gritó uno de los chicos en la oscuridad. Las otras niñas ya se estaban subiendo en la parte trasera de los ciclomotores. Trine se apresuró, encantada de rodear con los brazos la ancha espalda de Daniel.

Los chicos ya habían encendido la hoguera. Todos se sentaron en

la pequeña playa de Hullehavn, contemplando el muelle de natación. Trine tomó un gran trago del ron con cola que Susan había mezclado. Mientras tanto, Skipper se acercó a su amiga y la rodeó con el brazo.

—Verdad o atrevimiento —gritó Pia, y repasó el grupo con una mirada desafiante. Los rostros ambarinos brillaban al resplandor del fuego crepitante. Trine se sentó junto a Daniel, que sostenía una botella semejante a las que la madre de Trine usaba cuando preparaba zumo de saúco.

—Small Gray —dijo él, y le quitó la tapa—. Vodka casero con regaliz picante.

—¿Es muy fuerte?

Daniel sonrió irónico y le aseguró que estaría bien para ella.

El trago de vodka pasó cortante por la garganta de Trine, pero ella se resistió al ardor y sonrió mientras le devolvía la pringosa botella a Daniel.

—Verdad o atrevimiento —volvió a gritar Pia, apuntando insistentemente a Susan, quien estaba sentada entre las piernas de Skipper, con la espalda apoyada en el pecho del chico y sus propias piernas cruzadas—. ¡Verdad o a tragar!

El vodka llegó a Susan, quien se incorporó un poco y cogió la botella. Había una calidad natural en todos los movimientos de esa chica; de hecho, en todo lo que hacía. Como si estuviera segura de que conseguir todo lo que se proponía fuera un derecho natural; como conseguir, *por supuesto*, que Skipper, el más interesante de los chicos, le pasara el brazo por la cintura.

Trine la miraba, y aunque la cabeza ya le daba vueltas, se daba cuenta de que, tratándose de chicos, nunca sería tan segura de sí misma como Susan. A ella nunca le habría parecido natural ser escogida por el más guapo y agradable. Pero Daniel no estaba mal, pensó. Se apoyó en él.

De repente, Susan habló fuerte y claro.

—¿Cuándo y dónde lo hiciste por primera vez? —Miró a través del fuego a Trine, con la cabeza ligeramente ladeada. Fijó los ojos en su amiga para provocarla y le sonrió con malicia mientras sostenía una cerveza en las manos.

Trine sintió que el brazo de Daniel se apartaba de su espalda mientras el chico se volvía a ella.

Se dio cuenta de que estaba reteniendo la respiración, atrapada en la tensión chisporroteante del fuego. Pero, entonces, unos cuantos chicos comenzaron a reír.

—¡Venga, venga! —gritaron.

La sonrisa de Susan no desapareció. Su larga melena color miel caía alrededor de la sudadera ajustada. Skipper encendió un cigarrillo para Susan y, lentamente, ella se lo llevó a la boca. Tonny fue a apagar a Nirvana, quien, junto con Pearl Jam, los tenía aislados de la quietud de la noche, envolviendo la charla alrededor del fuego con una frenética cortina de sonido.

—Mi primera vez fue…

La voz de Trine surgió ronca en el silencio repentino. La moza se volvió suplicante a Nina, que era la única que no la estaba mirando. Todas las chicas sabían que Trine todavía no había estado con ningún chico. Se inclinó desesperada hacia delante, cogió la botella y tomó otro largo trago mientras observaba de nuevo a Susan.

—Nooooo —gritó Stretch—, queremos oír cuándo fue tu primera vez.

—Detalles —aulló Tonny.

Pia acudió al rescate.

—Me toca —gritó, ahogando a los demás. Las mejillas de Trine se enrojecieron de vergüenza, mientras el vodka y los duros caramelos triturados le quemaban la garganta.

—Verdad o atrevimiento —dijo Pia. Se inclinó hacia delante y atravesó a Susan con la mirada—. ¿Qué prefieres, desnudarte o contarnos tu infancia?

Trine se sobresaltó. Ahora, el silencio alrededor del fuego era grave. Aunque los chicos no sabían nada acerca del orfanato ni de las familias de acogida, sentían que algo gordo estaba ocurriendo, algo que superaba la humillación de Trine.

Durante lo que pareció una eternidad, Susan y Pia intercambiaron miradas salvajes.

Entonces Susan se levantó, se puso detrás de Skipper y se bajó la cremallera de la sudadera. Lentamente, se pasó la blusa por encima de la cabeza y se desabrochó el sujetador. Así se quedó un momento, desnuda desde la cintura, con los pechos brillando bajo la fría luz de la luna. La piel de los brazos se le puso de gallina. Los chicos se quedaron atónitos, mientras Trine, incómoda, cambiaba

de postura. Sin poder evitarlo, miraba a Susan aflojarse los vaqueros y, con un movimiento ondulante, deslizarlos por toda la cintura y las piernas. Se los quitó de una patada, retrocedió otro paso, se bajó rápidamente las bragas, las agitó sobre su cabeza y gritó casi con lascivia:

—¡El último en llegar al agua es un pringado!

Corrió hacia las aguas negras con todos los demás chicos siguiéndola ansiosos. Silbaban y aplaudían mientras se quitaban la ropa a toda velocidad.

Trine, Pia y Nina se quedaron sentadas junto a la hoguera.

—Creo que me vuelvo ahora mismo —dijo Nina. Se puso de pie y Trine se le unió.

Se sentía mareada, confundida.

Pia permaneció sentada.

—¿No deberíamos esperarla? No podemos dejarla aquí.

—No —dijo Nina—, nos iremos en este momento.

Trine estuvo de acuerdo, se marcharían. Ella, Nina y Pia habían estado en la misma clase desde primero. Susan llegó después, no era una de ellas. No estaba ni siquiera cerca, y menos después de lo que acababa de suceder.

Capítulo veintitrés

Camilla se apartó de la carretera. Era muy consciente de cuán fácil es decir algo incorrecto o susceptible de ser mal interpretado, así que se concentró en la conversación, tratando de sonar animada, intentando ser compaciente y comprensiva.

—Cariño. Sé que es tu vida. Y te respeto, sabes que te respeto. Me encanta que estés feliz con Julia. Pero tienes diecisiete años. Ambos tenéis que pensar en el futuro: en tu educación, las posibilidades de conseguir trabajo. Ni siquiera has empezado el instituto.

Markus interrumpió:

—Ya lo hemos pensado. Julia se tomará un año libre para quedarse en casa con el bebé. Entrará al instituto cuando el niño tenga la edad suficiente para ir a la guardería.

—Quizás en este momento no parezca tan complicado —dijo Camilla—. Pero las cosas cambian mucho cuando estás en medio de todo. No duermes por la noche, y la vida, tal como la conoces, ya no es la misma. Cada cosa gira en torno al pequeño. Recuerdo cómo era todo, lo recuerdo muy bien. Hubo muchos días en que ni siquiera pude ducharme. Al principio, apenas me daba tiempo de comer algo.

Se detuvo. Por ningún motivo quería provocarle un sentimiento de culpa por aquellos meses, los primeros después de su nacimiento, en que ella estuvo a punto de darse por vencida. Pero recordaba con claridad sus pasos de un lado al otro, como zombi, vestida en un chándal de tela suave. También recordaba haber tenido que llamar al padre de Markus durante un seminario de trabajo para pedirle que le ordenara una *pizza*. Eran los días en que tenía que recorrer el apartamento durante nueve horas con Markus en el hombro.

Cada vez que ella se detenía o trataba de hacer algo, él se ponía a gritar.

Camilla apartó esos recuerdos. Amaba a su hijo más que a nadie en el mundo. Era la persona más importante de su vida. Había estado sola con él por tanto tiempo que habían terminado por convertirse en un equipo. Se pertenecían el uno al otro, y, por eso, ella debía respaldarlo. Lo sabía. Se rindió.

—Markus, eres lo mejor que me ha sucedido. No podría amarte más. Te apoyaré al ciento por ciento si decides seguir adelante con esto. Estoy segura de que podremos encontrar un pequeño apartamento para ti y te ayudaré en todo lo que pueda. Pero, de vez en cuando, me iré para estar con Frederik, por lo menos mientras él esté viviendo en los Estados Unidos. Así que también tendrás que arreglártelas para sostenerte por tu propia cuenta.

De repente, Camilla se dio cuenta de lo poco dispuesta que estaba a darle la libertad que ha de llegar cuando los hijos crecen. En realidad, no había sentido la necesidad de tener que dividir su tiempo entre Dinamarca y California, por más que Frederik estuviera trabajando allá. Pero ahora que esa opción estaba bajo amenaza, que no podría viajar allá en el momento en que quisiera, sentía claustrofobia.

—Podremos arreglárnoslas, no hay problema. He leído sobre padres adolescentes. Cada año, más de quinientas chicas de menos de veinte años se convierten en madres. Así que no seremos los únicos. Y he leído un artículo en el *Berlingske*. Un padre escribió que él y su novia tuvieron un hijo apenas al salir del internado, donde se conocieron. Ella tenía dieciséis años, y él, diecisiete. Igual que nosotros. Ya tuvieron otro hijo. El primero acaba de entrar al cole.

A Camilla se le escapó una sonrisa. Estaba claro que su hijo había leído sobre el tema para tener los argumentos a la mano. Pero no mencionó que las propias madres adolescentes son, a menudo, hijas de madres adolescentes; ni tampoco que las chicas que han crecido con padres solteros tienen el doble de posibilidades de convertirse en madres jóvenes. Que las hijas de las personas menos cualificadas, las de padres sin trabajo y las de uno o dos progenitores con antecedentes penales tienen el doble de posibilidades de tener un bebé en la adolescencia. Y Camilla también cayó en la cuenta de que no sabía nada de los padres de Julia. Ni siquiera los conocía.

Ella también había leído algo. Varios artículos. Sabía que su propia visión estaba en aquellos pasajes que su hijo había pasado por alto. Por supuesto, había chicas que simplemente deseaban ser madres jóvenes más que cualquier otra cosa en el mundo. Pero los estudios que había tenido tiempo de desenterrar de la red mostraban que la mayoría de las adolescentes que se embarazaban preferían abortar.

—¿Cuándo se puede saber si es niño o niña? —preguntó Markus.

—Hay algo más en lo que tienes que pensar, Markus. Dado que no tienes la edad suficiente, tu padre y yo seguimos siendo tus tutores. Así que, legalmente hablando, nosotros seremos los encargados del bebé hasta que cumplas dieciocho años. También seremos responsables de tu situación económica. Tener un hijo es muy caro. La guardería, los pañales, la ropa…

—Pero la comida es gratis, siempre y cuando su madre lo amamante.

—Es cierto. Y también sabes que Frederik y yo os ayudaremos. —No mencionó a su padre con toda intención. Después de la última charla, le había quedado meridianamente claro que Tobias tenía más que suficiente con sus propios gemelos—. Y hay otro aspecto legal que tienes que tomar en cuenta: si os separáis, tendrás que pagar la manutención de tu hijo hasta que cumpla dieciocho años.

—¡No nos vamos a separar! No tendríamos un bebé si estuviéramos pensando en romper.

Camilla se volvió a contemplar los dorados campos de granos. Una astillita de pena se le metió hondo. Echaba de menos a Frederik. Echaba de menos a un adulto con quien hablar de todo esto, alguien que se atreviera a insistir en que las cosas no serían tan fáciles como su hijo las hacía parecer, porque el chico no tenía forma de anticipar las consecuencias de lo que estaba emprendiendo.

Ese día, la puerta de la terraza estaba cerrada y no había ropa colgando en el tendedero, pero fuera, en la entrada para coches de Nina Juhler, había un pequeño Toyota blanco. Camilla se detuvo detrás del coche y se quedó sentada por un momento, contemplando la puerta principal. Trataba de poner en orden sus pensamientos, de sacudirse de la cabeza la llamada telefónica con Markus. Poco a poco caía en la cuenta de que la parte más difícil de

compartir genuinamente su alborozo era la certeza de que la relación con Julia no iba a durar.

«Eres una cínica», dijo una voz dentro de la cabeza. «Una realista», dijo otra.

La puerta principal se abrió y una mujer de cabello rubio y corto salió a la entrada, cruzó los brazos y se quedó mirando a Camilla, quien de inmediato se bajó del coche.

—Hola —dijo, Camilla mientras caminaba hacia la casa.

Reconoció a Nina por sus fotos de Facebook. Gracias a esa búsqueda, supo que era coordinadora de proyectos de Save the Children y que recientemente había estado en Sierra Leona, ayudando a reconstruir una clínica obstétrica en un barrio marginal.

Camilla se presentó y, antes de que Nina pudiera decir una palabra, le explicó que quería hablar con ella acerca de Trine Madsen.

—Conozco a Trine y sé que las dos estuvieron en la misma clase. —Nina dejó caer los brazos. Dudó. Obviamente, esto no era lo que esperaba, pensó Camilla—. He tratado de localizarla, pero, aparentemente, nadie sabe dónde está. Me pregunto si usted ha hablado con ella recientemente.

Nina negó con un lento de cabeza.

—En realidad, no hemos estado en contacto. Ella vive en Osted. En Hovedvejen, no muy lejos del colegio.

Camilla asintió.

—Lo sé, pero ha estado desaparecida por más de una semana.

—¿A qué se refiere? —Nina, confundida, miró el coche de Camilla, como si la explicación estuviera ahí.

—Lo que quiero decir es que se ha ido. ¿Me permite entrar un momento?

La antigua compañera de clase de Trine asintió y se apartó para dejarla entrar. Había una maleta en el vestíbulo, así como una chaqueta en el suelo.

—Acabo de llegar del África. Aterricé esta mañana.

Metió las manos en los bolsillos delanteros.

—¿Así que no ha estado al tanto de las noticias últimamente? —Camilla pensó en la puerta abierta de la terraza y en la colada en el tendedero, el día que pasó por ahí y no se atrevió a entrar.

Nina asintió rápidamente. Sí, estoy al tanto. Mi madre llamó

cuando yo no estaba y dijo que habían encontrado a Susan. Pero no me ha sido fácil conectarme a la red. Prácticamente acabo de entrar.

Condujo a Camilla al salón. En los jarrones había flores recién cortadas y, sobre la mesa, una pila de ropa doblada, junto con la correspondencia sin abrir.

—Mi madre. —Nina se detuvo en medio del salón. Jugueteaba con las mangas enrolladas de su blusa mientras miraba discretamente a Camilla—. Es un encanto. Cuida mi casa cuando no estoy, y luego, cuando llego, el lugar es siempre así de agradable. ¿Me disculpa un momento?

Antes de que Camilla pudiera contestar, Nina regresó al vestíbulo y cerró la puerta.

Por un momento, Camilla se quedó pensando en la primera vez que estuvo aquí, el día en que se estacionó fuera de la casa, con las emociones inundándola mientras se imaginaba la vida de Nina; una vida que pudo haber sido la suya, de haberse quedado por esos rumbos. Pero esta no era la familia idílica y tradicional que se había imaginado.

Salió de puntillas al vestíbulo. Detrás de la puerta cerrada del baño se oía correr el agua. Escuchó en silencio. ¿Estaría Nina hablando con alguien ahí, al amparo del ruido del agua?

Sobre la mesa de centro, un teléfono hizo bip. Camilla regresó de prisa a la sala de estar y se sentó en un sillón que tenía vista al patio. El césped había sido cortado recientemente, pero las plantas en las macetas de la terraza necesitaban agua. Nina regresó. Se había refrescado las mejillas y peinado hacia atrás el corto cabello hasta dejarlo pegado a la cabeza. Se sentó en el sofá, cruzó las piernas con circunspección, cruzó los brazos y miró a Camilla.

—¿De modo que quería hablar conmigo acerca de Trine? —Parecía servicial ahora, como si la conversación apenas comenzara —. Han pasado varios años desde la última vez que la vi. —Camilla colocó el teléfono sobre la mesa y lo puso a grabar—. En ese tiempo, ella acababa de dejar a su esposo y estaba viviendo en algún lugar de Havdrup. Pero he oído que volvieron a juntarse.

Camilla la estudió mientras le decía lo que, seguramente, ella había esperado de una reportera.

—¿Se distanciaron después de salir del colegio? —preguntó

Camilla.

—De hecho, estuvimos en el mismo instituto, pero nos encontrábamos de vez en cuando. A veces nos subíamos al mismo autobús, solo que nos costaba mucho trabajo encontrar un tema de conversación. ¿No sucede así a menudo? —Alzó las cejas—. Sé que tiene hijos, pero, fuera de eso, nada. Nunca fuimos tan cercanas.

—Tenía entendido que se juntaban en el colegio —dijo Camilla —, que eran las mejores amigas.

Nina asintió.

—Jugábamos juntas —dijo. Era una versión muy primaria de la amistad.

—¿Empezaron a distanciarse después de los acontecimientos de Bornholm? —preguntó Camilla, en un intento de llevar la conversación a sus terrenos.

Nina alzó la mirada, pero negó con la cabeza.

—Simplemente, cada una cogió su camino, como hace la gente cuando crece.

—¿Qué sucedió realmente en Bornholm?

Nina se inclinó hacia delante.

—¿A eso ha venido?, ¿a hurgar en esa vieja historia?

—No he venido a hurgar. De hecho, creo tener una idea bastante buena de lo que aconteció. Acabo de estar en Bornholm y he hablado con los chicos con quienes salieron entonces. Así que ya sé que se encontraron con ellos en el puerto y sé de las noches en la hoguera antes de la desaparición de Susan. De hecho, en este momento estoy más interesada en localizar a Trine. No sé si usted se ha dado cuenta de que desapareció justo después de que encontraron el cuerpo de Susan en una caverna. La policía la está buscando.

—¿A Trine? ¿De verdad que la están buscando?

Camilla asintió.

—Y su familia está muy preocupada, obviamente. Yo también hice la primaria en Osted, unos cuantos cursos por encima de usted. Trine está casada con el hermano menor de una amiga mía. No se trata tan solo de una historia en la que estoy trabajando. Para mí, que esta mujer aparezca es un asunto de importancia personal.

Le había arrojado eso para abrirla, para abrir las grietas en la falsa fachada de Nina Juhler, y, aparentemente, lo había

conseguido.

—¿Le importa si abro la puerta?

De camino a la terraza, Nina cogió un paquete de cigarrillos que estaba en la librería. Se quedó de espaldas a Camilla, fumando por unos momentos, y luego preguntó:

—¿Con quién habló en Bornholm?

—Con Skipper, Daniel Axelsen y Tonny Nielsen. ¿Los recuerda? —Nina asintió apenas y se volvió—. Y con la policía —añadió Camilla.

—Ahora no reconocería a los chicos, pero recuerdo haberlos conocido. Nos afectó a todas, y muy profundamente, la desaparición de Susan.

Era obvio que Nina estaba conmovida. Camilla dejó que el silencio se asentara por un momento.

Nina regresó y se sentó.

—¿Qué le dijeron?

—Lo que recordaban. Revivieron la última noche que estuvieron juntos.

Era como si Nina intentara regresar las manecillas del tiempo.

—No entendíamos nada de nada. Quiero decir, cuando la policía vino a hablar con nosotras.

—Pero ustedes, las niñas, le dijeron a la policía que salieron del albergue en bicicleta, y que Susan también, pero que ella se quedó con los chicos en el puerto cuando ustedes se fueron de ahí.

Nina asintió.

—Ella estaba coqueteando con uno. Cuando le dijimos que queríamos marcharnos, dijo que se quedaría, que nos fuéramos sin ella. Le prometimos dejar la ventana abierta para que pudiera entrar cuando regresara. Fuimos al ahumadero y nos sentamos ahí un rato antes de regresar al albergue. Pero ella nunca regresó.

Camilla la miró atentamente. No había la menor grieta en su historia. Hablaba un poco mecánicamente, casi como recitándola de memoria.

Nina se apoyó en el respaldo del sofá con las manos sobre el regazo. Tenía las uñas cortas y sin pintar.

—¿Así que eso es lo que usted cree que sucedió? —La antigua amiga de Trine asintió—. Pero eso no puede ser cierto —dijo Camilla.

Nina se quedó paralizada. Volvió a fijar la mirada en Camilla mientras asentía sin parpadear.

—Lo es. Regresamos justo después de la medianoche.

—Un testigo dijo que no regresaron al albergue hasta la madrugada siguiente, que estuvieron fuera por varias horas.

—Mona. —Nina parecía aliviada—. Nadie le cree a Mona. Alucina cosas.

—Podría ser. Pero ustedes y los chicos tenían planes para reunirse en la casa abandonada, aquella casa a donde ellos solían ir. Ustedes nunca se lo dijeron a la policía. Y eso encaja con los tiempos, en caso de que hubieran ido allá en las bicicletas a esperarlos. De ahí regresaron al hotel, muy temprano por la mañana.

El rostro de Nina aún no exhibía ninguna emoción.

—No fuimos ahí —dijo con voz ligeramente temblorosa—. Nos quedamos en Svaneke y regresamos temprano. Mona miente. Ni siquiera estoy segura de que nos hubiera visto esa noche. Lo está inventando todo, igual que cada cosa que dijo entonces, y solo para darse importancia.

Camilla alzó la mano.

—De verdad, no estoy interesada en averiguar quién dijo la verdad. Eso es asunto de la policía. Lo único que me interesa es encontrar a Trine. —Nina se enderezó, a la defensiva—. ¿Sabía usted —continuó Camilla— que la policía estuvo vigilando a los chicos por mucho tiempo después de que Susan desapareciera? Ni siquiera creo que hayan quedado completamente libres de sospecha. —Nina bajó la mirada al suelo—. ¿Alguna de ustedes ha estado en contacto con ellos? ¿Alguna vez han oído algo de ellos?

Sin levantar la mirada, Nina movió la cabeza negativamente.

—No, que yo sepa.

—¿Y ni siquiera sabe si ellos conocen sus nombres completos o sus direcciones?

Nina alzó la mirada abruptamente.

—No. ¿Por qué?

Camilla movió la cabeza de un lado al otro.

—Es solo una idea. ¿Sabe que Pia Bagger se suicidó hace unos cuantos días?

Las máscaras de Nina cayeron.

—¿Pia?

Parecía impresionada. Camilla asintió y dijo:

—Se lanzó al lago en Dyndet, a las afueras de Malerklemmen.

Nina se tapó la boca con una mano y comenzó a llorar.

—Pia está muerta, y Trine, desaparecida —dijo Camilla compasiva—. Creo que es hora de que le diga a la policía lo que sucedió en Bornholm la noche que Susan desapareció.

Capítulo veinticuatro

Ya habían estado aquí. Desde las fronteras de la conciencia, los había sentido moverse por todo su rostro; por las manos y los brazos. Como un desfile de miniaturas reptantes, marchaban sobre ella. Escuchó golpes leves cada vez que logró acopiar suficiente fuerza para quitárselos de encima y sus diminutos y duros caparazones chocaban con el suelo. Habían vuelto. Trepaban incesantemente por su piel, por todo su cuerpo, como una manta viva y serpenteante. Hizo otro intento por sacudírselos. Trató de recoger las manos para quitárselos de encima, pero sus brazos permanecieron inmóviles. Los párpados le pesaban demasiado como para poder abrirlos. Recordó la punzada de dolor en el hombro, aunque hacía mucho rato que había perdido la noción del tiempo. Quiso orientarse mediante la franja de luz que había detrás de las rocas irregulares, pero no pudo ver nada. Los pequeños insectos se abrían paso hasta la boca y dentro de la nariz. Sintió sus piquetitos por todo el cuerpo. Una vez más, trató de mover la mano para detener esos arrastres insoportables, para sacudirse y liberarse de todos, pero no le quedaban fuerzas. Desesperada, llena de repugnancia, entendió que lo único que podía hacer era quedarse ahí, en el suelo, sola en la oscuridad, y rendirse a los animalitos que se apoderaban de su cuerpo.

Capítulo veinticinco

Louise había pasado la noche y esa mañana con Mikkel en el hospital psiquiátrico para enfermos agudos. Después de la conversación con Gerd, el día anterior, él la había llamado para pedirle que fuera a verlo enseguida, que quería hablar con ella. Sonaba apagado, y eso hizo que el estómago de Louise se hiciera un nudo. De camino al hospital, iba preparándose para escuchar una confesión. Pero, sentado en la sala diurna, la esperaba un Mikkel completamente distinto, prácticamente liberado. Su hermano fue directamente al grano.

—Así que no crees que Trine nos haya vuelto a dejar, que ese no es el motivo por el que se fue —dijo, más como una afirmación que como una pregunta—. ¡No me dejó!

Tenía el pelo peinado hacia atrás, aún húmedo por la ducha, y llevaba puesta la bata del hospital. La mirada de su hermano atravesó a Louise con una sensación de calidez. Era una mirada llena de esperanza y nueva determinación. Mikkel tenía enfrente, sobre la mesa, varias hojas de papel. La esperaba con un lápiz en la mano.

Louise se sentó frente a él.

—No, no creo que te haya dejado. Pero me temo que algo le ha ocurrido. Tengo miedo de que haya sido víctima de un crimen, algo conectado con un viejo caso de…

Mikkel empujó dos de las hojas de papel hasta el otro lado de la mesa.

—Que yo sepa, estos son quienes siguen en contacto con ella. Pero hay mucha gente de la clínica a quienes no conozco. Puedes localizarlos en su agenda en línea.

—Estoy más interesada en averiguar algo de sus amigos, tanto hombres como mujeres. —Sabía que la policía ya estaba comunicándose con sus clientes y con los contactos de su móvil—.

Estoy pensando, más bien, en gente de la primaria o de su adolescencia. ¿Sabes algo acerca de Mona Ibsen, una niña de la clase de Trine?

Mikkel no reconoció ese nombre. Pero empezó a soltar otros a chorros, gente que ambos conocían. Padres del colegio de los niños y de la guardería, mujeres con las que se topaba ocasionalmente. También mencionó otras con quienes ella se reunía cada mes: cenaban juntas e iban al cine.

Había hecho un gran esfuerzo, había que reconocérselo. Aún parecía débil y aletargado por los medicamentos, pero era como si la esperanza ardiera lo suficiente para atravesar la niebla química y ayudarlo a pensar con claridad. Habló de la casa de verano que habían alquilado, de irse de vacaciones, del futuro. De todo, excepto del hecho de que Trine se había ido. Como si todo fuera a salir bien, siempre y cuando ella no lo hubiera dejado.

Al principio, Louise había intentado, con toda la delicadeza posible, hacerle ver la posibilidad de que Trine no volviera, a pesar de que la policía estaba haciendo todo lo posible por encontrarla. Pero él no pareció entenderlo del todo. Su única preocupación, aparentemente, era que *él* no había sido el motivo de la desaparición de su esposa; que ella no lo había dejado.

Esa mañana, él había llamado para pedirle que fuera a verlo. Louise había pasado una noche horrible. Tras una seria conversación consigo misma, había dejado de tomar las pastillas tailandesas. En algún momento tendría que parar; eso lo tenía muy claro. Pero, si quería ayudar a su hermano, la falta de sueño tampoco era buena. Acostada en la cama, mientras hacía un gran esfuerzo por quedarse dormida, había discutido consigo misma una y otra vez. De repente, se sintió sobrecogida por lo mucho que añoraba a Eik. Y a Jonas. Echaba de menos a alguien con quien estar, la sensación de pertenencia. Y esos sentimientos iban creciendo en la oscuridad, hasta que se levantó y encontró el *whisky* de Mikkel en el salón. Le quemó la garganta y no hizo otra cosa que acorralar sus emociones desbocadas.

Mikkel le pasó otra hoja de papel: la lista de lo que él y Trine habían hecho el mes anterior. Describía sus idas y venidas con meticulosidad.

Louise la leyó. Estudió los nombres y los lugares. Buscó los

nudos, las conexiones, pero lo único que encontró fue la bitácora del día a día de una familia: ir de compras, llevar y recoger a los niños, visitas al médico. Actividades del tiempo libre. Nada que destacara, nada fuera de lo habitual. La vida cotidiana, simplemente.

Louise estaba apoyada en la pared, frente a la comisaría de Roskilde, cuando Nymand regresó. Él la llevó al interior. Pasó por delante de un grupo que estaba en el salón del fondo, a la espera de su carné provisional de conducir, y subió después por una escalera hasta su puesto, en el espacio de oficinas abierto. Nymand le pidió que se sentara.

—Gracias —le dijo.

Ella lo miró perpleja.

—No he podido conectar la desaparición de Trine con el suicidio en Viby —siguió—. No estaba al tanto de que Pia Bagger y tu cuñada se conocían, y probablemente no lo habría descubierto si Camilla Lind no me lo hubiera dicho. Supongo que vosotras dos ya habéis pensado cómo podrían estar vinculados estos sucesos con lo que sucedió hace años en Bornholm. Más tarde enviaré a dos agentes a hablar con Nina Juhler.

Louise estaba a punto de decir que debería darle las gracias a Camilla, no a ella, pero se limitó a asentir. Nymand no necesitaba saber que había andado dando tumbos en su propia desesperación y no había contribuido gran cosa. Traerían a los tres hombres de Bornholm, le dijo él, para una nueva ronda de interrogatorios.

Consultó su reloj.

—Supuestamente, Wiinberg los está recogiendo ahora mismo, a los tres. No queremos que coordinen sus historias.

—Pero nada apunta a que ellos hubieran estado con Susan la noche de su desaparición —dijo Louise.

—No, pero sí necesitamos saber dónde estaban cuando desapareció Trine, incluso durante las horas previas al suicidio de Pia Bagger.

—Sospechas de ellos. —Asintió. Había pensado lo mismo. ¿Pero qué motivo podría tener cualquiera de ellos para quitarles la vida a las chicas de la excursión, una tras otra, después de todos esos años?—. ¿Has hablado con Mona Ibsen, la que vio a Susan irse en bicicleta con sus amigas?

Nymand asintió.

—Mona ha venido a buscarme varias veces a lo largo de los años. Y debo admitir que siempre ha insistido en que Susan yacía escondida en algún lugar del bosque. También me hablaba de insectos. Hablar de un bosque no acota mucho el asunto, pero tal vez debí haberla tomado más en serio. Estoy abierto a este tipo de cosas, lo creas o no. Al menos, cuando tenemos tiempo. Pero un bosque…

—Me refiero, más bien, a si no temes que ella pudiera correr peligro.

Era posible, también, que sospecharan que Mona estaba detrás de lo que sucedía ahora. Louise ya le había contado a Nymand acerca de la aparición de la mujer en la casa de su hermano; y también de la fotografía de la clase que había dejado ahí.

Él negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que está muy trastornada con lo que ha pasado. Pero no tenemos razones para creer que hubiera estado alguna vez en contacto con estos chicos, ni entonces ni ahora.

Louise le habló de su charla con Gerd, de que la psicóloga estaba más preocupada que nunca por Mona.

—Da la impresión de que su estado ha ido empeorando. Tal vez tu gente debería buscar algún posible vínculo entre Mona y lo que ha sucedido con Trine y Pia.

De pronto, se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos. Se recordó a sí misma que, en ese momento, no era nadie en especial, solo cualquier mujer con sus propios presentimientos y opiniones acerca del caso.

Él se levantó para coger los registros telefónicos.

—Mona nos dijo que llamó a Trine, Pia y Nina después de que apareciera el cuerpo de Susan, pero ninguna contestó ni le devolvió la llamada, a pesar de que les dejó un mensaje.

—¿Qué quería decirles?

Nymand se sentó. Parecía cansado. Agotado, incluso, a pesar de que era temprano, una hora antes del almuerzo.

—Dijo que solo quería hablar de lo que había ocurrido entonces.

Le entregó los registros después de subrayar los números de las tres mujeres. Había varias llamadas para las tres. Mona también había llamado a Gerd y al hospital para enfermos psiquiátricos

agudos. Louise ya tenía anotados los dos números.

Abrió el bolso y sacó los papeles de Mikkel. Los deslizó hacia Nymand.

Se quedaron en silencio por un momento, y entonces él preguntó:

—¿Has visto a Mona últimamente? Quiero decir, ¿además del vistazo en casa de tu hermano?

Louise asintió y dijo que se había encontrado con ella cuando fue al hospital a visitar a su hermano.

—Estarás de acuerdo conmigo en que apenas puede cuidar de sí misma, que parece poco probable que, de alguna manera, hubiera enviado a sus dos viejas amigas a la muerte, ¿no lo crees?

—«Amigas» es una exageración —dijo Louise—. Mona era la única que en aquel tiempo trataba de llamar la atención de alguien. Solo quiero decir que quizás valdría la pena averiguar lo que tiene que decir.

—Pero ya lo hemos averiguado. —Parecía aún más fatigado—. Dice que vio a las cuatro chicas alejarse en bicicleta y que solo tres regresaron a la mañana siguiente, muy temprano.

—¿Y qué hay de las otras noches? ¿Qué vio entonces? ¿Le preguntasteis?

—Estoy seguro de que la policía de Bornholm hizo una investigación exhaustiva entonces, pero tienes que recordar que Mona no estaba con las niñas. Estuvo todo el tiempo en el albergue. Lo que haya podido ver es muy poco. —Hizo una breve pausa antes de inclinarse hacia delante—. Lo entiendo bien: estás tratando de encontrar una explicación. Y quieres ayudar a tu hermano. Pero tienes que entender que estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo, estamos poniendo todo de nuestra parte para encontrar a tu cuñada. Te doy mi palabra.

—Sí, y no os detengáis —dijo ella sin sonreír. Cogió los registros telefónicos sin preguntar si podía llevárselos.

Capítulo veintiséis

Mona Ibsen había sido dada de alta. Eso le dijeron a Louise en cuanto estuvo de vuelta en el Pabellón Psiquiátrico de Emergencia.

—Y, por lo que parece, los médicos están a punto de dar de alta a su hermano —le dijo la enfermera.

—¡Pero ni siquiera está cerca de estar listo! —Louise echó un vistazo por el pasillo hacia el pabellón cerrado—. Por primera vez, parecía alegre esta mañana, cuando estuve aquí. El tratamiento está funcionando.

La enfermera asintió.

—Es maravilloso ver cuánto ha avanzado. Y, en todos los sentidos, está claro que se siente mucho mejor. El solo hecho de que hubiera pedido permiso para ducharse y ponerse ropa limpia es muy buena señal.

—¡Pero, seguramente, eso no significa que pueda irse a casa ahora mismo! —Louise empezaba a desesperarse—. ¿Y si volviera la depresión?

La enfermera se levantó de su lugar, en la recepción de cristal esmerilado, y rodeó el mostrador hasta ponerse junto a Louise.

—El procedimiento en este lugar —le dijo con voz suave— es que, en cuanto el paciente niega tener pensamientos suicidas, se lo da de alta. Pero, por supuesto, eso no significa que el tratamiento deba interrumpirse. Usted tendría que tomar esto solo como una buena señal. —Puso una mano en el hombro de Louise—. Su hermano estaba en la cola para la terapia de electrochoque. Estábamos preparados ante la posibilidad de que se convirtiera en uno de nuestros pacientes de largo plazo.

—Electrochoque —repitió Louise en voz baja.

La enfermera asintió.

—Es un tratamiento muy fuerte, pero funciona bien en nuestros pacientes más gravemente deprimidos.

—¿Cuándo lo darán de alta? —Louise volvió a echar otro vistazo al pabellón cerrado.

—Posiblemente hoy mismo. Quizás mañana. —Un localizador sonó en uno de los bolsillos de la enfermera.

Mona vivía en un pequeño apartamento en St. Jørgensbjerg, no muy lejos del puerto. Louise ya había pasado por esa casa adosada la primera vez que oyó hablar de Mona, pero nunca había estado dentro. En aquella primera ocasión, la mujer se estaba quedando con Gerd, en Svogerslev.

Había algo conmovedor en esas dos, en el cercano contacto entre ellas, pensó Louise, pero también era triste que los padres de Mona estuvieran completamente alejados, incluso ahora, que su hija lo estaba pasando tan mal.

Finalmente, encontró una plaza para aparcar no muy lejos de la casa. Justo antes de salir hacia el edificio de dos pisos, encalado y de ventanas azules torcidas, se acordó de coger su bolso. El vecindario era acogedor, pero también estaba muy apiñado; a tal grado que hizo creer a Louise que casi todas las personas que vivían en estos viejos lugares se conocían entre sí. Un pueblo en la ciudad, algo que, para Louise, resultaba claustrofóbico.

La puerta principal se abrió unos segundos antes de que Louise pulsara el timbre, como si Mona hubiera estado esperándola en el umbral.

—Entre —dijo. Su voz sonaba tenue e infantil.

Llevaba una blusa envolvente de color rosa antiguo y pantalones amarillos claros. El pelo blanco suelto y los colores pálidos la hacían parecer frágil, aunque estaba hinchada de ansiolíticos. Sin embargo, en sus ojos había cierta insistencia cuando pidió a Louise que la siguiera.

Los alféizares de las ventanas estaban cubiertos de plantas verdes que bloqueaban la vista a la gente que pasaba por el exterior. Louise reparó en la habitación de techos bajos, el escritorio de estilo antiguo, el sofá oscuro, la mesa ovalada en el comedor. De las paredes colgaban insectos enmarcados, cuidadosamente espaciados en hileras uniformes. Grandes y pequeños. Louise estudió la colección enmarcada más grande, justo a la entrada. Estaba llena de tijeretas disecadas, tan densamente expuestas, que era difícil distinguir una de la otra. El patrón que se formaba con

los insectos tenía la calidad de una obra de arte.

—Hermoso.

Louise sonrió a Mona en forma de alabanza. También había marcos más pequeños con insectos sueltos. Aquella vez que estuvo en la casa de Gerd, con Mona sentada a la mesa y rodeada de los insectos muertos que en ese momento disecaba, Louise había sentido repulsión. La coleccionista le había explicado cómo los animalitos se metían en el vaso de la muerte, en el fondo del cual había una fina capa de yeso. Luego vertía dentro unas gotas de éter. Era escalofriante mirar cómo pinchaba los insectos en una lámina de espuma de poliestireno. Pero ahora, ante los productos terminados, todo cobraba sentido.

Louise deambuló inspeccionando cada marco, mientras Mona la observaba desde el centro de la habitación. En la colección no había ni una mariposa, ninguna magnífica polilla. No es que Louise supiera mucho de insectos y sus especies, pero la mayoría parecían viejas y simples moscas, escarabajos y cochinillas. Ningún ejemplar daba la impresión de pertenecer a una especie singular, aunque algunos podrían haber sido del interés de los coleccionistas. Ella simplemente no sabía lo suficiente para distinguirlos.

De la nada, Mona preguntó:

—¿Sabía usted que a los escarabajos que comen carne los llaman escarabajos depredadores? Si el cadáver de Susan estaba momificado, como han dicho los periódicos, lo más probable es que se lo hayan comido los escarabajos de las despensas. Antes de atacar un cuerpo, esperan a que se seque: cuatro o cinco meses después de la muerte. Pero, como el de Susan estuvo ahí tanto tiempo, debe de haber habido también tijeretas y escarabajos de otros tipos. Seguramente reptaron sobre ella tanto que ni siquiera lo reconocieron como un cadáver. —Lo decía con toda naturalidad. Louise la observaba con tanta fascinación como horror—. Y, de haber habido moscardones en la cueva —continuó—, habrían puesto los huevos dentro de ella. Por debajo de su piel habrían eclosionado miles de moscas.

—¿De dónde surgió todo esto? —dijo Louise, señalando los marcos—. ¿Y cómo sabe que los insectos se apoderaron del cuerpo de Susan?

Louise se acercó a Mona. No le gustaba tomar en serio a los

videntes, pero no podía evitarlo.

—En aquel entonces, usted dijo que algo malo ocurriría durante la excursión.

Mona hizo un breve gesto de asentimiento.

—Yo sabía que alguien saldría herido. —Su rostro se estremeció levemente, como si aquella premonición no se hubiera ido del todo —. Sé que, para usted, todo esto es repulsivo. —Señaló con un ademán los insectos muertos y las botellas de productos químicos que había por toda la habitación—. Pero, como dice Gerd, tal vez nunca he superado lo que sucedió, y ahora estoy tratando de aceptar las consecuencias.

—¿Sus pesadillas?

Ella asintió.

—No puedo apartarlas de mí. Lo intento, pero, cada vez que oigo hablar de una persona desaparecida, regresan, y no hay nada que pueda hacer. Ahora son parte de mí. Si la gente me hubiera escuchado en aquel entonces, Susan seguiría viva.

Su liviana voz se había vuelto amarga.

—Lo lamento, no pude salir a tiempo cuando usted fue a la casa de mi hermano —dijo Louise—. ¿Fue allá porque quería hablar conmigo?

Mona asintió. Miraba fijamente al frente, con el rostro tan inexpresivo como en la fotografía que había dejado en la casa de Mikkel. Después de un momento, dijo:

—Quería que me ayudara. Yo sabía que Susan se había quedado en Bornholm. Los otros pensaban que había huido, a pesar de que yo insistía en que estaba ahí. Nadie me creyó, nadie quiso escucharme. Hasta ahora. Pero nunca debí decir nada. —Se retorcía las manos, casi desesperadamente—. Podía ver los insectos. Y la oscuridad. Se lo dije. Les dije a los mayores que siguieran buscándola, le dije a la policía que estaba ahí, que estaba atrapada, que no podía salir. Pero nadie me escuchó.

Louise le sugirió sentarse a la mesa. Cuando acomodó la silla, notó que en el suelo había un cubo con cubierta de plástico. Estaba lleno de insectos hasta la mitad, un enjambre de color marrón oscuro que se arrastraba sin cesar. Parecían un solo organismo de gran tamaño. Unos cuantos trepaban por los costados del cubo hasta la parte interior de la cubierta de plástico transparente. Louise miró

a Mona, cuyo rostro aún no mostraba la menor emoción. Entonces se fijó en los tarros de gelatina tapados que estaban en el suelo, por debajo de la mesa, como ocultados a toda prisa. Todos estaban llenos de insectos vivos.

—¿Piensa enmarcar también todos esos? —Louise trató de sonar normal, como si tal cosa.

Aunque la miró asentir, no estaba segura de haberla escuchado.

Los insectos eran estremecedoramente espeluznantes, pero trató de liberarse de esa sensación.

—Quisiera hablar con usted de la fotografía de la clase que dejó en el patio de mi hermano. Trine tenía por ahí una copia de la misma foto. Alguien había circulado cuatro de los rostros, pero, en la copia que usted dejó, eran cinco. Usted circuló su propio rostro, ¿por qué?

Por un largo rato, Mona se quedó en silencio. Luego carraspeó levemente.

—Tengo miedo —susurró.

—Lamento mucho que esto sea doloroso para usted, esto de confrontar lo que sucedió entonces. Y no habría venido si no fuera importante para mí. Personalmente.

—Me gustaría hablar de eso.

—Vale. ¿Podríamos empezar con Trine?

Mona apartó la mirada, pero asintió.

—¿Cómo se llevaba con ella y sus amigas?

—No me caían bien —dijo sin dudarlo—. Creían que eran las únicas que importaban. Tenían sus propias reglas y no les importaba si lastimaban a alguien más. Yo tampoco les caía bien.

—¿Qué me dice de los otros de su clase?, ¿cómo se llevaba con ellos?

Nymand le había dicho que sus detectives ya se habían puesto en contacto con todos los estudiantes de la clase 1.° C, con excepción de una mujer que se había ido a vivir a Boston con su marido. A todos los interrogarían de nuevo. Louise estaba molesta de no haber podido hablar con ellos personalmente. Habría querido averiguar cómo se sentía el resto de la clase con respecto a Trine y sus tres amigas. Pero se recordó a sí misma que debía concentrarse en encontrar a Trine y dejar la muerte de Susan en las manos de Nymand y la policía de Bornholm.

—Nuestros profesores dejaron que Susan, Trine, Pia y Nina compartieran la habitación. Todos los demás estaban en el dormitorio común. Yo no. Yo me quedaba en una pequeña habitación que estaba al final del vestíbulo. Así lo quisieron las otras niñas.

—Pero ¿por qué?

—No querían estar cerca de mí. Pensaban que yo era escalofriante. Me decían la Bruja, porque no dejaba de decirles que algo terrible iba a pasar.

Louise estaba sorprendida de cómo la afectaba la voz monótona de esa mujer. No era que la hubieran excluido ni que los profesores, aparentemente, hubieran aceptado semejante hecho y no hubieran hecho nada por integrarla en el grupo de las niñas. Era el rostro de Mona, tan absolutamente inexpresivo mientras hablaba. No había ni pizca de dolor en sus ojos, ni el más mínimo temblor en su voz. Hablaba de haber sido excluida como la cosa más natural, como una enfermedad, un principio.

—No estaba tan mal sola —dijo Mona—. Prefería dormir ahí, con todos los artículos de limpieza y jabones, que escucharlas murmurar. —En cierto modo, Louise podía entenderla—. Solo quería que me dejaran sola. —Miró a Louise—. Siempre me ha gustado el silencio, pero esa noche, cuando nos dijeron que apagáramos las luces, yo sentía que el aire empezaba a agitarse, y esas fuerzas extrañas se filtraban por las paredes y bajaban desde el techo. No podía soportar quedarme ahí, tenía que salir. A veces me pregunto qué ocurrió, tal vez sentía los nervios de las otras niñas. Su habitación estaba justo al lado de la mía. —Louise no quiso interrumpirla, así que se limitó a asentir.

»Me escabullí y fui a sentarme junto al cobertizo de las bicicletas. Tenía una visión clara desde ahí. Podía ver a las niñas trepar para salir por la ventana y alejarse corriendo. Y volver. Pero, cuando conté lo que había presenciado, todo el mundo pensó que yo estaba ahí solo para meterlas en problemas».

Louise se inclinó sobre la mesa y cogió la mano de Mona.

—Yo le creo. Y sé que usted llamó a Trine poco antes de que desapareciera. ¿De qué quería hablar con ella?

Mona se mordió el labio inferior. Parecía una niña pequeña a quien hubieran pillado haciendo alguna travesura. Pero se enderezó

y Louise le soltó la mano.

—Quería advertirla —dijo Mona muy decidida—. Ahora todo está saliendo a la superficie. Me daba miedo que corriera peligro.

—¿Por qué estaría en peligro?

Mona se quedó mirando a Louise, pero entonces negó con la cabeza.

—No lo sé, era, simplemente, una sensación; la sensación de que el pasado está a punto de alcanzarnos, ahora que Susan apareció. Ya no podremos escondernos. Todo va a salir a la luz.

—¿También llamó a Pia y a Nina?

Mona asintió. No parecía darse cuenta de que esas llamadas aterrarían a sus antiguas compañeras de clase, en caso de que tuvieran algo que ocultar.

Se quedaron calladas. Louise aprovechó la oportunidad para recapitular.

—¿Se ha enterado de que Pia se suicidó ahogándose en Dyndet hace tres días?

—Sí, me lo dijo Gerd. —Sus ojos se quedaron en blanco—. No pude comunicarme con Pia, así que solo le dejé un mensaje.

—¿Qué le dijo?

—Que tenían que decir la verdad.

—Mona, escuche. —El tono de Louise era de súplica—. ¿Podría decirme, por favor, por caridad, por qué está tan convencida de que ocultan algo? Sé lo que usted le dijo a la policía entonces: que Trine, Pia y Nina regresaron al albergue mucho más tarde de lo que habían declarado. Pero algo más tuvo que haber ocurrido. ¿Las escuchó decir algo cuando regresaron?, ¿observó alguna cosa? ¿Qué la hace pensar que no están diciendo la verdad?

Mona estaba casi paralizada. Había hecho un esfuerzo por sacar las piernas de debajo del cuerpo y ahora se mecía en la silla, suavemente, hacia delante y hacia atrás.

—Están desapareciendo. Una por una. Todas las que huyeron esa noche.

Louise estudió su rostro. Había algo terriblemente molesto en la inquebrantable suavidad de su expresión. Louise habría querido sacudirla, despertarla. De haber estado en la jefatura de policía, en una sala de interrogatorios, probablemente habría pensado que Mona Ibsen estaba loca y cogido con pinzas su declaración. Pero

había tal claridad, tal certeza en su mirada, que le impedía descartarla.

Mona se volvió a Louise.

—También se escaparon del albergue una noche antes de que Susan desapareciera. Y volvieron sin ella.

—¿Qué quiere decir?

—No eran amigas íntimas, en absoluto, no como todos creían. Susan no les caía bien; o tal vez se pelearon, o algo así. Aquella noche, Susan regresó sola un rato después que las demás. Venía llorando. Incluso se sentó fuera de la ventana y se quedó llorando un rato antes de entrar. Y la siguiente noche, simplemente no regresó. Las otras niñas la dejaron fuera. Si desapareció, fue por culpa de ellas. Sin embargo, eso tampoco lo cree nadie.

Capítulo veintisiete

Camilla ya había hecho la maleta y estaba lista para volver a casa. Bebió una taza de café y llamó a los editores para decirles que la historia de las amigas del colegio de Susan Dahlgaard ocuparía dos páginas. Acababa de colgar cuando su teléfono empezó a sonar sobre el escritorio.

Toda la tarde había estado tratando de localizar a Nymand para confirmar con él si la policía ya estaba vinculando, de manera oficial, el suicidio de Pia Bagger con la búsqueda de Trine Madsen y la aparición del cuerpo de Susan. Después de que ella se reuniera con Nina Juhler, él pareció estar de acuerdo en que las tres viejas amigas podrían estarse cubriendo las espaldas entre sí y ocultando algo. Camilla ya no creía que aquella noche se hubieran separado de Susan en el puerto, y, cuando Nymand envió dos agentes a interrogar a Nina, tomó eso como una señal de que el policía estaba de acuerdo con ella también en eso.

Ya habían pasado cuatro o cinco horas y aún no había podido ponerse en contacto con él.

—Nina se ha ido —le dijo Louise cuando Camilla contestó.

La detective le hizo un resumen de la conversación con Mona. Aunque no entró en detalles, pudo hacer entender a Camilla que, una noche antes de que Susan desapareciera, las tres amigas habían discutido con ella o le habían vuelto la espalda. En consecuencia, Susan se había disgustado.

—¿Cuándo viste a Nina? —le preguntó Louise.

—Llegué ahí como a las once y me marché como a las doce menos cuarto. ¿Qué pasa?

Camilla se colgó el bolso al hombro y corrió por el pasillo. Oyó que su amiga respiraba hondo.

—Después de hablar con Mona, me puse en contacto con Nymand para decirle que tendría que traer a Nina a un

interrogatorio, aunque solo fuera para protegerla. Pero, cuando llegaron a Birkede, ella ya se había ido. La puerta estaba abierta. Su billetera, el teléfono y las llaves del coche se quedaron ahí. Se esfumó.

Camilla se apresuró a llegar a su coche.

—Igual que Trine.

—Igual que Trine.

—Llama a su madre. —Le contó a Louise que la madre de Nina había estado cuidando la casa mientras su hija estaba fuera—. Parece que son muy cercanas. Quizás sepa dónde está Nina.

Dio marcha atrás y se dirigió a la casa encalada de Nina, en el límite del bosque.

—La policía ya ha enviado técnicos —dijo Louise.

—Qué rapidez. —Camilla tomó nota de que debía llamar a la secretaria para pedirle que incluyera que la policía ya estaba conectando los casos—. Deben de haber encontrado algo, puesto que están implicando a los forenses. —Louise no contestó—. Podría simplemente estar follando con el vecino —dijo Camilla—, o dando una larga carrera por el bosque.

Entonces recordó todos los cigarrillos que Nina se había fumado. Quizás no era una corredora, a pesar de su altura, su delgadez y lo largo de sus piernas.

—¿Estás ahí ahora mismo? —preguntó Camilla.

—No, estoy con Mikkel. Lo acaban de dar de alta y voy a llevarlo a casa, a Osted. Pero puedo oír que estás en camino.

—Acabo de *enterarme* de que esas tres niñas estaban ocultando algo. También se lo dije a Nymand, pero quizás debí haber interrogado a Nina más a fondo cuando estuve ahí.

—No, ese es el trabajo de Nymand. La policía de Bornholm está interrogando a los hombres de allá. Solo les falta uno, Daniel Axelsen, el camionero. Está en ruta.

—Seguramente, la compañía transportista sabe dónde está, ¿o no?

—De camino a Polonia, han dicho.

—Si está cerca de Nina, podrán pillarlo con las cámaras de vigilancia del *ferry*, del puente, de las torres telefónicas, de lo que sea. No será tan difícil.

—Están en ello.

Camilla escuchó voces en el fondo.

—¿Qué hay de Mona?

—Cuando supe que Nina ya no estaba, llamé a Mona y la convencí de que se fuera con Gerd, para que no esté sola. Tengo que correr. Mikkel está saliendo.

El tráfico en la autopista era intenso. En repetidas ocasiones, Camilla trató de llamar a Nymand. En vano. Frustrada, se rindió y llamó al departamento de prensa de la policía de Roskilde para preguntar qué estaba sucediendo en Birkede y si había alguna novedad acerca de Nina Juhler.

—Sin comentarios.

Colgaron.

Justo antes de que Camilla saliera de la autopista, Nymand por fin le devolvió la llamada y fue directamente al grano.

—Rick dice que conversaste con Nina Juhler justo antes de que desapareciera. Quiero hablar contigo. Ahora mismo.

—¿Por qué coño crees que te he estado llamando todo el día? He oído que se fue, ¿qué pasó?

—¿Estabas en su casa cuando hablaste con ella?

—Sí. Ella acababa de llegar directamente del aeropuerto. Cuando entré, su maleta seguía en el pasillo.

—¿Dónde estás?

—En la salida de Roskilde, exactamente.

—Ve a la casa. Quiero que me digas si luce igual que cuando te fuiste. Y los forenses necesitarán tu ADN.

Camilla le dijo que estaría ahí en menos de veinte minutos.

El coche de Nina Juhler seguía aparcado en la entrada, pero los de la policía se alineaban a ambos lados de la estrecha vía. Camilla se estacionó detrás del último. De pie frente a su propia casa, un vecino miraba con curiosidad lo que sucedía del otro lado de la calle.

Cuando ya estaba cerca de la casa de Nina, se le acercó un policía de uniforme. Ella le explicó que Nymand le había pedido que viniera. Se quedó esperando pacientemente del otro lado del seto. El capitán salió de la casa acompañado de un técnico, quien entregó a Camilla un mono, una redecilla y una mascarilla.

—Solo mientras estemos ahí dentro —dijo Nymand.

Camilla ya se había subido la cremallera del fino mono de papel. Cuando llegaron a la puerta principal, se puso las cubiertas azules sobre las sandalias y los siguió.

La maleta negra ya no estaba, pero sí los zapatos que ella había visto antes, al igual que la ropa colgada detrás de la puerta.

Camilla se detuvo en la entrada del salón. La puerta de la terraza estaba cerrada y el paquete de cigarrillos seguía en la estantería. Todo lucía igual de bonito y ordenado que unas horas antes. Oyó voces en el piso de arriba. Los técnicos estaban por toda la casa, según le explicó Nymand.

—No creo que nada haya cambiado —dijo—, excepto por la maleta, no es…

Miró la mesa, donde estaba el jarrón con las flores que había puesto la madre. Las cartas estaban abiertas y, posiblemente, había menos que antes.

O era, tal vez, que los periódicos ya no estaban. Encima había un sobre abierto, como si alguien lo hubiera dejado caer sobre la mesa, y, a un lado, dos insectos muertos. A la distancia se podía ver que el sobre abierto estaba lleno de ellos.

Señaló.

—¿De dónde han venido?

Nymand siguió sus ojos.

—Estás pensando en Mona. —Negó con la cabeza—. Ya hablamos con ella y niega haberle enviado ninguna carta a Nina. Dice que ni siquiera sabe su dirección. Los técnicos se están llevando la carta.

—Cualquiera puede alegar eso —dijo Camilla. Preguntó si habían comprobado si Mona y Nina estuvieron en contacto a lo largo de los años.

—Según Mona, no han tenido la menor relación. O, tal como ella ha dicho, ya no se conocen.

Camilla echó un vistazo al sobre de los insectos. La dirección estaba impresa en una etiqueta y pegada al frente. Dio un paso adelante, pero él la detuvo, así que solo pudo inclinarse hacia delante y asomarse dentro. El sobre estaba lleno de toda clase de bichos: moscas grandes y pequeñas, largas tijeretas marrones con pinzas parecidas a las de los escorpiones, cochinillas con sus cuerpos grises y redondos como de cangrejo. También había

muchos escarabajos grandes, decolores verdes metálicos, con patas gruesas, negras y rizadas. Se estremeció.

—Venga. —Nymand le puso una mano en el hombro y la condujo hacia el pasillo—. Nos llevaremos tu coche.

—¿Nos marchamos? —repitió ella—, ¿a dónde? Aquí podemos hablar igual de bien.

Él negó con la cabeza y le dio otro leve empujón. Le dijo que irían a la comisaría y que ahí tendrían la entrevista.

—¿Grabaste la charla? —Camilla asintió. Dijo que la tenía en el teléfono—. En este momento, eres la testigo principal. Has sido, probablemente, la última en ver a Nina Juhler y la última que estuvo en contacto con ella.

Camilla se detuvo y se zafó del capitán.

—No soy tonta. —Lo fulminó con la mirada—. Hay algo que no me has dicho; de otro modo, no habrías llamado tan pronto a los técnicos. ¿Qué ocurrió?

Se miraron por un momento antes de que él le pusiera la mano en la espalda, a la altura de la cintura, y la empujara hacia el coche.

Le costó varios intentos hacer girar su gran todoterreno en la estrecha calle. Cuando por fin estaban de camino a Viby, él le dijo que habían comprobado las llamadas entrantes y salientes del teléfono de Nina.

—Según entiendo, por lo que me dijo Rick, dejaste a Nina a eso de las doce menos cuarto.

Ella sacudió la cabeza.

—Pudiste habérmelo preguntado, simplemente. Pero sí, más o menos a esa hora.

—Vale. A las doce menos diez salió la primera llamada perdida de Nina Juhler a Trine Madsen. Hubo otras siete en los siguientes veinte minutos. A las 12:13, Nina Juhler llamó al 112 y pidió al operador que la comunicara con la policía, pero la llamada se cortó. Mi gente llegó a su casa a las 12:58. La puerta estaba abierta y Nina Juhler ya se había ido.

—Pero, dado que tú venías hacia aquí, ¿no sabías que había llamado al 112?

—No. Después de que tú y yo hablamos, envié a dos agentes a interrogarla acerca de Susan. En este caso estamos trabajando con la policía de Bornholm.

Todavía no tenemos certeza de si estamos ante un crimen o si la muerte de Susan Dahlgaard fue accidental, pero, en este momento, nuestros colegas están concentrados en averiguar cómo acabó ella en el valle del Eco. Teníamos la esperanza de que Nina Juhler nos ayudara con eso, pero ahora también se ha ido.

La retuvieron por cuatro largas horas. A cargo del interrogatorio estuvieron dos chicas jóvenes y muy amables, aunque Camilla llegó a exasperarse cuando la presionaron para que repasara su encuentro con Nina por tercera o cuarta vez.

—Todo está aquí, por el amor de Dios —dijo, señalando su teléfono. Les había dado permiso para copiar la grabación, si bien llegó a plantearse el insistir en que debía proteger su fuente. Pero sabía que ellas no tenían mucho de dónde coger y que la búsqueda de Nina era una prioridad.

—Usted terminó la conversación diciéndole a Nina Juhler que era hora de que le dijera a la policía lo que había sucedido la noche en que Susan desapareció. ¿Usted sabe alguna cosa que no nos haya dicho? —insistían.

Camilla repitió que no sabía lo que ocurrió, pero que le parecía evidente que las tres niñas habían mentido y que seguramente sabían más de lo que estuvieron dispuestas a reconocer. También trató de convencer a las dos agentes acerca de su teoría de que Susan no se había separado de Trine, Nina ni Pía, sino que las cuatro habían ido a la casa abandonada a esperar a los chicos de Bornholm, según lo planeado.

—Probablemente nunca lo averigüemos —dijo una de las agentes—. La casa fue derribada hace mucho tiempo y, de cualquier manera, han pasado veinticinco años. No quedaría ninguna prueba.

—Sí, pero, de todos modos, eso explicaría por qué Susan estaba en el área.

No era tan difícil, pensaba con molestia, pero siguió respondiendo de buen grado a todas las preguntas repetidas. En un momento dado, trajeron *pizzas* y refrescos de cola.

Eran más de las nueve cuando salió de la comisaría. Antes de marcharse, trató de ponerse en contacto con Nymand para enterarse de alguna novedad, pero le dijeron que el capitán ya se había marchado. Durante el interrogatorio, había pedido permiso de

llamar al periódico y actualizar los datos, en previsión de que la competencia se le adelantara con los últimos acontecimientos. Pero las agentes no le dieron permiso. La hora de cierre ya había quedado atrás, así que solo pudo dar noticias para la edición en línea. No quería que se pensara que el *Morgenavisen* ignoraba que había una conexión entre Nina Juhler y Trine Madsen. De Pia Bagger no quiso decir nada; su periódico todavía tenía miramientos cuando se trataba de un suicidio.

Sin duda, Nina Juhler terminaría convirtiéndose en una noticia muy importante si la policía no llegaba a encontrarla o si no aparecía por su propio pie. La búsqueda no se había anunciado oficialmente, y Camilla pensaba, sin poderlo evitar, que la evasión de Nina tenía una explicación perfectamente lógica. Y eso significaba que la mujer se llevaría una gran sorpresa al descubrir que su casa había sido tratada como un escenario criminal en potencia.

Camilla había dicho a las dos agentes que Nina probablemente siguió su consejo, que quizás llamó a la policía para contarle todo lo que había sucedido en Bornholm la última noche. Era posible que se hubiera arrepentido y colgado el teléfono. Lo raro, no obstante, es que hubiera llamado al 112, el número de emergencia.

Y también estaba la carta con los insectos.

Los pensamientos seguían revoloteando, y, a las diez, cuando llegó a su apartamento, tenía la mente agotada. Encendió la luz del pasillo y se quedó paralizada al instante al oír un leve sonido que provenía de la sala de estar. Lentamente, puso el bolso en el suelo.

Por un momento, se quedó escuchando: alguien respiraba, algo se movía.

Antes de cerrar la puerta principal, gritó «¡Hola!».

Aguardó. Detrás, la luz de la escalera se apagó con un clic.

—¿Hay alguien aquí? —gritó con fuerza, para parecer más valiente de como se sentía, pero se detuvo cuando oyó gimoteos.

—¡Markus! —Corrió al salón. Lo encontró sentado en el sillón, junto a la ventana, con las piernas recogidas y abrazándose las rodillas—. ¡Ay, cariño!

Estuvo a su lado en un santiamén. Markus tenía el rostro oculto en la oscuridad. De la calle no llegaban más que unos reflejos dispersos en el techo.

—¿Qué pasó? —susurró—. ¿Es por el bebé? ¿Sucedió algo?

Lo rodeó con los brazos y, de repente, se sintió invadida por su instinto de protección. Por él y por su pequeño. Markus lloró en su hombro y ella se puso a mecerlo suavemente, hasta que él se apartó un poco y se secó las lágrimas.

—Cariño. —Camilla le acarició el pelo hirsuto de niño.

—Se deshizo de él —susurró, todavía sollozando—. Y ya no podremos vernos nunca más. Ha roto conmigo. Dice que es culpa del abuelo.

—¿El abuelo? —Movió la cabeza de un lado al otro, desconcertada. Su padre había manifestado diez veces más simpatía con respecto a Markus, Julia y el bebé que la que ella había podido congregar; por más que, en algún momento, la conmoción se hubiera apagado.

—¿Julia tuvo un aborto espontáneo? —Para su sorpresa, sintió de improviso un golpe de pena.

—No, ella fue a abortar. —Su hijo sonaba mucho más viejo de lo que era.

—¡Un aborto! ¿Cómo diablos podría ser culpa de tu abuelo? ¿Qué tuvo que ver? —Se imaginó a su padre en sus viejas y fieles zapatillas—. Me dijo que habíais pasado una velada estupenda y que estaba feliz por los dos; que le gustaba Julia, y mucho.

—Ella dice que fue por el modo en que él se tomó todo esto, que la hizo percatarse de lo serio que era. Como si apenas entonces hubiera entendido que estaba esperando un bebé y que seríamos padres.

—Mmm —murmuró Camilla, mientras seguía acariciándole el pelo.

—El abuelo quería celebrarlo. Nos felicitó y dijo que ansiaba que llegara el bebé. Yo creí que eso la haría feliz: que, después de todo este tiempo, alguien sintiera lo mismo que nosotros. Pero no fue así. —Parecía más tranquilo ahora. Camilla se apartó un poco para poder mirarse el uno al otro en la penumbra—. A fin de cuentas, no quería tenerlo. Quizás pensó que solo estábamos jugando. Pero yo sí lo quería. Camilla habló en voz baja. —Tú la querías *a ella*.

Markus asintió.

—Pero hemos terminado. Me envió todas mis cosas en un taxi, no quiere verme nunca más.

—¿Y qué dicen sus padres? —Camilla se sentía impotente.

—Ni siquiera se lo había dicho. Yo pensaba que sí. Vaya, eso es lo que ella me había dicho. Por eso he venido a casa a contártelo, para que lo sepas tú también, de inmediato.

Camilla sentía los brazos como de plomo cuando volvió a abrazarlo.

—Me apena mucho que te sientas tan mal. ¿No crees que volveréis a estar juntos?

Markus negó con la cabeza.

—Dice que solo quiero tenerla atada. Que, si no llegara a estudiar una carrera, la culpa sería mía.

—¡Qué grandísima mierda! —Camilla se levantó y encendió la lámpara del sofá, furiosa con lo injusto de ese trato—. ¿Por qué habría de decir algo así? Tú hiciste todo bien cuando ella te dijo que estaba embarazada. Tus actos han sido la definición misma de la responsabilidad. No la escuches. No muchos chicos están dispuestos a sacrificar su adolescencia como tú. No hiciste nada malo.

Silencio.

—Se quedó con mi entrada para el festival de Roskilde —dijo finalmente.

—Lo recuperaremos.

Camilla sintió un impulso irrefrenable de darle el repaso de su vida a la encantadora y joven Julia. Al mismo tiempo, no obstante, algo dentro de ella se aflojó y cayó de nuevo en su sitio. Una sensación física de alivio.

—¿Era este fin de semana cuando ibas a tomar prestada la lancha? —preguntó.

Él movió la cabeza de arriba abajo. Camilla no pudo evitar pensar en cuán extraña era la vida. En un momento estabas trazando la ruta hacia un destino y, al momento siguiente, ya te habían mandado hacia otro lado. Y, aunque le dolía verlo con el corazón roto, también era un gran consuelo sentir que el viento soplaba en una nueva dirección.

Camilla dejó a Markus en su habitación, en la cama que había permanecido prácticamente vacía desde que se mudaron al nuevo apartamento. Apenas podía recordar la última vez que lo cuidó de esa manera. Diecisiete años, y ya tan grande. Tenía más o menos la

misma edad que los chicos de Bornholm cuando conocieron a las chicas de Osted.

Se sentó al pie de la cama, frotándole los pies, mientras hablaban de series de televisión y películas. Grande, sí que lo era, pero conmovedoramente joven. La inquietó lo difícil que era, a esa edad, prever las consecuencias de los actos propios. Cuán de prisa pueden cambiar las cosas. Recordó cuando tenía diecisiete años, cómo se quedaba despierta hasta tarde, aunque hubiera clases al día siguiente, y, de pronto, destelló en su mente el recuerdo de ella misma sentada en la habitación de Ole, junto con otros amigos, escuchando a los Ramones y pasándose una botella. Chicos, chicas, electricidad en el ambiente. Se desafiaban unos a otros. Jugaban a girar la botella.

—Si apunta hacia ti, tienes que ir a Hovedvejen, quitarte la ropa, atravesar la calle dos veces y regresar.

—Si apunta hacia ti, tienes que ir a darle un beso al padre de Ole mientras la madre te mira.

—Si apunta hacia ti, tienes que besar a alguien de la habitación.

—Si apunta hacia ti, tienes que ir a casa del vecino y orinar en su felpudo.

Pero siempre había una escapatoria: podías beber de un trago el resto de tu cerveza.

Markus se había quedado dormido. Camilla se inclinó sobre él muy cautelosa y apagó la lámpara que estaba junto a su cama.

De vuelta en el salón, escribió un mensaje de texto para Louise.

> *¿Y si las niñas se desafiaron entre sí para presumir ante los chicos? ¿Habrían visto algo o hecho alguna cosa que no le contarían a nadie?*

Al poco tiempo de enviado el mensaje, Louise la llamó. Se oía cansada.

—Nina no ha vuelto. Acabo de hablar con Nymand. Mañana la desaparición se hará pública y comenzará una búsqueda oficial. Ya han notificado a todos los demás distritos de Selandia. ¿Qué te dijo Nina cuando hablaste con ella?

Camilla estaba demasiado exhausta como para contarlo todo una vez más.

—Dijo que Susan se separó de ellas en el puerto y que ella, Pia y

Trine se quedaron en un banco mirando el agua, o algo así.

—¿Qué distancia hay entre aquella casa abandonada y el lugar donde encontraron a Susan? Tú estuviste ahí. ¿Se puede ir caminando de un lugar al otro?

—¡Definitivamente! La casa estaba en la esquina donde doblas para entrar en el valle del Eco. No sé la distancia exacta, porque iba conduciendo, pero no parece que estuviera muy lejos. Puedes recorrerla caminando, de todos modos. ¿En qué estás pensando?

—En algo que mencionó Mona. Dijo que la noche anterior a su desaparición, Susan regresó al albergue llorando. Las otras niñas ya habían vuelto. Mona cree que sucedió algo entre las cuatro, que habrían tenido una discusión o algo así, y que Trine, Pia y Nina la dejaron sola. Pero también pudo haber sido que Susan no las quisiera cerca. Y tal vez sucedió algo malo con los chicos.

—¿Que la hubieran lastimado, por ejemplo?

—No estoy pensando en nada en especial. Simplemente estoy aquí tumbada, tratando de quedarme dormida. Pero no le encuentro el sentido, eso es todo. Si las niñas hicieron algo que provocó el llanto de Susan, ¿por qué la noche siguiente salieron juntas? Y si acaso fueron los chicos, ¿por qué ella no les contó nada a sus amigas?

Silencio. Camilla se estaba cepillando los dientes mientras Louise hablaba. Escupió.

—Perdona.

—Estaban en esa casa —dijo Louise—. ¿Por qué coño, si no, Susan habría acabado en el valle del Eco?

—Pero alguien más tendría que saber lo que sucedió. Alguien tiene que haber guardado el secreto, además de ellas.

Lo dijeron al unísono:

—Mona.

Capítulo veintiocho

Bornholm, 1995

Susan se mantuvo apartada durante el desayuno. No dedicó una mirada, siquiera, a sus tres amigas, que iban recorriendo la larga mesa, preparando sus almuerzos para la excursión de ese día.

Lena y Steffen les gritaron, les dijeron que se apuraran. Trine tenía resaca. Esa noche había ido varias veces al baño para vomitar. Le había dicho a Lena que estaba enferma, que quería quedarse en el albergue, pero Lena no le compró el embuste.

De camino a las ruinas del castillo, en Hammershus, Carsten estropeó su bicicleta al bajar por una pendiente más pronunciada de lo que había creído. Entretanto, en una zanja al lado del camino, todos esperaban sentados a que le repararan la bicicleta. Susan se acercó a las niñas.

—Skipper me preguntó ayer si podríamos reunirnos en el puerto esta noche. —Actuaba como si nada hubiera ocurrido entre ellas—. Nos invitan a esa vieja casa abandonada donde suelen reunirse. Quieren ir de fiesta con nosotras. ¿Nosotras queremos ir de fiesta con ellos?

Sin pensarlo, Trine dijo:

—Sí, sí queremos.

Pia asintió, pero Nina no dijo nada.

Después de un momento de incómodo silencio, Pia le dijo a Susan que lamentaba mucho haberla dejado sola en la playa.

—Está bien —dijo Susan—. Solo anduvimos por ahí y bebimos un poco más. Fue una buena fiesta. Qué pena que os la perdisteis.

Ni siquiera había mirado a Trine, todavía, pero, cuando se levantaron y fueron a por sus bicicletas, Susan se acercó corriendo a su lado y rápidamente le dijo:

—No debí de haberte preguntado eso anoche. Fue algo horrible. Ahora me doy cuenta.

—¿Alguno quiere ir a nadar? —dijo Nina al terminar la cena. Trine pensó que su amiga había estado distante todo el día; y tampoco habían hablado de lo sucedido anoche. Pero ahora todo se estaba descongelando, e incluso daba la impresión de que había perdonado a Susan.

Las cuatro niñas y otras más de la clase decidieron ir a Hullevahn después de limpiar las mesas. La resaca de Trine finalmente había remitido durante la cena. La chica pensó que volvería a la normalidad después de nadar.

Varios de los chicos saltaron al agua desde el puente. Lena y Steffen decidieron acompañarlos y, junto con otros estudiantes, encendieron una hoguera en el mismo lugar de la noche anterior.

Susan se sentó en el muelle a hablar con Mads. Trine estaba secretamente enamorada de él desde cuarto, pero de ahí no había salido nada. Quizás él ni siquiera lo sabía, pensó. Podía sentir otra vez en su espalda el brazo de Daniel. Había sido agradable, aunque él no llegó a besarla. Esperaba que se atreviera esa misma noche. Entonces dejaría de ser la única que no lo había hecho. Miró a Nina y a Pia. Ellas tampoco habían besado a nadie, todavía. Pero Pia se acercaba con frecuencia a ese chico larguirucho, a Tonny, y ella ya lo había notado. Tonny era, quizás, un poco torpe, pero de una manera agradable; totalmente diferente a Aksel, que era un poco engreído.

—Hora de volver —gritó Steffen, pero, por supuesto, algunos de los chicos tenían que saltar una vez más. Trine se quedó en la arena hasta que Pia se le acercó para levantarla.

—Venga. Que Lena no piense que estamos tramando algo. ¿Los has visto?

Asintió hacia el muelle, donde Susan seguía sentada cerca de Mads.

Trine asintió. Pia sabía lo que su amiga sentía por Mads.

—No le hagas caso. Solo está tratando de ponerte celosa.

Enganchó su brazo con el de Trine y las dos caminaron juntas hacia el albergue.

Antes de irse a la cama, las cuatro chicas habían llevado dos de las bicicletas del hostal al otro lado del edificio, para que la huida de esa noche fuera más rápida.

Trine y Nina iban pedaleando; Susan y Pia, en la parte de atrás.

Bajaron la colina hasta el puente, riendo todo el camino, y, por momentos, Trine olvidó lo desagradable que Susan se estaba comportando con ella. No estaba muy oscuro, pero comenzaban a acumularse nubes negras que venían del mar.

—¿Cuánto tardaremos en llegar en bicicleta hasta esa casa? —gritó Pia.

—Eso depende de si estás en la parte de atrás o no —dijo Trine, que pisaba los pedales a fondo.

—Media hora, más o menos —dijo Nina. Siempre sabía ese tipo de cosas.

Había sido niña exploradora alguna vez.

De pie junto al quiosco, Trine los espió a la distancia. Hacían gestos exagerados. No había nadie más a la vista. Pudo notar que Tonny no estaba, pero, de pronto, el chico apareció en el camino que subía al albergue. Les dio algo a los demás.

—Hola —gritó Susan poco después, pero ellos estaban demasiado absortos en lo que quiera que estuvieran hablando. Finalmente, Skipper alzó la mirada y saludó cuando divisó a Susan.

Pia se apeó y Trine apoyó la bicicleta en una pared baja, al otro lado de la calle.

Skipper se separó del grupo para reunirse con Susan, mientras los otros chicos seguían charlando entre ellos en voz baja. Él la besó. Stretch gritó que era hora de irse.

—¿Podemos ir con vosotros en el coche? —preguntó Susan mientras seguía a Skipper de vuelta con su grupo. Stretch negó con la cabeza. Actuaba con más rudeza que los demás y, por lo visto, estaba molesto de que las niñas los acompañaran.

Trine estaba a punto de reunirse con Daniel cuando Stretch comenzó a tirar de él.

Skipper soltó a Susan y le dijo que podrían pedalear hasta la casa.

—Allá nos vemos —le dijo, y se alejó—. Pasaremos a comprar cervezas.

Susan lo agarró del brazo.

—Pero ¿dónde es?

—Vayan al valle del Eco. —Les dijo que la casa estaba antes de la carretera del valle, justo en la esquina—. No tiene pérdida. El techo está derrumbado en uno de los lados. Entrad y esperadnos.

Trine sentía que el sudor le corría por la espalda cuando llegaron a la señal que indicaba el rumbo al valle del Eco. Lo bueno de Bornholm, había dicho Nina, es que no hay tantas carreteras, así que no era difícil encontrar los caminos. Simplemente tenían que pedalear en línea recta desde Svaneke hasta el final. Atravesar Østermarie, bajando por Almindingen. Por supuesto, Nina traía consigo el mapa que les habían dado el día de su llegada. Típico de ella, pensó Trine. Se rio cuando Pia empezó a cantar: Nuestro conductor es ciego y está loco, loco, loco.

La luna ya había desaparecido y caían, pesadas, aunque dispersas, las primeras gotas de lluvia, cuando los faros temblorosos de las bicicletas iluminaron la casa. Estaba un tanto oculta tras los grandes árboles y los arbustos espinosos y silvestres. Ladrillo rojo, marcos de madera en azul oscuro. Las ventanas, ya sin cristales, eran grandes hoyos negros que se abrían a la oscuridad. Era una visión inquietante. Trine se mantuvo cerca de Pia. Las dos se quedaron un rato sobre el césped, mirando hacia arriba, hasta que Pia finalmente se dirigió a la podrida puerta y la abrió de un empujón.

Justo a la entrada, sobre una vieja y desvencijada mesa de madera, había una gran linterna. La encendieron nada más entrar. Encontraron velas de té y cerillas en lo que alguna vez fue el salón.

—¡Qué lugar tan guay!

Pia fue a un sofá afelpado de color mostaza y se dejó caer. De los muros forrados en papel tapiz de flores colgaban, torcidos, cuadros de marcos dorados, como los que había en casa de la abuela de Trine. Sobre la mesita había dos tazas manchadas con anillos de café seco en el interior.

Los chicos tenían razón. Era como si el habitante de esa casa se hubiera levantado de repente del sofá para irse de ahí y no volver jamás. Los libros seguían en la estantería. Sobre el estante superior había uno abierto que alguien había estado leyendo.

En los alféizares de las ventanas, los restos marchitos de las flores caían de los jarrones de cerámica.

Pero, para Trine, lo más impresionante era la cocina abandonada. Encontró en los armarios ollas anticuadas y teteras de hierro. Y en el alféizar, detrás de unas raídas cortinas anaranjadas, una lata azul de crema Nivea. Y contenedores de plástico grasientos

llenos de harina y azúcar; una caja descolorida de avena, latas de tomates, ya sin etiquetas. En el fondo de un cajón, un paquete de cuchillas de repuesto para el cortador de queso.

Habían recorrido la casa entera y ya llevaban una hora ahí cuando Pia dijo que estaba cansada de esperar.

—¡No vendrán!

—Sí vendrán —dijo Susan, tan segura como siempre—. Saben que estamos aquí.

—Yo ya no quiero esperar más —repitió Pia.

—Me quedo —dijo Susan.

—Ha dejado de llover, salgamos —sugirió Trine, para evitar ser la siguiente en caer dormida. Era más de la una y, de vez en cuando, entre las nubes oscuras, se asomaba la luna.

Despertaron a Nina y caminaron por la carretera al aparcamiento donde la clase había hecho un alto en su camino al valle del Eco.

—Quizás podamos meternos en la tienda de las chuches —dijo Susan. Echó a correr, y las demás la siguieron. Jadeaban cuando llegaron a la tienda, detrás de una hilera de bancas. Había varios árboles asomándose por arriba.

—¿Cómo quitamos esta rejilla de la ventana? —Pia miró a Susan, quien había rodeado la tienda y estaba tratando de abrir la puerta. Sin decir una palabra, Susan ya había levantado una gran piedra que estaba detrás de la tienda y martilleaba con ella el gancho que mantenía la rejilla en su lugar. Podían ver las hileras de chuches del otro lado del cristal.

—¡Incluso podría haber algo de dinero! —dijo Pia. Trine sintió una descarga de adrenalina.

No supo qué hizo Susan, pero, de repente, la rejilla estaba suelta.

—¿Y si hubiera una alarma? —Trine se sentía inquieta. Se habían evaporado todo el valor y la emoción que había experimentado mientras corrían en la oscuridad.

Nina se mantuvo en un segundo plano, pero se apartó cuando el cristal de la ventana se hizo añicos. Al principio, no sucedió nada. Se quedaron quietas, escuchando. Entonces Susan metió la mano a través del cristal roto y comenzó a coger las golosinas.

—Tenemos que entrar, agarrar las cosas buenas que están detrás

del mostrador —dijo Susan febrilmente. En eso, la alarma se disparó. Fue una explosión de sonido, un aullido tan poderoso que las cuatro niñas atravesaron instintivamente el aparcamiento hacia el bosque, subieron por el sendero y se dirigieron al refugio donde habían almorzado unos días antes.

Pia fue la primera en detenerse.

—¿Quién va a venir? —dijo jadeando—. No hay nadie en los alrededores. Tendrá que apagarse.

Fuera de los aullidos de la alarma, todo estaba en silencio; incluyendo la gran casa blanca en el borde del valle. Entonces se encendió una luz, la puerta se abrió. Oyeron una voz grave que gritaba algo. Instantáneamente, todas salieron disparadas hacia el bosque, lejos del aparcamiento, la tienda de caramelos y la casa blanca, cuya planta baja estaba ahora toda iluminada.

Corrían tan rápido que el aire silbaba en los oídos de Trine.

Se arrastraron detrás de unos espesos arbustos, tan dentro del bosque, que ya no podían ver la luz de la casa.

—¿En qué estabas pensando? —Trine se acercó a Susan—. No te debiste haber cargado la ventana, de ninguna manera. ¿Y si nos pillan?

—Todas vosotras estáis metidas en esto. —Susan empujó a Trine con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla perder el equilibrio —. Sois tan infantiles. ¿No te das cuenta de que los chicos notan que nunca has tenido tu primera vez? Todo el mundo puede ver que sigues siendo virgen. Y hasta crees que tienes alguna oportunidad con Mads. —Se rio con desprecio y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad—. No hace más que reírse de ti. Ninguno quiere saber nada de ti. Especialmente Daniel. Lo dijo la otra noche, después de que os fuerais.

—Basta —dijo Nina.

Pia estaba ocupada tratando de abrir una bolsa de caramelos, pero la arrojó a un lado y se acercó a Susan.

—¿Qué te pasa? No hables así de ninguna de nosotras, que nunca te hemos hecho nada. ¿Y qué me dices de tus padres? Ellos no te quisieron ni cuando acababas de nacer.

Trine retrocedió rápidamente.

—¡No sabes nada de eso! —le espetó Susan.

La alarma había dejado de sonar, pero Trine alcanzaba a

detectar los destellos de una linterna que se movía buscando entre los árboles.

Los ojos le escocían al pensar en Susan y Daniel hablando de ella.

—Basta —dijo Nina.

Susan se giró y clavó un dedo en el pecho de Nina.

—¿Crees que no me daba cuenta de cómo me mirabas ayer? ¿Crees que no me he dado cuenta de todas las veces que no has podido apartar la mirada de mí? No te metas, bollerita.

Después de estar un momento en total silencio, Pia saltó sobre Susan. Detrás, Trine trastabilló entre los árboles.

—¡Ahora veo por qué tu madre nunca te quiso! —siseó Pia en el rostro de Susan.

—Tu madre ni siquiera puede ocuparse de sí misma.

—No sabes de lo que estás hablando. —Susan estaba otra vez de pie.

—De hecho, sí que lo sé. ¡Mi madre es trabajadora social y me ha hablado acerca de tu madre y de las dos familias que te echaron porque no te soportaban!

La cara de Susan se contorsionó en una mueca de rabia. Se lanzó salvajemente a embestir el brazo de Pia. Esta se agachó, sorprendida y sacudida por la violencia.

—Para, que me has hecho mucho daño.

Pero Susan no se detuvo, siguió lanzando golpes a ciegas hasta que, finalmente, se hundió en el suelo, sollozando, con las manos en la cara.

—Dejadme sola. No quiero veros nunca más. Nunca, nunca más.

El bosque estaba en silencio. Las nubes oscuras surcaban el cielo, el viento cogía fuerza. Nina y Trine rodearon con los brazos a Pia, que jadeaba en rachas. Las tres se quedaron mirando a Susan, que se ponía de pie y empezaba a alejarse hacia el interior del denso bosque.

De pronto, Pia se soltó y cargó contra Susan. La empujó con fuerza. La hizo caer y rodar sendero abajo hasta un pequeño puente.

—¡Y no queremos verte nunca! —gritó Pia.

La luna desapareció detrás de una nube, pero no antes de que Trine viera el cabello dorado desparramarse alrededor de la cabeza de Susan como un abanico. La chica estaba completamente quieta.

Trine pronunció el nombre de Susan mientras daba unos tímidos pasos hacia ella. Sus pies se resbalaban en las piedras húmedas por donde Susan había caído.

—Déjala ahí —dijo Pia.

—¡No podemos hacer eso! —Trine miraba suplicante a Nina, quien se volvió aterrada. Pero Nina se unió a Trine y ambas bajaron por las resbaladizas rocas.

—Susan —dijo, cuando llegaron al puente. Se acuclilló y trató de sentarla. Las nubes eran cada vez más densas, pero apenas caían unas cuantas gotas de lluvia aquí y allá.

—Creo que se golpeó la cabeza —le dijo a Nina, que aún parecía asustada—. No se mueve ni nada, tal vez se ha desmayado.

Pia se situó tras ella, un poco más arriba en la ladera.

—¡Ay, venga! Solo está fingiendo.

—Está sangrando.

Susan comenzó a quejarse con un sonido confuso. La mano le temblaba cuando trató de llevársela a la cabeza, como si fuera incapaz de calcular la distancia. Se sentó lentamente.

Trine extendió la mano para ayudarla, pero Susan se la apartó de un manotazo.

—¡Alejaos! Quiero irme a casa, a Copenhague, con mi hermano. Podéis podriros en el infierno de Osted.

Tembló al ponerse de pie. Entonces las miró por un momento antes de alejarse bosque adentro, tambaleándose.

—Venga, cojamos las bicicletas y vayamos al albergue —gritó Pia, impaciente.

—¡No podemos dejarla aquí, así, nada más! Está herida.

Trine fue tras de Susan, dando pasos ciegos hasta que se resbaló sobre los tablones húmedos del puente.

—Si quiere irse a Copenhague, que se vaya. ¡Venga! —Nina ya subía de nuevo la cuesta; entonces Pia la rodeó con el brazo—. Es su culpa. Ella fue quien me atacó y vosotras oísteis todo lo que me dijo.

Trine llamó a Susan una vez más y avanzó unos cuantos pasos, más o menos en la dirección por donde la chica había desaparecido, pero el bosque oscuro y silencioso ya se había cerrado detrás de Susan.

Fue muy poco lo que se dijeron en el camino de regreso; nada,

cuando llegaron al albergue. Estaban empapadas y exhaustas. Tenían frío y temblaban.

Mientras trepaban por la ventana, Trine susurró:

—¿Creéis que volverá?

—Espero que no —dijo Pia entre los dientes que le castañeaban.

Trine se daba cuenta de que no lo decía en serio, que solo estaba tan nerviosa y asustada como ella misma. Nina no dijo nada. Ninguna de las tres se dio cuenta de que Mona estaba sentada en el cobertizo de las bicicletas, protegiéndose de la lluvia.

Dentro de la habitación, hicieron una pila en el suelo con la ropa mojada y se metieron bajo el edredón.

—Qué pena que los chicos nos hubieran dicho que vendrían y no aparecieran —murmuró Nina.

—Pésimo —coincidió Pia.

Trine estaba abatida.

—Si Susan no ha regresado antes del desayuno, Lena y Steffen sabrán que hemos vuelto a escaparnos.

—Pero fue Susan quien habló con los chicos e hizo planes para verlos —dijo Nina—. Nosotras tan solo nos incorporamos.

—Cuando regrese, tendrá que cargar con toda la culpa —dijo Pia.

Se quedaron acostadas en silencio antes de hacer un voto. Juraron que nunca le dirían, a nadie en todo el mundo, que habían estado en la casa abandonada.

Capítulo veintinueve

Louise se quedó vigilando a Mikkel, que dormía. Respiraba profunda y plácidamente. Toda la noche, ella y sus padres se habían turnado para sentarse junto a él. Primero, el padre; después, la madre, quien había despertado a Louise a las cinco para dormir unas cuantas horas antes de tener que levantar a los niños y llevarlos al colegio y a la guardería.

Por unas cuantas horas, Louise se quedó mirando su teléfono, pasando las fotos de Jonas. Y de Eik. Se detuvo en una de las primeras, una toma de él apoyado en un coche de la policía sin marcas, con el collar de dientes de tiburón y el cabello demasiado largo. Dolía de solo mirarla. Entonces revisó las fotos de la última noche que pasaron juntos. Él había tratado de explicarse; ella, de verdad, había tratado de encontrarle sentido. Quizás Camilla tenía razón: que, de hecho, había sido ella quien había terminado, no Eik. No podía soportar que la hicieran a un lado. Tal vez había terminado la relación sin haber entendido, de verdad, lo que él le estaba diciendo.

Oyó que su madre se levantaba, las voces de sus padres al otro lado de la puerta del dormitorio.

Mikkel giró sobre la cama sin despertar.

«Os echo de menos, a todos —escribió a Eik—. Espero que estéis bien».

Se había escrito una y otra vez con Jonas, pero este era el primer mensaje a Eik desde la separación.

Se preguntó si debía añadir un emoji, un corazón o unos labios rojos.

Su teléfono sonó. Salió al vestíbulo para no molestar a Mikkel. Al principio, no podía distinguir si era un hombre o una mujer quien sollozaba de manera incoherente.

—¿Hola? ¿Sí?, ¿quién es?

—Es Mona. —Louise no le creyó, esta no podía ser Mona. Nada en esos balbuceos se parecía, ni remotamente, a la voz ligera e infantil.

—¿Gerd? —El otro lado de la línea se quedó en silencio, como si la otra persona estuviera luchando por controlar sus emociones—. ¡Gerd!

—Sí. —Fue un sonido vago, tortuoso, y el llanto se soltó otra vez.

La madre salió de su dormitorio y se quedó paralizada ante la puerta cerrada de la habitación de Mikkel.

Louise le susurró que su hermano estaba durmiendo, que ella solo había salido a contestar el teléfono. La madre abrió apenas la puerta. Louise pudo echar un vistazo a Mikkel.

—Tiene que venir —dijo Gerd—, ¡algo ha sucedido!

—Gerd, escúcheme. —La Louise profesional, la agente de policía, tomaba el control—. Tranquilícese y solo dígame qué ha ocurrido.

—Venga. —Otra vez empezó a sollozar de manera incontrolable.

Louise habló más fuerte.

—¿Algo le ha pasado a Mona?

—No lo sé —lloriqueó—. Vaya a casa de Mona. Podrá verlo usted misma.

—¡Creí que Mona estaba con usted! ¡Creí que ambas estaban en Svogerslev!

Ya se estaba poniendo el abrigo.

—Estaré de vuelta enseguida —dijo a su madre, quien llevaba en brazos a un Malte somnoliento—. Tengo que ir a Roskilde.

De camino, pensó en llamar a Nymand, pero decidió esperar a que Gerd pudiera explicarle todo. Estaba más molesta que preocupada de que Mona no estuviera con Gerd, aunque el arrebato emocional de la mujer la perturbaba. Louise notó que estaba casi jadeando y se obligó a respirar lenta y profundamente.

Reconoció el Citroën Berlingo verde botella de Gern frente a la pequeña casa de Mona.

El vecindario de Jørgensbjerg seguía en silencio cuando se echó el bolso al hombro y corrió hacia la casa. Gerd estaba sentada a la mesa del comedor, con la cara abultada por el llanto, las manos sobre el regazo, las palmas hacia arriba. Casi parecía estar dormida.

Louise se le acercó con cautela.

—¿Qué pasó? —Se agachó frente a ella y trató de mirarla a los ojos—. ¿Dónde está Mona?

Gerd alzó la mirada y negó lentamente con la cabeza.

—No lo sé.

—¡Pero estaba con usted! —La noche anterior, cuando aún no se sabía nada de Nina, incluso había llamado a Gerd para asegurarse de que Mona estuviera con ella.

Después de la conversación nocturna con Camilla, se había dado cuenta de que tenía que hablar con Mona una vez más. «Quizás tendría que haber llamado a Nymand anoche, de todos modos», pensó. Si Mona estaba más inestable de lo que Louise había creído, él o un psiquiatra de la policía tendrían que hablar con ella.

—Estaba conmigo —dijo Gerd—, pero, cuando me levanté esta mañana, a las seis, ya se había ido. No sé a qué hora se marchó anoche, pero también desaparecieron su bicicleta y todos sus insectos.

Louise miró alrededor. No había insectos enmarcados colgando de las paredes. El cubo bajo la mesa y los vasitos llenos de bichos también habían desaparecido.

Louise se levantó y acomodó una silla.

—¿Ya revisó si falta algo más?

Gerd, letárgica, negó con la cabeza.

—Tengo miedo de que algo le haya ocurrido, de que haya hecho algo malo.

—¿Malo?

—A sí misma.

Gerd añadió que ya había llamado al hospital para enfermos psiquiátricos agudos, pero que ahí no sabían nada de Mona.

—¿Ha tenido antes tendencias suicidas? —preguntó Louise.

Gerd tenía los ojos vidriosos, pero se esforzaba por mantener la compostura.

—Ha estado en el sistema psiquiátrico desde que la conozco. Hay un miedo latente en todos nosotros a que, algún día, deje de tener la fuerza suficiente para seguir viviendo.

Le llevó un largo rato ponerse de pie. Entonces pidió a Louise que la siguiera. Caminaron por detrás del salón, a través de una minúscula cocina, hasta una habitación con vistas al pequeño patio

trasero. Había un escritorio en medio del espacio y una estantería en una de las paredes. Una pila de los marcos que Mona usaba para sus insectos descansaba sobre la mesa, junto con varias cajas de cristal y plástico de Ikea. Pero no había un solo insecto a la vista.

Louise echó un vistazo por toda la habitación.

—Todo ha desaparecido, se los ha llevado —dijo Gerd—. Esos insectos han sido una parte muy importante de su vida desde que era adolescente. Eran su pasatiempo, la tranquilizaban, la ayudaban a combatir la ansiedad.

Comenzó a llorar otra vez y Louise la condujo de regreso al salón.

—Gerd, tengo que llamar a la policía, pero le suplico, *por favor*, dígame si hay algo entre Mona y Susan que no haya salido a la luz. Tengo el presentimiento de que Mona sabe más de lo que ha dicho hasta ahora. Me temo que eso la ha puesto en peligro.

—No sé nada —dijo ella sin dejar de sollozar—. Nada en absoluto.

Apenas pasaban de las ocho, pero, por la voz, Louise podía detectar que Nymand ya llevaba un buen rato ocupado.

—¿Qué opinas? —preguntó él después de que ella le diera la dirección de Mona. Lo oyó apartarse de su escritorio.

—Creo que no sabemos lo que estamos buscando. —Tomó nota de que él no puso ninguna objeción a que ella se incluyera en el equipo—. La gente que sabe de qué se trata todo esto ha desaparecido. Y no tenemos ni idea de dónde vienen las amenazas.

—Exactamente —masculló él. Louise oyó que en el fondo se cerraba una puerta.

—¿Debo enviar a los técnicos?

—No creo que nada de lo que hay aquí indique que ha sido víctima de un crimen. Pienso, más bien, que ella tenía planes de marcharse.

—¿Habrá huido?

Louise miró a su alrededor.

—Pasó el tiempo recogiendo todos los insectos —dijo, bien consciente de que él no entendería las implicaciones de eso hasta el momento en que estuviera ahí—. No salió corriendo de repente. —Le habló de su conversación con Camilla, la noche anterior—.

Parecía lógico que Mona hubiera enviado la carta con los insectos, para asustar a Nina, pero ahora no estoy tan segura. Supongamos que Mona sabe algo acerca de la desaparición de Susan, que está desesperada porque nadie le cree, que entonces trata de asustar a Trine, Pia y Nina para que escupan la verdad acerca de la muerte de Susan… ¿Por qué desaparecería ella también? No me salen las cuentas.

Era el tipo de discusiones que tenía a menudo con sus colegas de Homicidios en la búsqueda de los motivos de un asesinato: soltar ideas acerca de cómo reaccionaría una persona. No siempre tenían sentido, pero a veces conducían a pistas que a nadie más se le habían ocurrido. Tenía que ver con la comprensión de los procesos humanos de pensamiento, con entenderlos. Cuanto más analizabas las posibilidades y las intenciones desde diversos ángulos, más claro resultaba aquello que merecía la pena investigar, ese punto donde la policía tenía que concentrar sus recursos.

—Le pediré a Wiinberg, el de Bornholm, que me envíe las transcripciones del interrogatorio de Mona Ibsen —dijo Nymand—. Verificaremos si entonces dijo algo que hubieran pasado por alto.

Louise le pidió permiso para leer las transcripciones. Le dio su correo electrónico privado.

—Por cierto, ¿cuándo termina tu excedencia?

Lo oyó apresurarse. No tardaría mucho en llegar.

—Todavía me quedan casi dos meses —contestó.

—Y entonces te pondrás al frente de Homicidios. ¿Estás satisfecha con la forma en que se han reorganizado las unidades de investigación ahí?

De verdad, Louise no tenía nada que decir. Había puesto de lado todo lo referente a Homicidios. Ni siquiera había respondido a los últimos correos electrónicos de Toft. No había ninguna duda de que él solo quería ser cortés, tenerla al corriente mientas cubría su ausencia temporal, pero Louise no podía ocuparse del asunto.

—Supongo que sabes que la recepción de Rønholt es este viernes ¿vendrás?

—No —dijo ella sin dudarlo. Había recibido una invitación. Su exjefe del Departamento de Personas Desaparecidas había incluido una nota a la que Louise tampoco había respondido. La enfermaba pensar en los horarios ordinarios de trabajo, en los casilleros con la

correspondencia. Simplemente no quería nada de eso. Y esto era doblemente cierto con respecto al trabajo que la esperaba, el de dirigir la división. Horas y horas detrás del escritorio. Se había sentido halagada cuando le ofrecieron el puesto. Contempló la promoción como una gran palmada en la espalda.

—No regresaré a la policía de Copenhague. —Se oyó a sí misma pronunciarlo—. Les he dicho que no aceptaré el puesto.

No era cierto. Pero, en el momento en que lo dijo, sintió un alivio gigantesco. De pronto, se vio a sí misma como una de esas indias americanas que, de forma lenta pero segura, suben la montaña cargando una enorme y pesada cesta al dorso. Paso a paso. Arriba, arriba, arriba, con la cabeza gacha y la espalda encorvada. Y acababa de dejar la cesta en el suelo.

—¿Y cómo lo han tomado? —Nymand parecía estupefacto.

—Bien —mintió—. Tienen a Toft, ¿sabes?, está haciendo un gran trabajo de sustitución.

Al llegar a Roskilde, tendría que ponerse en contacto con el comisario de la policía, con Recursos Humanos y con Toft.

Pocos minutos después de colgar, Nymand ya estaba golpeando la puerta. Entró. Observó el vestíbulo de techo bajo antes de entrar en el salón. Gerd estaba sentada, muy derecha, en una silla del comedor, con las manos juntas sobre el regazo.

—Tal vez sea de mí de quien ha querido deshacerse —susurró al ver a Nymand.

Louise le pasó una mano por el hombro y se sentó a su lado.

Nymand se situó enfrente de las dos.

—¿Qué sabemos?

—Mona fue a casa de Gerd después de que yo hablara con ella, ayer —dijo Louise—. Pensé que así no estaría sola; al menos, no hasta que supiéramos más de Nina: si se había ido por su propia voluntad o no. —Gerd escuchaba atentamente a Louise, aunque no decía nada—. Mona durmió en casa de Gerd, en Svogerslev, pero, en algún momento de la noche o de la madrugada, salió de esa casa para venir aquí. Y, antes de marcharse de aquí, empaquetó todos sus insectos para llevárselos. Te estoy hablando de *montones* de insectos.

Él parecía confundido.

—En mi casa, tenía cinco o seis cajas de zapatos llenas de bichos

—afirmó Gerd—. Además de todos los frascos que había en mi salón.

Nymand frunció el ceño.

—¿Cajas de zapatos llenas de insectos muertos?

Gerd asintió.

—Es una coleccionista —explicó Louise—. Escarabajos, moscas y toda clase de especímenes volantes. Los ha ido coleccionando durante años.

—Así que los atrapa y los mata. ¿Después los guarda en cajas de zapatos?

—O en cajas de cartón. —Gerd apuntó hacia el jardín.

—En otras palabras, estamos hablando de grandes cantidades de insectos muertos —dijo él. Louise y Gerd asintieron—. ¿Y ustedes creen que se los llevó?

—Hay muchos indicios de que así fue —dijo Louise. Gerd no contestó.

Louise fue a la puerta de la cocina y la abrió. A la izquierda, en una pequeña terraza de baldosas, había una pila de cajas vacías, entre las que estaban las de zapatos que Gerd acababa de mencionar. Como si alguien que acabara de mudarse hubiera almacenado las cajas detrás de la casa. Salió al patio para ver si había insectos tirados, pero no.

—¿Es posible que los haya empaquetado en sacos para llevárselos en su bicicleta? —preguntó Louise a Gerd, quien estaba junto a la entrada—. ¿Dónde suele ir a buscar a los insectos? Tal vez se los ha llevado de regreso al lugar donde los encontró.

—Por lo general, en el bosque que está detrás del hospital psiquiátrico St. Hans. Pero los insectos de este tipo se pueden encontrar en montones de lugares. No es que ella tenga un sitio en particular. Cuando está en el bosque, se siente en casa, contenta, y va coleccionando sus insectos mientras pasea.

Nymand no se anduvo por las ramas.

—Nos tememos que se trate de un suicidio, ¿verdad?

Louise asintió. Gerd fue hundiéndose hasta el suelo de la cocina y Louise apenas pudo alargar la mano para amortiguar el golpe de su cabeza. Nymand dio un paso adelante, como para detener su caída, pero la mujer ya estaba tumbada, con los ojos cerrados.

—¡Gerd! —Louise la sujetó por detrás de los hombros—. ¡Gerd,

despierte!

La llevaron al sofá del salón. Él cogió un cojín bordado para ponérselo bajo la cabeza mientras Louise no cesaba de repetir su nombre.

De pronto, Gerd abrió los ojos y miró a Louise, desesperada.

—Siempre estuve a su disposición —susurró—, pero tenía un interior tenebroso que nunca me dejó ver.

Louise se inclinó y abrazó a la mujer mayor. Era angustioso observar la desventura en sus ojos, como si ella estuviera dando por hecho que había perdido a Mona para siempre.

—Haremos todo lo posible por encontrarla —dijo Louise.

—Tal vez sea demasiado tarde —susurró Gerd. Las lágrimas caían hasta sus mejillas.

Sí, pensó Louise. Quizás era demasiado tarde.

Capítulo treinta

Cuando Louise atravesó las puertas de cristal para entrar en la recepción del hospital psiquiátrico, la enfermera que estaba en el cubículo se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Se trata de Mikkel? —Parecía preocupada.

Louise negó con la cabeza y dijo que venía por otro motivo.

—Solo le quitaré un minuto, ¿tiene tiempo? —Con la buena voluntad un poquillo debilitada, la enfermera asintió y pidió a Louise que la siguiera a una pequeña sala de reuniones—. Se trata de Mona —dijo Louise cuando la enfermera cerró la puerta.

—No puedo hablar de nuestros pacientes —dijo ella.

—Lo sé, lo sé, por supuesto. Pero usted está enterada de su desaparición y, en este momento, me temo que algo pudo haberle ocurrido.

Louise cayó en la cuenta de que la enfermera no tenía la menor idea de su conexión con Nymand y el caso. Se disculpó y le dijo que venía de la policía de Copenhague y que estaba ayudando a Nymand en la búsqueda que acababa de iniciar. Sacó una tarjeta de su billetera y se la mostró a la enfermera. No le dijo nada de su excedencia ni de que estaba entre un trabajo y otro. O, mejor dicho, que no tenía trabajo.

—Las patrullas de perros ya están en camino para buscar por el bosque. Estoy seguro de que la gente de Nymand ya le ha preguntado si hay algún lugar al que, según usted, podría haber ido. Se supone que salió de su casa en bicicleta, de madrugada.

—Lo hemos hablado entre nosotros —dijo la enfermera. Parecía haber aceptado que Louise también era una agente de la policía—. Mi turno empezó a las ocho, y, bueno, todos estamos preocupados. Esperamos que esta desaparición se pueda explicar con algo trivial. El otro día, ella misma pidió ser dada de alta; dijo que quería ir a casa. Nos pareció que estaba bien; usted misma la vio. No

encontramos señales que indicaran pensamientos suicidas. De vez en cuando nos entran esas sospechas y, por lo tanto, la vigilamos de cerca, como hicimos con su hermano.

A Louise le pareció que la enfermera se culpaba a sí misma de que el pabellón no hubiera sido lo suficientemente vigilante con Mona.

—Hablé con ella ayer. Definitivamente, no me dio la impresión de que estuviera pensando en suicidarse. Pero todo este asunto de Susan ha removido cosas en ella, eso es evidente. De hecho, yo me sentía preocupada de que ella tuviera miedo. De cualquier modo, esa era la impresión que daba.

La enfermera estudió a Louise.

—Ansiedad —dijo—. Ustedes piensan que se alejó de nosotros, que fue a meterse en su concha debido a una ansiedad psicótica. Y la ansiedad la ha llevado ahora al suicidio.

Louise negó con la cabeza.

—No tengo ningún conocimiento real de esas cosas. Lo único que deseo es encontrarla. Por eso me interesa saber si hay lugares de los que habló en el pasado. Sabemos que le gustaba salir a caminar al bosque, que pasaba mucho tiempo atrapando insectos. ¿Se le ocurre algún otro lugar?, ¿algo que ella hubiera mencionado?, ¿algún sitio donde se sintiera segura?

Apenas pudo evitar preguntarle a la enfermera si alguna vez la había oído hablar de Bornholm y Susan, pero eso tendría que esperar hasta que la encontrara. Y si ese momento llegara demasiado tarde, a Nymand le tocaría el trabajo de interrogar al personal y tratar de darle vuelta a los temas de la confidencialidad.

—El bosque, sí. Y el acantilado en el fiordo. Le gustaba sentarse ahí y contemplar el agua. Pero no la he oído hablar de otros lugares.

—¿Qué me dice de su infancia?, ¿alguna vez habló del tema? ¿Podría haber un lugar a donde quisiera regresar, que tuviera algún significado para ella antes de la excursión a Bornholm, antes de que comenzaran todos estos problemas?

La enfermera volvió a negar con la cabeza mientras trataba de recordar.

—A lo mejor, sus padres saben algo. Con toda franqueza, no sé mucho de ellos; aquí los hemos visto poco. Quizás estuvieron más

en contacto antes de que su hija se enfermara. Pero, en todos los años que la conozco, Gerd es la única que viene cada vez que admitimos a Mona. La madre aparece de vez en cuando, no muy seguido. Creo que Mona no tiene una relación cercana con sus padres.

Louise se levantó y le dio las gracias. Le prometió tener informado al pabellón.

—Y usted notifique a la policía en cuanto Mona aparezca. Necesitamos recordar. También podría haber una explicación sencilla de por qué se ha deshecho de todos sus insectos. Quizás la aparición del cadáver de Susan ha sido para ella una especie de cerrojazo. Y ahora podría estar dejando atrás todo el caso.

Louise hizo un alto en el aparcamiento y se quedó mirando las patrullas de perros internarse en dirección al bosque de Boserup. Llamó a Nymand.

—Todavía no hay señales de ella —fueron sus primeras palabras —. Hemos comenzado con las áreas más cercanas a St. Hans, hacia el fiordo. Después caminaremos en cadena a través del bosque. Tampoco hemos localizado su bicicleta.

—¿Qué hay de Nina Juhler?

—Nada, tampoco. Es como si se hubiera disuelto en el aire, según reza el tópico. —Le contó que el vecino de enfrente de Nina se había acercado poco después de la llegada de la policía. Él sabía que Nina ya llevaba tiempo desaparecida, así que solo estaba preocupado de que la policía hubiera llegado a atender algún robo —. No ha visto a Nina ni a nadie más ahí.

—¿Te importa si hablo con los padres de Mona? —preguntó Louise.

—Ya hemos hablado con ellos. No la han visto ni han sabido nada de ella desde su cumpleaños, hace varios días, cuando la invitaron a cenar. Pero acababa de ser admitida, así que Gerd les sugirió que esperaran un poco más, hasta que se sintiera mejor. Solo han hablado por teléfono.

Louise le preguntó si estaban buscándola en algún otro lugar.

—Acabamos de hacerlo público. Van a anunciar la búsqueda en las noticias locales y en radio Selandia P4. Ya está en las redes sociales, en Twitter y Facebook.

Louise había esperado un enfoque más cauteloso; sentía que era

demasiado pronto para temer lo peor, que debían esperar un poco más antes de comprometer tantos recursos. Pero no. Nymand incluso había traído agentes de una unidad especial local que ayudaba a la policía con investigaciones particularmente complicadas.

En el fondo, escuchaba una voz de mando: los equipos de búsqueda habían tenido una reunión informativa y ya se había desplegado una cadena. Sintió el familiar subidón de adrenalina, la expectación eléctrica en los sonidos tras la voz de Nymand.

—¿Está bien que vaya a ver a los padres? Sé que habéis estado ahí, pero…

—Adelante —dijo. Le dio la dirección en Rorup—. Cuando hablaste con Mona de ir a la casa de Gerd, ¿reaccionó al enterarse de la búsqueda de Nina Juhler?

—No, pero, cuando estuve con ella, me dijo que tenía miedo.

—¿De qué?

—En ese momento, supuse que de toda la situación. Parecía muy alterada, pero también me dijo que quería hablar. Y ahí fue cuando narró que, al parecer, las tres niñas habían excluido a Susan o, por lo menos, se habían alejado de ella, tal como te conté. No dijo nada más, pero creo que lo que la trastornaba era que Trine, Pia y Nina nunca hubieran hablado con nadie, fuera quien fuera, acerca de sus problemas con Susan. Fingían que todo estaba bien. Mona no les creyó; aunque sentía que nadie la escuchaba en aquel entonces.

—Llámame cuando hayas hablado con los padres.

—Lo haré.

Tardaría unos quince minutos en llegar a la granja de los padres de Mona en Rorup, a pocos kilómetros de la casa de Mikkel. Llamó a su madre y le dijo que iba de regreso. Mikkel seguía durmiendo, así que Louise se ofreció para detenerse en una panadería y llevar a casa pan para el desayuno.

—Si necesitáis un poco de tiempo en casa a solas, me daré prisa en volver. Mikkel y yo podríamos ir a la panadería.

Recordaba sus vacaciones de verano en Lerbjerg, cuando ella y su hermano convencían a su padre de que los llevara a la panadería de Hovedgaden a comprar pastelillos, gruesos rollos daneses de canela, cruasanes daneses. Aunque no era, precisamente, el más saludable de los desayunos, seguía siendo su favorito.

—Nos tomaremos una taza de café cuando llegues —dijo su madre—. Hace mucho que no tenemos un rato los cuatro juntos.

Louise estuvo de acuerdo. Ni siquiera podía recordar cuánto tiempo había pasado. Ella fue la primera en mudarse; después, Mikkel, y entonces llegó Trine.

Sintió un estremecimiento de felicidad ante la idea de estar juntos, solo ellos cuatro, pero entonces se dio cuenta de que no era así como *verdaderamente* se sentía. En ese momento, más que ninguna otra cosa, deseaba que Trine estuviera con ellos. Y solo podía hacer una cosa para conseguirlo: seguir buscando hasta encontrarla. Encontrar a las tres.

Nymand volvió a llamarla mientras aparcaba detrás de la iglesia, cerca de la casa de los padres de Mona.

—Hemos registrado la casa de Pia Bagger. También hablamos con sus padres.

—¿Y?

—Encontramos una carta con insectos muertos. Estaba en la mesa junto a la fotografía que encontró el hermano, la de la clase.

Camilla le había hablado de esa fotografía, en cuya parte de atrás Pia Bagger había escrito «lo siento» antes de ahogarse.

—¿Los padres sabían de ese sobre? ¿Pia dijo algo al respecto?

—No, pero nos estamos poniendo en contacto con todos sus conocidos. Ya hablamos con su hermano. No parece saber mucho de la vida privada de su hermana. Si estaban conectados era, básicamente, por los hijos de él. Recordaba a las otras niñas de la clase de Pia, pero, como le dijo a Camilla, cada una cogió su propio rumbo después de lo sucedido en Bornholm.

—¿Encontrasteis algo en la carta? —preguntó.

—No tenía matasellos, así que alguien la puso en el buzón. Ya hemos enviado a los técnicos. Es una prioridad.

—¿Qué me dices de la carta a Nina?

—Sin sellos ni matasellos ni nada.

—¿Los vecinos no vieron quién entregó las cartas?

—Estamos en ello.

—Iré a revisar las cosas de Trine en cuanto regrese de ver a los padres de Mona. Ya inspeccioné su armario y no encontré nada. Pero lo volveré a hacer.

En la entrada de la casa de la familia Ibsen, la grava crujió bajo los pies de Louise. De la puerta principal azul colgaba una aldaba de herradura. Tuvo que golpearla tres veces antes de que la puerta se abriera lentamente. Salió un hombre de edad avanzada, apoyado en un bastón. Al parecer, Louise había interrumpido su siesta matutina.

—Hola —saludó ella. Se presentó y le dijo que conocía a su hija, Mona.

—Sí, hemos oído que ha estado causando problemas otra vez. —Parecía cansado.

—No es cierto, en absoluto —replicó Louise—. Por el contrario, estamos muy preocupados; tenemos miedo de que le haya pasado algo.

—¿Quién es, Jørgen? —dijo una voz desde dentro de la casa. Momentos después, una mujer de cabello cano apareció en el vestíbulo, detrás del hombre.

—Han venido a hablar acerca de Mona —dijo.

Ese *han*, de repente, convertía a Louise en varias personas. Sin embargo, saludó a la madre de Mona con una amistosa señal de asentimiento y le pidió permiso para entrar.

—Es la policía —dijo él.

—Vale. Pase, entonces, entre. —La madre de Mona arrastró a su esposo para darle espacio a Louise—. No entendemos qué ha podido pasar. Dicen que se ha ido. —La condujo al salón. Las ventanas bajas revelaban un patio trasero lleno de arbustos de bayas y árboles—. No suele desaparecer así.

El marido se arrastró hasta un sillón situado junto a un reloj de pared. Tardó algo en sentarse. Después desvió la mirada y, lentamente, negó con la cabeza para sí mismo.

—Por favor, siéntese —dijo la madre de Mona, señalando el sofá. Antes de que Louise pudiera decir que solo tenía unas cuantas preguntas, la mujer ya iba de camino a la cocina.

Trajo tazas para el café y galletas. Solo después de haber colocado todas las cosas con cuidado sobre la mesa del café, le preguntó a Louise de qué quería hablar.

—Me pregunto cómo era Mona antes de aquella excursión de la clase —empezó Louise. El viejo rezongó irritado—. Antes de empezar a tener problemas. ¿Cómo era?

—Era una niña alegre, muy activa —dijo la madre—. Le

encantaban los deportes; en especial, el balonmano. Hubo veces en que tenía torneos de balonmano casi cada fin de semana, y ella dedicaba a los entrenamientos dos o tres días más. Así que salía mucho, pero algunos dirían que era un poco tímida y callada entre los desconocidos. Justo lo contrario a Ida, su hermana mayor. Ida tenía una personalidad totalmente distinta.

El padre de Mona gruñó de nuevo, pero, esta vez, su esposa no se lo toleró.

—¡Ya basta, Jørgen! Ida tenía once años más que Mona. Estaban demasiado lejos para jugar juntas y así, qué pena. Quizás todo habría sido diferente de haber estado más cerca en edad. Ida habría sido capaz de entender un poco mejor a Mona. —Algo en el modo en que hablaba de la hermana mayor inquietó a Louise, pero no la interrumpió.

»Ida se unió a Juventudes por la Paz en cuanto salió del colegio. Al año siguiente, ya era parte de Next *Stop* Nevada, ¿alguna vez oyó hablar de eso?».

Louise recordaba vagamente ese movimiento por la paz. Un grupo de jóvenes que voló a los Estados Unidos para unirse a las protestas contra las pruebas nucleares en el desierto de Nevada. Recordaba, sobre todo, las fotos del periódico que mostraban un autobús cargado de chicos daneses recorriendo el continente, pero, entonces, le vino a la cabeza una canción de un autor danés, Sos Fenger: *Billete a la paz*. La había escrito para esa ocasión.

—Las dos estaban locas. Una tanto como la otra —refunfuñó el padre desde su silla.

—¡Para, Jørgen! —La madre de Mona dedicó a Louise una mirada de disculpa—. Siempre ha sido muy difícil para nosotros entender qué salió mal. Por qué tienen tantos problemas.

—Por qué no pudieron ser normales, simplemente —dijo él, casi gritando.

Louise notó que la esposa se refrenaba para no contestarle directamente a su marido. En vez de eso, la mujer se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué cree que le pudo haber ocurrido?

Su preocupación parecía genuina, a pesar de lo que, al parecer, ambos sentían por sus hijas.

—Espero que nada —dijo Louise. Quería tranquilizarlos, aunque

sentía una tensión entre ellos que no era capaz de entender—. ¿Es posible que se haya puesto en contacto con su hermana?

—Eso le costaría muchísimo trabajo —dijo el padre.

La esposa bajó la mirada.

—Ida eligió abandonar esta vida en 1992.

—Se tiró delante de un convoy de semirremolques; en la autopista de Holbæk, si le apetece saberlo —dijo él.

Louise se volvió hacia él.

—Lo lamento.

—Era todo ese asunto de los jipis.

Esos modales bruscos, Louise podía notarlo, eran solo su forma de manejar las emociones. Sintió pena por él.

—Eso la arruinó —continuó el padre—. Pero, entonces, Mona comenzó con sus presentimientos. Era demasiado como para soportarlo.

—La noche en que Ida se suicidó —dijo la madre—, Mona vino a nuestro dormitorio y nos despertó. Había soñado que algo le había sucedido a su hermana. Quería que nos ocupáramos de Ida. Finalmente, conseguí tranquilizarla y hacer que volviera a quedarse dormida. Pero nos despertamos enseguida cuando la policía nos llamó para decirnos lo que había acontecido. Querían que fuéramos a ver a Ida al hospital. No podíamos permitir que Mona estuviera ahí. Me quedé con ella en casa y Jørgen fue solo.

—¿Se le ocurre algún lugar a donde Mona pudo haber ido? —preguntó Louise—. No está con Gerd en Svogerslev.

Jørgen gruñó otra vez y, por el rabillo del ojo, Louise lo vio soltar el papel que fingía estar leyendo.

—Estamos muy contentos de que Gerd haya logrado llegar hasta nuestra hija —dijo la madre—. Por lo visto, se llevan muy bien. Ella siempre parece estar dispuesta a tratar a Mona de un modo que Jørgen y yo nunca pudimos, y eso ha sido bueno para ella.

Para el padre, eso fue demasiado. Se puso de pie con gran esfuerzo, cogió su bastón y, furioso, lo usó para golpear el suelo. Después, lentamente, salió de la habitación. Cerró de golpe la puerta de la cocina.

La esposa pasó por alto el exabrupto y apuntó hacia el patio.

—A Mona siempre le ha gustado el aire libre. Le encantaba esconderse tras los arbustos. Hacía pequeñas cavernas; se suponía

que nosotros teníamos que encontrarla. El columpio sigue ahí, pero ya pasó mucho tiempo desde la última vez que estuvo en casa. —Se disculpó y se limpió una lágrima bajo las gafas—. También le gustaba el cementerio. Solía ir ahí cada vez que se sentía mal: si los otros chicos se burlaban de ella o si algo pasaba en el cole. Al principio, tratamos de buscarle otro sitio donde pudiera sentarse; pero Gerd, desde entonces, dijo que para ella era bueno que tuviera pequeñas guaridas donde estar sola y feliz. Así que la dejábamos, a pesar de que todo el mundo pensaba que era una rareza que una niña quisiera estar en un cementerio.

Louise dio por terminada la conversación y cogió su bolso. De pronto, la puerta de la cocina se abrió de golpe y Jørgen entró tan rápido que por poco suelta el bastón. Las dos mujeres se quedaron atónitas.

—¡Ay, Dios, es…! ¡No, Dios!

En una sonora arcada, se inclinó sobre la mesa, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Jørgen, qué pasa!

Louise se levantó de un salto y, en dos zancadas, ya estaba al lado del padre. Él le dio la espalda y bajó la frente hasta la mesa. Tenía la camisa oscura de sudor. Sin alzar la cabeza ni decir una sola palabra, se las arregló para apuntar hacia el patio.

—¿Qué ha pasado, Jørgen? —dijo la esposa.

Louise salió corriendo y, de inmediato, el árbol del columpio llamó su atención. Había una carretilla apoyada en el tronco, y, cerca, un rastrillo, un cubo y una horquilla. Cuando se acercó a los arbustos de bayas, notó un montículo en la hierba, como una tumba recién excavada: los insectos muertos. El cuerpo de Mona yacía debajo. Cuando Louise se agachó para liberar a Mona, alcanzó a distinguir las bolsas de basura arrugadas bajo los arbustos, una botella de agua medio llena y frascos de medicinas vacíos.

Se escuchó a sí misma dando un grito mientras ponía a Mona de lado, en posición lateral de seguridad.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó hacia la casa. Metió dos dedos dentro de la boca de Mona, hasta la garganta. Podía oír el sonido crepitante de los insectos muertos que ella misma iba aplastando al agitarse. El cuerpo de Mona seguía caliente, pero Louise no le encontraba el pulso. Una vez más, trató de provocarle

el reflejo nauseoso, pero no sucedió nada. O Mona estaba en un estado profundo de inconsciencia o muerta.

Ninguno reaccionó dentro de la casa, así que sacó el móvil del bolsillo y llamó a Nymand. Este le tomó la llamada al segundo timbrazo.

—Necesitamos una ambulancia y un vehículo de emergencia aquí, en Rorup, ¡ahora mismo! —gritó. Se maldecía a sí misma por haberse quedado sentada allá dentro, tomando café y charlando, mientras Mona, a unos metros de distancia, yacía en un sueño mortal.

La mujer tuvo que haber estado sentada sobre el césped, arrojándose encima las bolsas de insectos, una tras otra, antes de tumbarse y vaciar una más.

Como en un día de verano en la playa, enterrándose en la arena, pensó.

En el umbral, la madre estaba apoyada en el marco de la puerta, llorando. Louise le hizo señas mientras, con calma, hablaba a Mona. Le dijo que no estaba sola, que la ayuda venía en camino. Que todo estaría bien.

—Mi pequeña Mona.

La madre se hundió hasta el césped, a lado de su hija, todavía llorando. Se cubría la boca con una mano mientras acercaba la otra a la mejilla de Mona. Los dedos le temblaban al acariciar la piel delgada y pálida de su hija. Cuando Louise oyó las sirenas, se puso de pie y salió a la calle corriendo.

—Está en el patio trasero —gritó. Descubrió entonces la bicicleta apoyada en un costado de la casa.

De inmediato, cuatro hombres sacaron una camilla de la parte de atrás de la ambulancia y se prepararon para suministrar oxígeno.

—No sé si sigue viva —dijo Louise a los hombres que ya corrían alrededor de la casa. Ayudó a la madre a ponerse de pie, abrazándola. Los camilleros rodearon a la hija, la levantaron y le pusieron la máscara de oxígeno en el rostro. Todo sucedió tan de prisa que ya habían terminado antes de que ellas llegaran a la puerta de la cocina. Uno de los hombres se acercó y le preguntó a la madre si quería ir con ellos al hospital. Ella negó con un lento movimiento de cabeza y dijo que lo mejor sería que Gerd estuviera ahí, en caso de que su hija despertara.

Al escuchar eso, Louise se estremeció de tristeza. Estaba a punto de decir que sería bueno que todos estuvieran ahí, pero se recordó a sí misma que su papel no era irrumpir y reescribir la historia de toda una vida. No sabía qué era lo mejor, aunque parecía obvio lo mucho que los padres echaban de menos a Mona.

—Pueden ir conmigo —les ofreció. Se acordó entonces de sus propios padres y de Mikkel, quienes la esperaban con el café recién hecho.

Escribió a su madre un mensaje de texto:

> *Espero que podáis quedaros. Tardaré un poco en llegar.*

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que envió un mensaje como ese, desde la última vez que dejó esperando a un ser querido por cumplir con sus obligaciones de policía. También notó el largo plazo transcurrido desde los tiempos de los apuros intensos. Con una inmensa satisfacción, se sintió absolutamente segura de que negarse a dirigir Homicidios era la decisión correcta. No se pondría detrás de un escritorio a pensar en estrategias. Ella no era así.

La madre de Mona fue a toda prisa a ponerse sobre el vestido un abrigo de verano.

—Pero ¿cómo cree que ella se sentirá con todo esto?

—No los mandará a paseo, con toda seguridad.

En realidad, tenía dudas de que Mona despertara algún día. Al menos, la madre estaría ahí cuando el médico la declarara muerta.

Al abrir la puerta principal, Louise se encontró con el padre vestido de chaqueta cortavientos, situado a un lado del coche. Louise actuó como si estuviera esperando que él las acompañara. Lo ayudó a sentarse en el asiento delantero y, enseguida, llamó a Nymand.

—Voy, con los padres de Mona, de camino al hospital. —Añadió que estaban con ella en el coche, para darle a entender que la conversación se vería limitada—. Aquí no queda más que las bolsas. —De repente, se dio cuenta de que, en realidad, no había mirado alrededor.

—Enviaré a unos cuantos agentes —dijo él antes de que ella girara en redondo—. Probablemente deberíais localizar a Gerd —

dijo Louise.

Él le prometió hacerlo. A cambio, ella le ofreció darle un informe desde el hospital. El médico de emergencias hablaba de condiciones críticas extremas. Ella sabía que, en muchos casos, eso significaba que tan solo esperaban que el paciente fuera declarado oficialmente muerto.

Se detuvo frente a la entrada de urgencias del hospital de Roskilde.

Nymand la llamó de nuevo para decirle que no habían podido localizar a Gerd.

—No está cogiendo el teléfono.

—Iré a recogerla —dijo Louise.

Ayudó a los padres de Mona a salir del coche y los acompañó al vestíbulo. Seguramente, algún encargado de la oficina de información podría ayudarlos, pensó.

Los dos viejos parecían confundidos ahí instalados, con los brazos entrelazados. Sin embargo, momentos después, el padre de Mona, cautelosamente, llevó a su esposa hasta el cubículo de cristal.

Louise se detuvo a un lado de la puerta principal de Mona —una puerta principal *abierta*, lo cual la dejó un poco perpleja—, hasta que un agente de la policía se interpuso en la entrada.

—Lo siento, pero no puede entrar.

Louise le explicó quién era y le dijo que acababa de hablar con Nymand.

El agente asintió.

—Pero no hay ninguna razón para que mire esto. Hay sangre, un montón. Usó un cuchillo de cocina.

Las rodillas de Louise comenzaron a debilitarse.

—Gerd. —Él la miró sin comprender—. ¿Mujer mayor, pelo cano cortado al estilo paje?

Él asintió.

Louise se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Está muerta?

El policía volvió a asentir.

—¿Dejó alguna carta, algún mensaje? —preguntó Louise.

—No, nada que hayamos encontrado.

—Quisiera verla. —Se abrió paso y él no hizo nada para detenerla.

Gerd yacía con las manos cruzadas sobre el pecho. El hombre no exageraba. Dicho en la jerga policial danesa, había sido una muerte por salpicadura. Había sangre en el suelo y en la mesita junto al sofá. El rostro y el cabello de Gerd también estaban cubiertos de manchones de sangre. Los cortes eran profundos, sabía exactamente lo que hacía. Incluso se había echado una manta encima. Sus manos ensangrentadas sostenían una vieja fotografía de Mona.

Louise la miró. Por su mente pasó la última conversación que tuvo con ella, la recordó susurrando que quizás era ella de quien Mona había huido. También recordó cómo Mona le había confiado que tenía miedo.

Sin dudarlo, metió la mano en el bolso de Gerd y sacó un pequeño llavero.

—Tenemos que ir a Svogerslev —gritó Louise cuando Nymand le contestó el teléfono—. Creo que Gerd era a quien Mona tenía miedo.

Capítulo treinta y uno

En la pequeña casa de Gerd, la luz sobre la mesa del comedor estaba encendida, a pesar de que hacía un calor sofocante por el sol que atravesaba sin piedad la puerta transparente de la terraza. La lámpara de su dormitorio también estaba encendida, y las persianas, bajadas. Era indudable que había salido de la casa a toda velocidad.

Nymand se detuvo en la habitación.

—¿Crees que Gerd asustó a las amigas de Susan Dahlgaard y amenazó a una de ellas, la que luego se suicidó?

—Ya no estoy segura de lo que creo —dijo Louise—, pero me temo que podría ser cierto. Me parece que sintió que ellas habían arruinado la vida de Mona, que ellas eran la razón de que su protegida se hubiera derrumbado.

Abrió la puerta de la habitación de Mona. La cama estaba deshecha. Sobre el suelo había una maleta con algunas de las prendas de color pastel. Un cepillo de dientes y algunos tubos de crema se habían salido de un neceser volcado. Por lo visto, el dormitorio también había sido abandonado a toda prisa. Louise se situó en la entrada y estudió cuidadosamente toda la habitación.

Las cosas habían sucedido muy rápido después de que Louise le dijera a Mona que se fuera a casa de Gerd. Temerosa de que estuviera en peligro, la había enviado directamente a sus brazos, a pesar de que acababa de decirle que estaba asustada.

—Aquí están los sobres y las etiquetas, del mismo tipo de los que se enviaron a Pia Bagger y Nina Juhler —dijo Nymand cuando ella volvió a entrar en la habitación. Él le mostró lo que había encontrado en el pesado escritorio de roble de Gerd, metido en un nicho que estaba rodeado de estanterías de suelo a techo. En el estante más bajo había una impresora. Desenchufó el cable.

Louise le dijo que Mona había negado haber mandado las cartas.

—Y si creemos que ella no fue, eso significa que alguien más de aquí sabía lo de los insectos muertos —dijo él.

Louise asintió mientras movía el ratón sobre el escritorio. La pantalla del ordenador de Gerd se encendió. Creyó que tendría que escribir una contraseña, pero apareció una receta de lasaña del sitio web de DR, la corporación danesa de televisión.

—¿Esta casa tiene sótano?

—No lo creo… —Ella ya estaba revisando las búsquedas de Gerd en Google. La psicóloga de colegio había estado buscando *gravhøje*, túmulos, los muy antiguos montículos funerarios, comunes en las zonas rurales.

Tendremos que traer algunos técnicos en informática a que le echen un vistazo a esto —dijo Louise, emocionada—. Ha estado buscando lugares que parecen cavernas de acantilado, solo que en los alrededores.

Abrió una nueva ventana y escribió «gravhøje» en el cuadro de búsqueda. Entre los resultados aparecieron Gravhøje Roskilde y Gravhøje Lejre, junto con otros túmulos y tumbas del megalítico.

Nymand salió al pasillo. Aunque ella estaba muy concentrada, ahora que la imagen de una tragedia comenzaba a tomar forma, podía oírlo dando parte a su gente en la comisaría.

—Necesitamos un mapa detallado de la zona —decía él—, y pescad a Thyssen por la radio, que él es quien mejor conoce este distrito policial.

Se metió de nuevo en la habitación y señaló el ordenador.

—Los técnicos vienen en camino. Se llevarán esto de aquí. En marcha.

Louise echó un último vistazo alrededor antes de ir tras él.

—Hoy hace dos semanas que Trine desapareció —dijo ella cuando llegaron a los coches—. No parece probable que Gerd la haya tenido oculta por tanto tiempo.

—¿No crees que esté viva?

Louise negó con la cabeza.

—Me temo lo peor.

Nymand había reunido un equipo de catorce agentes. Con voz resonante, les dio órdenes de empezar a revisar túmulos, tumbas, dólmenes grandes y círculos de rocas.

—Cualquier montículo que tenga alguna clase de depresión o cámara subterránea. —Señaló un mapa en la pared.

El departamento estaba corto de personal debido al festival de Roskilde, el enorme concierto de *rock* que se celebraba en las cercanías. Nymand se había ensañado con un hombre bien peinado y de numerosas barras en los hombros, exasperado por la falta de personal, ahora que se había producido un avance importante en el caso.

—Øm Jættestue es el más famoso y bien preservado del área —explicó Thyssen en su bien modulada voz de barítono—, pero me imagino que no sería fácil ocultar a alguien ahí. Hay mucho tráfico: turistas y colegios. —En el mapa rodeó con un trazo la zona de Roskilde—. Hedstrup Gravhøje está justo aquí, en Himmelev.

—Venga. —Nymand señaló a dos agentes—. Y vosotros dos, encargaos de la tumba de 0m.

Señaló a otros dos mientras Thyssen marcaba las coordenadas para los dos equipos.

Louise los escuchaba repasar la lista de túmulos y dólmenes cercanos, hablar de las cámaras de los dólmenes, de cámaras múltiples, de megalitos verticales, coronamientos. Estaban poniendo otra foto en la pared en el momento mismo en que sonó el teléfono de Nymand. Louise escuchó. Era el técnico que había llegado a la casa de Gerd justo cuando ellos se marchaban.

—Encontraron éter dietílico en el coche —gritó Nymand por toda la habitación en cuanto colgó.

—Mona lo usaba en sus insectos —dijo Louise.

—También había una esponja. Vienen hacia aquí con el coche. Parece que llevaba una pequeña farmacia en la parte trasera.

Louise trató de imaginarse a Trine en la casa. Tal vez ella también había recibido una carta con insectos muertos, al igual que Pia y Nina. ¿Habría entendido el mensaje? Y ese día, cuando acababa de llegar a casa con los niños, tal vez Gerd pasó por ahí. ¿No se habría asustado? ¿Se habría dado cuenta de lo que se avecinaba? Era lo más probable.

Trine no tenía ni idea de quién era Gerd.

Los pensamientos de Louise se arremolinaban. Recogió del suelo su bolso y echó un vistazo alrededor, a los demás. Entonces se levantó y se dirigió a la puerta. Otros tres nuevos equipos ya iban

en camino y la sala seguía bullendo. Pero, de repente, lo único que le importaba era estar con Mikkel en el momento en que lo llamaran para decirle que habían encontrado a Trine.

Capítulo treinta y dos

Camilla estaba sentada a la mesa de su espaciosa cocina cuando la llamó Louise. Markus acababa de despertarse. Lo había dejado dormir hasta tarde. Su padre apareció por la puerta.

La noche anterior, ella lo había llamado para contarle acerca del aborto de Julia y de lo terriblemente mal que Markus se estaba sintiendo. Y, en un momento de reconocimiento de sí misma, le había pedido que viniera a hablar con su hijo. Se había quedado lívida por la forma tan tosca y gamberra en que Julia había tratado a Markus. Difícilmente podría decir una sola cosa buena de ella. En un momento dado, estuvo a punto de llamar a los padres de Julia para sermonearlos por la falta de responsabilidad, honradez y valores esenciales de su hija. Pero entonces recordó que la chica ni siquiera les había dicho a sus padres que estaba embarazada. Y, a la mitad de la tercera cerveza, le llegó la idea: quizás ni siquiera se había embarazado. Estaba poniendo a prueba a Markus, midiendo cuán lejos estaría él dispuesto a ir por ella; y, cuando a la chica le quedó claro que él estaba, de verdad, listo para comprometerse, para llegar a fondo, tal vez se aburrió y lo desechó.

—Las cápsulas de café están en la lata —dijo a su padre. Señaló la máquina de Nespresso y le pidió disculpas con un gesto por tener que hablar con Louise. Markus acababa de salir de la ducha y llegó a saludar a su abuelo con una toalla enrollada por la cintura. Camilla cerró la puerta de su despacho.

Al instante, se dio cuenta de que algo andaba mal. Reconoció el tono de voz reducido, entrecortado, de aquellas veces que interrumpía a Louise en medio de un caso importante. Pero ahora era Louise quien la había llamado. Camilla esperaba pacientemente.

—Mona no ha recuperado la conciencia. —Louise le habló del intento de suicidio de la mujer.

—Pero ¿está viva?

—Está viva, sí, y sus padres están con ella. Al salir de la comisaría, fui al hospital a decirles que Gerd había muerto. —Camilla ya había cogido una libreta de apuntes. La costumbre—. Resulta que Gerd había alejado a Mona de su familia, más o menos. Se responsabilizó por ella y su salud mental a tal grado que los padres llegaron a sentirse inadecuados. Tenían miedo de no ser suficientemente buenos para captar cómo estaba Mona, para entender sus señales. No creían poder ayudarla en caso de que surgiera algún problema. Así que dejaron que Gerd se hiciera cargo. No creo que nunca hayan entendido lo que sucedió en Bornholm, lo que desencadenó la enfermedad emocional de su hija. Pocos años antes de que obligaran a Mona a ir a la excursión, su hermana se suicidó. Quizás por eso tenían tanto miedo de equivocarse con ella.

—Pero ¿el padre no la rechazó por su interés en las cosas espirituales? —preguntó Camilla.

—Esa no es la impresión que me quedó cuando me hablaron de ello. Me parece, más bien, que él quiso convencerla de dejar de creer en premoniciones y cosas así. Se preocupaba, sentía que era el tipo de cosas que llevaron a la hermana mayor a suicidarse. Lo único que él quería era protegerla, pero ese no era el caso de Gerd.

—¿Cómo se encuentra Mikkel?

—Me parece que está mucho más entero. Ahora estamos en su casa, esperando noticias de la policía. Nymand me ha mantenido informada. En realidad, el viejo gruñón es un buen tipo.

—Te llevas bien con los jefes viejos y gruñones —le recordó Camilla.

—Sí, tal vez tengas razón.

Camilla estaba ansiosa por ir a la cocina y escuchar lo que su padre y Markus estaban hablando, pero presentía que su amiga tenía otros asuntos.

—La madre de Trine acaba de llegar. En fin, que han encontrado bolsas para congelar y botellas de agua en la parte trasera del coche de Gerd. Eso apunta a que las tenía encerradas en algún lado; juntas o en lugares separados. Quizás su intención era recrear lo que Susan había sufrido en la caverna de Bornholm.

—Pero ella no sabe qué le sucedió a Susan —dijo Camilla—. Nadie sabe cómo murió.

—Quizás no. O, probablemente, es solo que nadie nos lo ha

contado, todavía.

—¿Crees que Trine, Pia y Nina supieron lo que pasó?

—Creo que dijeron o hicieron algo. Como sea, Mona, a raíz de eso, pensó que sí sabían.

Camilla los oyó reír en la cocina. Una parte de ella se relajó. En la pantalla apareció un correo electrónico de Frederik. «Llego a las 22.30». No decía más.

La noche anterior, le había hablado de Markus y Julia y se había puesto a llorar porque lo echaba de menos. Pero no recordaba haberle pedido que viniera a casa. Y estaba sorprendida.

—Frederik viene en camino —dijo.

Silencio. De pronto, Louise le gritó al oído:

—¡Creen que la encontraron!

Camilla se quedó con el teléfono en las manos por un largo rato. Estaba ansiosa por ir allá y cubrir la historia; pero, después de pensarlo un momento, fue a reunirse con los demás en la cocina. Le preguntó a su padre si quería quedarse unos días, ahora que Frederik venía a casa.

Capítulo treinta y tres

—¿Dónde? —susurró Louise mientras cerraba la puerta.

Sus padres estaban en el patio con Kirstine, Malte y Liselotte cuando recibió la llamada de Nymand. Habían inflado y llenado con agua una piscina de plástico. Los gritos corrían por toda la casa.

—En el dolmen que está a las afueras de Bregnetved. Tenemos ahí una patrulla canina. El perro está seguro, pero nadie entrará hasta que lleguemos. También hay un equipo médico en camino.

—¿Bregnetved?, ¿ese lugar que está un poco más allá de Osted?

—Ese. En este momento estamos pasando por Glim. Ya casi llegamos.

—Ya voy —dijo Louise.

—Y está a medio camino entre Osted y Birkede, donde vive Nina Juhler.

Por un momento, Louise permaneció situada junto a la barra de la cocina, pensando si debía informar a los demás de lo que estaba ocurriendo, pero decidió dejar una nota en la encimera. Les decía que pronto estaría de regreso.

No le parecía bien dejar a Mikkel, pero tenía que enterarse de cualquier noticia acerca de Trine antes de que se la dijeran a él.

Mientras se acercaba al lugar, alcanzó a distinguir el coche de la patrulla canina y al perro echado junto a él. Un perro feliz, probablemente, con todos los elogios que habría recibido, además de agua y golosinas. Se detuvo a un lado y aparcó junto a la cuneta, mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, varios coches fueron acercándose por detrás. Nymand saltó del que iba delante y pasó a grandes zancadas junto a ella, campo a través. Louise reconoció al médico que venía en el vehículo de los servicios de emergencia. Era el mismo que había recogido a Mona horas antes. Seguramente, su turno estaba por terminar, pensó.

Desde donde Louise lo contemplaba, el dolmen no parecía gran

cosa. Solo un montículo cubierto de hierba alta, amarilla y marchita. Un árbol cercano de amplia copa proyectaba una sombra encima. Ella siguió a los demás hacia lo que parecía un muro bajo hecho de grandes rocas escondidas tras la hierba silvestre. El adiestrador del perro y dos agentes apuntaban hacia el otro lado, a la apertura del montículo, para que Nymand la mirara. Cuando Louise llegó allí, alcanzó a distinguir una hendidura profunda entre las enormes rocas. Parecía conducir a un pasadizo bajo el montículo. Nymand no podría arrastrarse por ahí, pensó, cuando uno de los agentes trajo una linterna frontal y se puso en cuclillas ante la abertura. Corrían los segundos y el hombre seguía sin moverse. Aparentemente, los pasajes estrechos no eran su fuerte, pensó Louise. Por otra parte, el compañero era demasiado alto y fornido para ayudarlo.

—Yo lo haré —gritó. Todos se volvieron hacia ella.

Louise se acercó y se puso en la cabeza la linterna frontal. Entonces se dirigió a los agentes:

—¿Ha habido algún signo de vida?

—Creímos haber oído algo cuando gritamos dentro. Posiblemente alguien que se movía o respiraba.

—Pero ¿tuvisteis la sensación de que alguien os oyó?

—Hemos percibido una reacción.

—¡Trine! —gritó Louise mientras se arrodillaba y comenzaba a arrastrarse con cautela. El techo de piedra se inclinaba más hacia el interior del pasaje estrecho y mohoso. Se sentó.

Las piedras estaban frías y pegajosas. Una vez más, gritó el nombre de Trine. También el de Nina. Hablaba con calma. Les decía que estaba entrando y que la ayuda esperaba fuera. Su voz resonaba en la fría oscuridad. De pronto, algo grande se lanzó sobre su mano. Louise la apartó de un tirón.

Probablemente, Gerd habría podido mantenerse agachada en ese lugar, pensó Louise. Podría haber drogado a alguien ahí dentro. Louise se esforzaba por no perder la concentración.

Ahí… Algo se movió. Y se oyó un gemido bajo… O un suspiro. El cono de luz de la linterna reveló una botella roja de agua. Louise alcanzó a distinguir una especie de abertura en el pequeño espacio semejante a una caverna, un círculo de piedras con un pequeño cráter en el centro. Una cesta y un cubo bloqueaban la entrada,

pero Louise ya los había detectado.

Medio metro más abajo, Trine estaba echada sobre su costado, con los brazos sobre la cabeza.

No se movió ni reaccionó cuando Louise dijo su nombre.

Nina la miraba fijamente. Su cabeza, apoyada en una roca, estaba en un ángulo muy incómodo, como si, después de haber permanecido sentada, ya con las fuerzas totalmente perdidas, se hubiera deslizado por la pared de tierra.

—Nina. —Louise se quitó la linterna frontal para no cegarla—. Esto ya terminó. Vais a salir.

Las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas sucias de Nina.

Louise habló lenta y claramente:

—Voy a gritar a la gente de allá fuera que os he encontrado. Después saldré para que puedan entrar. La siguiente persona que veréis será un médico o un rescatista. Ellos os ayudarán. ¿Trine está viva?

Nina no reaccionó por un momento, pero, entonces, esforzándose mucho, asintió. Louise no pudo evitar las lágrimas. Miró a su cuñada antes de arrastrarse hacia la salida.

Cuando estuvo al alcance de los demás, gritó:

—¡Las he encontrado! —Fuera, ya al aire libre, dejó que Nymand le pasara el brazo por el hombro mientras ella le decía que ambas estaban vivas—. Pero Trine está inconsciente.

Mikkel se paseaba por el suelo de linóleo gris mientras Louise y él esperaban a que les dieran permiso para entrar. Llevaban dos horas en el hospital y aún no habían visto a Trine. Los médicos estaban tratando de estabilizarla; la habían encontrado deshidratada y famélica. Al parecer, en las últimas dos semanas había comido alguna cosa, pero estaba extenuada y fuertemente sedada. Un poco más temprano, el médico le había dicho a Louise que Trine no parecía estar herida: no tenía golpes ni cortes. Estuvo bañada en orina y heces y, después de dos semanas de permanecer tumbada, su tono muscular era extremadamente débil; sin embargo, no había lesiones físicas. Se le hicieron pruebas e incluso llegaron a plantearse darle un antídoto. La hipótesis era que habían tenido a Trine en un estado comatoso mediante inyecciones de benzodiazepina y un somnífero médico de alguna clase.

Una anestesista había recetado una reducción gradual de la dosis

para evitar el síndrome de abstinencia.

Pero lo más importante era que estaba viva y que gradualmente volvería con ellos, pensó Louise. Sin embargo, le era difícil concebir qué tendría que hacer su hermano para manejar el retorno de su esposa mientras se ocupaba del suyo propio. Trine tenía por delante un dilatado período de rehabilitación antes de ser capaz de funcionar con normalidad.

Finalmente, la puerta se abrió. El médico y dos enfermeras salieron y les dijeron que podían entrar. Louise se asomó a ver a Trine, que estaba acostada mirando directamente al techo. Mikkel entró primero. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras se acercaba a su esposa dando algunos tumbos.

Louise miró cómo se hundía en una silla junto a la cama, cogía la mano de Trine e inclinaba el rostro hasta esconderlo en ella.

El médico vino a ver a Louise.

—Tendrán que estar preparados. Va a estar traumatizada por mucho tiempo. Tendrá problemas con los espacios pequeños y la oscuridad.

—Pero ¿se recuperará?

Al principio, se quedó con las manos metidas en los bolsillos de su bata blanca y los ojos puestos en la habitación de Trine, pero terminó asintiendo.

—Es demasiado pronto para decir gran cosa acerca de su hígado y sus riñones, pero, ahora mismo, no creo que los medicamentos que le dieron le hayan ocasionado ningún daño permanente.

Trine tenía los ojos cerrados. Mikkel presionó su frente contra la de ella, le acarició el cabello y le dijo algo en susurros. Louise se limpió algunas lágrimas. También se sentía doblegada por su propia pérdida, por una oleada de su pena personal. Se tambaleó un poco mientras buscaba una silla. Se sentó y agachó la cabeza hasta las rodillas.

No supo cuánto tiempo estuvo así sentada. De repente, sintió que una mano se posaba suave en su hombro. De algún modo, supo que era Mikkel quien estaba de cuclillas a su lado. Él le pasó el brazo por los hombros, la atrajo y la abrazó con fuerza.

—Gracias —susurró.

—¿Cómo está? —Louise habló en su hombro.

Él carraspeó y se apartó un poco.

—Trine no se llevó el dinero de no fumar para usarlo ella misma —dijo con una voz cargada de emoción—. Vació el tarro porque quería poner el dinero en el banco para pagar la casa de vacaciones que hemos alquilado. El dinero sigue en su bolsillo.

—Vuelve con ella —musitó Louise. Lo dejó ir. Necesitaba estar a solas un momento mientras se esforzaba por recuperar el control de sí misma. Bajó otra vez la cabeza, se puso a mirar el suelo. En esa postura estuvo hasta que una mano firme la cogió del brazo. Entonces oyó a Nymand decir que era hora de marcharse.

Volcó su vaso al ponerse de pie. El agua se desparramó por el linóleo mientras Nymand se la llevaba consigo.

No volvió a la vida hasta que estuvieron sentados en la cafetería, con un café negro y un sándwich de queso enfrente.

—Come —dijo él.

Por un segundo, Louise se preguntó cómo este hombre podía tener tiempo para estar ahí sentado. Tendría que estar en la comisaría, celebrando el éxito.

—No es cierto. —Se inclinó sobre la mesa—. ¡Lo que me dijiste no es verdad! —Ella, desconcertada, frunció el ceño y le dio un gran mordisco al sándwich de queso, como si fuera un escudo protector —. No has renunciado. Crímenes Personales espera tu regreso este 15 de agosto.

—Eso no va a suceder —dijo ella cuando terminó de masticar—. Es solo que no se lo he dicho.

Él la estudió por un momento.

—Te sugiero que hables con Søren Velin. Me gustaría recomendarte para que dirijas la futura unidad móvil de la región.

—¡No pienso dirigir nada! —dijo ella. Aunque se sintió sorprendida de que él mencionara a su primer compañero de Homicidios. Louise había trabajado junto con Velin por un año, antes de que a él lo transfirieran a la antigua unidad móvil, donde permaneció hasta que esta desapareció. Actualmente era capitán del Centro de Investigaciones de la Policía Nacional, pero ella había perdido el contacto con él.

—Será una unidad especial de expertos. Ayudarán a los distritos policiales en los casos más difíciles.

Louise sabía muy bien lo que tendría que hacer la nueva unidad especial. Los dirigentes de la policía nacional se habían visto

obligados a admitir que desmantelar la antigua unidad y echar al viento a los mejores investigadores de homicidios había sido un error.

—Y no se trata solo de homicidios —continuó Nymand—. La unidad también intervendrá en desapariciones complicadas, con las cuales estás familiarizada por tu experiencia en el Departamento de Personas Desaparecidas. Si, por ejemplo, no hubiéramos encontrado a Trine y a Nina nosotros mismos, habríamos solicitado su ayuda. —Ella lo sabía—. Tienes que estar ahí. Cubrirías el país entero.

—En este momento, no estoy trabajando —dijo Louise, con la esperanza de que Nymand parara ahí.

—Eso de sentarte detrás de un escritorio… No, no es lo tuyo. Necesitas salir, hacer trabajo de campo. —En eso estaban de acuerdo—. Vas a necesitar tres cartas de recomendación. Me encargaré de que las tengas.

—¿Cartas de recomendación?

Él asintió.

—De jefes: una de Flemming Larsen, del Departamento de Medicina Legal, una del teniente detective Kim Rasmussen y una mía.

Louise tenía ganas de levantarse e irse de ahí, pero estaba demasiado cansada.

—Pensémoslo —dijo ella cuando su silencio empezó a inquietar al capitán. Y asintió para convencerlo de que lo tomaría en cuenta.

»¿Qué ha dicho Nina Juhler?», preguntó.

Nymand dejó caer los hombros, pareció relajarse. Louise tuvo la engañosa sensación de que él había prometido a los demás convencerla. Eso la molestaba. La molestaba mucho. Respiró hondo, pero no dijo nada.

El capitán revolvió el azúcar de su café.

—No parece que Gerd hubiera tenido intenciones de matarlas. Nina tampoco tiene esa impresión. Fue, más bien, una forma de decirles a Trine y Nina lo que había ocurrido la noche en que Susan murió. Pero ellas insisten en que no saben nada, porque, cuando se marcharon, Susan seguía viva. Pero Gerd no creyó que estuvieran diciendo toda la verdad.

—¿Así que las hizo vivir el mismo suplicio que Susan en un intento de sacarles una confesión?

Él asintió.

—Cuando la llevaban al dolmen, Nina despertó. Gerd le había aplicado éter. Después, la ató y la transportó en una carretilla de mano.

Louise pensaba en esa anticuada forma de anestesia mientras Nymand le explicaba que Gerd había ordenado el éter en línea e impreso el recibo.

Recordó haber visto la carretilla frente a la casa de Gerd; y el Berlingo, que tenía un maletero bajo. Eso le había posibilitado sacar a Nina y a Trine del coche y ponerlas en la carretilla.

—Qué extravagante —murmuró.

—Cierto. Y ambas mujeres son delgadas y no muy altas. Eso hizo todo más fácil.

—Pero ¿crees que Gerd, de verdad, planificó todo esto? —preguntó Louise.

Él negó con la cabeza.

—Creo que esto se fue desarrollando con el paso del tiempo. Al principio, las emociones la dominaron. Estaba preocupada de que el trastorno de Mona empeorara cuando apareció el cuerpo de Susan. Nina dice que Gerd quería que dieran un paso al frente y declararan qué había sucedido en el valle del Eco, para que la gente supiera que Mona siempre había dicho la verdad. Pero, cuando se dio cuenta de que Nina y Trine no lo sabían, algo debió romperse en ella. De otra suerte, no habría tenido a las mujeres cautivas por tanto tiempo.

—Me parece más probable que haya sido una mujer profundamente infeliz —dijo Louise—. Durante los últimos años, Mona ha empeorado; cada vez pasa más tiempo en el pabellón psiquiátrico, toma más medicamentos. Tal vez Gerd ya estaba pensando cuánto podría durar Mona a ese ritmo. La vio reaccionar cuando apareció el cuerpo de Susan. Seguramente eso enloqueció a Mona de tristeza; tanto, que Gerd trató de obligar a las tres mujeres a confesar.

—Quizás. Y eso aterró a Pia Bagger hasta el punto en que se suicidó. Gerd tendría que enfrentarse a una causa criminal si estuviera viva.

—Pero no lo está.

—No, no lo está. Y tenía razón de que las tres mujeres

guardaban un secreto. Un secreto que debieron de haber admitido hace mucho tiempo.

—¿Nina dijo algo? —preguntó Louise.

Él asintió.

—Admitió que mintieron en aquel entonces. Juraron no decirle nunca a nadie que esa noche habían estado en el valle del Eco. A modo de justificación, explicó que eran unas niñas, que no se daban cuenta de las consecuencias que eso llegaría a tener, pero que dejaron a Susan sola. Relató que simplemente estaban haciendo el tonto, esperando a que aparecieran sus nuevos amigos de Bornholm. Se dirigieron al aparcamiento del valle del Eco para tratar de meterse en la tienda de chuches. La alarma se activó y salieron corriendo a esconderse en el bosque. Dice que quizás fueron un poco rudas con Susan, que se burlaron de ella. En cierto momento, Susan se cayó y se dio un golpe en la cabeza. Trataron de ayudarla, pero ella no las dejó. La chica las alejó a empujones y se fue corriendo.

—¿Así que se pusieron de acuerdo para mentir?

—No se atrevieron a confesar que habían estado fuera toda la noche, no querían que las enviaran a sus casas. Por eso inventaron que habían dejado a Susan en el puerto y que su llegada al albergue había sido más temprano. No sabían que las habían visto. Y cuando Mona dijo que mentían, ellas reafirmaron sus votos, podría decirse: se aferraron a la historia que ya habían creado. Sentían que no podían cambiarla. La búsqueda de Susan ya había comenzado, mintieron a la policía. Pero Nina dice que se convencieron mutuamente de que no habían hecho nada malo, porque Susan había corrido bosque adentro.

—Pero sí pudieron haber hecho algo —dijo Louise—. De haber dicho la verdad, la policía habría enviado patrullas de perros al valle del Eco y salvado a Susan.

Nymand asintió.

—Eso es de lo que Nina se culpa a sí misma, también. Pero, una vez más, alega que no tenían ni idea de lo serio de su mentira. Pensaban que Susan se había ido a Copenhague, pues eso les había dicho que iba a hacer. O, por lo menos, tenían la esperanza de que eso hubiera hecho. Nina presionó a las demás para guardar el secreto. Le tenía terror a su padre. Aparentemente, las tres le tenían

miedo.

Louise no había oído hablar del padre; solo de la madre que cuidaba de la casa de Nina cuando esta salía de viaje.

—Murió hace varios años. —Nymand hizo una breve pausa—. Nina empezó a llorar mientras hablaba de todo esto, de cuán grave había sido para ella que él se enterara de que se habían escabullido, de que ella y las otras habían entrado a la fuerza en la tienda de las chuches. Parece que era un hombre muy estricto y que ya la había amenazado con enviarla a un internado. Algo así como un tirano. Las chicas rompieron el contacto cuando salieron del cole. Nina dice que aquellos sucesos se le quedaron grabados, que muchas veces, a lo largo de los años, pensó en el alivio que supondría decir la verdad. Pero eso fue antes de que apareciera el cadáver de Susan. Y, como fue ella quien presionó a las demás para que no dijeran nada, no sería ella quien rompiera el juramento. Las tres habían terminado con buenas vidas; Nina no estaba por la labor de arruinárselas.

—Tenían trece años, ¡no eran unas pequeñas! Eran lo suficientemente grandes como para besar chicos y, ciertamente, tenían la edad suficiente para asumir responsabilidades.

Él asintió lentamente.

—Pero no lo hicieron. Mintieron para evitarlo.

—Gerd quiso presionarlas para que hicieran eso: para que se responsabilizaran. Solo quería un final justiciero para lo que, según ella, había arruinado la vida de Mona.

Él asintió.

—Y, en cierto modo, lo logró.

Louise pensó en lo paradójico de que Gerd, en su afán por reclamar justicia para Mona, la hubiera dejado expuesta a lo que más temía: había hecho desaparecer a sus viejas amigas.

—Sí, en cierto modo.

Le dio las gracias por el café, se levantó y regresó con Mikkel y Trine.

Capítulo treinta y cuatro

Bornholm, 1995

La oscuridad la rodeó de inmediato, se cerró sobre ella. No podía localizar la entrada de la caverna. Al principio no entendía lo que estaba ocurriendo.

Su mundo entero eran la negrura impenetrable y el silencio absoluto y repentino. El dolor en la cabeza le hacía difícil pensar con claridad, la somnolencia la atormentaba. Tardó un rato en darse cuenta de que estaba atrapada.

Entró en pánico y trató de sentarse, pero la dominó otra oleada de náuseas. Vomitó una vez más y el vómito corrió por su mano. Aunque estaba mareada, tanteó desesperadamente la corteza, pero esta le arañó los dedos. Gritó cuando se dio cuenta de que un enorme árbol había caído debido a la furiosa tormenta y ahora obstaculizaba completamente la estrecha abertura. Apoyó el hombro contra el tronco y empujó con los dedos ensangrentados. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras, una vez más, gritaba desesperada pidiendo ayuda. Por un largo rato, puso el resto de su fuerza en un intento de mover el árbol, pero era como un muro de ladrillos. Estaba atrapada.

El pánico embotó sus sentidos, sus gritos se volvieron roncos. Nada era visible en esa oscuridad. Las lágrimas le quemaban las mejillas mientras ella se tumbaba sobre el vómito. Le escocían los cortes en los brazos y en las manos. Su fuerza se había agotado, dejándola con un sentimiento que no había experimentado antes: el miedo a morir. Pensó en sus amigas, con la esperanza de que regresaran a por ella, a pesar de lo que había sucedido. Deseó que se hubieran quedado en el bosque o que hubieran ido a buscar

ayuda. Deseó que alguien estuviera tratando de encontrarla.

Las náuseas se resistían a abandonarla. Sucumbió al mareo. Flotando, salía de la inconsciencia y volvía a entrar. Cuando la oscuridad se apoderó de ella definitivamente, ya no recordaba de qué estaba huyendo.

Agradecimientos

Mientras escribía *Una mentira piadosa*, emergieron muchos recuerdos de la excursión de mi propia clase a Bornholm. Sin embargo, este libro es ficción pura. Todos los personajes son producto de mi imaginación.

He vivido en Osted y Vi by, en Selandia, y conozco el área bastante bien. Me tomé la libertad de mover el dolmen de Bregnetved al otro lado de la carretera para que encajara mejoren mi relato.

Gran parte de mi infancia la pasé en Osted, y quiero enviar un cariñoso recuerdo a todos mis viejos amigos. No he incluido ninguna de las cosas específicas que hicimos juntos, pero esos años de la infancia fueron de una importancia tan vital para mí que aún los llevo conmigo. También quiero enviar un pensamiento amoroso y muy especial a Henrik (Red), quien murió demasiado joven, pero nunca ha sido olvidado.

Mucha gente me ha ayudado en mis investigaciones para este libro. De corazón, agradezco su apertura y todo el tiempo que dedicaron a responder mis preguntas.

Su ayuda ha sido inestimable.

Gracias, capitán Bjørke Kierkegaard, de la policía de Selandia Central y Occidental, por habernos permitido, a mí y a Louise Rick, darle tantas molestias.

Gracias a la enfermera jefa Ulla Falkner, quien, una y otra vez, respondió mis preguntas con paciencia, y a la enfermera Anne Dorte Stagsted, por enseñarme el Hospital de Enfermos Psiquiátricos Agudos de Roskilde. Gracias por fingir que Mona Ibsen era una de sus pacientes.

Mi agradecimiento también al médico jefe Steen Holger Hansen, del Departamento de Medicina Legal, que me ha ayudado en todos mis libros. Gracias por tu excelente disposición a meterte en mis

historias cada vez que aparezco. Y gracias, jefa de anestesistas Marie Louise Rovsing, por la enorme ayuda que me brindó en lo concerniente al éter.

Brian Ellebæk, adiestrador canino, me salvaste cuando mi historia llegó a un punto donde, sencillamente, era inverosímil. La reescribí para hacerla funcionar. Gracias.

Y muchas gracias, queridos amigos de Facebook, que no solo me respaldáis y me animáis, sino que también sois muy divertidos. Sois una enciclopedia de recuerdos de excursiones colegiales. Ha sido muy divertido entretejer vuestras anécdotas en este libro. Puedo imaginaros leyendo algo que os resulta familiar.

También, mi buena amiga Michelle Kristensen me prestó su diario de la excursión a Bornholm, de donde, entre otras cosas, tomé prestado un choque en bicicleta. Me parece fantástico que lo hayas conservado. ¡Gracias!

Os doy las gracias, Lars y Andreas. Tenéis las mismas edades que las chicas de Bornholm en el libro y me habéis ayudado con nombres y cosas así. Pero os estoy más agradecida aún porque habéis ayudado a que mi vida no se desmorone.

Mi agradecimiento a Lotte Thorsen por leerme y por tus infaliblemente agudas y útiles aportaciones. Son una ayuda enorme.

Ha sido un tremendo placer trabajar con mi nueva correctora, Stinne Lender. Nos has abrazado por completo: a Louise Rick, a mí y toda la historia. Gracias por acompañarme durante mi investigación en Bornholm y por tu serio compromiso con el relato.

Y tengo una deuda de gratitud con mi equipo de Politiken Publishing. Todos vosotros sois un gran regalo. También ha sido fabuloso trabajar con la agencia Nordin. Siempre habéis querido lo mejor para mí y eso me da una sensación de seguridad. Y felicidad.

Mis gracias más amorosas son para mi hijo, Adam. Eres la mejor parte de mi vida. Y, aunque siempre, a lo largo de todos estos años, has sido una gran inspiración para los personajes de Jonas y Markus, no eres, en absoluto, el modelo del Markus de este libro.

Finalmente, queridos lectores, muchas gracias. Me dais mucho ánimo. Gracias por dedicar vuestro tiempo a las historias que siguen apareciendo en mi cabeza.

SARA BLÆDEL (Copenhague, Dinamarca, 6-8-1964), fue una niña imaginativa que creció entre la ciudad y el campo. Hija de un periodista y una actriz, a los 18 años trabajó como camarera y más tarde en una reprografía. Durante un tiempo trabajó como diseñadora gráfica en una prestigiosa editorial danesa antes de fundar su propia editorial, especializada en la publicación de novelas policíacas americanas.

En 1993 comenzó a trabajar como editora de novelas policíacas de bolsillo y en 1995 como periodista de prensa y televisión. En 2004 escribió su primera novela *Nieve verde*. Alcanzó un fulgurante éxito internacional, iniciando la popular serie de la detective Louise Rick, traducida a quince idiomas y galardonada con el premio de la Academia Danesa de Novela Negra al mejor debut.

Está casada y tiene dos hijas y un hijo. Actualmente vive junto a su familia en Copenhague y compagina la escritura de novelas policíacas con su labor como embajadora de la ONG Save the Children y con la participación como jurado en festivales de documentales.